



ANDRÉS PASCUAL

EL ÁRBOL DE LAS PALABRAS

se

Lectulandia

En el corazón de África, «el árbol de las palabras» era el lugar donde se escuchaba a los ancianos, se compartían sueños y se dirimían los conflictos. Ahora es el lugar donde se cuenta el episodio más desconocido de nuestra historia.

Guinea Ecuatorial, 1884: Ökkó, un adolescente de la etnia bubi, presencia el naufragio de una goleta española en una recóndita playa de la isla de Fernando Poo.

En la capital de la colonia, Bella, una chica de su misma edad con unos conocimientos botánicos poco comunes, espera noticias sobre su padre, que regresa de la metrópoli.

Bella y Ökkó no lo saben, pero sus historias están a punto de cruzarse. De su mano viviremos el nacimiento de la colonia española, entre culturas enfrentadas y los avatares de los primeros exploradores de África, a través de una naturaleza desbordante y muchas veces letal.

Como no podía ser menos tratándose de Andrés Pascual, esta novela provocará una sugestiva reflexión sobre la entrega, el coraje y la búsqueda de uno mismo en un mundo en transformación que llegará al corazón de los lectores.

Andrés Pascual

El árbol de las palabras

ePub r1.0

Titivillus 02-11-2024

Título original: *El árbol de las palabras*
Andrés Pascual, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A la memoria de mi abuela Carmen,
por sonreír en todas las fotos de Guinea.*

*A la memoria de mi tía Mari Carmen,
a quien le habría encantado asomarse a la isla de Fernando Poo
en la que dio sus primeros pasos.*

*A mis primos Gonzalo, Isabel y Juan Luis,
que se asomarán por ella.*

1

Playa de Ureka, sur de la isla de Fernando Poo 1884

—No tengo miedo —repetía Ökkó, intentando convencerse a sí mismo.

Pero claro que lo tenía. Y mucho.

A pesar de que ya habían sembrado trece veces desde que vino al mundo, nunca había visto una tormenta igual. La espuma de las olas se alzaba como los brazos de las mujeres en los rituales. El viento arrastraba ramas desde la selva, que llegaba hasta el borde de la playa. Se resguardó detrás de una piedra volcánica, aferrado en cuclillas a su pequeña lanza. El agua caía a chorros por su rostro y su cuerpo delgado, desnudo salvo por el taparrabos de piel. Tiritaba de frío. Las corrientes cálidas marinas y el relieve de la isla solían mantener las temperaturas siempre altas, pero aquella noche todo era distinto. Cientos de espíritus de la etnia bubi debían de haberse congregado para provocar el naufragio del monstruo de hierro.

—No tengo miedo...

Pasó la mano por la pequeña cresta que su madre le dejaba cuando le rapaba el pelo como a los viejos guerreros y se asomó por encima de la roca. Frente a él, la arena negra; más allá, el mar enfurecido. Aguantó la mirada fija en la oscuridad tratando de divisar el barco que un escollo había herido de muerte. Las velas rasgadas envolvían los palos. Un tubo echaba humo mientras se inclinaba hacia el agua. Un relámpago chasqueó sobre la cubierta y destellaron los ojos de buey. Ökkó entornó los suyos. El ruido de la tempestad solapaba los gritos y las plegarias.

No era la primera vez que veía una embarcación de ese tamaño. Coincidiendo con la anterior luna llena, un pescador advirtió la presencia de una goleta similar en la lejanía y movilizó a toda la aldea, que estaba levantada un par de kilómetros tierra adentro. Aquel día hubo opiniones enfrentadas sobre si era conveniente hacer fuego para llamar su atención y

que fondease, pero ahora tenía claro que una mole así no podía traerles nada bueno. El hecho mismo de que hubiera llegado flotando ya era cosa de magia. No entendía cómo los mismos brujos blancos que habían conseguido una proeza semejante no eran capaces de calmar la tempestad.

El ánimo del chico cambió de forma radical cuando se dio cuenta de que, en cualquier momento, las olas empezarían a traer objetos que les serían de utilidad en la aldea. En la bodega de esa nave habría un sinfín de cosas: el tabaco y el licor que tanto les gustaban a los mayores, tal vez incluso cajones de armas o baúles con algún tesoro. Le entró la prisa por acercarse a la orilla para buscar barriles varados. Se puso en pie y se cubrió la frente con el brazo para crear un toldillo que de poco servía, ya que las rachas de lluvia también azotaban en horizontal.

—¡Ökkó! —le advirtió una voz que se esforzaba por hacerse oír—. ¡Agáchate!

Era Ribobò, otro imberbe que se empeñaba en titularse como jefe de la banda de amigos. Su único mérito era ser más corpulento que los demás; tanto que resultaba un poco deforme. Demasiado brazo y torso para aquella cabecita adolescente, con el rostro infestado de granos y la expresión a medio hacer. Estaba escondido entre los matorrales a los pies de la cascada. La playa de Ureka era un prodigio natural, con saltos de agua dulce que vertían directamente a la arena y formaban lagunas que abrazaba la marea, pero aquella noche el edén se había tornado en infierno.

Un poco más allá se ocultaban Tötyí y Epa'á, ambos más bajitos y con abundante pelo rizado. El uno tenía la nariz muy grande; el otro, las orejas de soplillo. En todo lo demás se parecían mucho, sobre todo en los gestos y en la forma de silbar, sin duda por el tiempo que pasaban juntos. Con cada trueno se cogían de la mano y se acurrucaban detrás de su roca.

Los cuatro amigos rondaban aquella edad en la que habían dejado de ser niños, pero aún estaban lejos de considerarse adultos. Habían tomado sus nombres de guerra de animales que habitaban el paraje: Ökkó —Búho—, porque siempre tenía los ojos muy abiertos; Tötyí —Caracol—, porque andaba despacio; Epa'á —Puercoespín—, porque pinchaba con sus bromas; y Ribobò —Araña—, porque le gustaba dar miedo. Este último, además, tenía un tatuaje en el rostro de ocho líneas, cuatro a cada lado, que parecían las patas del animal. Solo se llamaban así entre ellos y cuando no había nadie delante, por una mezcla de pudor y de orgullo de sociedad secreta. De hecho, se habían desplazado a la playa en plena tormenta por una especie de

ceremonia para afianzar su círculo de lealtad, sin poder imaginar que iban a encontrarse con aquel coloso agonizante.

—¡Que te van a ver! —insistió Ribobò, agitando hacia abajo sus dedos como batatas—. ¡Las armas de los blancos matan de muy lejos!

—¡Ahí no hay nadie!

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡Se habrán ahogado todos!

—¡Pues aún peor, estarán sus cuerpos!

—¡Como si nunca hubieras visto uno!

—¡Cuerpos blancos! ¿Tú qué sabes lo que los españoles hacen después de muertos?

—¡Lo único que hacen es olvidarse de sus cosas! ¿No entiendes que todo lo que traen en ese barco puede ser nuestro?

Escudriñó a través del manto de lluvia tratando de identificar formas humanas en tierra, pero las dunas de agua y sal se habían tragado a los marineros. Solo quedaba la negrura, salvo cuando los rayos mostraban el balanceo del casco abierto. Otro feroz golpe de viento le obligó a girar la cara. Las gotas eran espigas.

—¡Haz lo que quieras! —resolvió Ribobò, adoptando un tono paternalista para disimular el pánico—. ¡Pero como te acerques demasiado a la orilla, las olas te llevarán para dentro!

Eso era cierto. El mar de Ureka tenía brazos largos. No sería la primera vez que robaba un niño en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Habrá gigantes! —intervino Tötyí desde su escondite.

—Pero ¿qué dices? —saltó Epa'á, apartándose de él con una mueca de repulsa.

—¿Quién si no puede remar esa barca?

—¿No temes a los gigantes, Ökkó? —siguió Tötyí.

—¡Yo solo sé que, si me quedo aquí parado, me moriré de frío!

Sus dientes castañeteaban, pero lo que le empujaba a moverse era el deseo de llevar a los viejos de la aldea los bienes que trajera el mar y convertirse en un héroe. Su padre, el miembro de la tribu que mejor conocía el bosque y guía oficial del jefe, había muerto un año antes y se sentía en la obligación de demostrar a sus vecinos que estaba a la altura. Solo necesitaba convencerse de que frente a él se extendía su playa de siempre, recorrer un tramo y tantear hasta que diera con algo que mereciera la pena. Tampoco es que fuera a jugarse la vida. Estaba oscuro y el temporal confundía los contornos, pero ya tendría cuidado de avanzar en la dirección correcta y aprovechar los instantes

de luz de los relámpagos para no caer en las hondonadas que formaban las corrientes.

Por si necesitaba algo para terminar de convencerse, en su árbol de las palabras había una que resonaba con más fuerza que nunca:

«Valor».

—¡Vosotros haced lo que queráis, pero yo voy! —sentenció.

Ribobò se irguió como un resorte empujado por su orgullo, pero otro rayo iluminó la goleta que, dado su inmenso tamaño, parecía estar a un paso. Se quebró el palo mayor y el viento hinchó el velamen que aún quedaba enganchado a los aparejos, mientras de sus entrañas salía un quejido metálico. El bubi volvió a agacharse y se cubrió la cabeza con los brazos, como si de esa forma pudiera evitar que el monstruo lo engullera.

Ökkó no esperó más. Tragó saliva, alzó la lanza como los cazadores y se encaminó hacia el frente.

Sus compañeros le observaron desde su escondrijo con incredulidad, admiración... y espanto, cuando una rama partida de los árboles que crecían junto a la cascada cayó latigueando y botó hacia donde él se encontraba. Escuchó sus gritos, se volvió y tuvo tiempo de arrojar al suelo, evitando *in extremis* que le seccionase la cabeza, pero no consiguió librarse de un corte profundo en el antebrazo.

Contuvo un alarido. Brotó la sangre. Le escocía. Cogió un puñado de barro que colocó como emplasto y apretó los dientes. Había ido demasiado lejos. Ya buscaría los restos del barco cuando la tormenta amainase, aunque eso supusiera compartir la gloria con los demás miembros de la tribu.

Mientras se recuperaba del susto con una rodilla hincada en la arena, vio que Epa'á agitaba los brazos.

No tuvo tiempo de interpretar la señal. De súbito sintió un golpe en la espalda, tan fuerte que le hizo caer de bruces. ¿Un barril arrastrado por una ola? Sin darle tiempo a reaccionar, algo enorme le agarró el cuello desde atrás y comenzó a apretar.

Era un marinero con una herida en el cráneo. Tal vez porque la sangre que había perdido le había hecho perder también el juicio, o porque le angustiaba la idea de haber sobrevivido a un naufragio para ir a parar a una playa de salvajes que se lo comerían vivo, seguía apretando la tráquea del muchacho como si acabar con aquella vida fuera lo único que podía dar sentido a lo poco que restaba de la suya.

Ökkó le hincaba las uñas sin conseguir que aflojara ni un ápice. Iba a morir ahogado, pero no iba a ser el mar quien se lo llevase, sino alguien a

quien ni tan siquiera había visto el rostro. Soltó unos puñetazos hacia atrás, pero era como dar contra un muro de adobe. Distinguió su lanza en el suelo. Estiró una pierna. Casi podía tocarla con la punta del pie. Tensó el cuerpo para ganar unos centímetros y consiguió asirla con el dedo gordo y el segundo. La levantó lo suficiente para cogerla con la mano, pero enseguida hizo aparición la palma callosa del marinero, que se la quitó de encima como si fuera la trompa de un mosquito.

A medida que se quedaba sin aire, fue serenándose.

Sus amigos Tötyí y Epa'á lo contemplaban horrorizados sin abandonar sus posiciones, tan bloqueados como Ribobò, que seguía agazapado. Pero en esos momentos en los que todo pasaba a una velocidad diferente, Ökkó no les echaba en cara que no lo ayudasen. Tan solo lamentaba que se les acabara su tiempo juntos. Quería cazar antílopes con ellos, subir al pico donde las nubes te engullen, enseñar a un loro a pronunciar sus nombres y echarlo a volar para que los repitiera a lo largo y ancho de la isla...

Abrazado a esos pensamientos, se dejó ir.

No se percató de que, unos metros más allá, un hombre alto se abría paso a través de la oscuridad y el manto de agua.

Lento.

Implacable.

Arrastraba los pies con aire agotado, tirando de un objeto largo parecido a una espada antigua que iba dejando un surco en el suelo. Las vestiduras oscuras hasta los pies, caladas por completo, se adherían a su cuerpo fibroso. La barba poblada y el pelo negro hasta los hombros también chorreaban. Su boca dibujaba un rictus durísimo, los músculos del cuello en tensión, los ojos salidos de las cuencas. Comenzó a santiguarse con una mano mientras, con la otra, seguía aferrado a lo que resultó ser una gran cruz de madera. Dio los últimos pasos hasta el lugar donde el marinero apretaba el cuello de Ökkó.

—¡Suelta al chico! —gritó.

Como única respuesta, las entrañas del barco emitieron otro lamento que la tormenta apagó con un trueno.

—¡Suéltalo, lo estás matando!

Para el marinero no existía el mundo.

Y Ökkó apenas estaba ya en él.

El hombre alto, envuelto en lluvia, no lo pensó más.

Levantó la cruz hacia un lateral con ambas manos como si fuera un martillo medieval, trazó una curva en el aire y con uno de los brazos de madera reventó la cabeza del marinero, que cayó desplomado.

Ökkó también se estampó de bruces en la arena. Permaneció así unos segundos hasta que sus pulmones reaccionaron. Aspiró más aire del que podía albergar, tosió, dolorido, rompiéndose por dentro, y se desmayó, hecho un ovillo a los pies de su salvador, no sin antes clavar la mirada en la cruz invertida que aquel utilizaba para mantenerse en pie.

*Casa del gobernador en Santa Isabel,
norte de la isla de Fernando Poo
En ese mismo instante*

Bella se acurrucó detrás de la puerta de entrada al salón, un escondite ideal para escuchar la conversación de los mayores sin ser vista. Le habían dicho que no tenía que tener miedo a la tempestad. ¡Como si fuera una niña! Ya había cumplido doce años, los suficientes para saber que lo que caía del cielo era solo lluvia, aunque fuese mucha más de la habitual. El gobernador llevaba toda la tarde jurando en arameo por el daño que iba a causar en las obras públicas y en los barcos fondeados en el puerto, y no era para menos. A través de la ventana podía ver cómo las palmeras se postraban como perros apaleados; y el techo de la vivienda tampoco parecía capaz de aguantar semejante tunda.

No era su hogar, sino una residencia provisional. Su padre, el farmacéutico de la colonia, había viajado a la Península para resolver unos flecos pendientes de la herencia de su esposa, fallecida cuatro años atrás; y entretanto la había dejado al cuidado de la mujer del gobernador, a la que consideraba la más confiable de las pocas blancas que vivían allí.

A Bella también le gustaba doña Ana. Era más joven que su marido y la trataba de forma amable. No así su hijo, Rufo, un chaval antipático que le hacía la vida imposible. Al principio no la miraba a la cara, pero en las últimas semanas entraba en su cuarto cada dos por tres sin llamar a la puerta, se tumbaba en su cama y la chinchaba y amenazaba con que, si decía algo, convencería al gobernador para que la echase de casa de inmediato.

De un modo u otro, aquellos tres meses con una familia ajena que tan largos se le habían hecho estaban tocando a su fin. Pronto aparecería en el horizonte la goleta que traía a su padre y podrían volver juntos a la selva a buscar ejemplares raros, como aquellas enormes orquídeas blancas cuyo

néctar atraía a los murciélagos. El farmacéutico le había transmitido su pasión por la botánica y pasaba horas sumergida en los libros de los naturalistas que había llevado consigo. El vivir en un mundo paralelo de plantas era lo que la ayudaba a sobrellevar cualquier situación, por difícil que fuera.

Un trueno hizo vibrar el suelo. Abrazó sus piernas y apoyó en las rodillas aquel rostro lleno de matices por el que se derramaban los bucles rubios. Tras la melancólica figura, bullía un corazón rebelde que se dejaba entrever ya en su atuendo, un peto con tirantes que nunca se quitaba. Todos habrían preferido verla con un vestidito largo con enaguas, modesta y femenina, como mandaban los cánones victorianos, pero ella era diferente, y quería sentirse libre para saltar por encima de los arbustos y tirarse al suelo sin destrozarse las rodillas. A su padre, cualquier cosa que vistiera le parecía bien mientras le acompañase en sus salidas, así que lo que pensasen los demás le preocupaba menos que nada.

Escudriñó el salón a través del quicio de la puerta. El gobernador estaba sentado en su sillón de mimbre. Era robusto como su voz, con la que inundaba las estancias sin esforzarse. Andaría en los cuarenta y tenía más pelo en el tupido bigote acabado en punta que en la cabeza, cuya calva apenas lograba cubrir peinándose hacia un lado con un agua de colonia que dejaba una aureola mareante por donde pasaba.

A su lado estaba Martín Quesada, un finquero soriano de la misma edad consciente de su atractivo y de mirada profunda, que aguantaba paciente el monólogo del gobernador en otro sillón parejo que crujía cuando cambiaba de postura.

El cielo volvió a partirse en dos y Bella sacó del bolsillo un pedazo de corteza de árbol y aspiró con fuerza. No fallaba, era acercarlo a la nariz y generar ese efecto tranquilizador, como si se tratara de un aceite esencial de lavanda. Cuando estaba nervioso por algo, el farmacéutico utilizaba aquel remedio que ella había hecho suyo durante su estancia en casa ajena. Respiró hondo, cerrando los ojos para que el aroma penetrara aún más. Solo es lluvia, repitió para sí bajo el estruendo de millones de gotas en el tejado de chapa.

En el interior de la sala, los hombres parecían tener otros remedios para ahuyentar al miedo.

—Acércame el wiski —dijo el gobernador.

—Cómo se nota que estás acostumbrado a mandar.

—Coño, Martín, que llegamos aquí a la vez y llevamos tiempo tuteándonos. Ahora resulta que voy a tener que medir las formas contigo.

El finquero sonrió y estuvo a punto de plantarse. Desde que se hizo cargo de la factoría de cacao tres años atrás en un campo en dirección a Punta Hermosa, era él quien daba las órdenes. Pero se levantó con calma, cogió la botella y se la pasó a su anfitrión. No es que fueran amigos, pero se brindaban cierta confianza. Mejor así con la persona que concentraba todo el poder del Estado en la colonia. El gobernador ni siquiera estaba sometido al orden constitucional, por lo que en aquella isla podía hacer más o menos lo que le saliera de los galones. Por eso había ido a verle esa tarde, para pedirle que agilizase los trámites de una nueva concesión de tierras que había solicitado para ampliar su explotación.

Este se sirvió e hizo tintinear los hielos antes de dar un trago largo que le mojó el bigote.

—Tenían que haber llegado ya —lamentó.

En su escondite, Bella abrió los ojos de par en par. Rogó para que no estuvieran hablando del barco en el que viajaba su padre.

—Tal vez cambiaron el rumbo al ver la que se avecinaba —opinó Martín.

—Si es que tuvieron tiempo de verlo.

—No seas cenizo.

—Con el agua salada que me ha tocado tragar en mis destinos podría llenarse un pantano, pero aquí me tienes, vivito y coleando. ¿Y sabes por qué? Porque llevo toda la vida en el mar y sé cómo funcionan las cosas. Te aseguro que preferiría no tener tan claro lo que ha pasado.

El finquero se giró hacia la ventana.

—Nunca había visto una tormenta igual.

—Menos mal que me has hecho caso y no has salido hacia la finca.

—Pero esto no para y en algún momento tendré que irme; no voy a dormir en tu casa.

—No creo que esta noche vayamos a dormir ninguno.

El gobernador apuró el vaso de golpe y se sirvió otro sin preocuparle lo que pudiera pensar su invitado. El reglamento decía que para ser designado para el puesto bastaba con ser militar con el grado de brigadier —los últimos habían sido capitanes de fragata—, pero había otros requisitos no escritos, como tener huevos de toro. No todo el mundo valía para meter en vereda a los nativos. Cada día tenía que bregar con esa panda de amenazas con patas que ponía en peligro a la bandera española. Por eso, si le apetecía otro wiski, se lo servía y punto.

—¿Por dónde has navegado más? —abrió conversación Martín.

—Filipinas, las colonias antillanas... Pasé mucho tiempo en Cuba.

—Por lo visto, aquí es donde más rotáis.

—¿Ya quieres echarme?

—Por mí quédate para siempre.

El gobernador resopló. Aunque hubieran seguido a rajatabla las recomendaciones de salud e higiene, ninguno de sus antecesores había aguantado más de un par de años antes de regresar a la metrópoli consumidos por las enfermedades. Eso si no habían fallecido antes en Santa Isabel o, como también se había dado el caso, en el viaje de vuelta, dando el último suspiro en una triste escala en Liberia. A él le había tocado un período complejo y no podía escaquearse. Justo en ese momento se celebraba en Berlín una conferencia internacional en la que los embajadores de las grandes potencias europeas se repartían el continente negro como si fuera una tarta que pudiera cortarse a su antojo. Se estaban negociando fronteras y protocolos para su explotación comercial que cambiarían el panorama africano para siempre, por lo que España necesitaba a alguien experimentado al mando de su colonia hasta que ese proceso culminase.

—Y tú —se defendió—, ¿cuándo vas a volver a Soria con tu mujer? ¿O quieres pasar el resto de tu vida tirándote negras?

—Espero que no pienses de verdad que hago eso.

—A ver, que no tengo un telescopio para ver a lo que te dedicas en tu finca, pero con algo habrás de matar el tiempo.

—Pues yo sí sé lo que hago: trabajar. Estoy aquí para ganar dinero.

—Para eso has venido a verme, ¿no? Para que le dé brío a tus papeles. Pues que no te entre la prisa, que las cosas hay que hacerlas como Dios manda. A ver si encima voy a buscarme yo un lío por ayudarte a que te hagas rico para que por fin esté contenta tu parienta.

—Vaya nohecita que llevas —bufó Martín, aunque no podía negar que esa había sido su intención.

—Que no hablo de ti en concreto, ni tengo idea de lo que pasa en tu casa, donde seguro que preparan unos cocidos para chuparse los dedos. Pero casi todos los que ponen millas náuticas por medio lo hacen para alejarse de alguna miseria. Y las miserias ni se quedan en el puerto de origen, ni se caen al mar por el camino como si fueran un baúl mal amarrado. Somos lo que somos, aquí y allá.

—¿De quién hablamos ahora?

—Yo qué sé...

Martín pensó que el gobernador, al menos, tenía a su familia consigo.

—¿Qué tal tu esposa?

—¡Ana! —la llamó aquel.

—¿Qué haces? No la molestes...

—¡Ana!

Bella escuchó pasos y se acurrucó más aún detrás de la puerta para evitar que la señora la descubriera al pasar. Doña Ana tenía una sonrisa agradable y siempre vestía de colores claros, lo que la dotaba de un aspecto más juvenil del que correspondería a sus treinta y cinco. Esa noche, desafiando a la negrura con la que la tormenta había teñido los corazones de todo Santa Isabel, se había atrevido con un rosa palo estampado de flores diminutas que parecían haber brotado en la tela de forma espontánea. No podía decirse que fuera delgada, pero tampoco demasiado fuerte. Lo justo para cumplir con los requerimientos físicos de la colonia sin perder el toque de mujer elegante de la metrópoli. Tenía un pequeño lunar junto a la comisura de los labios que captaba la atención, una mínima ruptura en la perfección del rostro que se convertía en una declaración de intenciones.

—Encantado de verla, doña Ana —la saludó Martín, levantándose.

—Quítame el «doña», por favor, que bastante mayor me hace ya el calendario.

—Como quieras —aceptó. Habría añadido que el tiempo no pasaba por ella, pero decidió ser prudente.

—Nuestro amigo preguntaba por ti —dijo el gobernador.

—Y también le decía que ni se le ocurriera molestarte.

—No te preocupes, soy yo la que no ha querido entrometerse.

Se permitió observarlo durante unos segundos. La noche que los presentaron, al poco de ser destinados a la isla, ya le pareció un seductor. Alto y atlético, con brazos protectores y una contenida masculinidad en el rostro. No era el más refinado vistiéndolo, pero ¿quién lo era en Santa Isabel? A los pocos minutos de enfundarse la camisa ya estaban sudando la gota gorda, por lo que le perdonaba que se soltase algunos botones para que entrase el aire. Tampoco tenía un bigote de concurso como su marido, pero mantenía el pelo bien peinado hacia atrás con pulcritud. Y, cómo no, era valiente. Si cerraba los ojos y pensaba en los hombres que le habían causado una impresión favorable a lo largo de su viajera vida de oficial consorte, su mente revisitaba a genios y artistas; y Martín, en cierto modo, pertenecía a ese grupo. No pintaba cuadros ni componía música, pero se había embarcado hacia el otro extremo del mundo para construir un negocio donde otros solo veían peligros y dificultades, lo cual le parecía un meritorio despliegue de creatividad.

Se sorprendió a sí misma en aquellos pensamientos mientras el finquero la contemplaba con una intrigante sonrisa, por lo que regresó veloz a su rol de anfitriona con la pregunta más neutra que encontró:

—¿Cómo va todo?

—Pues mal —se adelantó a contestar el gobernador, mojando con otro trago el desasosiego por la falta de noticias del barco—. Esa goleta transporta muchos barriles con materiales y productos que precisamos, pero sobre todo muchos brazos necesarios para sacar adelante esta colonia.

Ana se acercó a la ventana y juntó las manos como si estuviera orando.

—¿También ese empresario de Santander? —preguntó.

El gobernador asintió y explicó a Martín:

—Se llama Garayar y tiene previsto hacer escala en Fernando Poo antes de seguir hacia el continente. Ese no es como tú, y lo digo sin acritud. Viene ya con los bolsillos llenos y lo que busca es llenarlos más aún. Sabe que, en el futuro, el verdadero negocio estará en la madera.

Martín se quedó pensativo, con esa sensación incómoda de estar perdiéndose algo.

—¿Para tanto es?

—Para tanto y para más. No veas los árboles que hay en Río Muni.

Así se conocía a la región situada más al sur de la franja continental que pertenecía a España por los antiguos tratados internacionales y que, junto con Fernando Poo y otras cuatro islas mucho más pequeñas, conformaban sus territorios en el golfo de Guinea.

—Supongo que hay que ser muy ambicioso para adentrarse allí y enfrentarse a los caníbales.

—Y a los jodidos franceses —completó el gobernador—, que tienen otro tipo de hambre, pero igual de imparable. Devoran todo el territorio que se les pone por delante, como si África entera fuera suya. Y, como nuestros políticos no se deciden a explotar esa zona por algún motivo que todavía no alcanzo a comprender, se lo ponemos más fácil aún. A ver si las cosas dan un giro. De momento he oído que Manuel Iradier está preparando un nuevo viaje de exploración que seguro servirá para abrir camino.

—¿El vitoriano? —celebró Ana.

—Ese tío sí que los tiene bien puestos. Hace diez años pasó meses haciendo incursiones en la selva él solo, tomando como base el islote de Elobey que hay frente al estuario del Muni; y si paró fue porque las fiebres estuvieron a punto de llevárselo por delante.

No exageraba. Si se sabía algo de las posesiones españolas en la zona continental de la colonia, era gracias a sus estudios de campo. Era un erudito al que no le importaba navegar contra el viento para dar salida a la vena exploradora que guiaba sus pasos desde niño. El propio Stanley, el viajero más popular de la época, fue quien en su día le impulsó a embarcarse en una aventura que había marcado un antes y un después en la colonia. Así que su posible regreso era una buena noticia para todos. Hizo un brindis al aire para honrar su valor.

—Volviendo a los árboles —siguió pensando Martín en voz alta—, entiendo que harían falta concesiones para talar y sacar de allí los troncos.

—De momento nadie se ha metido a regular eso, habría que ir viendo. —Hizo una mueca—. ¿Qué pasa, que te apetece ampliar el negocio? Ay, ay, ay, que aquí tenemos a un soriano que no tiene ganas de volver a casa.

—¿Quién más viene en el barco? —desvió Martín, hastiado de un tema al que no quería seguir dando vueltas, menos aún delante de Ana.

—Que yo sepa, otro monje claretiano para seguir engordando la congregación. Y, claro, el padre de la niña.

—¿El farmacéutico viaja en la goleta?

El gobernador asintió y dijo con aire dramático:

—Menuda papeleta.

—Bueno, no adelantes.

—No es adelantar. Ese barco se ha hundido, seguro.

Bella soltó un gritito desde detrás de la puerta.

Ana se dio cuenta, lanzó un gesto de reproche a su marido y fue, calmada, a sacar a la ratita de su escondite.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo de forma animada.

Bella se puso en pie.

—No estaba escuchando.

—Claro que no. ¿Quién va a querer oír lo que dice esta pareja de aburridos? Anda, ven conmigo a la cocina.

—Entrad, que no mordemos —la reclamó el gobernador.

Ana dudó. Sabía que era el momento de alejarse, pero no quería enfrentarse a su marido delante de Martín. Permaneció de pie bajo el dintel con las manos sobre los hombros de la muchachita, que también esperaba a que el señor lo pensase mejor y les diera la venia para marcharse. Pero lo que este hizo fue apurar el vaso y decir:

—No hay nada más honroso que morir en el mar. Si se lo ha llevado por delante la tormenta, tal vez le haya hecho un favor.

—Por el amor de Dios. —Ana tapó con las manos los oídos de Bella—. ¿A qué viene esa barbaridad?

—¿Acaso es mejor consumirte por las fiebres? Yo, al menos, antes que morir en una cama, me pego un tiro.

Martín apretó los labios, abochornado. Al ver que Ana no reaccionaba, se decidió a salir al paso.

—Eso tampoco tiene por qué ocurrir.

—Es una cuestión de estadística. En los inicios, la mitad moría nada más poner un pie aquí y al resto se los terminaban llevando de vuelta a casa entre pústulas y fiebres; y hoy en día no hemos mejorado tanto. Lo que más me sorprende es que hayamos seguido viniendo.

—Nadie nos ha obligado —sacó pecho el finquero.

—Tienes razón. Los seres humanos no estamos hechos para vivir al amparo del braserito de la abuela. Pero eso no quita para que esta isla sea como una trampa mitológica que te atrae por su belleza y después te conduce al infierno.

—Al menos ahora te pones poético. Se agradece el esfuerzo.

—La que realmente habla bien es Ana —dijo, reteniendo de nuevo a su mujer, que había dado media vuelta para llevarse de allí a Bella—. Y ¿sabes por qué? Porque es como tú, lee libros de verdad. Yo me paso el día entre informes.

Martín disfrutaba mucho cuando tenía la oportunidad de compartir un rato con ella, algo que hasta ese momento siempre había ocurrido de pasada y en lugares públicos. Desprendía un halo de naturalidad, como una enfermera en tiempos de guerra, que le empujaba a bajar las defensas y dejarse acariciar por su voz. Y, qué demonios, le resultaba muy atractiva físicamente. No tenía sentido engañarse, con aquellos pensamientos no hacía daño a nadie.

—No sabía que te gustaba leer, Martín —se complació ella.

—Más que gustarme, devoro páginas. Es una enfermedad que tengo desde pequeño.

—Bella también es aficionada a los libros, ¿verdad?

—A los de botánica de mi padre —contestó esta.

—¿Qué estilos prefieres tú? —siguió preguntando Ana a Martín para no hablar del farmacéutico—. Yo me desvivo por las novelas por entregas.

—Me apasiona la historia.

—Entonces sabrás que desde esos inicios terribles de la colonia de los que habla mi marido han pasado décadas —dijo, sobre todo para que lo escuchara la muchacha.

—¿Qué ha cambiado? —refunfuñó el gobernador.

—Para empezar, nuestros predecesores se alojaban en la fragata Santa Isabel porque no había una sola casa salubre en toda la ciudad. Si te parece poco cambio...

—¿Llamas salubre a este agujero? —rio mientras se servía otro vaso. Vació la mitad de un trago y se dirigió al finquero—. Lo que no se puede negar es que venimos de un país de toros bravos. Cada español que ha puesto un pie en esta isla se sentía capaz de escribir su nombre en esos libritos que te gusta leer.

—¡Deja ya al pobre Martín!

—No tengo intención de convertirme en un héroe —replicó este—, pero tampoco me disgusta la idea de tener una historia que contar a los míos.

—Todas las historias de esta colonia acaban mal —sentenció el gobernador, volviéndose hacia la ventana.

Entonces sí, Bella se desembarazó de Ana y corrió a encerrarse en su habitación.

3

Ökkó escuchó su nombre en sueños.

Apenas podía abrir los ojos. Le dolían el cuello y los brazos, doloridos por la fuerza que había hecho en su intento de zafarse del marinero. Haces de luz se filtraban entre los troncos de helecho de las paredes. Se fijó en la techumbre inclinada de grandes hojas de palma. Respiró, aliviado, al tomar conciencia de que estaba en la choza que habitaba con su madre. Intentó incorporarse sobre la estera de paja. Hasta cambiar de postura le costaba, pero debía mostrarse agradecido. El monstruo no había terminado con él.

¡Ökkó!, retumbó de nuevo en su cabeza.

Se giró hacia la entrada. Al contraluz, tres siluetas.

—¡Ya os decía yo que estaba despierto! —exclamó una de ellas.

Lo primero que distinguió fue el rostro atravesado por las ocho patas de araña de su amigo Ribobò. Este se agachó a su lado y lo zarandeó con poca delicadeza.

—Déjale tranquilo —le riñó Epa'á—. Ni se entera de que estamos aquí.

—Sí que me entero.

—¿Veis? Lo único que pasa es que es un poco blandengue. No sé cómo le dejamos pertenecer a los cuatro de la tormenta.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Tötyí.

—¿Tú qué crees?

—Me duermo un rato y ya le has puesto nombre a la banda —dijo Ökkó, reuniendo fuerzas para pronunciar la frase de seguido.

—¡Llevas dormido muchísimo más que un rato! —siguió a la carga Ribobò—. Blandengue...

—Deja de decir eso —se cansó Epa'á—. Ökkó es el único que se atrevió a adentrarse en la playa.

—A ver si nos callamos.

—Eso es lo que querías tú.

—Si sigues hablando, te llevarás un puñetazo.

—¿Pero es la verdad! ¿Qué clase de jefe eres?

—¿No viste las estacas que salían despedidas por el viento?

—¿Qué estacas? ¿El barco estaba lejísimos!

—Y la vela, ¿tampoco viste cómo se hinchaba?

Abrió y cerró los brazos en lo que parecía una mala imitación de un pavo real.

—Bajad la voz —suplicó Ökkó, volviendo a recogerse en posición fetal.

—Fue una locura. Cuando el marinero te agarró el cuello... ¡Yiiii! —intervino Tötyí, calcando el chillido de algún animal.

La nebulosa de recuerdos que vagaban por su mente se concretó por fin en una escena vívida. Volvió a sentir la asfixia, la vida que se le iba y, de pronto, saliendo de la nada, la figura que arrastraba la enorme cruz como un cangrejo tirando de su concha. También se vio levantándose del suelo sin fuerzas, tambaleándose al ritmo irregular de la respiración que a duras penas iba recobrando, alejándose del misionero para ir a caer en brazos de sus amigos, de nuevo juntos los cuatro de la tormenta —qué acertado le parecía ahora el nombre—, quienes lo trajeron de vuelta a la aldea.

Les habría dado las gracias, pero comenzó a temblarle una pierna. No podía pararla.

—¿Estás bien? —se percató Epa'á.

—Solo quiero que me dejéis en paz.

—De eso nada —replicó Ribobò—. Nos vamos de expedición a la playa.

Los ojos de Ökkó se abrieron de par en par. Eran grandes y expresivos, verdes como la selva sobre un blanco intenso que, desde la noche anterior, atravesaban ríos de sangre. No podía volver al lugar del naufragio. Solo de pensarlo aumentaba el traqueteo a la altura de la rodilla. La presionó contra el suelo con la mano, como si inmovilizara a un cuerpo extraño.

—¿De verdad no tuviste suficiente?

—¿Suficiente de qué?

Fue a restregarle que, después de llevar meses machacándoles con que era el jefe de la banda, a la primera de cambio se había comportado como un ratoncillo asustado. Entonces observó su expresión ingenua sobre el cuerpo hiperdesarrollado y se impuso la compasión. Como alternativa para no tener que ir y tampoco parecer un cobarde, le mostró la herida del antebrazo.

—¿De qué te quejas? —saltó Ribobò—. Ni siquiera se ha infectado.

—Esta vez no vamos a ir solos —le tranquilizó Epa'á mientras se rascaba su nariz, tan grande que le llevaba un rato hacerlo.

—Y ¿quién va a acompañarnos? —preguntó Ökkó.

—La aldea entera.

—No sé qué esperan encontrar. El mar se lo habrá tragado todo.

—Mi padre se ha acercado hasta lo alto de la cascada y dice que la orilla está llena de barriles —informó Ribobò—. ¿Quién quieres que se los quede, el marinero muerto?

—¡Yiiii! —volvió a chillar Tötyí—. Tendrías que haber visto cómo el otro le reventaba la cabeza.

—Quizá era el dios —anotó Epa'á.

—No lo menciones —se alarmó Ribobò, consciente de que pronunciar en voz alta el nombre de la divinidad suponía perturbar su reposo. Ya habían tenido bastantes problemas la noche anterior como para buscarse otro con el «innombrable».

—Me refiero al dios de los blancos.

—Ahora entiendo cómo pudo hacerlo —aceptó Tötyí, y reprodujo a cámara lenta el momento en el que el hombre alto volteaba la cruz en el aire.

—Pero el blandengue aguantó —retomó Ribobò, volviendo a agacharse para envolver a Ökkó en una llave y rodar con él sobre la estera.

Incapaz de imponerse de otra forma, siempre terminaba usando la fuerza para someter a sus amigos. Era exactamente lo mismo que hacía su padre, un gigante llamado Momokobo que comandaba a los guerreros de la tribu. Cada poblado tenía su pequeña tropa y él había ido ascendiendo en el escalafón a base de golpear al resto con más fuerza.

Al zafarse, la herida del brazo de Ökkó comenzó a sangrar por un extremo.

—¡Mira lo que has hecho!

Ribobò se estiró para coger una campana de madera labrada de las que se utilizaban para marcar el compás en los bailes y la agitó de forma desordenada. Epa'á y Tötyí salieron fuera, cansados de aguantarlo. Aquel arrojó el instrumento al suelo y les siguió mientras voceaba que ya estaban tardando en volver a la playa.

Al poco de quedarse solo, apareció su madre. No era tan alta como otras mujeres de la aldea, pero tenía las piernas rectas e iba siempre con la barbilla alzada, lo que le otorgaba un porte que compensaba su tamaño. Recogió del suelo la campana y, ya de paso, unas pieles resacas de calabaza con adornos ondulantes que utilizaban como platos en lugar de las habituales hojas y cortezas de árbol. Lo recolocó todo sin prisa sobre un tocón de madera junto a

un puchero de cerámica negra y, entonces sí, se sentó en la estera al lado de su hijo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

—No sé si creerte...

Era difícil engañarla. Se llamaba Urí, que era como se conocía en el sur de la isla a la gran madre del universo. Situada en lo alto de la jerarquía espiritual y poseedora de las energías de la tierra y el mar, la diosa era la encargada de hacer brotar los árboles y de que manase agua de las cascadas e hijos de los vientres. Al igual que esta hacía en la aldea de la bóveda azul, Urí se ocupaba de preparar los festivales y presidir los ritos de la fecundidad en su poblado terrenal. Estaba al tanto de todo, así que de nada servía fingir.

—Me escuece la herida.

—¿Cómo se te ocurrió ir a la playa en mitad de la tormenta?

En la pregunta no había reproche, sino preocupación y un deje de curiosidad. Ökkó se defendió hablando desde la frustración que sentía al no haber podido culminar la tarea que se había propuesto:

—Fue por ti.

—¿Cómo?

—En nuestro árbol está la palabra valor. Tú me la enseñaste.

Urí se tomó unos segundos antes de replicar. En el interior de la choza, el polvo removido del suelo destellaba a media altura como estrellas a la deriva.

—En ocasiones, tener valor significa quedarse quieto y que no te importe lo que piensen los demás.

—¿Eso es lo que habrías querido que hiciera mi padre, quedarse quieto?

No esperaba aquella reacción. Su esposo falleció porque entró a mediar en una pelea entre dos vecinos, uno de los cuales le seccionó el cuello sin querer con un cuchillo al quitárselo de encima. Se dio cuenta de que era la primera vez que su hijo sacaba el tema. Respiró hondo, tomando conciencia de que el cachorro que había sido hasta entonces se le escapaba como el agua del mar entre los dedos.

—Tener valor también es admitir que no podemos con todo y pedir ayuda. Solo la diosa puede con todo.

—¿Ayuda?

—¡Sí, ayuda! ¿Qué te parece? —celebró Urí—. Acaba de brotar una palabra nueva en nuestro árbol.

—Hoy no estoy para eso.

—Será suficiente con que recuerdes que nadie puede caminar solo. Ninguno de nosotros se ha levantado a pulso al nacer, hemos llegado porque alguien se ha agachado para ayudarnos. Y después sigue siendo así. Si anoche no te hubieras servido de los brazos y piernas de tus amigos, hoy no estarías aquí. Tu árbol se está haciendo muy frondoso. ¿Cuántas hojas tiene ya?

En cada aldea, el árbol de las palabras era aquel bajo el que se escuchaba a los ancianos, se compartían sueños y se dirimían los conflictos. No tenía por qué ser el más alto; lo importante era que su sombra invitase a buscar cobijo. Y no solo para protegerse del sol. Los demonios del alma azotaban aún más que el calor, y el mejor remedio para aplacarlos eran las historias que los más viejos narraban con la espalda apoyada en el tronco.

Pero Urí no hablaba de ese árbol.

Cuando quedó viuda, se le ocurrió plantar otro que fuera solo suyo y de su hijo, que solo ellos conocieran y pudieran ver. «Las hojas de nuestro árbol serán palabras», le explicó, y ese mismo día brotó la primera:

Tierra.

«Todo lo que existe parte de la tierra y regresa a la tierra. Las plantas, el agua. También la piel y la sangre de las personas, porque nuestras madres han comido esas plantas y bebido esa agua, y después de muertos somos los insectos que reptan por el suelo y el humo que expulsa el volcán. Por eso has de honrar y cuidar todo lo que te rodea como lo que es: una parte de ti mismo. Tú, hijo, al igual que tu padre y todos los demás, eres la tierra».

Cada palabra venía acompañada de una explicación como la que también acababa de dejar caer al hablarle de la ayuda, lo cual hacía que aquel árbol único fuera su mejor legado. Gracias a él, Ökkó siempre tendría un lugar donde resguardarse y encontrar la herramienta adecuada para salir adelante. Cuando se enfrentase a una dificultad, le bastaría con cerrar los ojos y buscar la hoja adecuada.

—Déjame ver la herida —le pidió.

Escupió en el brazo para limpiar el polvo que se había pegado a la sangre y acercó un cuenco en el que había unas fibras algodonosas que pasó por el corte para ayudar a que cicatrizase. Las extraía de la parte posterior de las ramas del *obílá*, la palmera de aceite que crecía alrededor del poblado y de la cual también sacaban el palmiste, que hervido con picante y sal era el mejor remedio para aplacar la tos con flemas. En realidad, de aquel árbol se utilizaba todo menos las venenosas raíces, y Urí sabía bien cómo obtener el máximo beneficio de cada parte.

—¿Y el temblor de la pierna? —preguntó él.

Se estaba haciendo mayor, pero no tenía pudor en exhibir su vulnerabilidad.

—Se te pasará. Eres como tu padre.

—¿Era muy valiente?

Urí se arrepintió de haber retomado el tema, pero esta vez no había rabia en la pregunta.

—Mucho.

—Y entonces, ¿por qué murió tan pronto?

—Por ser muy valiente.

El padre de Ökkó era la mano derecha del *botuku* —como se conocía al jefe de cada comunidad—. No le gustaba perder la cabeza con el destilado de resina que otros tomaban a menudo, ni pasar el día sentado a la puerta de la choza viendo cómo las mujeres molían el grano. Se internaba en la selva por la mañana y siempre regresaba con algo: hongos sabrosos, pequeños antílopes y plantas con las que Urí preparaba brebajes que curaban ardores y otras dolencias. Podía recorrer la jungla con los ojos cerrados como un murciélago, adivinaba huellas en el suelo húmedo, aunque fueran de primates más ligeros que el aire, escuchaba el temblor de las aves escondidas en los arbustos. Esa facilidad para entender la naturaleza le había llevado mucho más lejos de lo que había llegado cualquiera de sus vecinos. Incluso había visto en persona al rey Moka, líder de todos los bubis. El *botuku* tenía que asistir a una ceremonia en el cráter de un volcán extinguido donde vivía y lo llevó de acompañante, no solo como guía, sino también en calidad de sucesor —había perdido a sus dos hijos por un mal del vientre y quería dejar la aldea en manos de alguien que diera la talla, por lo que fue una ocasión inmejorable para anunciar a su protegido—. Al regresar de aquel viaje, el padre de Ökkó contó que Moka vivía envuelto en un enjambre de niños que lo acompañaban a todas partes como un ejército extraño, y que su mirada infundía respeto y temor a las tres mil almas que vivían a su amparo en las altas montañas. «¡Tenía todo el cuerpo embadurnado de violeta!», exclamó aquel día con los ojos aún brillantes de la emoción.

Urí quería ese brillo para su hijo. Su mayor deseo era que, siguiendo la estela exploradora de su padre, rompiera las barreras de espino que rodeaban la aldea e hiciera algo que no fuera pasar el día sentado en la playa frente a un mar que ni siquiera sabían aprovechar. Jamás había compartido este anhelo con nadie, dado que la relación de las demás madres bubis con sus retoños era muy diferente. De bebés guardaban con ellos una fría distancia para no apegarse a unos seres que, posiblemente, fueran a fallecer en los primeros

años de vida. Y, si algún hijo varón lograba superar la infancia, pasaba a convertirse en una fuente de alimento y protección, por lo que la mera idea de animarlo a alejarse de la casa familiar sería considerada una aberración. Pero Urí no era como las demás.

Quería ese brillo para su hijo...

Pero no iba a tenerlo fácil.

Momokobo, el padre de Ribobò, se abalanzó en el interior de la casa.

Debido a su cuerpo de cíclope, tuvo que ponerse de rodillas para pasar por el escueto hueco de entrada; y, al alzarse en el interior, aun en el punto donde el techo era más elevado lo rozaba con la cabeza. Tenía el rostro atravesado por las mismas líneas tatuadas que le había hecho a su hijo, una marca diferencial de su familia. Los observó con soberbia.

—¿Qué haces aquí?

—¿No crees que ya es hora?

Desde el día del incidente que le robó a su esposo, Urí sobrevivía y mantenía a su hijo con lo que recolectaba y obtenía a cambio de ocuparse de los rituales. Gracias a eso no había tenido que ceder a la insistencia del gigante, que quería convertirla en su concubina. A pesar de que en la etnia abundaba la monogamia, a muchas viudas no les quedaba otra opción que unirse con el hombre que las reclamaba. Y, para cerrar el acuerdo, la mujer solo necesitaba el beneplácito del difunto, para lo cual se afeitaba la cabeza y colocaba el cabello bajo una piedra de la playa de forma que las olas del ancho mar pudieran llevárselo hasta la región de los muertos.

—Márchate.

—Tu hijo estuvo a punto de morir anoche.

—Mi hijo está perfectamente.

—Gracias a que el mío lo sacó de esa playa.

Ökkó fue a intervenir, pero Momokobo lo clavó a la estera con la mirada. A saber lo que habría contado Ribobò... Se contuvo. Solo quería que aquel bastardo se fuera cuanto antes.

—Sal de mi casa —le ordenó Urí.

—¿Por qué no aprecias el que haya venido a buscarte? Podría asaltarte en un camino.

—Eso es lo que más te gustaría.

—Ten cuidado. El que te llames como la diosa no te da derecho a ofenderme.

Ella sonrió con resignación.

—No solo me llamo como la diosa, soy su representante en esta aldea. Y no quiero nada de ti, ni tan siquiera ofenderte.

—Te advierto que no volveré a rebajarme...

—Mejor —saltó Ökkó por fin, echando mano de la hoja del valor con la misma falta de acierto que en la playa.

Momokobo fue hacia donde estaba tumbado en el suelo y le atizó una patada en la tripa que le hizo enrollarse sobre sí mismo.

—¡A mí, una rata como tú no me dirige la palabra! —gritó, y le pisó la cabeza mientras Urí se lanzaba contra él chillando.

Echó una mano hacia atrás para contenerla y presionó con el pie la cara del muchacho, con tal fuerza que en cualquier momento se esparcirían los sesos por el suelo. Ökkó tiraba del tobillo hacia arriba, pero era como intentar arrancar un árbol. Urí soltaba puñetazos que terminaban en el brazo duro del gigante.

—¿Así pretendes convencerme para que me una a ti? —gritó—. ¿Matando a mi hijo?

El guerrero se olvidó del muchacho, que palpó el cráneo para ver si estaba todo en su sitio, y se volvió hacia ella como si tal cosa.

—Me odias por lo que le pasó a tu marido.

Urí respiró dos veces, consciente de que, si no recuperaba el control y apaciguaba los ánimos, ni ella ni su hijo saldrían vivos de aquella choza. El día del fatal accidente de su esposo, si este tuvo que intervenir para separar a los dos vecinos, fue porque Momokobo, que también estaba presente en la riña, no movió un dedo. Como jefe de los guerreros, era él quien tenía que haber puesto orden, pero se limitó a jalearlos mientras reía a carcajadas hasta que la hoja del machete trazó una curva con mala fortuna. En realidad, eso era exactamente lo que buscaba, quitarse de en medio al favorito del *botuku*. Una vez muerto este, Urí sabía que el gigante esperaba su oportunidad para terminar también con la vida de Ökkó y eliminar de raíz la única estirpe que podía dificultar su futuro ascenso al trono de Ureka.

—Yo no odio a nadie —dijo con ira contenida—, y menos a ti. No puedo sentir nada por un montón de mierda de mono. Te crees un héroe a la espera de su gran batalla, pero lo único que inspiras es miedo. Así nadie te seguirá nunca hasta la muerte, que es como se sigue a los verdaderos jefes.

—Cuando te mueras de hambre y vengas a suplicarme que te monte, te escupiré en la cara.

—¡Fuera de aquí!

Momokobo tensó los músculos del pecho y mostró las encías superiores con rabia animal. Durante unos segundos se le pasó por la cabeza el arrojarse sobre ella y poseerla allí mismo, pero se limitó a vomitar entre dientes un desprecio cargado de toda su fuerza maléfica y salió de la casa.

Ökkó se incorporó de golpe, tan asustado por la agresión física como por la maldición.

—¿Qué va a pasarnos?

Urí intentó parecer serena.

—No te preocupes, hijo, tú siempre saldrás adelante.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

—Ya te he dicho que eres valiente como tu padre.

—Pero yo no quiero morir.

—Todos vamos a morir. Lo importante es vivir entretanto.

Sacó un peine de hueso con el mango decorado a base de círculos y triángulos que siempre llevaba consigo. Trató de deshacer unos nudos de pelo y después pasó los dedos por las púas, haciéndolas sonar como si fuera un instrumento musical.

—Hacías eso cuando quedaste viuda —se percató el chico.

—Observador como un búho de verdad —dijo Urí mientras abría mucho los ojos. Ökkó dio un respingo—. ¿Creías que no sabía que te llamaban así?

Ella volvió a guardarlo en el zurrón donde metía las hierbas que iba recogiendo por los caminos y se dispuso a marchar.

—¿Adónde vas?

—A la asamblea. Tú no te preocupes de nada, tienes que descansar. Y tampoco quiero que te cruces hoy con ese bestia.

Antes de salir, la curandera señaló su tobillo derecho, rodeado de cordones de palma con fragmentos de conchas redondeados. Aquellos abalorios eran la moneda que regía en la aldea. Una gallina podía comprarse por veinte hilos de veinticinco piezas ensartadas; una cabra, por cien.

—Aunque tuviera toda la pierna cubierta de estas cuentas —le explicó a su hijo—, o las dos piernas y ambos brazos y hasta el cuello, su valor sería mucho menor que una sola hoja de nuestro árbol. Recuérdalo siempre.

Ökkó giró sobre sí mismo en la estera. Su madre tenía razón, necesitaba dormir. Pero al poco de quedarse solo pensó que no quería ser el único ausente en la asamblea, por lo que hizo de tripas corazón con los dolores que tenía por todo el cuerpo, se puso en pie, metió la cabeza en la olla de hierro que, cuando no se utilizaba para cocinar dátiles en las ceremonias, servía como recipiente para el agua, y caminó chorreando hacia la choza del *botuku*.

Había sobrevivido al ataque del marinero. Tenía que demostrar a sus vecinos que no era un debilucho. Su padre, en la aldea celestial, iba a sentirse muy orgulloso cuando lo viera aparecer erguido ante todos.

4

Bella despertó sobresaltada. Demasiado silencio tras la noche atronadora. Se levantó, fue hacia la ventana y descorrió la persianilla. El cielo mostraba el color típico de las mañanas guineanas, un gris acero entreverado de azules y amarillos. A su alrededor, maderos caídos de tejados y empalizadas, palmeras arrancadas, barro. Desde la meseta elevada en la que se ubicaba la casa disfrutaba de una visión privilegiada del puerto y la bahía. El muelle cubierto de ramas y, en las aguas, la calma absoluta.

Ni rastro de la goleta.

Ni rastro de su padre.

No podía permitirse perderlo, ya había sufrido suficiente con la muerte de su madre. Por eso se mudaron a Guinea, para vivir de nuevo. El gobernador no tenía ni idea, diciendo esas cosas solo quería hacerle daño porque no le gustaba que vistiera el peto con tirantes. Miraría y miraría al horizonte sin pestañear hasta que viera aparecer la proa del barco.

Ana había salido fuera para valorar los destrozos. Se abrazaba a sí misma con una toquilla para darse confort más que calor. Su vivienda, situada en una esquina de la plaza, estaba elevada una vara y media para preservarla de la humedad, con la cocina y la letrina separadas del resto a fin de evitar incendios y olores, por lo que no había sufrido tanto. Incluso las de los comerciantes, más grandes por disponer de almacén propio, presentaban daños visibles. El panorama era desolador, pero no tenía a nadie a quien llorar. En Santa Isabel vivían un millar de personas. Solo ciento cincuenta eran blancos, de entre los cuales apenas había una docena de mujeres, y cada una tenía problemas propios de sobra. Al darse cuenta de lo sola que estaba, resurgió ese pensamiento siempre arrinconado de «qué demonios hago aquí», una frase que en su caso no podía completar con el consabido «con lo bien que yo estaría en...». Después de tantos años surcando mares, no tenía ningún lugar enteramente suyo.

Vio a Bella asomada a la ventana y entendió lo que pasaba por su cabeza. Pobre niña, lo que había tenido que aguantar. Siempre había respetado y apoyado a su marido por mucho que sus formas castrenses lo hicieran poco empático, pero esa rigidez no lo legitimaba para hacer daño a una adolescente que había acogido bajo su techo. Durante el tiempo que había pasado con ellos no le había dedicado una sola muestra de cariño, y la poca delicadeza de la noche anterior fue la gota que colmó el vaso. El alcohol no era excusa, nadie se lo había hecho tragar a la fuerza. Suspiró y se dispuso a ir a consolarla.

Al volver a entrar en la casa se dio de bruces con Martín, que salía.

—Lo siento —se excusó mientras se recomponía la toquilla—, entraba deprisa y sin mirar.

—Soy yo el que lo siente. No debería haberme quedado dormido.

—Mejor dejemos de disculparnos, que el único responsable es mi marido. Es generoso con todo, y si se trata de vaciar botellas con un amigo, aún más.

Martín sonrió. Le estallaba la cabeza, no estaba acostumbrado al licor bueno. Desde que llegó a Guinea, cuando tocaba perder el sentido, echaba mano del brebaje que destilaba el último capataz al que había contratado, un canario que se las sabía todas. Tampoco habían bebido tantísimo, pero al alcohol se sumaba la tensión acumulada y el dormir en mala postura... ¡en casa ajena! No sabía en qué momento lo dejaron solo. Se estiró la chaqueta de lino, tratando de apañarla un poco.

—Aun así, se me fue la mano.

Ella también sonrió.

—La escena tenía algo de tierno.

—¿Cómo dices?

—Que cuando me he levantado y he pasado junto al salón he visto que yacías como un bebé. Incluso has pronunciado un nombre en sueños.

—¿Qué nombre?

Lo preguntó con horror, percatándose de que, a última hora, había cometido la torpeza de fantasear con ella.

—No quedaba muy claro, más bien eran murmullos. ¿Cómo se llama tu esposa?

—No te lo vas a creer. Se llama Martina.

—Martín y Martina, qué adorable.

—Ella nunca lo ha visto así. Dice que la gente se burla.

Ana se giró hacia el exterior, posó la mirada en la calle arrasada y dijo:

—Nos preocupamos demasiado por lo que los demás piensan de nosotros.

—¿Y qué podemos hacer? —Se encogió de hombros—. Nuestra vida depende en buena parte de esas opiniones.

—Al final va a ser que estamos en el lugar adecuado. Alejados de todo, por muchas tormentas que haya.

—Eso te lo diré cuando vuelva a la finca. No tengo ni idea de lo que me voy a encontrar.

—Tienes razón, te estoy entreteniendo. Será mejor que salgas ya.

—¡En absoluto! Estoy...

—¿Sí?

—Que me gusta hablar contigo.

No podía creer haber dado ese paso, aunque ella no parecía ofendida. Se miraron sin rubor. Era agradable verla comportarse a aquella hora temprana sin ninguna formalidad, tan natural como el aire fresco del amanecer. Imaginó lo que sería abrir los ojos cada mañana y descubrirla en su cama, desnuda bajo las sábanas de hilo. Se permitió jugar de nuevo con aquella fantasía demencial... que se filtró al mundo real cuando Ana alzó su mano despacio hacia su rostro, sin afeitarse tras la noche en vela.

Se puso tenso, pero al menos contuvo la reacción de apartarse.

Su corazón latía más deprisa a medida que los dedos de ella se acercaban.

Ana dijo entonces:

—Tienes una sanguijuela en la ceja.

—¿Cómo?

—Aquí —señaló.

—¡No fastidies! —exclamó. Fue a sacudírsela de un manotazo, pero ella lo contuvo.

—¡No te la quites así, que se te quedará la boca dentro de la piel! ¡Voy a por un poco de sal para hacerlo bien!

Martín no estaba nervioso por el bicho, pero sí por la vergüenza. ¿De verdad había pensado, aunque fuera por un instante, que la mujer del gobernador se disponía a acariciarle? Se merecía que aquel parásito sorbiera su cerebro enfermo hasta que no quedase ni un gramo de sesera.

Ana regresó acompañada de Paciencia, una de las tres sirvientas que trabajaban en la casa, quien confirmó que se trataba de una chupadora. Surgían del manto de hojas en putrefacción y se erguían para saltar sobre la primera víctima que se acercase.

—Esta pequeñaja está feliz con tanta lluvia y quiere pegarse un festín, pero tendrá que buscarse a otro —exclamó la bubi en perfecto castellano.

Recogió una silla del porche caída por el viento, pidió a Martín que se sentase y comenzó la intervención con empeño, haciendo honor a su nombre. Sabía que lo que más agradecían los blancos era sentirse los dueños no solo de la casa, sino también de las vidas de los sirvientes, por lo que todo lo recibía de buen grado: desde las órdenes hasta las miradas del gobernador a su trasero. Sabía que había sido bendecida con las formas de las figuras de ébano que decoraban los estantes. Largas y finas piernas, torso con curvas, labios prominentes y pelo abundante. Llevaba toda la vida trabajando para los españoles y conocía no solo su lengua, sino también las costumbres de los oficiales que había visto desfilar por allí.

—¡Listo! —exclamó, dejando tan solo una gotita de sangre sobre el ojo.

Ana sacó un pañuelo del bolsillo, aplicó un poco de alcohol y lo colocó encima. Permaneció unos segundos pegada a Martín hasta que se percató de que se había olvidado de Bella, que seguiría asomada a la ventana como un alma en pena.

—Presiona tú, voy a buscar a la niña —se excusó apurada, sin despedirse y, por lo tanto, sin dar al finquero la oportunidad de aprovechar para marcharse.

No la encontró en su habitación. La llamó repetidamente, pero no contestó. Hasta miró detrás de la puerta. Se fijó en que ni las sandalias ni su bendito pantalón estaban donde solía dejarlos por la noche. Probó en la cocina y Paciencia negó con la cabeza. Al volver al pasillo se encontró con la cara de disgusto del gobernador, que salía de su despacho. Tenía sus defectos, pero a madrugador no le ganaba nadie.

—¿Qué son esos gritos? —bufó.

—¿Has visto a Bella?

—No me marees, mujer, que apenas he dormido y ni sé el trabajo que me va a dar esta tormenta.

—La he buscado por toda la casa.

—Andará con el hijo.

—Rufo está tirado en la cama y no le ha dirigido la palabra desde que vino a vivir con nosotros, deberías saberlo.

—No le gusta la gente, cada cual es como es y a él le ha tocado tener siempre cara de cuerno. Pero ojo, que la niña tampoco es una santa, hace lo que quiere.

—Lo único que hace es valerse por sí misma y no darnos guerra.

—Pues habrá salido.

—¡Eso es lo que me preocupa, que haya salido tan temprano, tal y como están las calles!

Gritaba por inquietud, pero también enfadada consigo misma por haberse entretenido a flirtear con Martín en lugar de estar pendiente de una niña en su situación, que es lo que habría hecho una mujer como Dios manda. Por su parte, el gobernador se dio cuenta de que era uno de aquellos momentos en los que tenía que aparcar el título y la cogió de la mano. Nunca había tenido problema en mostrarle cariño, aunque fuera a su modo. Incluso presumía de ella, como cuando unas horas antes había mencionado todos los libros que leía y lo bien que hablaba. Sobre todo, le agradecía que le hubiera acompañado hacia horizontes imprecisos sin importarle convivir con marinería y cañones oxidados... y sin hacer que él se sintiera maniatado por llevarla siempre en el petate. Ana sabía guardar las distancias, era prudente incluso en su vestimenta, estilosa pero sencilla.

—Ya aparecerá, mujer. ¿Has mirado en la letrina?

Asintió.

El gobernador apretó aún más su mano.

—¿Qué vamos a hacer con esta cría? —sollozó ella, compartiendo su verdadero motivo de preocupación al sentirse arropada.

—Todavía no sabemos nada seguro.

Recuperó la entereza de golpe.

—Pues anoche ya estabas tardando en enterrar a su padre.

—Anoche era anoche. Demos tiempo para ver cómo evolucionan las cosas.

—Esa no es la respuesta que necesito ahora.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Que, pase lo que pase, todo le irá bien. Pobre chica, es que no puedo pensar en otra cosa...

—Tranquila, mujer. Si ha ocurrido lo peor, algún lugar habrá para ella.

Ana se lo quedó mirando tan fijamente que a punto estuvo de quemarle la guayabera.

—No puedo creer que ya estés pensando en quitártela de encima.

—Pero ¿qué dices? ¡Si todavía no ha pasado nada!

—¡Nos la confió un buen hombre que, además, está a tu cargo! ¡Te pidió que la cuidaras!

—¡Mientras iba a España a resolver una jodida herencia! ¡Eso no quiere decir que me la dejara en herencia a mí!

Ana negó con la cabeza y, sin decir nada más, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Habría querido que su marido se disculpase por haber pronunciado aquellas palabras tan poco compasivas, pero cuando llegó al porche sin que la hubiera detenido, supo que eso no iba a pasar.

Afuera, Martín seguía con el pañuelo en la mano y se desesperaba visualizando el peor escenario que podía encontrarse al volver a la finca. Nadie sabía lo que le estaba costando sacar la plantación adelante. Había tenido dificultades desde el principio, ya que la mayoría de las concesiones de tierras se otorgaban no a españoles, sino a fernandinos, como se conocía a los criollos o inmigrantes que habían alcanzado cierta posición social en la isla. Los había afroportugueses de Santo Tomé, como un tal Díaz de Cunha, y sierraleoneses, como el omnipresente Vivour, que no se perdía un sarao. Todos ellos le llevaban ventaja: o bien sabían cómo mover mercancía porque antes se habían dedicado a comerciar con palma, o estaban conectados a las redes de contratación de braceros que operaban desde Loango hasta Accra, por lo que siempre se quedaban con los mejores trabajadores. Con ese panorama, el soriano pronto asumió que, si quería prosperar, le tocaría sudar.

Ana lo rescató de sus agobios trasladándole otro:

—Tenemos que encontrar a Bellita.

—¿Ha ocurrido algo?

—Espero que no. ¿Sabes dónde está la casa del farmacéutico? ¿Podrías acercarte a ver?

Asintió y se puso en marcha.

Ana salió disparada hacia el puerto, el lugar donde Bella llevaba días imaginando el reencuentro con su padre. Descendió por la que llamaban la *cuesta de las fiebres*, que conectaba el muelle con la meseta urbanizada en la que estaba la casa, recorrió cada recoveco y preguntó a todo el que se cruzó por el camino, pero nadie le dio una mísera pista. Los destrozos eran patentes. Las viviendas más próximas al mar estaban anegadas. Los braceros, agotados, intentaban recomponer lo que quedaba en pie. Volvió a subir y buscó por las calles de alrededor. Al doblar una esquina se encontró con su hijo, que caminaba distraído.

—¡Rufo! ¿Qué haces aquí?

—En casa no hacíais más que gritar, me vais a volver loco.

—¿Has visto a Bella?

—¡Como si yo tuviera que cuidarla! ¡Pregúntales a las sirvientas!

Ana tomó aire.

—Esto no va contigo, hijo. Solo quiero saber si...

—¡Desde que la trajisteis a casa, nada va conmigo!

Se quedó fría. Por el sudor y los nervios y, sobre todo, al percatarse de que tal vez fuera cierto que estaba desatendiéndole. No era el chaval más afectuoso de la colonia, como proclamaba sin ningún tacto su marido, pero ¿cómo podían pretender que pasara el día dando palmas? Lo habían llevado de aquí para allá desde que nació, su cuna arrinconada en insalubres fuertes militares, mecido al son de las cornetas y el azote de los monzones. Ana pensó en lo rápido que había crecido. De hecho, era bastante más alto de lo que correspondía para su edad, lo cual no era una virtud porque la gente le echaba al menos dieciséis años a pesar de que acababa de cumplir los catorce y pensaban que era poco espabilado. Tenía el pelo como púas de alambre y los labios escondidos hacia dentro, como si siempre estuviera arrepintiéndose de haber hecho algo malo.

Se le vino encima la falta de sueño y la tensión de las últimas horas, dejó caer los hombros y dijo con suavidad:

—Perdóname, hijo.

—¿Por qué?

—Por hacer que te sientas así.

Rufo la observó con el ceño fruncido.

—¿Me compras el machete?

—¿Cómo dices?

—Está en el puesto del *krumán*. —Así llamaban a los inmigrantes llegados desde las costas del golfo de Guinea situadas al norte de la isla de Fernando Poo, la mayoría para trabajar en las plantaciones—. Papá me lo prometió.

—¿Para qué lo quieres?

—Es como los que usan en la selva, pero más pequeño. Si quieres que te perdone, podrías comprármelo ahora.

—He de irme.

Dio media vuelta. No tenía tiempo para esa discusión.

—¡Ojalá se muera!

—¿Cómo has dicho?

—Esa niñata. Ojalá se caiga al mar y se la coman los peces como al inútil de su padre.

Ana se llevó las manos a la boca. No tuvo tiempo de añadir nada, porque, para cuando reaccionó, Rufo ya enfilaba de vuelta a casa atizando patadas a un fruto caído.

Dio unas cuantas vueltas más sin ningún éxito y también regresó, disgustada y agotada por el esfuerzo de andar a toda prisa.

Cuando iba a entrar en el dormitorio conyugal para recomponerse, escuchó unos ruidos. Se dio cuenta de que había buscado a Bella en todas partes menos allí, pero le resultaba impensable que se hubiera atrevido a atravesar esa puerta. Era una norma no escrita. Se asomó. La ventana estaba cerrada para que no entrase el calor y apenas se veía nada, pero en una esquina de la habitación reconoció los pies de la muchacha que sobresalían detrás de la cómoda.

Al acercarse, experimentó una intensa angustia.

Estaba tirada en el suelo, inconsciente, y Rufo se había colocado sobre ella en una posición nada conveniente, sentado a horcajadas sobre su vientre. Se descompuso cuando vio que le había soltado los tirantes del peto y la tocaba de forma lasciva.

—¿Qué le has hecho? —gritó a su hijo.

—¡Ya estaba así cuando he entrado! —reaccionó, levantando las manos como un criminal cualquiera pillado in fraganti.

—Y ¿por qué no nos has avisado?

Lo miraba y no terminaba de creerlo. Se le nublaron los ojos, por lágrimas nerviosas y porque su cerebro tejió una pantalla para ocultar la escena.

Rufo se levantó y salió de la habitación a toda prisa.

Ana se arrodilló.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? ¿Estás bien?

No contestó. La tocó. No se movía, apenas sentía su presencia.

Entonces vio en su mano derecha una corteza de árbol y polvos en el suelo, como si hubiera estado rallándola. Y, en la izquierda, una fotografía de ella misma con el gobernador en la cubierta de un barco en uno de sus anteriores destinos, que la muchacha había cogido de la mesilla.

No entendía nada.

Nada.

Nadie faltaba en la asamblea. La jerarquizada sociedad bubi se repartía por la isla de Fernando Poo en clanes; cada clan se dividía en familias; cada familia, en subtribus desperdigadas en aldeas. Algunas se agrupaban formando grandes poblados y otras estaban separadas entre ellas por montes o ríos, pero lo que nunca cambiaba, por pequeñas que fueran, es que cada una tenía su propia forma de organizarse y sus propias leyes. La etnia poseía una marcada identidad cultural, pero no estaba sometida a una autoridad política. El rey Moka jamás salía de su bastión en el cráter del volcán, por lo que cualquier asunto local, incluso uno tan importante como el naufragio de una mole de hierro con cañonería, debía ser resuelto por aquellos a quienes afectase por un simple criterio de proximidad.

Ökkó se abrió paso hasta donde se encontraba su madre, que le dedicó una mirada de reproche por haber salido. Al fondo estaba el *botuku*, que había sacado el trono de maderos cruzados a la abarrotada explanada situada frente a su choza. Se había puesto sus mejores galas, comenzando por su sombrero trenzado de fibra de palma. Le cruzaba el pecho un tirante del mismo material decorado con huesecillos y dientes de animal, del cual colgaba un machete recién afilado. A sus pies, los viejos permanecían serenos, las mujeres basculaban para acunar a los recién nacidos y los jóvenes hablaban entre sí, sintiéndose superiores porque tenían los músculos en su mejor momento. Pero ni tan siquiera estos estaban convencidos de que debían salir hacia la playa tan rápido como había dicho Ribobò.

—¡Cuanto más lejos de los blancos, mejor! —gritó uno de abundante barba rizada.

—¡Si ya los tenemos aquí! —replicó otro—. Lo mejor es bajar antes de que se recompongan y llevarnos sus cosas.

—¡No las queremos, están malditas!

El *botuku* se inclinó hacia delante en su trono.

—Puede que haya semillas, incluso armas —planteó, desplegando las manos.

—¡Veneno! —replicó el de la barba—, como los regalos que trajeron cuando vinieron a reclamar nuestros brazos. ¿Qué fue esa vez? Ropa para que vistamos como ellos.

—Y también el tabaco que tanto te gusta —le echó en cara uno que lucía una casaca ajada que habría participado en alguna guerra europea y destacaba entre los taparrabos de filamentos de palmera y piel de mono de la mayoría.

—Solo quieren que construyamos sus caminos.

—Al rey Moka jamás le ha mirado a la cara un extranjero —intervino otro—. Mejor haríamos siguiendo su ejemplo.

—Esto no tiene nada que ver con el rey —se defendió el de la casaca—. ¿Cuántos son?

—He contado nueve —informó Momokobo—. Todos en mal estado.

—¿Crees que van a quedarse mirando?

—¡Es nuestra playa! —se encendió el gigante—. ¡Y lo que creo es que deberíamos aniquilarlos, apropiarnos de todo y terminar con el tema!

Varios más se unieron en una nube de proclamas antiespañolas que cada vez eran más habituales en las asambleas. De un tiempo a esa parte habían surgido focos de resistencia violenta a la autoridad colonial en diferentes puntos de la isla. Decenas de bubis estaban abandonando sus posesiones naturales para desplazarse a trabajar para los colonos, renunciando a sus costumbres y a la libertad de la que disfrutaban en un bosque sin empalizadas. Y lo malo no era que se fueran, sino que lo hicieran engañados, bajo promesas de una prosperidad que jamás llegaría. Por muy pocas comodidades que tuvieran en las aldeas —a juicio de los blancos, a quienes cualquier cosa incomodaba porque ni siquiera eran capaces de andar descalzos—, la etnia siempre había preferido no tener que responder ante nadie. Estaba claro que, cuando las expediciones se presentaban allí con historias de un nuevo mundo y objetos brillantes, pretendían aprovecharse de su candidez.

—Lo que hay que hacer es ayudarlos —declaró Urí.

Todos callaron y se volvieron hacia ella. Era curioso que la viuda siguiera generando esa reacción, mezcla de recelo y respeto. La sociedad bubi no se caracterizaba por escuchar a sus mujeres, pero Urí, además de estar conectada con la diosa, desprendía un magnetismo especial. Algunos pensaban que su marido seguía viviendo en su interior, esperando el momento de vengarse por el desafortunado asunto de la riña.

—¿Vas a darles tu comida? —rompió el hechizo Momokobo.

—Uno de ellos salvó a mi hijo.

—¿Quién te ha dicho que no era a él a quien ese blanco quería machacar?
¡Seguro que golpeó al otro por error!

—Consultemos al oráculo —zanjó el *botuku*, poniéndose en pie.

Un murmullo recorrió la explanada, pero nadie se opuso. No convenía tomar una decisión tan importante sin invocar al Más Allá, y menos aún si se enfrentaban argumentos polarizados. Se dirigieron en procesión hacia la construcción cuadrada con paredes cubiertas de helecho donde vivía el brujo. Debía de estar esperándoles porque, mientras se acercaban, escucharon cómo había comenzado a silbar para convocar al espíritu protector.

La puerta estaba rodeada por una liana de pinchos para mantener alejados a los demonios exterminadores. El *botuku* asió el tirador y entró con energía, pero el brujo ni se inmutó. Siguió con su aguda llamada y la vista clavada en un altar del que pendían calaveras de animal y otros amuletos. También entró el hombre de la barba en representación de quienes se oponían a cualquier contacto con los blancos. A este le siguieron Momokobo y Urí, acompañada de Ökkó, que dejó la puerta abierta para que los de fuera se sintieran parte de la ceremonia.

En el interior de la choza ardían dos hogueras, la de la derecha para dar vida a los espíritus masculinos y, la de la izquierda, a los femeninos. Un niño se coló entre las piernas de su padre y saltó con desparpajo para tocar un fruto redondo y seco que colgaba del dintel, haciendo bailar la semilla depositada en su interior. El sonido llamó la atención del brujo, que por fin se giró sobre su taburete grabado.

—¿Qué traéis?

Salvo que fuera pobre de solemnidad, cualquiera que quisiera formular una pregunta debía portar una ofrenda.

A un gesto del *botuku*, uno de sus soldados se internó en la casa con un tronco grueso. De haber sido una petición caprichosa, habría requerido de un hatillo de tabaco, una botella de licor o un cesto de comida —más de una vez, Ökkó había lamentado no tener nada que ofrecerle para que convocase a su padre—. Pero, tratándose de un asunto que afectaba a toda la comunidad, bastaba con aquel gesto simbólico.

El brujo lo tomó y, mientras dibujaba con él una equis frente al pecho del jefe, declaró:

—Que el fuego de tu cuerpo nunca se apague.

Y pidió que le explicara con detalle la cuestión que querían solucionar.

Una vez recabó información suficiente, golpeó el suelo con una vara y, mientras metía aún más ruido con las semillas de otro fruto leguminoso, recitó las invocaciones. «*E mmo, puloo, e mmua a bayaloam*». Espíritu, ven, espíritu de mis abuelos... «*Puloo, tue juaela, metako*». Ven, vamos a hablar en secreto, hay visita... Comenzó a agitarse, dibujó una sonrisa inquietante y profirió sonidos guturales. Era el espíritu, celebrando haber sido convocado en un cuerpo conocido. Ökkó aguantó la respiración cuando una voz diferente salió por la boca del brujo:

—Soy *mieaoma*.

Y empezó a volcar sus mensajes sobre el suelo polvoriento, algunos tonales, a modo de ruiditos que ya traduciría el brujo cuando saliese del trance, y otros con palabras tan claras como reveladoras:

—El hierro no debe flotar —dijo, soltando a continuación un eructo.

—¿Qué quiere decir con eso? —le urgió el *botuku*.

El brujo seguía contorsionándose, pero no lo explicaba.

—Que, nos guste o no —salió al paso Urí—, no podemos encerrarnos en nuestra aldea como si no pasara nada.

—¿Quién es ella para hablar? —se quejó el de la barba.

El resto le hicieron callar, pendientes de que fuera el brujo quien contestase. Pero antes Urí les recordó que, en tiempos del primer contacto con los misioneros jesuitas, el oráculo declaró: «Deseo morir antes de ver volar al blanco por encima de nuestras cabezas». Aunque esa locura aún no se había dado, acababan de asistir a otro evento que no le iba a la zaga: los españoles habían conseguido que ese gigante surcase el mar hasta sus costas.

Lo que por fin salió de la boca del brujo quemaba como un ascua:

—Negra es la tierra de los bubis.

Urí cerró los ojos. Ella no se había referido a luchar, pero aquellas palabras sí que podían interpretarse en clave de flechas envenenadas. Negra como la arena del volcán, como las alas de los murciélagos que trazaban curvas a la hora del ocaso... y como la piel de su etnia, única dueña de la isla. ¿Les estaba sugiriendo que la defendieran a toda costa y atajaran de raíz el intento de ocupación? Lejos de aclararlo, el espíritu empezó a mostrarse inquieto. Agitó los brazos del brujo y preguntó si necesitaban algo más.

El *botuku* negó con la cabeza y concluyó:

—Salimos para la playa, no olvidéis las armas.

—¡Están desvalidos! —gritó Urí—. ¡Acaban de morir sus compañeros!

—¿Quién ha dicho que esté pensando en atacar? Tan solo cogeremos lo que es nuestro.

—¿Qué es nuestro? ¿Los cuerpos hinchados de sus ahogados?

—También, si la marea los trae a la negra tierra de los bubis.

Fue a replicar, pero se lo impidió el griterío de todos los presentes, espoleados por el tono épico del jefe. Momokobo sonrió con malicia y enfiló hacia la choza donde guardaban las lanzas. Ella salió seguida de su hijo. Solo le quedaba confiar en que, llegado el momento, el *botuku* siguiera teniendo la cabeza fría.

La expedición partió sin demora. Caminaban sobre la alfombra de hojas y barro detrás de un guerrero que retiraba a machetazos las ramas que se precipitaban sobre el sendero. Todo crecía a velocidad de vértigo en aquel suelo oscuro capaz de almacenar hasta la última gota de agua caída, que era mucha en el rincón más bello, pero también más húmedo, de la isla. Detrás de los jóvenes desfilaba algún anciano que no quería perderse el acontecimiento. Cerraban la columna los cuatro de la tormenta, quienes se habían ganado el derecho a estar allí a pesar de su corta edad.

El pecho de Ribobò no podía estar más hinchado al verse desfilar en el mismo pelotón de guerreros que su padre. Tötyí y Epa'á avanzaban un tanto apartados y juntos como siempre. A Ökkó le perturbaba la idea de volver al lugar donde había ocurrido todo, pero lo sobrellevaba gracias a sentirse el protagonista de una de esas historias que se contaban junto al fuego. Si bien no logró ser el primero en hacerse con los regalos, al menos había sobrevivido al ataque del invasor. Quería pensar que su padre le estaba contemplando. No había vivido lo suficiente para acompañarle en el ritual del *alö öbám*, la fiesta de conexión con la tierra, apenas les había dado tiempo de ir juntos a cazar y subir a la palmera, pero iba a demostrarle que era un digno hijo del gran guía de Ureka.

Se asomó a la playa con el resto desde lo alto de la cascada. Tiempo atrás, por allí había entrado a Fernando Poo su amigo tallador, un viejo cuya familia huyó del continente para alejarse de los tratantes de esclavos que, tras la abolición, seguían operando de forma clandestina y, por ello, aún más sanguinaria. Por allí también habían intentado aproximarse los españoles..., pero en este caso habían sido castigados por la comunidad de ancestros de Etulá, como de antiguo llamaban a la isla. Del monstruo solo quedaban tablas varadas, una plancha gigante remachada con clavos y, tirada, la gran cruz de madera. Buscó sin éxito al hombre que lo salvó. Tal vez gastó sus últimas fuerzas en reventar la cabeza de su atacante y ahora yacía con el rostro enterrado en la arena junto a otros cuerpos arrastrados por la marea.

—El mar ha seguido trayendo barriles —celebró Momokobo con avaricia.

—Y ahí están los blancos —advirtió el *botuku*.

Una decena de marineros heridos con golpes y cortes se afanaban en improvisar un campamento con follaje. Alguno rezaba en el extremo de la cala. Otros miraban atontados al horizonte.

—Acabemos con ellos —insistió Momokobo.

—No son peligrosos —zanjó el *botuku*—. Bajaremos a ofrecerles nuestra ayuda y, a cambio, nos quedaremos con cualquier cosa que tenga valor.

—¿Y si no aceptan? ¡Matémoslos y terminemos cuanto antes!

El *botuku* atizó al gigante un golpe en el brazo con su vara. Todos los presentes enmudecieron. Momokobo se le encaró. Temblaba de ira, apretaba los puños. Nunca nadie había mostrado una falta de respeto semejante al jefe de la aldea, que permanecía imperturbable. Pasados unos segundos, este lo apartó de delante y echó a andar seguido por el resto.

Para salvar el desnivel que los separaba de la playa debían dar un rodeo a través de la tupida selva que llegaba hasta la arena. A mitad de camino, Ökkó percibió un sonido inusual entre las ramas.

Se detuvo y aguzó la vista mientras los demás seguían andando.

Era un hombre blanco.

Alto, de pelo castaño claro. La camisa ajada teñida por la arena volcánica, el pantalón arremangado por las rodillas, descalzo. Tenía una mancha en el rostro, como un parche grande que le cubría la zona del ojo derecho.

El español lo miró y Ökkó se paralizó. La ansiedad del día anterior se reavivó. Volvió el temblor de la pierna. Giró la cabeza hacia el sendero por el que habían venido, planteándose regresar a la aldea. Los musgos murmuraban, un camaleón detenido en el tiempo movía su ojo, un dril colgado de un tronco exhibía colmillos sobre la barbilla roja. Comenzó a respirar de forma superficial y agitada, como haría un animal acosado.

—No quiero hacerte daño —dijo el hombre en castellano mientras avanzaba despacio hacia él.

No entendía sus palabras. ¿Qué pretendía? Aquel estiró las manos con las palmas hacia arriba pidiendo ayuda, pero Ökkó estaba sobrepasado por los recuerdos de la noche anterior y tampoco era capaz de interpretar sus gestos. Revivió la textura animal de las manos del marinero, la presión en la tráquea. ¿Era la misma persona? ¿Era la mancha del rostro la secuela del golpe brutal que recibió con la cruz? Sintió un frío helador, el corazón fue a salirse del pecho cuando vio que lo tenía casi encima y estiraba su brazo hacia él...

Pero lo que hizo fue apoyar la mano en su hombro con suavidad.

Al ver que Ökkó no huía, llevó la otra mano a su propio corazón y dibujó una tenue sonrisa.

—Menos mal que te he encontrado —suspiró.

En ese momento, Ökkó se percató de que Momokobo los había visto. Se había quedado rezagado de la expedición y volvía sigiloso entre los árboles, buscando la mejor posición para alcanzar al español con su arco.

El chico fue a advertirle de que estaba en peligro, pero las palabras no salieron de su boca.

Momokobo tensó la cuerda.

Solo tenía que hacer que el blanco se agachara y llamar al resto para impedir que el gigante iniciase su carnicería, pero no era capaz de moverse, ni tan siquiera podía levantar la mano para empujarlo. Tenía miedo a que, si lo defendía, fuera él quien terminase atravesado por la flecha.

No quería morir.

El temblor de la pierna se desbocó.

El español se dio cuenta.

—¿Qué te ocu...?

No pudo terminar la frase.

La flecha le atravesó la espalda y cayó de bruces.

—¡Nooo! —gritó Ökkó.

Más adelante, el *botuku* se detuvo. El chico fue a explicarle lo que había pasado, pero Momokobo salió al sendero con su enorme envergadura e, interponiéndose entre ambos, corrió hacia el grupo de guerreros mientras alzaba los brazos y gritaba que un marinero había asaltado al chico y que por suerte lo había abatido.

Ökkó se percató horrorizado de lo que acababa de hacer. Para entonces, los guerreros ya se adentraban en la playa. Oyó voces en bubi y también en aquel extraño idioma. No podía saber si estaban reduciendo a los supervivientes del naufragio o directamente aniquilándolos.

Justo lo que no quería su madre...

Y lo que él podría haber evitado de no haberse comportado como un maldito cobarde.

Soltó su lanza y él también salió como una exhalación de vuelta a la aldea. Cruzó un torrente que bajaba enérgico, atravesó nubes de helechos en zonas donde los árboles impedían la entrada del sol, esquivó *in extremis* una serpiente cascabel. Nada importaba, solo alejarse. ¿Qué va a ser de mí? Quería llorar, pero ni eso le permitían las convulsiones de la pierna que le hacían avanzar a trompicones.

En puertas de la aldea bajó el ritmo e intentó recuperar el resuello. No podía creer lo que acababa de pasar. La sensación de irrealidad se acentuó al ver que todas las mujeres se habían congregado delante de su choza. También estaba el brujo. Le alarmó que se hubiera atado al sombrero la concha de caracola marina con la que ahuyentaba a los espíritus malignos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, pero nadie contestó.

Entró tan rápido que necesitó unos segundos para aclimatar la vista. Su madre estaba sentada junto a otra persona.

Tenía que estar soñando.

Pero era su fuego, su estera, su caldero...

Se frotó los ojos. No había duda.

Era el hombre de la cruz.

6

Alfredo Gonzalbo, el padre de Bella, había estudiado Farmacia en Vitoria, ciudad en la que ejercía de practicante, pero su verdadera vocación era la biología. Llegó a escribir un libro titulado *Manual de botánica descriptiva de las plantas de Álava*, un catálogo para que todo aquel que fuera de excursión al campo pudiera disfrutar del maravilloso reino vegetal. Para hacerlo más accesible prescindió de los latinajos científicos que solo conseguían alejar a la gente del naturalismo, pero no se llegó a publicar por su extensión. «¡Son las plantas que son, no puedo hacer distingos!», se justificaba. Pero solo el índice ya sumaba cuarenta páginas, contaba múltiples anécdotas de sus periplos por el bosque que solo interesaban a sus amigos e incluía tantos dibujos como entradas. «Pues lo dividimos en dos volúmenes», propuso a un editor de Bilbao, pero ni por esas.

Este revés no apagó su pasión. De hecho, le empujó a seguir dedicando los ratos que le dejaba la farmacia a investigar, convencido de que la comunidad científica terminaría por suplicarle un tratado. Cuando se le acabaron las plantas alavesas se planteó empezar con las de las regiones limítrofes, pero entonces sufrió el mayor varapalo de su vida: su mujer falleció de una enfermedad que nunca llegaron a diagnosticarle con acierto y se quedó al cargo de Bella, su hija de ocho años. Para que no pasase el día pensando en su madre, comenzó a transmitirle de forma obsesiva todo lo que sabía sobre plantas, y durante un tiempo funcionó. La niña absorbía el conocimiento como una esponja, el contacto con la naturaleza le resultaba estimulante y las tareas posteriores, como la clasificación de especímenes y la confección del herbario, eran juegos divertidos en los que su padre participaba con una paciencia y un entusiasmo que contagiaban. Pero el caminar por los mismos bosques que tantos domingos habían recorrido los tres como una familia feliz acabó produciendo el efecto contrario y empezaron a echarla de menos de forma dolorosa. Fue entonces cuando Alfredo se dio cuenta de que necesitaban poner tierra de por medio y alguien

le habló de una oferta de trabajo de practicante de farmacia en la colonia de África.

Sonaba a locura, pero tenía todo el sentido. La isla de Fernando Poo era un paraíso para cualquier botánico. Había leído estudios sobre plantas curativas que no existían en ningún otro lugar del mundo, algo que pronto le confirmó su paisano y buen amigo Manuel Iradier, fundador de la sociedad geográfica vitoriana La Exploradora, quien unos años antes había organizado la primera expedición a aquella tierra tan fértil como desconocida. No lo pensó más. Cogió a su hija, convencido de que el cambio también sería saludable para ella, llenó el petate de tijeras, pinzas, microscopios, termómetros y otros instrumentos que empaquetó como si fueran porcelanas de Oriente, y se dispuso a comenzar una nueva vida.

Desde su llegada habían transcurrido dos años, durante los cuales el farmacéutico y su Bellita habían pasado en la selva cada minuto que les permitía el trabajo y el clima atroz, del que no renegaban porque sabían que, sin él, no brotarían semejantes prodigios vegetales. Cada día descubrían una nueva flor, una hoja insólita, un árbol sin catalogar... y se juntaban con los curanderos locales para ver el uso que daban a cada ejemplar. Algunos se utilizaban para los fines más diversos, como la corteza de roble. Si tenías dolor de columna, bastaba con tumbarte sobre un buen pedazo con arena de río calentada. En infusión era eficaz para curar las úlceras, ya que aniquilaba los parásitos. En polvo servía para el tratamiento de las llagas; y si se introducía en el cuerpo vía nasal, calmaba los dolores de cabeza. Incluso llegaba a utilizarse como anestésico... Pero también era un veneno poderoso si se ingería demasiado.

Esto era lo que le había ocurrido a Bella. Conocedora de muchos secretos del reino vegetal gracias al empeño de su padre, pero niña, al fin y al cabo, había querido dejar de sufrir y se le había ido la mano.

Ana no sabía qué hacer.

Le tomó el pulso y la agitó para que volviera en sí.

—Por favor, despierta...

Inmóvil.

Retiró de su mano el pedacito de corteza de árbol, que miró con recelo sin alcanzar a saber lo que significaba.

—Lo siento... —Lamentaba no haberle hecho más caso, pero, sobre todo, se disculpaba en nombre del cretino de su marido por la poca delicadeza, casi crueldad, que había mostrado la noche anterior. Era él quien le había

conducido a ese estado, fuera lo que fuese que hubiera ocurrido—. Despierta y te prometo que todo irá bien...

Inmóvil.

Fue a por agua y se la puso en los labios. Mojó sus dedos y los pasó por la frente. No parecía tener fiebre. Al poco, la batería de estímulos empezó a hacer efecto y volvió en sí.

—¡Gracias a Dios!

—No me riñas —susurró Bella sin llegar a abrir los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso? No me riñas tú a mí por haberte dejado sola.

La incorporó, la abrazó y la apoyó contra la pared. Recogió su propia falda y se sentó a su lado. La madera del suelo crujió. Un desfile de hormigas cruzó por delante.

—Ten cuidado, no vayan a morderte —le advirtió Ana sonriendo—. Ayer se zamparon un bote de azúcar que tenía sobre una mesa. Con el tiempo que llevo viviendo aquí, y todavía se me olvida rellenar de aceite los frascos en los que metemos las patas de los muebles. ¿Sabes para qué hacemos eso?

—Para que las hormigas no puedan subir —contestó la pequeña botánica mientras se acostumbraba a la tenue luz que entraba por la ventana.

—Efectivamente. Es la única forma de evitarlo... ¡hasta que aprendan a saltar, que poco les quedará porque aquí todos los animales son tan listos como tú!

Le hizo unas cosquillas cariñosas. Al ir a cubrirse, Bella dejó caer la fotografía estampada en cristal que aún llevaba en la otra mano. ¿Qué interés podía suscitarle una instantánea del gobernador?

—Si querías verla, habría bastado con que me la pidieras. No te hacía falta entrar aquí a hurtadillas.

—No volveré a hacerlo.

—Solo dime por qué la has cogido. ¿Te gusta el barco? ¿El mar?

—Me gustan los colores.

La foto estaba tintada con una técnica que Ana había aprendido de un diplomático con el que coincidieron durante su estancia en Cuba. La afición le venía de atrás. Debido a los cargos públicos de su marido, les disparaban más fotos que balas y tenía abundantes para practicar a base de prueba y error. En sus inicios las coloreaba con lápices, pero el resultado era bastante precario. De aquellos saltó al óleo, pero para no convertir la foto en un manchón necesitaba un talento de artista del que, a su pesar, carecía. Después se enteró de que los daguerrotipos, las primeras imágenes estampadas sobre placas de metal, se trataban a base de mezclar polvo coloreado muy fino con un

adhesivo e ir distribuyéndolo mientras se soplabá para retirar el exceso; pero pronto comprobó que el material se dañaba con facilidad y no compensaba el coste. Así que ya había decidido dejar su afición por imposible cuando aquel empleado de la embajada le habló de un tratamiento revolucionario.

—Se llama cristóleo —le explicó a Bella—. Algún día te mostraré cómo lo hice.

La muchacha sacó con cuidado otra fotografía que llevaba en el bolsillo.

—¿Podríamos colorear esta?

Ana la cogió y tuvo que disimular un brote de congoja. Bella y su padre posaban sentados delante de un árbol inmenso. A los lados, palmeras desplegándose como fuegos artificiales para celebrar su llegada a la isla. Él, con su pantalón impecable, botas altas y el salacot enfundado hasta las cejas. Ella, con una camisola larga a modo de vestido, zapatos de hebilla y los ojos entrecerrados por el sol.

—Es muy bonita, desde luego que lo haremos.

—¿Podríamos hacerlo ahora?

—Esto requiere una preparación, ¿por qué tanta prisa?

—Porque las personas de las fotos coloreadas parecen vivas.

A Ana se le encogió el corazón.

—Todavía no sabemos nada del barco, no anticipemos...

—El gobernador lo dejó muy claro anoche.

Fue a replicar, pero no quería tratarla como a un bebé. Aquella muchachita era más espabilada que todos ellos juntos, por mucho que en ese momento se mostrase frágil como una de sus flores recién cortada.

—Ven conmigo a la cocina.

Pidió a Paciencia y a las otras dos sirvientas que las dejaran solas y, a Bella, que se sentase en la mesa rectangular. Aún le quedaba material que guardaba en una caja. También sacó del armario dos frascos, uno con la solución y el otro con el adhesivo.

Palpó con la yema de los dedos la fotografía para ver si era papel a la albúmina o si, al menos, podía someterse al proceso mágico sin deteriorarse. La adhirió a una de las piezas de vidrio y comenzó a lijarla desde la parte posterior hasta casi llegar a la capa de emulsión que previamente había esparcido por delante. Una vez dejó la foto tan fina que parecía de aire, la cubrió con aceite para hacerla traslúcida y la pusieron a secar.

Durante un largo rato, ninguna de las dos dijo nada. Estaban a gusto juntas, no les hacía falta más.

Cuando llegó el momento, colocó una segunda pieza de vidrio y, entonces sí, aplicaron los colores definitivos. Lo hicieron con mimo, tomándose su tiempo, ajenas al caos que reinaba en el exterior. Una vez quedaron satisfechas, Ana la tapó por detrás con un cartón blanco.

—Aquí tienes a tu padre. Mira qué guapo.

Bella la cogió como si fuera una reliquia sagrada, la contempló durante unos segundos y dijo:

—Vivo para siempre.

Entretanto, Martín no solo había buscado a Bella en casa del farmacéutico, sino que había dado varias vueltas por el centro de Santa Isabel bajo un sol de justicia. A falta de alguien a quien acudir para pedir ayuda ante un problema tan simple como la desaparición de una adolescente, se percató de lo lejos que estaba de la civilización que decían llevar consigo a África. No había otra administración colonial que la Estación Naval, cuyos oficiales se ocupaban con desgana de los asuntos civiles; en Madrid, el ministerio de Ultramar no dejaba de recortar presupuestos a provincias situadas fuera de la metrópoli; y aquel rincón ecuatorial ni siquiera estaba catalogado como provincia, por lo que se llevaba la peor parte. Alegaban que en el último cuarto de siglo se habían gastado ciento cincuenta millones de reales en intentar levantar una colonia que no daba beneficios. Y ¿qué querían?, se desesperaba Martín sudando la gota gorda, ¡como si los imperios se creasen chasqueando los dedos! Lo decía todo el hecho de que lo siguieran denominando Posesiones Españolas en el Golfo de Guinea, un nombre tan vago como sus límites, que ni siquiera estaban marcados en los mapas oficiales.

Regresó a casa del gobernador no solo abatido por no haber encontrado a Bella, sino también sucio de tierra y empapado en sudor. Había echado una mano a unos vecinos que, al verle pasar, le pidieron ayuda para mover un árbol caído en la entrada del casino que estaba a punto de inaugurarse. Toda la colonia esperaba este evento, que a la vista de los daños —se había hundido parte del techo— aún se retrasaría un tiempo. Con todo tipo de dramas allá donde mirase, la buena noticia que le dio Paciencia al entrar fue una sorpresa que le sentó como un baño de agua fresca. Se asomó a la cocina, donde ellas actuaban como si no hubiera pasado nada.

Ana le enseñó la fotografía coloreada.

—Lo ha hecho Bella.

—No es verdad —replicó esta, recuperando el deje felino.

—Me has ayudado, eso basta para que también la consideres tu obra. La próxima, tú sola. De momento sigue curioseando el material mientras voy a resolver un asunto con Martín.

Bella asintió.

El finquero, intrigado, siguió a Ana al exterior de la casa. Ya en el porche, ella permaneció pensativa unos segundos. De fondo sonaba la campanilla de un reloj.

—Quiero que te la lleves contigo —dijo por fin.

Lo dejó descolocado, pero entendió que la muchacha necesitaría distraerse después de lo ocurrido.

—Supongo que en el campo las cosas tampoco estarán para muchas fiestas, pero ya se me ocurrirá algo que pueda hacer —sonrió, amable—. Viendo la hora que es, si te parece bien, que pase allí la noche y mañana la traeré de vuelta.

—Mejor que se quede contigo hasta que regrese su padre.

Martín sacudió la cabeza con una risilla nerviosa.

—La finca no es lugar para una niña, al menos no como yo la tengo. Vivo solo, no hay una mujer al tanto de la casa. Y apenas me conoce...

—No es una niña, Martín; y claro que es un buen lugar, sobre todo para alguien que adora la naturaleza. Sus plantas lo son todo para ella. Allí podrá moverse a su aire por el campo y, además, la mantendremos lejos de la gente hasta que sepamos qué ha ocurrido con la goleta.

Ana imaginaba lo que estaría pensando él: que era una irresponsable que había perdido la cabeza o una egoísta que no dudaba en quitársela de encima en el momento más delicado para la muchacha, pero no podía confesarle el verdadero motivo que la impulsaba a tomar aquella decisión. Cada minuto que pasaba tenía más claro que debía separar a Bella de su hijo. Ya venía percibiendo que Rufo no se estaba portando como debía. Incluso se lo había comentado a su marido, pero el gobernador defendía con los ojos cerrados a su retoño, al que permitía faltas de respeto por las que a cualquier otro habría mandado a galeras. Seguro que el consentirle tanto era una de las causas de que se hubiera descarriado, pero lo que había visto esa mañana era algo gravísimo que le ponía los pelos de punta. Era necesario no solo proteger a aquella pobre chica —le aterraba imaginar lo que podría haberle hecho si no lo hubiera pillado a tiempo—, sino también reconducir al chaval sin demora, para lo cual precisaba de un ambiente familiar en el que nada los perturbase.

Martín la observó en silencio. Nunca la había visto tan seria. Enseguida captó algún gesto apenas perceptible —el que no fuera capaz de aguantarle la

mirada, un leve sonrojo en las mejillas— que le hizo pensar que se guardaba algo. Ana era una mujer inteligente y con carácter, de las que no hacen todo lo que piensan pero sí piensan todo lo que hacen.

—Te ruego que no me cuestiones en esto —añadió ella al percibir sus dudas—. Y entiende que, a lo más, serán unos días.

Él respiró hondo. Se dio cuenta de que era uno de esos momentos que marcan un antes y un después. Si daba ese paso, estarían más conectados y la cosa podría ir mucho más allá de flirtear. Imaginó a su esposa abrazada por sábanas solitarias. ¿De verdad sería capaz de engañarla si se diera el caso? Aunque hacía tiempo que su matrimonio había dejado de ser ejemplar. A quien Martina esperaba entre esas sábanas no era a él, sino a sus baúles llenos de dinero y anécdotas para presumir en los cafés.

Aunque nadie lo sabía, llegó a la colonia empujado por su suegro, el señor Romera, propietario del despacho de abogados para el que trabajaba como contable. Como aquel detectó enseguida que Martín tenía esa gracia que hacía que todo el mundo quisiera charlar con él, empezó a invitarlo a algunos encuentros sociales para aprovechar su carisma y captar clientes. El tiro le salió por la culata ya que, en una de estas reuniones en el Círculo de la Amistad de Soria, a quien conoció fue a su hija Martina y en cuatro días estaban ennoviados. Martín tenía que haber visto que aquello no podía llegar a buen puerto. Ella era una joven bastante consentida que, lejos de amarlo de verdad, se había encaprichado del guapo local; y él tampoco la quería, por mucho que le conviniera creer que sí. Pero como todo era tan cómodo, antes de darse cuenta había construido una familia en la que se sentía de prestado, sobre todo cuando Martina le recordaba que todo lo que tenían se lo debían a su padre. Este terminó por prepararle una encerrona: «¿Te gustaría hacer algo realmente importante para demostrarles a mi hija y a mi nieta que no eres un fracasado que pretende vivir para siempre a mi costa?». Cualquier respuesta era mala, por lo que se quedó callado; y el otro le puso sobre la mesa un pasaje a Guinea y la posibilidad de hacerse cargo de la explotación de un cliente que, al poco de haber ido a probar suerte a la colonia, se había visto obligado a regresar a la Península por una dolencia hepática. Martín le avisó que no sabía nada de cacao y su suegro le dijo que no se preocupara, que lo tenía todo pensado. Le prestaría el dinero para empezar y le iría dando instrucciones. Ahí acabó la conversación.

Lo que el señor Romera debió ocultar tras la sonrisa que le dispensó al despedirse fue: «Si de casualidad triunfas, bien; y si vuelves muerto, también».

A la que Martín sí añoraba, y muchísimo, era a su hija. Le rompía el corazón no acompañarla en el difícil trago de la adolescencia, pero cada mañana intentaba convencerse de que estaba haciendo lo correcto: labrarse un camino, demostrarle que no era una marioneta del abuelo y asegurarle un futuro en el que no tuviera que depender de nadie.

El corazón le pedía aceptar la propuesta de Ana y poner un parche en la herida por la que a Bella —de la misma edad que su niña— se le escapaba el alma. Pero si lo pensaba fríamente, se daba cuenta de que era un error asumir una nueva responsabilidad que desviase su atención del negocio justo entonces, recién sufrido aquel varapalo que ni siquiera había podido aún cuantificar. Si no sacaba la explotación adelante después de haber estado esos años tan lejos de su hija, no podría volver a mirarla a la cara.

Estaba a punto de negarse, rebuscando la excusa más apropiada para que no resultase violento, cuando Ana hizo aquel gesto con los ojos, arqueándolos al tiempo que apretaba los labios y sonreía levemente, dando protagonismo a su pequeño lunar como si fuera el único planeta de una bella constelación...

—Si acepto, tienes que prometerme que vendrás a vernos en cuanto puedas.

Ana sonrió, complacida.

—Claro.

—Y así nos intercambiaremos algún libro —añadió para no parecer tan directo.

—En América hay asociaciones de mujeres que se juntan una vez al mes para charlar sobre sus lecturas —comentó ella, siguiéndole el juego.

—En nuestro caso acortaremos el plazo. Yo al menos leo rápido.

—¿Eso es un sí?

—Prepara sus cosas —resolvió.

Y al momento ya se había arrepentido. ¿Era esa la forma de demostrarse a sí mismo que seguía siendo especial? ¿Fantasear con la mujer del gobernador era hacer algo importante?

—¿De verdad vas a hacerme este favor? —celebró ella.

Intentando recuperar un mínimo de dignidad, dijo:

—Voy a ver si mi carro ha sobrevivido a la tempestad.

Ökkó habría huido despavorido de la choza, pero su madre parecía cómoda con el hombre de la cruz.

—No te esperaba tan pronto —dijo aquella—. ¿Qué ha pasado en la playa?

No contestó.

Urí escrutó su expresión. No le hacía falta activar su poderosa intuición para saber que no era nada bueno, pero tampoco podía imaginar lo que acababa de pasar.

—Soy el padre Aguirre, misionero claretiano —se presentó en lengua bubi—. Creo que he dado una vuelta enorme para llegar aquí, no conozco la selva tan bien como tú.

—Vámonos —suplicó Ökkó a su madre.

—Siéntate.

—¡No voy a sentarme! ¡Vámonos!

—Solo quería saber si estabas bien —le apaciguó el español.

El pelo le caía por ambos lados de la cara. Le pareció menos delgado, tal vez porque los hábitos, ahora secos, no se le pegaban al cuerpo. Tenía el rostro tostado por la travesía y la barbilla en punta, como los angulosos dedos. Tan seguro de sí mismo que quería conocer su historia.

—¿Por qué habla bubi? —preguntó Ökkó.

—Viví una temporada en Santa Isabel, una ciudad al norte de la isla.

—¿Cómo acabó allí? —preguntó Urí.

—Es largo de contar.

—Hay tiempo, el sol está en lo alto.

—Por eso —rechazó la invitación—. Las historias se cuentan mejor por la noche y he de partir cuanto antes.

El ver a un blanco comportándose con esa naturalidad en su choza le generaba extrañeza, pero Urí se había dado cuenta de que su corazón desprendía una atrayente luz. Los españoles llevaban botas que les cubrían

media pierna para andar por el bosque, porque de otra forma se llenaban de cortes. Eran gente débil, y de la gente débil no podías fiarte. Por eso los de su etnia se alejaban de las zonas costeras donde los colonos iban construyendo sus asentamientos y se internaban en el bosque. Pero el que tenía delante parecía diferente. Si bien no iba descalzo, al menos se conformaba con unas sandalias.

—Si tiene prisa, será mejor que diga lo que ha venido a decir.

—Como le estaba explicando a tu madre —se dirigió sin preámbulos a Ökkó, que seguía plantado en la entrada—, quiero que vengas conmigo a la misión de Santa Isabel.

—El padre Aguirre quiere enseñarte —completó Urí.

Ökkó no entendía por qué su madre, que siempre se había diferenciado del resto de mujeres de la aldea por su carácter, secundaba una propuesta tan demencial.

—Enseñarme, ¿qué?

—Cosas de los blancos.

—Mi intención es que te formes conmigo y, llegado el momento, seas tú mismo quien enseñe a otros —volvió a tomar la palabra el misionero.

—Yo no puedo hacer eso, no sé nada.

—Nuestra misión acaba de nacer y, aunque seamos los padres claretianos quienes clavemos los pilares de nuestra cultura y nuestra fe en esta tierra, necesitaremos bubis que inspiren confianza a los que vayan incorporándose. Bubis capaces como tú.

—No me conoce.

—Tu madre me ha ilustrado más que suficiente. Y también me ha dicho que tu padre era el guía del jefe y que tú te mueves por la selva mejor que nadie. ¿Qué más podría pedir? Soy bien consciente de que, si hago el viaje solo, no podré llegar, por lo que quiero creer que Dios te ha puesto en mi camino.

El innombrable...

—Se refiere al dios de los cristianos —le tranquilizó la madre, y se volvió hacia el misionero—. Aunque, en todo caso, es a usted a quien los dioses habrían puesto en el camino de mi hijo.

Al padre Aguirre le encandiló la sutileza de la nativa. Desde el primer momento había celebrado que fuera una representante de la diosa Bisila, porque eso significaba que había sido instruida por los ancianos y podía mantener una conversación civilizada.

—El punto de vista no empequeñece la gran empresa que nuestro Señor nos tiene reservada.

En alguna reunión de la aldea, Ökkó había oído hablar de jóvenes que marchaban a trabajar para los blancos y creía recordar que el *botuku* se oponía —tampoco había prestado demasiada atención—. Pero lo que ese hombre le estaba proponiendo no era que trabajase *para* él, sino *con* él. Frunció el ceño. En algún lugar tenía que estar la trampa. Observó con cautela a su madre y le preguntó:

—¿Tú qué piensas?

—Que va a ser bueno para ti.

Puede que aquello fuera cierto. Su hijo estaría del lado de quienes hacían flotar el hierro. Estaba segura de que aquel hombre que había viajado por mares lejanos y se movía de forma expresiva a pesar de haber sufrido un naufragio sacaría lo mejor que Ökkó tenía para ofrecer al mundo. Pero la verdadera razón era otra: se le había presentado una oportunidad única para que su hijo escapase de Momokobo. Si no la aprovechaba, era solo cuestión de tiempo que el gigante terminase con él.

—¿Y también va a ser bueno para ti? —continuó el chico.

Urí se levantó a por un cuenco, lo llenó con agua de la calabaza y se lo ofreció a su invitado.

—Yo no puedo ir —confesó por fin.

—¿Quieres que vaya solo?

—Serías igual de bienvenida —dijo el misionero.

—Cuando me convertí en representante de la diosa en su aldea terrenal, asumí un compromiso de por vida que no puedo romper.

Y de nuevo guardó para sí otra razón: para volar, su hijo tenía que liberarse de cualquier lastre. Si lo acompañaba, jamás llegaría a integrarse en la misión. Desde el primer día sería el hijo de la bruja y terminaría estigmatizado. El misionero le estaba ofreciendo una nueva vida, lo cual suponía dejar atrás por completo la anterior. Y ella estaba en la anterior.

—No tendrías por qué renunciar a tus creencias —insistió el padre Aguirre con cierta ligereza. Aunque la norma suprema de la metrópoli declaraba que nadie podía ser molestado por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de otro culto siempre que no atentase contra la moral cristiana, también decía que estaban prohibidas otras ceremonias públicas que no fueran las de la religión católica, apostólica y romana, y Urí no parecía de las que fueran a contenerse agachando las orejas.

—No siga caminando por ese sendero —le advirtió ella—. Y tú, Ökkó, déjate de lloriqueos y haz lo que digo. Tienes que confiar en mí.

—¿Cómo me pides que confíe cuando quieres apartarme de ti?

—¡Pues entonces tendrás que obedecerme sin más!

—¡No puedes ordenarme nada, no eres mi padre!

—¡Tu padre está muerto!

Ökkó resopló para calmar su ira. Al cabo, habló con tono defraudado.

—Ya veo que, al final, nuestro árbol no significa nada para ti.

—¿Por qué dices eso?

—¿No recuerdas la palabra fuerza?

—¿Cómo podría olvidarla, si hoy es más importante que nunca? Si de algo has de convencerte, es de que tienes fuerza suficiente para salir adelante por ti mismo.

—No me refiero a eso. Me dijiste que, en la selva, nada se consigue por la fuerza. Los troncos, frutos y flores brotan y crecen siguiendo sus tiempos, alimentados por la lluvia que cae cuando tiene que caer.

Urí se sintió tremendamente orgullosa de su hijo. A la primera de cambio había subido al árbol para encontrar la palabra adecuada. Comprendió que hasta ese momento jamás le había gritado; al menos, no para imponerle algo, y así había de seguir siendo. Debía dejar que su vida discurriera según su propia naturaleza, como el río que va buscando su hueco y, con su lentitud, es capaz de atravesar una montaña. Lo que de inicio le había parecido un plan irrechazable, de pronto le suscitaba un grave conflicto.

—Piensa en todo lo que podría llegar a ser —apuntaló el claretiano, percatándose de que su aliada estaba perdiendo fuelle.

Urí suspiró y dijo:

—Si usted conoce a los bubis, habrá oído hablar de la historia de la mujer y la sirena.

—Lo cierto es que no.

Volvió a sentarse en el suelo y recuperó su porte erguido.

—Los viejos cuentan que, durante una sequía que asoló el interior de la isla, a la gente no le quedaba otra que lavarse con arena, como gallinas revolviéndose en la tierra. Pero una mujer que había dado a luz una niña preciosa decidió que no quería bañarla en un cubo polvoriento, metió en un fardo sus pocas posesiones y salió con su hija en dirección al mar. Le costó llegar varios días, pero cuando alcanzó la orilla sacó fuerzas para construir una casa y aprendió a pescar. No podía estar más contenta de su decisión. Además de agua para el aseo de ambas, tenía otras muchas comodidades de

las que carecía en su aldea. Pero esa satisfacción se quebró cuando una sirena emergió de las olas y le infectó el corazón. «Está en tu mano poseer cualquier cosa que puedas soñar —le prometió—, solo tienes que pedírmelo». La mujer, fascinada, le preguntó: «¿Qué quieres a cambio?». Y aquel ser de escamas brillantes respondió: «A tu hija». De primeras, la mujer se revolvió asqueada. Le gritó que cómo se atrevía a sugerirle un trato semejante y le pidió que nunca más volviera a molestarla. Pero la sirena no se amilanó. Cada mañana se acercaba a la playa y le endulzaba los oídos con promesas de inmensos tesoros. Entretanto la mujer siguió controlando su avaricia hasta que, un día, cayó en la tentación de planteárselo. Fue lo único que hizo, cerrar los ojos un instante para imaginar lo que sería tenerlo todo...

Urí cerró los suyos.

—¿Y qué pasó?

—Mientras estaba sumida en aquella breve fantasía, la sirena aprovechó para coger a la niña y meterla en el mar, donde se convirtió en un pez.

—Casi todos los cuentos bubis acababan mal —comentó el misionero para salir del paso. Eludía que, en los que le contaban a él, las enseñanzas también estaban detrás de ogros que comían bebés y jóvenes que torturaban a sus hermanastras.

—¿Quién me dice que usted no es como la sirena? ¿O como esos otros que vienen cargados de regalos buscando brazos para trabajar?

El misionero se tomó unos segundos. No porque no supiera lo que iba a decir, sino para dar tiempo a que Urí volviera a abrir sus oídos.

—Yo no quiero embriagarte con ninguna idea insana. Solo digo que nada que nos corte las alas puede ser bueno. Yo mismo he sentido desde joven el impulso de vagar por el mundo. Y tengo claro que la dedicación al Señor en una celda del monasterio de mi pueblo habría sido suficiente. ¡Qué demonios andaré buscando por las geografías, si está todo en mi interior! Pero soy así...

—Se encogió de hombros—. Y ¿sabes qué me salva? Que no hago este viaje inacabable por mí, sino por los demás. Lo mismo pasaría con tu hijo. No solo le estoy ofreciendo su propia salvación, sino la de muchos bubis a los que tendrá la oportunidad de ayudar.

—Eso es honroso —admitió.

El padre Aguirre sonrió, pensando que había logrado reabrir una rendija por la que de nuevo se colaba la luz.

—Y ¿entonces?

Ökkó resolvió la cuestión negando repetidamente con la cabeza. No podía dejar de pensar en lo que debió de llorar la mujer del cuento.

—Creo que es mejor que se ponga en marcha —ratificó Urí—. Santa Isabel tiene que estar muy lejos.

El misionero asintió. La capital estaba en la costa norte, Ureka se encontraba en el enclave situado más al sur y nadie había cruzado Fernando Poo de punta a punta, atravesando a pie la selva y los volcanes del interior. La ruta entrañaba una dificultad extrema, pero no había otro modo de informar de lo ocurrido para que enviaran un barco de rescate antes de que fuera demasiado tarde. De entre los supervivientes, él era el único que no tenía heridas abiertas y había estado antes en la colonia, por lo que no pudo negarse. Y, en cuanto al chico... Había hecho todo lo que estaba en su mano y no debía seguir presionando, dadas las escasas probabilidades que tenían de culminar el viaje con éxito aun yendo juntos. Así que asintió, se despidió sin esperar un saludo de vuelta y salió de la choza.

Ökkó fue rápido a asomarse para comprobar que no daba marcha atrás y vio, complacido, cómo las mujeres hacían un pasillo por el cual enfiló hacia el bosque.

—Ayúdame a pelar estas semillas —le reclamó Urí, poniéndose a la faena como si nada hubiera pasado.

Estuvieron un buen rato haciendo labores cotidianas sin mencionar una palabra del asunto.

Pero llegó un momento en el que Ökkó no pudo más.

—Madre...

Sufrió una sacudida de congoja.

Urí dejó con cuidado la piedra cortante en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido en la playa?

No fue fácil de escuchar.

Al menos un español había muerto...

Y su hijo podría haberlo evitado.

Por mucho que le angustiase esa pérdida inevitable, lo que más le preocupaba era que el chico fuera el único que hubiera presenciado cómo Momokobo lo mataba a sangre fría. Solo él sabía que había mentido al *botuku*, que lo había desobedecido y estaba poniendo en peligro a toda la aldea al prender un conflicto con los blancos. Un rato antes, al despedir al misionero, se había convencido de que sería posible reconducir la situación con el gigante, pero Ökkó le había dado un nuevo motivo para quitarle la vida, por lo que no cabían más contemplaciones. Necesitaba apartarlo de aquella aldea de inmediato.

¿Cómo convencerlo?

Si el misionero se alejaba demasiado, puede que no llegase a encontrarlo...

En ese momento, escuchó ruidos en el exterior. Los guerreros estaban regresando.

Y se le encendió una luz.

—¿Podrías ir a recoger unos cuantos tallos de esa planta para los ardores que solía traerme tu padre? —le preguntó.

—¿Ahora?

Hizo un gesto de malestar y se llevó la mano al vientre.

Ökkó no lo dudó. Salió y, sin detenerse a mirar al grupo que iba formándose en la entrada del poblado, se internó en la espesura.

Un rato después, mientras se acercaba de vuelta a la choza, oyó ruidos en el interior.

¿Había vuelto el misionero? Hinchó el pecho y se lanzó decidido para obligarle a que los dejara en paz. Pero, justo antes de entrar, vio algo que le paró el corazón.

Bajo la piedra que utilizaban para mantener abierta la puerta sobresalía algo.

Se agachó y la levantó con pánico, como si de ahí fuera a salir la más venenosa de las serpientes.

Era algo mucho peor.

—No, no, no...

El pelo cortado de su madre.

Se precipitó en el interior y allí estaba, tirada sobre la estera, todavía con sangre en el cuero cabelludo recién rapado, siguiendo el ritual del concubinato. Sobre ella, el gigante Momokobo jadeaba sudoroso y la poseía como una bestia.

Urí miró a su hijo. Ökkó pensó que no parecía la misma mujer que, tras la muerte de su esposo, gritaba su nombre desconsolada, preguntándose para qué valía la pena seguir trayendo leña a casa si no había amor que calentar, para qué afilar la espina con la que hasta entonces le quitaba las niguas. «¿Quién te rascará la espalda y apartará los mosquitos de tu cuerpo? —sollozaba el día fatídico—. ¿Quién llevará a nuestro hijo a cazar?». La mujer que tenía delante era otra. Ni tan siquiera se había molestado en pedir permiso para yacer con otro dejando el cabello bajo una piedra de la playa. Y, por si fuera poco, tenía el rostro y los pechos pintados de blanco. Su madre siempre había decorado su cuerpo con polvos rojizos, tal era el color de la tierra y de los espíritus buenos. El blanco era el color del mal.

Ökkó pidió al espíritu de su padre coraje para coger el hierro con el que asaban la carne y golpear al guerrero en la nuca, pero se preguntó para qué habría de hacerlo. Su madre le había traicionado. No había nada que lo atara a ese lugar.

Nada.

Salió corriendo en busca del misionero, confiando alcanzarlo antes de que se precipitase por algún barranco.

En la choza, mientras Momokobo alcanzaba el clímax, Urí respiró al ver que había conseguido su propósito. El precio que estaba pagando a cambio era lo de menos. Su hijo volaba vivo y libre.

Libertad, esa habría sido una buena palabra para su árbol, pensó mientras una lágrima se deslizaba por su rostro blanqueado, dejando un surco de piel oscura.

8

A Bella le gustaba ayudar a las sirvientas a preparar la comida. No lo hacía tanto por el hecho de colaborar en las labores del hogar —lo cual le daba bastante pereza— como por pasar tiempo cerca de las bubis. Además de Paciencia, que había salido a limpiar el barro de las escaleras, en la casa trabajaban otras dos mujeres de la etnia a las que consideraba una suerte de tías. Gracias a las salidas que hacía con su padre a las aldeas próximas para profundizar en el estudio de las plantas curativas, había normalizado el relacionarse de tú a tú con los nativos y aprender de ellos. Ahora, también había normalizado el quererlos.

La mayor se llamaba Dolores y estaba al mando de la cocina. Gruesa y bajita como una de las cazuelas que movía de aquí para allá, preparaba las recetas de la metrópoli con ingredientes de la isla. El gobernador, que como militar y marino no siempre había podido disfrutar de la buena gastronomía, se chupaba los dedos un día sí y otro también hasta el punto de manifestarlo en voz alta, compensando así otros desprecios al servicio que tal vez iban con el cargo, pero que no por ello resultaban menos vejatorios. Bella no soportaba cuando comparaba a los negros con los animales salvajes. De hecho, ya le sentaba mal la forma en la que pronunciaba la palabra negros, como con disgusto, haciendo ver que su color era tan desagradable como una mancha en el pantalón.

La otra, Segis, se ocupaba de lavar y planchar. De primeras, Ana pensó que era excesivo tener a una persona dedicada a eso todo el día, pero le bastaron un par de semanas en Santa Isabel para entender que era la labor más necesaria de todas. Sudaban tanto que su marido utilizaba dos camisas al día, por no hablar de cómo se le ponían los bajos del traje blanco. A diferencia de Dolores, que solo abría la boca para probar las salsas y maldecir cuando se le quemaba un sofrito, Segis no dejaba de cotorrear sobre cotilleos de los bubis y tararear canciones típicas de la etnia. No es que entonase muy bien, pero al menos en esos ratos no había que seguirle la corriente.

—Ayúdame a doblar este mantel —le pidió a Bella, ofreciéndole dos esquinas.

Se había filtrado agua de la tormenta al cuarto donde guardaban la ropa blanca y se estaba dedicando a lavarlo todo.

—Pásame antes esa cebolla —la reclamó Dolores.

Estaban contentas de tenerla a su lado después del susto de la desaparición —Ana no les había contado el episodio de Rufo—; y, sobre todo, agradecían que las mirara como a iguales. Por muy integrados que estuvieran en la colonia, los bubis no eran considerados ciudadanos de España. Vivían en una especie de minoría de edad permanente y no podían contratar, ni pedir dinero a crédito, ni adquirir inmuebles, salvo que las autoridades dieran su visto bueno a través de una especie de tutor que siempre miraba por tener amarradito al nativo, ni mucho menos votar. «Eso sería como darles las llaves de la isla», decía el gobernador, quien defendía este desequilibrio racial por el retraso evolutivo de los negros y, todavía más, porque no había otra forma de levantar una colonia llena de indígenas que no querían trabajar ni cobrando.

—Si vas a hacer sopa de pescado, no echas mucho picante —le dijo Bella.

—Al gobernador le gusta así. Ya comerás de la de cacahuete.

La cocinera señaló con los ojos un cuenco en el que había puesto un puñado a remojo. Tras pasar la noche en vela, estaba tan nerviosa que se había lanzado a preparar comida como para una boda. Además de la habitual ensalada con brotes de taro y unos cuantos «envueltos», como llamaban a unas hojas enrolladas de malanga y plátano con carne y legumbres en el interior, estaba cocinando a fuego lento un pangolín con chocolate que se olía desde la calle. Con eso sí que no podía Bella, por mucho que le gustase el cacao. Demasiadas escamas cuando estaba vivo; sería como comerse un juguete.

El espejismo de normalidad se desvaneció cuando vio entrar a Ana, que se veía incapaz de reprimir un gesto forzado.

—¿Qué pasa?

—Quería contarte algo.

—¿Hay noticias de mi padre?

Ana negó e intentó sonreír.

—Entretanto vamos a hacer un pequeño cambio. Irás con Martín Quesada a su finca.

—¿A vivir? ¡Si casi no lo conozco!

—A mí tampoco me conocías; y solo serán unos días.

Se le humedecieron los ojos.

—Mi padre me dejó con vosotros. ¿No me quieres aquí?

—¿Cómo puedes decir eso?

—Si es por las cosas que dijo anoche el gobernador, te prometo que no me importa. Ya sé que no hablaba de verdad.

A Ana se le encogió el corazón. Tiró de improvisación y le explicó que se avecinaban unas semanas en las que la vida de la familia se vería afectada por las obligaciones de su marido, quien estaba sometido a mucha tensión y necesitaba espacio. Además de tener que lidiar con la reconstrucción de lo que había arruinado la tempestad, se preveían medidas excepcionales por la deriva que estaba tomando la Conferencia de Berlín. Pero Bella no entendía de política. Solo sabía que le estaban alejando de sus amigas bubis —que observaban la escena sin atreverse a intervenir— para enviarla a vivir con un desconocido.

—No sé qué he podido hacer mal.

—Ven aquí. —La abrazó contra su pecho—. Iré a verte muy pronto... si es que me da tiempo, porque seguro que en cualquier momento volverá tu padre, por el que no dejamos de rezar. Y la finca es un lugar precioso, ya verás. Huele a cacao y puedes moverte a tu aire. Créeme, estarás mejor en el campo junto a las plantas que tanto te gustan.

—En esta isla todo es campo.

Eso era verdad. Lo que llamaban capital de la colonia era poco más que un puñado de casas desperdigadas entre la vegetación. También las de la gente más adinerada, envueltas en ramas y hojas, sentenciadas a convertirse de nuevo en selva.

Segis, la planchadora, comenzó a entonar una canción muy triste. Trataba de un niño huérfano que, antes de abandonar su hogar para labrarse una vida propia, clavaba una lanza en un árbol y le decía a su hermanastro: «El día que esta lanza caiga, será que he muerto». Bella ni tan siquiera tenía una lanza para clavar en la pared de la cocina. Se iba sin haberlo decidido ella, dejando a sus queridas bubis con la olla y la plancha en la mano.

Montó en el carro con sus cosas, que le había ayudado a preparar Paciencia porque ella no acertaba ni a doblar la ropa, de tan turbada como estaba. Vio cómo Martín acariciaba la crin del caballo y pensó que aquel gesto no era un mal comienzo, aunque más de una vez había visto a personas que trataban a sus mascotas mejor que a los negros.

El finquero se giró hacia ella y apretó los labios. No sabía si estaba obrando bien, pero volvió a pensar en lo que querría que hicieran por su hija si se encontrara en una situación semejante. Él era un buen hombre con algo que ofrecer: espacio abierto, tranquilidad y unos cuantos libros. ¿Por qué no? Además, era algo temporal. Cuando Ana los visitase ya decidirían de forma madurada qué era lo mejor para todos. Así que dedicó a Bella una de sus luminosas sonrisas, azuzó al animal y enfilaron hacia la finca.

Quería llegar antes de que se les echara la noche encima, pero al pasar frente al almacén de un comerciante inglés en el que acostumbraba a aprovisionarse, se dispuso a hacer una parada.

—¿Me acompañas a comprar unas cosas? —le preguntó, amable.

—¿Como qué?

—No temas, que en la finca tengo de todo. Estaba pensando en un par de sábanas para que estrenes.

Bajó del carro y se plantó unos segundos con los brazos en jarras delante de la construcción.

«Factoría Holt Ltd. Liverpool»

Quería un cartel como ese para su finca, grande y de letras curvadas. En realidad, le gustaba todo lo que tenía que ver con aquel negocio que llevaba décadas operando en la isla. Puede que el inglés no fuera la persona más inteligente del planeta, pero había sabido ver la oportunidad antes que nadie y echarle arros para hacer las cosas de forma diferente a como las hacía el resto. Cuando a Martín le empapaban el sudor y los problemas y su estancia allí perdía el sentido, solía echar mano de la historia del comerciante para motivarse. Todos los europeos sufrían alguna vez ese tipo de crisis y Holt nunca había tenido pereza para sentarse a hablar con los clientes, sabiendo que los lazos emocionales vendían aún más que el ofrecer la mejor mercancía.

—John Holt tiene algo en común con tu padre —dijo mientras entraban—. Lo primero que le atrajo de esta isla fue su naturaleza desbordante.

—¿Era biólogo?

—No, pero mientras se formaba como aprendiz de comerciante en Liverpool, siendo no mucho mayor que tú, atendía a clases nocturnas y pasaba horas en la biblioteca, donde descubrió los libros de los naturalistas que habían viajado a África. Le impactaron tanto que una noche soltó en casa que quería seguir sus pasos y ¿sabes qué le dijeron? Que quién se había creído que era. Y fue precisamente esa falta de confianza la que le hizo prometerse a sí mismo que encontraría la forma de cumplir su sueño.

Según contaba el propio Holt, aquella noche les dijo a sus padres: «La humanidad es como un montón de cerdos hambrientos peleando en un bebedero, todo el mundo trata de arrancar un trozo de comida de la boca de su prójimo. Por eso, mejor que intentar batir a miles para ser el mejor comerciante de Inglaterra, me daré prisa para convertirme en el primer comerciante de algún lugar de África». Para comenzar, se colocó como contable en un buque de vapor que hacía la costa este del continente; y cuando su padre le advirtió de que los barcos eran sitios de poca virtud y mucho vicio, replicó: «Yo voy a hacer dinero —las mismas palabras que Martín había adoptado como mantra—, y si para ello he de pasar por el fuego y por el agua, así será». Y culminó con otra frase igual de importante para el finquero: «No es el oro lo que me atrae, sino la independencia que traerá consigo».

Uno de los encargados del almacén se le acercó. Venía con un martillo en la mano.

—¿Qué hace por aquí, don Martín? Le imaginaba en la finca arreglando el entuerto.

—No tuve tiempo de regresar. Y vosotros, ¿mucho destrozo?

—Unas ventanas rotas y varios sacos calados, pero nada grave para lo que podría haber sido. —Sacudió el polvo de las manos—. ¿Qué necesita?

—Ya que he venido, un poco de todo —contestó, mientras se pasaba la mano por la cara—. De momento, tráeme un par de sábanas suaves y algo para la resaca, que aún me dura desde esta mañana.

El asistente sonrió y marchó hacia el interior.

Martín sacó el pañuelo de Ana para secarse el sudor de la frente. Acababan de despedirse y ya sentía un deseo irrefrenable de volver a verla.

Bella se probó un sombrero de paja mientras repasaba las estanterías repletas. En el almacén del inglés vendían las cosas más diversas: lápices, tabaco, jabón, agujas, pólvora, anzuelos, cacharros, telas, armas...

Tal vez he equivocado la profesión, pensó Martín. De finquero a tendero, no sería mal cambio. De hecho, aparte de unos cuantos zapateros, carpinteros y cuberos, casi todos los europeos de la ciudad se dedicaban a mercadear siguiendo la estela de Holt. Aunque se veían obligados a asumir su papel de segundones, las tripulaciones de los buques que hacían escala en Santa Isabel siempre estaban dispuestas a pagar el doble de su valor por cualquier veneno embotellado, que era lo que más vendían. Y aún fondearían más tiempo si alguien les ofreciera carne fresca de vacuno o de cerdo. Con la cantidad de verde que había por todas partes, sería fácil criar una manada de reses.

Bastaría con poner un cercado junto a la finca de cacao y que se cebaran solas... Cualquier cosa para ser el primero en algo.

—¿Tú qué crees, Bella? ¿Debería dedicarme a criar vacas?

Solo pensaba en voz alta sin esperar respuesta, pero ella contestó:

—El gobernador dijo que el verdadero dinero está en la madera.

—La madera...

La muchacha se percató de que había repetido algo que oyó desde su escondite detrás de la puerta del salón.

—Lo siento, no quería espiar...

—No pasa nada —murmuró el finquero mientras aquella idea volvía a abrirse paso en su mente.

¿De verdad estaba planteándose dar ese paso? Los árboles que merecían la pena no estaban en la isla de Fernando Poo, sino en la zona continental de la colonia, sobre todo en la región inexplorada de Río Muni que solo había pisado ese explorador vitoriano. Aunque, precisamente por eso, ¿por qué no? Seguro que Holt se lanzaría. No es que fuera ingeniero forestal, pero tenía nociones del negocio porque en el despacho de su suegro representaban a una fábrica de muebles de Almazán. Entonces surgió un pensamiento inesperado: ese giro supondría no volver a ver a Ana. ¿Quería eso decir que le importaba de verdad? Y, lo quisiera o no, acababa de contraer el compromiso de ocuparse de una adolescente en apuros. Parecía mentira las vueltas que podía dar la vida en una sola noche, por mucho que fuera una tan demencial como la que acababan de superar.

—Deja que te compre el sombrero —le dijo a Bella—. No quiero que el sol te queme esos rizos.

Para cuando el carro cruzó el vallado de la finca, el gris casi negro del cielo engullía las últimas llamas del ocaso. Bella, con el trasero dolorido por los baches del camino, experimentó una bienvenida inesperada en forma de aromas. Dulces los de las flores que libaban las abejas; de chocolate con vainilla los que emanaban de los frutos maduros. Incluso la tierra mojada olía diferente. Aunque jamás lo admitiría delante de Ana, tal vez no fuera a venirle mal el cambio. La montaña estaba cerca y brotaban plantas desconocidas por todas partes. En cuanto pudiera, se escaparía para conocer el lugar por libre.

Por su parte, Martín solo olía podredumbre. Detuvo el caballo, saltó al suelo y recogió unos tallos arrancados por la tormenta, como si con ello pudiera arreglar algo. No es que la finca estuviera arrasada, pero sí anegada y con zonas muy golpeadas. Resopló, agotado. Con todo lo que estaba entregando a aquel pedazo de tierra —dinero, sudor, años de vida, asumir riesgos y distanciarse de su hija—, ya debería haberse hecho rico.

Barrió la propiedad con la mirada. No era la más grande, ni tampoco la más pequeña. El mercado de cacao guineano era un recién nacido y no solo él, sino todos los que habían conseguido concesiones de explotación, sabían que tenían que ir probando suerte poco a poco. En las décadas anteriores se intentó hacer lo mismo con el aceite de palma. Quisieron convertir a Fernando Poo en la gran base comercial de aquel lubricante industrial que provenía del Níger, pero el plan no tuvo éxito. La historia de la colonia se estaba escribiendo con el método de prueba y error.

Fundamentalmente, error.

El primer europeo en avistar la isla fue Fernão do Pó, un navegante portugués de camino a la India en 1471. La bautizó «Hermosa» por razones obvias, pero todos comenzaron a llamarla con su nombre y apellido. El rey de Portugal se percató de que sería un puesto ideal para el tráfico de esclavos y envió una expedición para fundar una factoría, pero se dieron de bruces contra las fiebres y la feroz resistencia de los bubis, cuyo ascenso en la jerarquía

social dependía de los rivales que se llevaban por delante. Así que, en menos de lo que cantaba el gallo que los acompañaba, los pocos supervivientes de la avanzadilla zarparon de vuelta, dejando la isla por imposible.

Tuvo que pasar siglo y medio hasta que las autoridades de Lisboa volvieron a probar suerte, animados por los beneficios que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales obtenía en la zona. En esta ocasión pidieron ayuda a la etnia benga, experta en cacerías humanas, y durante unos años dispensaron desde Fernando Poo decenas de miles de esclavos. Pero en 1777, cuando el negocio estaba en su punto álgido, ocurrió algo que cambió el futuro de la isla para siempre.

Los gobiernos de Madrid y Lisboa firmaron un tratado para recuperar una alianza natural que habían perdido tras un largo período de hostilidades. Pusieron orden en sus posesiones de América, deslindando con todo detalle los parajes y ríos de aquel continente; y, dando un paso más, se prometieron lealtad y apoyo en las tierras e islas que pudieran tener en cualquier otro vasto océano, un compromiso que Portugal selló con un regalo inesperado. «Su Majestad Fidelísima —rezaba el artículo que se incluyó al final del tratado— cede a Su Majestad Católica Carlos III de España todo el derecho y acción que tiene o pueda tener en la isla de Fernando Poo, para que sus vasallos puedan establecerse en ella y negociar en las costas y puertos opuestos a la dicha isla».

Así nació la colonia española en el Golfo de Guinea, derramando no sangre, sino unas gotas de lacre sobre el pergamino oficial firmado por el conde de Florida Blanca.

A partir de entonces el gobierno de Madrid podía hacer y deshacer lo que se le antojase en sus nuevas posesiones... o eso creía. La primera expedición enviada a buscar el mejor emplazamiento portuario vio que no iba a ser fácil. Donde encontraban leña o un desembarcadero apropiado, no había abrigo para los vientos. Se barajó una ensenada en el este, en la que incluso comenzaron con el desmonte de tierras y la edificación de un hospital, un horno y una batería de cuarteles y almacenes de madera. Pero contrajeron las mismas enfermedades que en el pasado habían repelido los intentos portugueses de ocupación y, en solo dos meses, la mitad de los expedicionarios había fallecido, otros muchos esperaban la extremaunción hinchados por las fiebres y el resto perdían el juicio al vislumbrar tan cerca su propio final.

Esto supuso el abandono de la isla por sus nuevos propietarios españoles y un vacío de poder que aprovechó el siempre avisado gobierno británico. Al

ver que se trataba de un punto estratégico para el comercio, iniciaron conversaciones con sus homólogos de España para que les cedieran Fernando Poo a cambio de la condonación de alguna deuda pendiente. Como no cerraban el acuerdo, trataron de convencer a Madrid con la milonga de que, desde la isla, se ocuparían de vigilar que nadie se saltase la abolición de la trata de esclavos que ellos mismos acababan de imponer. Y, visto que la diplomacia tampoco avanzaba, tiraron por la tremenda. Escogieron unos terrenos al norte, expulsaron a la tribu del lugar a cambio de unas barras de hierro que fascinaban a los bubis, llevaron unas cuantas casas prefabricadas en Londres y fundaron la ciudad de Port Clarence.

Estaban convencidos de que podrían superar las fiebres al ir bien provistos de sulfato de quinina, pero se vieron tan afectados como sus antecesores. Y como, además, los bubis se negaban a trabajar y al trueque de sus animales, con lo que escaseaban los víveres, el Gobierno de Londres decidió abandonar oficialmente el establecimiento. Solo quedaron algunos comerciantes, como el mercader Holt, que mantuvieron un pulso constante con las nuevas hornadas de colonos españoles que, contra viento y marea, terminaron de hacerse con el poder efectivo de lo que ya era una posesión de España por derecho.

No obstante, la herencia británica siguió muy presente. Cuando el primer gobernador español llegó a la isla en 1858 al mando de una pequeña guarnición de infantería de marina, apenas había puesto un pie en tierra envió un mensaje de socorro a Madrid advirtiéndole de que inglesa era la lengua, inglesa la moneda que circulaba, ingleses los pastores protestantes que campaban a sus anchas e ingleses los barcos que fondeaban en la bahía. Y casi tres décadas después, de los ochenta y seis buques comerciales que habían arribado a Santa Isabel durante el año anterior, pensó Martín, todos, salvo dos alemanes, seguían siendo británicos, lo cual era lógico, ya que los terratenientes exportaban sus productos a puertos como Liverpool, Manchester y Hamburgo, donde bullían las fábricas de chocolate. En los últimos meses sí que había empezado a dejarse ver por allá algún barco catalán, pero la iniciativa privada de la metrópoli, muy empobrecida, seguía siendo casi inexistente.

El vitalista y siempre risueño soriano quería llamar a su propiedad Finca Esperanza, pero no se había decidido a colgar el cartel porque le parecía demasiado presuntuoso, como si el nombre no solo hiciera alusión a su proyecto personal, sino al de todo un país. Con esos antecedentes, pensó con

los tallos arrancados en la mano, debía de estar loco no ya para seguir adelante, sino para además cargarse con nuevas servidumbres.

—¿Quieres conocer tu habitación? —le dijo a Bella como si todo fuera de lo más normal.

Ella asintió aún subida en el carro, pero cuando fue a coger el bolso en el que llevaba sus cosas más personales y lo vio abierto, dibujó un gesto de pánico.

Se inclinó a mirar bajo el asiento, también en la parte de atrás.

—¿Qué buscas?

—No puede ser...

Saltó al suelo y repasó cada centímetro. Volvió sobre sus pasos y comenzó a llorar desconsolada.

—¡Bella, dime qué te pasa!

—¡La foto!

—¿Qué foto?

—¡La mía con mi padre que he coloreado con doña Ana! ¡La he perdido!

—¿Has mirado bien?

Metió la mano en ambos bolsillos del pantalón.

—¡Sí!

—¿Seguro que la traías?

—¡Claro! ¡Pero hemos venido todo el rato saltando en ese camino del infierno!

Lágrimas como puños caían por su rostro. Seguía buscando bajo el carro, en los laterales del sendero, cambiando de dirección de forma errática.

—No te preocupes, que ya la encontraremos.

—¡Tenemos que volver ahora!

La observó con una intensa pena, pero no podían ponerse a dar vueltas arriba y abajo detrás de algo que, posiblemente, no recuperarían aunque le dedicasen toda la vida. Lo que tenía que examinar palmo a palmo era aquel campo azotado. Necesitaba organizar a los braceros y gestionar las tareas de limpieza para empezar a primera hora del día e intentar evitar la proliferación de hongos y bacterias que terminarían de comerse las plantas de forma silenciosa. Había conseguido llevarlas a su máximo de producción y pronto empezarían a dar beneficios, pero si dejaba que se pudrieran, tendría que volver a empezar. Necesitaba buscar la forma de acelerar el drenaje del suelo para evacuar el exceso de agua, pensó, con ganas de coger una pica y clavarla en la agonizante arcilla negra para hacerse una idea más clara de lo que había.

—Ahora no podemos. Podría estar en cualquier sitio y ya no hay luz.

—¿Y si se la traga el barro?

—Bella, ya se la habrá tragado y tengo muchísimo que hacer —resolvió, zanjando el tema.

Ella escondió la cara en las manos y soltó un alarido desgarrador que llevaba dentro todo el miedo por la ausencia de su padre y la rabia contra el más allá por hacerle pasar una prueba tras otra desde que era niña.

—¡Señor Quesada! —gritó alguien que se acercaba entre la oscuridad que ya se les echaba encima.

Era el capataz. Un hombre rudo, de piel oscura y acento marcado. Llevaba una vara sujeta al cinto como si fuera una espada y un sombrero gris de ala redonda muy ancha. Martín le puso al tanto de quién era Bella y de lo que había ocurrido con la foto —esforzándose en hablar fuerte para que aquella le escuchara—, y le pidió que ensillase el caballo y echase un vistazo en el último tramo por si la había perdido al final.

Antes de ponerse en marcha, el capataz le contó cómo habían vivido allí la tempestad. El viento feroz, la lluvia incesante y, por la mañana, la calma en la que cabían todas las angustias.

—Por si fuera poco, se nos ha ido otro bracero —le informó con pesar.

—¿Qué dices? ¿Cuál?

—El de Luba.

—¿El joven? ¿Qué estás diciendo?

—Yo hago lo que puedo. Tal vez quería más dinero.

Martín se echó las manos a la cabeza. Por si no fuera difícil encontrar trabajadores, algunos de los que había conseguido reclutar estaban desertando de la noche a la mañana sin dar explicaciones y no veía una solución al problema. No podían forzar a los bubis a desarrollar unas tareas que no les atraían en absoluto, ya que eso rompería la frágil estabilidad que los pocos españoles de Fernando Poo mantenían con la etnia, mucho más numerosa. Tampoco podían pedir mano de obra a la metrópoli, porque esto se oponía al concepto mismo de colonia. Incluso habían considerado traer libertos de Cuba, los cuales habrían aguantado las inclemencias del clima por estar acostumbrados, pero el viaje les echaba para atrás, a ellos y a los dueños de los barcos, que no querían arriesgarse a ser detenidos por una supuesta trata. Así que a los finqueros como Martín no les quedaba otra que camelarse al gobernador para que, haciendo uso de su potestad, firmara acuerdos con los jefes locales para que les proveyeran de hombres fuertes y sanos. La tarde anterior, cuando les sorprendió la tormenta, incluso habían hablado de hacer juntos una salida hacia aldeas que aún no hubieran tocado, todo financiado

por el finquero. Quizá así, se le ocurrió en ese momento, terminaría de convencerle de que era merecedor de la nueva concesión de tierras que estaba en trámite.

Luego vino el wiski...

Y Ana.

—Por cierto... —siguió el capataz, sacándolo de sus ensoñaciones.

—¿Qué ocurre ahora?

—Olvidé decirle que hace unos días recogí una carta que llegó para usted.

—¿Dónde está?

—En su mesa. La dejé bajo la caja donde guarda las plumillas para que no se volase. Seguro que la escondí demasiado y por eso no la ha visto.

—¿Quién la envía?

—Ya sabe.

Otra carta de su mujer.

Se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos con fuerza. No tenía energías para eso, ya la leería por la mañana.

Tres semanas después de la tormenta

Ökkó había perdido la cuenta de los días que llevaban caminando, subiendo y bajando montes cubiertos de selva que parecían no caber en la isla, extenuado, descalzo, con su escueto taparrabos y un pequeño saco de piel que cogió al vuelo al salir de la choza donde su madre yacía bajo el gigante Momokobo. También llevaba un arco de rafia fabricado por él mismo con el que se enlazaba al tronco de las palmeras para trepar. Salvo algún fruto que conseguía de esa forma —llegó un momento en el que no tenía energías para subir— y del agua de arroyos crecidos por las lluvias, no se había echado nada a la boca desde su partida, pero, aun así, parecía aguantar mejor que el padre Aguirre, al que seguía cinco pasos por detrás. No le gustaban sus hábitos, que se enganchaban con los matorrales; no le gustaba el pelo que le cubría la nuca; no le gustaba haber cambiado a sus amigos por él.

El misionero iba perdiendo poco a poco su carismática presencia. Las llagas se habían apoderado de su boca, tenía los ojos cada vez más hundidos y se le hinchaban los pies por las espinas y los hongos. Se guiaba por el sol, pero la dramática orografía jugaba malas pasadas y más de una vez habían tenido que desandar parte del camino al encontrarse frente a algún obstáculo insalvable. En esos momentos pensaba en los cuerpos que el naufragio había dejado flotando entre algas, y la poca fuerza que le quedaba se le iba por las suelas de las sandalias. Pero entonces elevaba la vista a las copas de las ceibas, por las que se filtraban rayos de sol que se estampaban en su rostro, dejaba que el calor en las mejillas le reconciliase con el mundo y se sentía afortunado por haber sido escogido para una prueba tan dura y, quizá por eso, de tan abrumadora belleza.

En el primer trecho del viaje pasaron cerca de dos poblados que prefirió evitar. Iba sin escolta, a cargo de un chico de la etnia que podía reaccionar de la forma más imprevisible —cada vez que intentaba hablar con él recibía a

cambio silencio—, y no tenía nada que ofrecer a los *botuku*, ni una botella de licor o un maldito cigarro para empezar con buen pie. Ya nos apañaremos, pensó entonces. Pero al paso de las jornadas se dio cuenta de que tenía que haberles mendigado un pedazo de yuca, ya que lo peor que podía haberles ocurrido era lo que ya les estaba ocurriendo: dejarse la vida en el intento. La grandiosidad de la isla le decía que se había embarcado en una empresa suicida, pero solo quedaba seguir adelante; y como lo hacían cada vez con menos atención, tan mermados sus sentidos por el hambre y el cansancio que hasta cerraban los ojos en algunos tramos, a cada puesta de sol descubrían nuevas rozaduras en las piernas.

Ökkó se había clavado en la rodilla derecha una rama gruesa que salía de un tronco y desde entonces cojeaba, pero había logrado que el claretiano no le escuchase ni un quejido. Ese era el único propósito al que se aferraba para no tumbarse sin más a esperar la muerte: que el español no le viera flaquear. Y así se enfrentó a días de sol y lluvia, y a noches en las que perdía toda referencia y ambos tiritaban y se sentían observados por tribus hostiles, hasta que una mañana, cuando la tripa le dolía con tanta intensidad que le obligaba a caminar encorvado, apareció ante ellos el pico Basilé.

Con sus tres mil metros de altitud, era el hermano menor de otros emergidos en Camerún o Kenia, pero hechizaba como ninguno su forma de inmensa pirámide elevándose desde el mar. Cuando estaban llegando a las faldas buscando una vía que les permitiera sortearlo sin dar mucho rodeo ni tener que escalar, el padre Aguirre se detuvo y desplegó los brazos.

—¡La naturaleza es el arte de Dios! —celebró como si estuviera loco.

Y propuso hacer un descanso.

Las nubes se convocaban en el vértice. Un poco más abajo se percibía una neblina intermitente, como si la montaña se protegiera de miradas que pudieran mancillar su naturaleza virgen. Era un lugar de culto para los bubis y no por su espectacularidad —ya que consideraban sagrada toda creación natural, fuera o no tan bella como aquel viejo volcán—, sino porque en ella habitaba un espíritu merecedor del ritual.

—¿Sabes lo que me han contado de este sitio? —preguntó el misionero.

A Ökkó le encantaba escuchar las historias y proverbios de la tradición oral bubi que recitaban su madre y los ancianos, e incluso era capaz de repetir muchos de ellos de memoria, pero esa vez hizo por permanecer imperturbable, sin que su rostro sucio mostrase ningún interés. El padre Aguirre se empeñó en mantener su positivismo imposible y le explicó:

—En tiempos antiguos, una larga lengua de tierra unía esta isla con la costa de Camerún, que está situada tan cerca que puede verse en los días claros. Y por ahí llegaba desde el continente tal cantidad de gente que *Obasa*, el espíritu que habita esta cima, comenzó a arrojar fuego por la boca y a hacer temblar el suelo hasta que hundió el acceso, dejando aislada a Fernando Poo para siempre.

Tosió, incapaz de soltar tantas frases de seguido. Le quemaba la garganta. Pensó que tal vez era eso lo único que querían los nativos, que los dejaran en paz. Y, sin embargo, cada vez se fletaban más barcos desde España para traer más colonos, misioneros incluidos, despreciando a los espíritus que poblaban aquellos prodigios de tierra y agua. Era normal que estos intentasen quitarles la vida.

—Nunca lo había oído —no se resistió a decir Ökkó con un hilillo de voz.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que partieron. El padre Aguirre sonrió, mostrando una encía hinchada que se había dañado al morder una fruta silvestre. Había acertado, estaba claro que el chico, como buen hijo de la representante de la diosa, era consciente del poder de los relatos. Volvió a toser y a romperse por dentro. Entonces vio en una rama un tucán de colores vivos y susurró:

—Ya que no tenemos antílopes para ahumar, ¿qué te parecería probar la carne de ese pájaro?

Se agachó a coger una piedra que lanzó muy débilmente y fue a dar en unos arbustos de los que salió un faisán que aleteó hacia el cielo. Ökkó, viendo tan cerca la carne de las aves que no podía comer —si al menos hubiese tenido su lanza, que perdió la noche de la tormenta— y desesperado por depender de aquel ser tan patético, se arrojó al suelo y abrió de forma mecánica la bolsa que llevaba consigo, como si por mirar una vez más en su interior fuera a encontrar algo distinto. Ahí seguía el puñado de cortezas de árbol que su madre recogía en el bosque. Escogió una, sacó una punta de hierro corta y gruesa que guardaba en una funda enlazada a la cintura y se dispuso a dar forma a una figura. Lo había aprendido de su amigo tallador, el anciano que decoraba las máscaras ceremoniales, aunque él prefería componer cosas más cotidianas: un pájaro, una palmera, un busto de persona. Los dedos no le respondían, así que siguió hurgando en el macuto. Extrajo el peine de madera de Urí. ¿Para qué querían un peine él y su corta cresta de guerrero? Cerró el puño con tanta rabia que se hizo sangre con las uñas.

Al padre Aguirre no le pasó desapercibido el disgusto.

—Es un bonito recuerdo —comentó.

Se daba cuenta de que el chico estaba enfadado porque aquel objeto le recordaba a su madre, aunque, como ignoraba la forma en la que esta lo había convencido para irse de la aldea, pensaba que era porque la echaba de menos.

Ökkó lo arrojó con ira a una hondonada.

—¿Por qué has hecho eso?

Se levantó a duras penas y fue a mirar al fondo del cortado, que terminaba en un manantial ferruginoso. Primero pensó que se lo habría tragado el fango, pero entonces vio que estaba enganchado a un helecho del borde. Tras un titubeo, fue a cogerlo. Solo necesitaba dar un paso más y estirarse con un poco de cuidado, pero no tuvo en cuenta que la hierba ocultaba la irregular colada de lava, pisó en falso, se le torció el tobillo y se precipitó hacia abajo.

Ökkó corrió a asomarse arrastrando su pierna lesionada y se encontró con que el misionero había logrado agarrarse al arbusto, lo suficiente para no despeñarse y apoyar la sandalia derecha en un saliente.

—¡No te acerques —le advirtió este—, no vayas a caer tú también!

El muchacho no lo pensó dos veces. Se echó al suelo, se aferró a una raíz con un brazo y le ofreció el otro para que se ayudase.

No había mucha altura, pero algunas rocas de la pared estaban afiladas como cuchillos y le aterraba que bajo la primera capa de lodo del manantial aguardase una trampa semejante. Así que, temiendo arrastrarlo al fondo, el misionero decidió intentar subir por sí mismo. Se dejó las manos de tanto apretar el tallo del arbusto y se laceró las pantorrillas mientras tanteaba para encontrar otros apoyos, pero poco a poco fue ganando centímetros hacia arriba.

Cuando ya estaba arrodillado en el borde, aún se estiró a por el peine y estuvo a punto de caer de nuevo, lo que Ökkó evitó *in extremis* sujetándole con una rapidez inusitada para alguien en un estado tan lamentable.

—Toma —le ofreció el claretiano tras recuperarse del nuevo susto.

Ökkó, furioso por haberse jugado la vida por aquel idiota —no le había quedado otra, no podía ser el segundo español al que dejase morir—, dio media vuelta.

—Aquello que desprecias se vuelve contra ti —sermoneó el misionero con un gesto de lástima—. Créeme, hijo, sé de lo que hablo. No borres a tu madre de tu vida.

El joven bubi siguió alejándose, cada vez más cojo...

Hasta que cayó desplomado al suelo.

El padre Aguirre corrió a su lado y le dio unas palmaditas mientras rebuscaba algún motivo que explicara el desmayo: el insoportable calor, el

estómago vacío salvo por unas bayas que se habían atrevido a probar al alba... Pero sabía que el único culpable era él por haberlo arrancado de los brazos de Urí.

—Por favor, despierta...

Los labios secos, los ojos entrecerrados.

Tras pasar un rato escuchando un ruido angustioso que salía de su pecho con cada respiración, intentó cogerlo en brazos o echárselo al hombro como si fuera un saco, pero no llegaba a levantarlo del suelo.

Entonces vio a lo lejos una pareja de bubis que se dirigían hacia ellos.

Entornó los ojos para asegurarse.

Dio gracias y, al tiempo, se puso en guardia. Lo raro era que no se hubieran cruzado antes con nadie. Antes de embarcar por primera vez hacia Fernando Poo leyó que el interior estaba deshabitado porque a los bubis no les gustaban la altitud y el frío que se experimentaba a tan solo dos leguas de la costa. Pero realmente estaban por todas partes, camuflados entre las hojas, sus brazos y piernas como ramas en la espesura. También había leído que la isla no tenía lagos y, al poco de partir de Ureka, había visto uno enorme en el interior de un cráter. Estaba claro que el único libro que no se equivocaba era la Biblia. En aquel viaje pionero le bastaba con seguir las páginas que hablaban de un Dios misericordioso que aprieta, pero no ahoga.

A medida que se acercaban pudo ver que uno de ellos era un varón fuerte aferrado a una lanza y, la otra, una mujer que portaba una vasija de barro en la cabeza, ambos vestidos con una piel que les tapaba los genitales y los clásicos adornos enlazados a los tobillos.

Se detuvieron a una distancia prudencial. El padre Aguirre los saludó en su lengua, pero por respuesta solo obtuvo un asentimiento apenas perceptible del varón.

—¿Qué lleváis ahí?

—Pólvora.

Otro símbolo de muerte. Había confiado que fuera algo útil para el chico.

—¿Dónde la habéis conseguido?

—De los españoles —contestó el bubi.

Sintió un brote de congoja. Estaban cerca. Después de todo lo que habían superado, no podían caer en el último tramo. Los bubis observaron con fría indiferencia a Ökkó, que seguía inconsciente.

—¿Qué habéis dado a cambio de la pólvora?

—Ñame.

—¿Os queda un poco para mi amigo? —les preguntó, soñando con un pedazo. Esperó un poco, pero no hubo respuesta—. Es uno de los vuestros.

—¿Qué tienes tú para darme?

—No tengo nada.

Los bubis reanudaron la marcha.

—¡Esperad!

Hicieron oídos sordos.

El padre Aguirre miró a su alrededor de forma desesperada. Entonces vio el peine de Urí en el suelo. Lo cogió y levantó el brazo para mostrarles su llamativa decoración. El hombre retrocedió y lo examinó. En un par de ocasiones tiró de él, pero el misionero no terminaba de soltarlo. Era el único nexo de Ökkó con su madre...

Al tercer tirón, aflojó los dedos.

El bubi se lo colocó en el pelo e hizo un gesto a la mujer. Esta dejó la vasija y sacó un ungüento del jergón. Lo aplicó en boca y nariz hasta que Ökkó comenzó a reaccionar. Después le hizo beber de una especie de bota de cuero, machacó un tubérculo y se lo introdujo en la boca para obligarle a tragar.

Se sentaron a esperar.

La mujer repitió el protocolo al rato...

Y el chico abrió los ojos.

El padre Aguirre habría querido lanzarse a abrazarlo, pero siguió rezando mientras la bubi remataba su labor. Ökkó aceptaba el bálsamo con rostro apenado, convencido de que su mal no se debía a causas naturales. Quizá lo había causado el espíritu del español al que no tuvo el valor de salvar; o su padre enfadado porque hubiera dejado tirada a su madre debajo del gigante, al que pudo atizar con el hierro, pero tampoco fue capaz, mostrando de nuevo su debilidad.

Comenzó a llorar.

Por fin.

Eso sí que era un buen remedio.

—¿Dónde has conseguido ese brebaje? —preguntó el padre Aguirre a la mujer después de darle las gracias. Esta señaló hacia arriba—. ¿Allí es donde vivís? —El varón asintió—. ¿Y tenéis muchos campos de ñame? —insistió con el tema, aunque no tenía nada más que ofrecerles, salvo una estéril mirada de súplica.

Ni tan siquiera le contestaron. Mientras se perdían entre matorrales y lava antigua, el padre Aguirre sintió una punzada de frustración. Aunque

consiguieran superar el tramo que les separaba de la ciudad, iba a presentarse en la misión con las manos vacías. No llevaba consigo las arrobas de aguardiente y tabaco y las piezas de tela que traía consigo en la goleta, moneda corriente para comprar gallinas y comestibles. Pero al menos, se concedió, tenía dos manos fuertes que cada vez que se separaban de la posición de rezo estaban dispuestas a trabajar. Y si algo no le había podido robar la tempestad, era la calma. Estaba destrozado, el cuerpo le ardía por dentro y se estaban infectando las rozaduras mientras tiraba de un adolescente al borde de la muerte, pero le quedaba la calma y debía concentrarse en no perderla. Cuando otra tormenta igual de fuerte sorprendió a Jesucristo en el mar de Galilea, mientras las olas rompían contra la barca, se echó a dormir en la popa.

—En las pruebas más duras hay que confiar en la voluntad de Dios —le dijo a Ökkó—. Mientras haya fe, habrá esperanza.

Acto seguido, alzó la voz para prometer a los bubis, aunque ya estaban fuera de su vista, que los visitaría en cuanto pudiera.

Ökkó comprendió que lo decía en serio. El claretiano sería capaz de subir hasta lo alto del pico apoyado en dos muletas para llevarse a la misión a otro muchacho como él.

En ese momento dejó de sentirse alguien único, y lo mejor de todo es que aquella revelación no le pesó, sino todo lo contrario. Acababa de liberarse de una enorme carga. Se apoyó como pudo en la rodilla buena para ponerse en pie, aguantó el grito de dolor que habría soltado de haber estado con sus amigos y esperó la orden de seguir adelante.

La residencia de Martín Quesada tenía dos pisos. El superior disponía de una galería desde la que el finquero se empeñaba en contemplar los atardeceres, como si así fueran a arreglar el mundo. Estaba pintada de azul claro, en un vano intento de reflejar los rayos de sol y refrescar las estancias, tan espaciosas como austeras. Construida en gran parte de madera, barro y paja, era mucho más sencilla que la del gobernador. Los mismos materiales se utilizaban para los almacenes de la plantación y las casas más pequeñas de los braceros, que se alineaban en dos filas un poco alejadas. Al finalizar la jornada se sentaban a las puertas, aunque Bella apenas interactuaba con ellos. Ni siquiera había llegado a intimar con la sirvienta, a pesar de que la había acogido con más afecto del que prometía su rictus serio. No quería hacer nuevos amigos de los cuales la fueran a arrancar sin previo aviso, como le había ocurrido con Paciencia, Segis y Dolores.

Los primeros días sobrevivió a base de monosílabos. Vagaba de aquí para allá en busca de rincones a la sombra en los que sentarse para ver pasar el tiempo. Eso era lo peor, lo largas que se hacían las jornadas y la cantidad de pensamientos que emergían entretanto, empezando por uno que se repetía de forma obsesiva: «¿Cómo es posible que el barco se haya desviado tanto de la ruta?». Al final decidió que habría sufrido daños la noche de la tormenta y lo estarían reparando en algún puerto o, en el peor de los casos, en alguna playa sin las herramientas adecuadas, con lo que aún tardarían más en ponerlo a punto. Solo necesitaba tener paciencia y aguantar como fuera en aquella finca. A doña Ana no le perdonaba que se la hubiera quitado de encima (esta sufría al saber que la muchacha pensaba eso, pero en sus visitas permanecía hermética, guardando para sí el terrible motivo); y con Martín seguía dolida porque no le hubiera permitido regresar a buscar la foto el día que la perdió. Hasta el bruto del capataz se dio cuenta de lo importante que era y se ofreció a desandar juntos el camino, pero Martín les dijo que no podían perder un día entero persiguiendo un imposible.

Desde entonces habían pasado tres semanas durante las cuales el finquero, inasequible a su rechazo, no había desperdiciado ni una sola oportunidad de confraternizar. Quería que se diera cuenta de que, por muy complicada que la situación fuera para él, estaba contento de tenerla allá y ayudarle a pasar el trago. Gracias a ese trabajo de pico y pala emocional había ido traspasando los muros que Bella había levantado y algún rato incluso habían intercambiado algo parecido a una conversación sobre cómo era la vida de ella en Vitoria o la de él en Soria, basculando entre acontecimientos sociales y anécdotas que no implicasen penetrar en la parte más dolorosa de sus recuerdos. Pero cada vez que la muchacha despertaba y, asomada a la ventana, divisaba el horizonte vacío y constataba que la ausencia de su padre no era una pesadilla, volvía a encerrarse en sí misma.

Esa mañana se quitó la camisola que se ponía para dormir, se enfundó el peto y salió al exterior. Para entonces Martín ya estaba trabajando. Hablaba con una pareja de braceros en una parcela próxima, pero la vio y se acercó sin darle tiempo a escabullirse.

—¿Cómo estás hoy?

—Bien.

—Me alegro, aunque no sé si creérmelo del todo. ¿Has desayunado?

—Sí —mintió.

—¿Has probado la mermelada de mango que te he dejado sobre la mesa?

—Sí.

Había caído a la primera, no había mermelada alguna. La escrutó con severidad.

—No puedes seguir sin comer, te estás quedando en nada.

—Me da igual.

—A mí no. Y no puede darte todo igual, ya viste lo que pasó.

Bella se había hundido en un pozo de apatía que, como advertía Martín, había sellado su boca no solo para hablar, sino también para comer. Tal vez se debía a que aquellos días de mucha angustia y ninguna noticia todo, hasta masticar, le suponía un esfuerzo insoportable; o quizá fuera una forma de castigarse a sí misma por haberse convertido en una carga para algunas personas que apenas la conocían y se sentían obligadas —así lo veía ella— a fingir afecto. De una forma u otra, lo cierto era que en una cena escupió disimuladamente en un pañuelo la pechuga de pollo que Martín le había obligado a terminar para levantarse de la mesa, dejó los restos bien envueltos bajo la cama pensando en tirarlos a la mañana siguiente y, en plena madrugada, despertó inundada de bichos que, excitados por un banquete

sabroso, pero que les dio para poco, habían trepado por la pata del catre buscando saciarse con su piel inmaculada.

Se rascó por reflejo el brazo, que seguía lleno de marcas.

—¿Me acompañas al sur de la finca? —intentó animarla él.

—¿Para qué?

—Tengo que comprobar si las hojas amarillean por el agua. Podrías ayudarme.

Desde luego que le apetecía, pero le dio las gracias de forma lacónica y enfiló de vuelta a la casa. Por el camino se cruzó con el capataz, que llamaba a gritos a otro negro, ni que fuera sordo. Cuando aquel se disponía a saludarla, miró hacia otro lado. ¿Es que no iban a dejarla en paz? Si no podía estar con su padre, lo único que quería era estar sola.

Al entrar en la construcción le pareció sentir cierto frescor, pero solo durante un momento. Repasó las estanterías del salón, apenas decoradas con algún objeto traído de España —un candelabro, un cubilete con unos dados—. Examinó un par de platos con decoración floral. Sin duda eran flores inventadas, lo cual no podía ser más absurdo dada la cantidad de especies para elegir que había en este mundo. Sobre la mesa reposaba un libro titulado *Sab*.

Le llamó la atención que estuviera escrito por una mujer —nunca había leído a una autora—; y más aún que su nombre, Gertrudis Gómez de Avellaneda, figurase en la portada con letras tan grandes. Esta inusual declaración de intenciones le empujó a abrirlo y echar una ojeada. La novela tenía como marco la feroz esclavitud en Cuba y narraba la historia de Sab, un joven que se enamora de Carlota, la hija de raza blanca de su amo. Se sentó y leyó varias páginas plagadas de paisaje, de personas obsesionadas por acumular riquezas y de amor no correspondido. Sab no era un esclavo común. Había sido educado en la virtud y, sin embargo, seguía siendo invisible. Pensó que hacía tiempo que en Guinea se había prohibido la trata, pero seguía sin haber muchas diferencias.

Cuando iba a dejarlo donde lo había encontrado, de su interior se escurrió una carta. En el sobre vio que la enviaba la mujer de Martín. Dudó un instante, pero le interesaba aún más que la novela y, empeñada en hacer todo lo que no debía, no se resistió a abrirla. La caligrafía era rápida y punzante.

Hola de nuevo, Martín.

Espero que estés bien, aunque no haya recibido respuesta a mi última carta. Ya sé que fui yo quien te pidió que no perdieras tiempo escribiéndome, pero a veces no calibramos bien el alcance de nuestras decisiones. De momento, y que mis palabras

no te enciendan, la de irte al otro extremo del mundo tampoco fue la más acertada, pero a mi padre se le ha ocurrido la forma de solucionarlo de una vez por todas. En cuanto te aprueben la nueva concesión y juntes los dos terrenos, véndele el negocio a ese polaco que anda buscando una finca grande y regresa a Soria.

Sé que, cuando leas esta carta, tu honestidad te golpeará como un martillo el interior del pecho. Pero ¿crees que le importará algo al gobernador que cultives tú mismo la propiedad o que especules con ella? A saber lo que estará haciendo él. Además, una vez que hayas abandonado la isla, ¿quién recordará esta jugada? Seguro que consentirán cosas mucho peores a esos negros que hablan inglés y se apropian de las fincas como si tuvieran sangre azul.

En cualquier caso, mi padre ha dicho que se acabó. Quiere que le devuelvas ya el dinero que te prestó y cerrar el tema. No hace más que repetírmelo, pero será aún peor si empieza a hablarlo por ahí. Así que ni se te ocurra perder esta oportunidad de cortar de raíz y dejar que el tiempo borre esta desafortunada etapa. Por mi parte, cuando vuelvas con los deberes hechos, yo me comprometo a convencerlo para que te ofrezca un ascenso en el despacho.

Recibe todo mi afecto. Martina.

Volvió a meter la carta en el sobre y, este, en la novela. No había imaginado que Martín estuviera pasando un momento tan delicado... ni que tuviera semejante avispero en casa. Por muy esposa suya que fuera, esa mujer no tenía por qué hablarle así. Por un momento sintió gratitud por el hecho de que el finquero la hubiera acogido y estuvo a punto de salir corriendo y acompañarlo a recorrer el campo en busca de hojas podridas. Pero notó una presencia en la ventana, más allá de la persianilla que mantenía la habitación en penumbra, y subió deprisa a encerrarse en su habitación. No era la primera vez que se sentía vigilada. Tal vez fueran los ancestros de la tribu que ocupaba esas tierras antes de la llegada de los españoles. Quizá incluso algún tatarabuelo de Sab, enviado como esclavo a Cuba para terminar sufriendo en las páginas de un libro.

12

El padre Aguirre no pudo evitar un sollozo cuando divisó Santa Isabel a lo lejos. Agarró de los hombros a Ökkó, que volcó su peso en la rama que utilizaba de bastón desde que se lesionó la rodilla.

—Por fin...

Avanzó aquel último tramo consciente de que se había convertido en un despojo, como salido de una guerra o una leprosería. El chico no estaba en mejor estado. Después de lo ocurrido en las faldas del pico Basilé, rogaba para que cuando lo atendieran no fuera demasiado tarde. De momento le habría gustado ofrecerle una entrada triunfal, pero dado que llegaban desde el interior y la parte noble de la capital estaba orientada al mar, les tocó cruzar arrabales salpicados de casuchas cuyo suelo era la tierra misma, sin un mísero escalón que frenase la invasión del barro. *Krumanes* de Sierra Leona daban un respiro a los músculos; también algún trabajador europeo que los observaba con recelo.

Más aún que las heridas, al misionero le dolía que Ökkó se llevase una primera impresión tan triste de su nuevo hogar, por lo que extrajo fuerzas de quién sabe dónde para acelerar el paso hacia la zona del puerto donde se ubicaban los almacenes, los despachos institucionales y, al fondo, según tenía constancia, la nueva misión claretiana.

A medida que se acercaban, y aunque seguía revelándose una ciudad recién nacida, se respiraba un tono menos hostil. Ökkó miraba aquí y allá con los ojos muy abiertos y una mezcla de excitación y terror a lo desconocido. Se cruzaron con cuatro soldados del batallón de infantería de marina que se encargaba de poner orden en la isla, los cuales les cedieron el paso como si estuvieran mostrando respeto a un cortejo fúnebre. Un caballero grueso con traje de lino entraba en una construcción con papeles en la mano. En los bajos de otras se vendía petróleo, pólvora, ropas de colores alegres que llamaban aún más la atención frente a su hábito ajado. Dos mujeres blancas con la piel tan pálida que parecía que hubieran ingerido vinagre charlaban en una

esquina. Un niño bubi que portaba un saco más grande que él mismo los observó con desinterés, lo cual tranquilizó a Ökkó porque había temido que lo expulsaran a patadas por ser diferente.

Pasaron junto a una casa prefabricada de madera pintada de verde que el misionero reconoció, construida en Bélgica y llevada allá para acoger el consulado de Portugal. Hinchó el pecho emocionado, sintiéndose poco a poco en terreno propio, dejando de ver amenazas en todo lo que le rodeaba y abriendo sus sentidos a estímulos más amables que también estaban ahí. En una esquina estallaba el añil de las flores con las que se confeccionaba el tinte índigo. En otra crecían arbustos de la peligrosa belladona, cocoteros y árboles del tamarindo y nuez moscada. Vio un jardín en el que abundaban las naranjas, los plátanos, los mangos y las guayabas. También reconoció la casa del antiguo gobernador Beecroft, de cuyo patio emanaba un agradable olor a canela. A pesar de la escasez de viviendas, las calles del centro eran anchas y trazadas con ángulos rectos. Pasó junto a la arteria principal que, según rezaba un cartel, seguían denominando Hill Street, en la que se alzaba la casa gobierno. Pensó en aporrear la puerta y pedir ayuda, pero, después de todo lo que habían superado, decidió dar los últimos pasos hasta la misión y dar cuenta de su llegada al prefecto, su verdadero y único superior.

Al pasar junto a un puesto ambulante, Ökkó se enganchó al aroma de unos buñuelos y dulces de coco que sudaban junto a una jarra de una bebida espesa de maíz, leche y azúcar. Se acercó despacio como un alma en pena que contempla la vida desde otra dimensión. El tendero, que tenía un machete en la mano —quizá fuera un objeto a la venta o su forma de disuadir a los rateros—, empezó a hablarle de forma desagradable en un extraño idioma, pero el padre Aguirre se acercó como un rayo sin intimidarse por la hoja afilada.

—*Shut up, he is only a child!*

Cogió a Ökkó del brazo y tiró de él para seguir adelante.

—¿Eso es español? —preguntó el chico, descubriendo que el misionero se manejaba un poco mejor en esa nueva selva.

—Es inglés.

—¿Cuántas lenguas habla?

—Las necesarias para que en la orden no puedan librarse de mí.

No le faltaba razón. En Santa Isabel, los claretianos tenían que llevar un diccionario español-inglés hasta para ir a comprar una caja de clavos, lo cual les situaba en una posición de inferioridad a la hora de negociar y, sobre todo, rebajaba su autoridad a la vista de los nativos. Y es que no solo los británicos

afincados en la ciudad se comunicaban en esa lengua; también lo hacían con soltura los fernandinos y algunos *krumanes* como aquel.

Arrastraron las piernas temblorosas hacia la misión con el mar a la izquierda, sacando fuerzas de flaqueza para culminar bajo el sol el último trecho de aquel viaje imposible. Cuando se estaban aproximando al complejo, el padre Aguirre vio que en el interior se aglomeraba un nutrido grupo de gente, de los cuales muchos no eran miembros de la congregación.

—No te separes de mí —advirtió a Ökkó.

Aunque no tenía intención de desobedecerle, el muchacho hizo exactamente lo contrario: quedarse clavado en el sitio, hechizado por algo que acababa de encontrar en el suelo.

Un cristal cuadrado.

Era una fotografía, aunque él no podía saberlo porque jamás había visto una.

Estaba semienterrada en el barro, pero cuando la limpió con sus dedos, por alguna suerte de hechizo, aparecieron dos personas en su interior. Junto a un hombre con un sombrero bien enfundado estaba sentada una chica bellísima que vendría a tener su edad. Los ojos entrecerrados, que aun así emanaban una increíble luz, camisola blanca, como blanca era la piel de los brazos, la barbilla elevada y bucles de pelo rubio cayendo libres a ambos lados.

El padre Aguirre lo llamó e hizo gestos para que le alcanzase, pero Ökkó, olvidados de pronto el agotamiento y el dolor por el hambre y el llevar incontables días bebiendo agua de los charcos, seguía absorto en aquel objeto que sujetaba al tiempo con delicadeza y firmeza, como si estuviera dando cobijo a un pájaro con un ala rota.

El claretiano se adentró en la misión. No había vallados ni empalizadas, pero sí una entrada simbólica con dos columnas y una vigueta de madera que cruzaba a modo de dintel. Muchas de las construcciones seguían siendo apenas pilares y tejavanas en obra, cerradas con muretes de adobe o solo con telas que se levantaban con cada golpe de viento, pero se hacía una idea de cómo quedaría el complejo porque en la Península le habían mostrado un plano. Las viviendas, el comedor y otras salas comunes se distribuían alrededor de un gran patio cuadrado en cuyo extremo se levantaba la pequeña iglesia, esta ya rematada; y en el centro estaba la escuela frente a cuya puerta se aglomeraba el gentío, en la cual también habían echado el resto por ser el núcleo, no solo físico, sino estratégico, de la evangelización claretiana.

Pasó junto a un pastor protestante que se había situado lo suficientemente lejos para que no vieran que se había colado, pero lo bastante cerca como para que quien quisiera pudiera escuchar cómo malmetía.

—Yo respeto el culto ajeno —decía en inglés—, pero ¿acaso no hay que ser un enajenado para afirmar que María fue virgen después de parir a Cristo?

—Los católicos son gente enferma —le apoyó un hombre mayor que se cubría la cabeza con unos papeles.

—Y solo hace falta asomarse a su iglesia para descubrir que no solo veneran imágenes de esa supuesta virgen, ¡sino de todos los santos! —se vino arriba el pastor—. ¿Qué divinidad puede residir en un pedazo de madera trabajado por las manos de hombres impuros, por mucho que las coloquen en un pedestal en el templo? ¡Pues sabed que estas barbaridades son las que enseñan en el interior de esas cuatro paredes!

Mientras gritaba, observó con desprecio las trazas de pordiosero del padre Aguirre. Este, demasiado débil como para echarlo a empujones de su nueva casa, se esforzó por sentir compasión, sabiendo que la rabia que ponía en evidencia al pastor era debida a que estaba perdiendo su estatus. Durante décadas, Fernando Poo había estado dirigido por baptistas británicos, metodistas y, sobre todo, por los protestantes que se convirtieron en los amos espirituales de la capital. Por ello, lo primero que hicieron sus compañeros claretianos cuando llegaron un año atrás fue exigir a las autoridades españolas que cerraran todas las misiones y centros educativos de cualquier culto que no fuera el católico. Ya puestos, incluso se les había negado el permiso de hacer sonar sus campanas. Pero si bien habían conseguido arrinconarlos, aún quedaba trabajo por hacer hasta conseguir borrar su huella por completo. Miró a su alrededor: los fernandinos vestían ropas a la moda de Londres, y muchos blancos tenían facciones británicas, con sus pálidas frentes quemadas y los brazos rosáceos comidos a picotazos.

Un monje regordete que compensaba la calva incipiente con una abundante barba rizada se le acercó deprisa, hablando entre jadeos.

—No me digas que eres...

—El padre Aguirre —completó este, inclinando la cabeza a modo de saludo.

Al bajar las defensas por primera vez en semanas, se le doblaron las piernas y clavó las rodillas en el suelo como si fuera a rezar. Fue el otro quien se santiguó varias veces.

—¡Te dábamos por muerto!

—Aunque no lo parezca, creo que aún no ha llegado mi momento.

—Y el barco que te traía...

El misionero miró a la lejanía tratando de atisbar el puerto, pero el padre Aguirre le desencantó negando con la cabeza.

—Se hundió al sur de la isla.

Se llevó las manos a la cabeza y lo ayudó a incorporarse.

—¿Y los demás pasajeros? ¿Y la tripulación?

—Cuando partí conté media docena malheridos y otros tantos algo mejor.

—¿Has hablado ya con el gobernador?

—Antes quería presentarme al prefecto.

—Dios mío, ¿y no has parado ni para que te den algo? Ahora vamos a la cocina, pero empieza por esto. —Le entregó un pedazo de pan que sacó del bolsillo del hábito y que el padre Aguirre se llevó a la boca con voracidad—. Soy el padre Cadarso. De Quel, cerca de Logroño, uno de los doce de la primera expedición —se presentó con una calidez innata que se sobreponía a la impresión que le había provocado la noticia.

El padre Aguirre tragó con dificultad un pedazo y guardó el resto para Ökkó, a quien volvió a hacer gestos para que se acercase. Explicó a su compañero claretiano que el chaval le había servido de guía.

—Qué bárbaro, tan joven —reconoció. Y se giró hacia el pastor, que seguía vomitando al aire las noventa y cinco tesis de Lutero—. ¡Calle de una vez, váyase a predicar a su país!

—¡Solo digo verdades! ¡Es vuestro prefecto apostólico quien se ha encerrado en esa escuela hace cuatro días sin comer como si fuera un criminal! ¿Qué ejemplo pretende dar?

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó el padre Aguirre al padre Cadarso—. ¿Está el prefecto ahí dentro?

—Lo ha hecho para protestar contra el gobernador, que nos retrasa los giros porque la gente lo ha puesto en nuestra contra. Les molesta que nos llevemos parte del presupuesto de la colonia porque les queda menos dinero para arreglar las calles y mantener el puerto en condiciones. Como si no hubiera que cuidar las almas. ¡Y los cuerpos, por cierto! Vayamos dentro a limpiarlos las heridas.

El padre Aguirre se giró una vez más hacia el camino. Ökkó seguía sin hacerle caso, hipnotizado por la fotografía. Lo llamó con un grito tan fuerte que por fin reaccionó y, guardándola en su bolsa, se acercó a tumbos con el bastón. Entretanto, el padre Cadarso empujó al pastor para que se fuera de la misión, preguntándole en español si se llamaban protestantes porque pasaban el día quejándose.

El joven bubi llegó como pudo y se aferró al cordón del hábito del misionero. No lo hacía porque de pronto hubiera cogido confianza, sino por miedo. Lo que salía por la boca de aquellas personas no eran palabras, sino sonidos que se asemejaban a estas. Movían los labios mucho más que la gente de su aldea, abriendo y cerrando la boca como si fueran peces; y, cada cierto tiempo, enseñaban los dientes mientras expulsaban aire como serpientes. El padre Aguirre comprendía lo que sentía. El chico tenía a su alrededor más personas de las que había visto en toda su vida, pero seguro que se sentía terriblemente solo. Le ofreció el mendrugo de pan y Ökkó arrojó el bastón y se sentó en el suelo para devorarlo con las dos manos sin que se le cayera ni una miga.

—No va a hacer falta que busque al gobernador —dijo el padre Cadarso con la vista clavada en la entrada—. Al menos se ha dignado a hacer acto de presencia.

Caminaba con paso marcial y la mirada al frente, flanqueado por dos infantes de marina. Llevaba las botas embarradas, pero de rodilla para arriba iba impecable, con los pantalones y la camisa recién planchados por Segis, que le había puesto la cabeza como un tambor con sus canturreos. Y para terminar de fastidiar, volvía a tener al prefecto tocándole los cojones.

Fue directo a la entrada de la escuela y golpeó la puerta con el puño.

—¡Abra ahora mismo!

—¿Por qué habría de hacerlo? —se oyó la voz del prefecto desde el otro lado—. ¡Estoy en mi casa!

—¡Y yo voy a ordenar que la quemen si me hace perder un minuto más!

—Pues tendrá que quemarla conmigo dentro.

—¡No contento con el dinero que me cuestan, ahora quiere desautorizarme!

—Ese ha sido siempre su problema, como si las arcas del Estado fueran su propia hucha.

El gobernador elevó la vista al cielo. No podía creer, con todo lo que tenía encima, que además fuera a tener que cargar con que se le muriera un cura de hambre. Tenía ganas de sacar la pistola y liarse a tiros con la cerradura, pero optó por hacer una respiración profunda.

—Vamos a ver, prefecto, dígame qué es exactamente lo que quiere.

—Que detenga al pastor londinense cuando diga esas barbaridades de nuestro señor Jesucristo y de su madre, la bendita Virgen María. Eso es lo que quiero.

—Ya se ha ido, me lo he cruzado al venir.

—¡Pues demuestre públicamente que está de nuestro lado!

—Si ya sabe que yo comulgo todos los domingos, pero las cosas no son tan sencillas como usted cree. Ni se imagina la cantidad de frentes que tengo abiertos.

—¡Porque usted se los busca, gobernador! Sería mucho más fácil si atendiera las instrucciones de la metrópoli, que es donde han decidido que nuestra misión ha de ser el buque insignia de España en suelo africano.

—¡Yo no sigo instrucciones de nadie! ¡Salga ya o les digo a mis guardias que echen la puerta abajo!

—Si nos mirara con el corazón en lugar de hacerlo con los ojos —cambió de tercio el prefecto—, vería que estar en esta isla tampoco es sencillo para nosotros. Todos buscamos civilizar a estas gentes para mayor prosperidad de nuestra patria. Y si tenemos su mismo propósito, ¿por qué nos lo pone tan difícil?

—Pero ¿qué es lo que les pongo tan difícil? Ya estamos al principio otra vez. ¡Se acabó! ¡Guardias, sáquenlo de ahí, aunque sea con los pies por delante!

El padre Aguirre pidió al padre Cadarso que no perdiera de vista a Ökkó y se acercó por detrás al gobernador.

—Disculpe...

El militar lo analizó durante unos segundos. No es que tuviera en mente el rostro de cada uno de los doce misioneros de la primera expedición, ni mucho menos de los que se habían incorporado desde entonces, pero estaba seguro de que a este no lo había visto nunca. A pesar de su sucio aspecto de mendigo, tal vez por su envergadura, con la nariz aguileña, la barba en punta y el pelo largo, su presencia llenaba espacio.

—¿Quién es usted?

—El padre Aguirre. —Le volvió aquella tos terrible con la que parecía echar algunos de sus órganos—. Venía en la goleta Templanza.

—Dios santo... —Olvidó todo lo demás y se tomó unos segundos para procesar lo que acababa de oír—. ¿Cuándo ha llegado?

—Ahora mismo, a pie desde Ureka.

—¿Cómo que a pie? ¿Ha cruzado la isla? ¿Y los demás?

—No quedan muchos más. Y más vale que envíe a alguien pronto, porque la mayoría ya estaban muy mal cuando partí.

El prefecto, que estaba escuchándolos desde el interior de la escuela, abrió la puerta y salió, dócil, observando con el rostro descompuesto al nuevo miembro de su congregación.

—Padre Aguirre...

Le dio un abrazo.

Todos habían callado.

—Entiendo que naufragaron la noche de la tormenta —retomó el gobernador con la serenidad que le brindaba el haber pasado antes por situaciones parecidas.

—Así es.

—Lo supe desde el primer momento, pero siempre queda un resquicio de esperanza...

—Lo único que queda son pedazos del casco en la playa.

Varios de los presentes se santiguaron. El gobernador permaneció entero, aunque la procesión iba por dentro. Aquella goleta tenía una larga historia. Destinada primero a La Habana, regresó a España para bombardear a los revolucionarios en la tercera guerra carlista, cumplió heroicamente en Filipinas y paseó a Alfonso XII y a María Cristina por los puertos andaluces. Y, después de superar aquella retahíla de desafíos, para una vez que cumplía una travesía rutinaria, había tenido que ser el ecosistema despiadado de Guinea el que se la llevara por delante.

—En el pasaje venía gente muy válida —lamentó—. También algún miembro veterano de la comunidad, como nuestro farmacéutico.

—Coincidimos varios días en la cena y bajamos juntos a tierra en la escala de Liberia —dijo el padre Aguirre—. Me contó el asunto de la herencia y, también, que había dejado a su hija con usted y su esposa.

—¿Está entre los supervivientes?

—Una ola se lo llevó al mar cuando todavía pensábamos que la goleta podía salvarse.

El gobernador bajó la mirada un instante antes de recobrar la pose marcial. Imaginó el terrible vacío que debió dejar la tempestad. Solo maderos partidos, como decía el misionero. Ni rastro del heroísmo que los tripulantes a buen seguro exhibieron cuando el mar entero se elevaba sobre sus cabezas, ni del pánico que se extendió por la cubierta al divisar los escollos tan próximos a un navío que ya no obedecía, ni del crujido al primer choque que desaferró el timón, ni de los rezos que no alcanzaban a pronunciar cuando, ya en el agua, recurrían a los santos del cielo mientras eran batidos por las olas que les hacían tragar mil muertes.

—¡Qué gran pérdida!

—Su amigo estaba ayudando a un marinero a tensar un cabo cuando se partió el primer palo, por lo que se tuvo que lanzar rodando por la cubierta

para que no le aplastara. Un empresario de Santander, que hasta entonces había permanecido en los camarotes, salió gritando. El farmacéutico se incorporó y fue hacia él para volver a meterlo dentro, pero ya no tuvo tiempo de hacer nada.

—¿Por qué lo sabe con tanto detalle?

—Porque yo estaba con él. La ola me estrelló contra una escotilla que casi me parte la espalda, pero seguí aferrado al cabo y no caí por la borda como ellos. Cuando vi que nos íbamos al fondo, todavía no sé cómo conseguí hacerme con la cruz de madera que sacábamos en las misas, sobre la que me dejé llevar hasta la orilla.

Juntó las palmas dañadas de las manos.

El gobernador lanzó una mirada fugaz a la bahía vacía antes de comprometerse a fletar de inmediato una goleta de rescate. El prefecto y todos los que les rodeaban le secundaron con su silencio. Todos rogaban por el eterno descanso de las almas de los ahogados y pedían a Dios que diera fuerzas a los que habían llegado a tierra. Ökkó, ajeno a los sonidos que seguían saliendo de la boca de aquellas personas tan dispares en ropajes y rasgos faciales, metió la mano en la bolsa para asegurarse de que el cristal con la chica del pelo dorado seguía allí.

Una semana después

Había pasado un mes desde la noche de la tormenta y Ana echaba de menos tener a Bella danzando a su alrededor. Hasta que el farmacéutico la dejó a su cuidado y comenzó a pasear sus bucles por la casa, no se había percatado de cuánto disfrutaría con una hija propia. Estaba claro que no era una mujercita modelo —solo tenía que recordar sus pantalones, menudo afán, ni que fuera una campesina—, pero le había hecho ver lo que podría haber sido. Debido al carácter de la niña, no lograba imaginarse cosiendo con ella un vestido de primera comunión, ni escogiendo candelabros nuevos en una tienda selecta. Pero sí habían preparado los sándwiches para un pícnic con las cuatro cosas que podían encontrar en la colonia mientras discutían sobre cuál era el mejor rincón para echar la manta; y habían canturreado una canción sencilla mientras Ana hacía como que tocaba un piano, como el que había en el restaurante donde comían los días festivos durante su estancia en La Habana; y habían leído juntas relatos de Cleopatra y de Hipatia y de otras grandes mujeres. ¡Ay, la idea de leer con una hija propia para siempre, abrazadas en un sillón en el que apenas cabrían! La mera fantasía le provocó una lágrima.

Rufo entró en el salón con aire altivo, como si lo que él hubiera leído fueran los pensamientos de su madre y necesitase reivindicar urgentemente su posición en la familia. Ana, que estaba sentada en la silla de mimbre de la esquina, lo observó con detenimiento mientras el chaval caminaba lento por la habitación exhibiendo su machete nuevo. Lo sujetaba por el mango con una mano y daba golpecitos en la palma de la otra con la parte plana del filo, mostrando con arrogancia que por fin era suyo. Su madre hizo de tripas corazón. Pensó que lo había parido y tenía que aceptarlo tal cual era. Aceptarlo... ¿Por qué no podía quererlo sin más? Su nacimiento dotó a su vida de un significado superior, pero había dejado de sentirlo como una parte de sí misma. Aunque iban pasando las semanas, no podía arrancarse de la

cabeza la imagen de Rufo arrodillado sobre el cuerpo inerte de Bella. Quería convencerse de que no fue para tanto, de que su mente agotada tras la tormenta construyó una escena que no respondía *exactamente* a la realidad. Cuando por fin consiguió sentarse con él a hablar del tema, este le explicó que solo trataba de reanimarla. Pero entonces emergía del rincón más profundo de su memoria la expresión de lujuria que su hijo tenía estampada en el rostro cuando lo sorprendió soltándole el peto...

—¿Por qué me miras así? —le preguntó él.

—Porque eres mi hijo y me gusta hacerlo.

—Soy el mismo que ayer, no sé qué interés puedo tener.

—Eso no es cierto. Creces tan deprisa que no me da tiempo a acostumbrarme.

Quizá fuera eso lo que le impedía forjar una mayor complicidad, la falta de similitud física y emocional, el que ya pareciera un adulto en insolencia, con la voz quebrada por una carraspera fingida.

—¿Has visto el machete?

Ana asintió. Era tal la insistencia de su hijo con aquel objeto insignificante que empezó a resultarle tierno. Le recordaba a lo que sentía cuando entraba en el salón mientras el gobernador leía el periódico y seguía concentrado sin saludarla, no porque quisiera ignorarla, sino para que ella pensase que era un hombre interesante.

—¿De qué está hecho el mango?

—De ocume.

—¿No es una madera un poco blanda para eso?

—¿Qué dices? ¡Así pesa poco!

—No te enfades.

—¡Es que no entiendes nada de machetes!

—Por supuesto que no entiendo, por eso te pregunto.

Rufo hizo un gesto de desprecio. Cuando iba a dar media vuelta para irse, alguien irrumpió en el salón.

—Buenas tardes, doña Ana.

Era Serrano, el secretario del gobernador, un individuo casi calvo y con bastantes kilos de más, lo cual no era muy aconsejable para sobrevivir al calor de la isla. Aun cuando llevaba la corbata anudada, el botón del cuello no llegaba a cerrar, por lo que no terminaba de corregir el aspecto descuidado. El chaleco también estaba a punto de reventar bajo la chaqueta abierta del traje. No debía de haber lino suficiente para tanto cuerpo. Traía más cara de agobio de la habitual y, en la mano, un mapa grande enrollado.

—¡Hola! —estalló Rufo al verle, dibujando una insospechada expresión de alegría.

El efusivo saludo no estaba dirigido a Serrano, sino al primate diminuto de ojos enormes que hacía equilibrios sobre su hombro. Era un precioso ejemplar de gálago hembra que rara vez se veía por la capital.

Rufo se acercó y estiró la mano hacia la monita, que se aferró al cuello carnoso de su dueño.

—¿Por qué no quieres venir conmigo?

—Dale un minuto, que es un poco tímida.

—No molestes al señor Serrano —reprendió Ana a su hijo.

—No se preocupe, es normal que a la gente le guste esta pequeñaja. Además, así cojo aire antes de meterme en faena, que tenemos una buena encima —confesó, jadeante tras haber subido con demasiado brío las escaleras del porche.

—En ese despacho sabes cuándo entras, pero no cuándo vas a salir.

—Veo que conoce bien a su marido.

Ambos rieron levemente.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Ana con interés genuino.

—Las tareas de reparación de la ciudad se extenderán varias semanas más, aunque tenemos suerte de que no se haya desencadenado ningún brote epidémico. Y por lo demás... —Miró al mapa que traía consigo y arqueó los ojos—. Esto no va a gustarle mucho al gobernador.

—En realidad me refería a tu vida.

Ana conocía a Serrano desde su llegada a Guinea, pero solo sabía de él que llevaba allí más tiempo que nadie y que aquel animalito era lo único que tenía en el mundo, su asidero a una isla que no podía abandonar porque nadie en ningún otro lugar contaba los minutos esperando su regreso. Se arrepintió de no haber sido un poco más empática en el pasado. Cada día veía más claro que, en aquel lugar perdido de la mano de Dios, todos estaban un poco solos.

El secretario inclinó la cabeza con extrañeza y tan solo dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Aquí las personas no suelen preguntarte por tu vida. Se supone que la vida es algo que nos espera en otra parte.

—Yo también llevo demasiado tiempo en estaciones de paso.

—¿Puedo coger ya a la mona? —les cortó Rufo.

—Venga, Diana, quédate con este hombrecito mientras yo paso unos asuntos con su padre.

—¿Me la vas a dejar un rato a mí solo? —celebró el chico mientras los ojos se le abrían de par en par; tanto que el gálgalo le miró como si reconociera a un familiar cercano.

La cogió con ímpetu, tal vez demasiado. Serrano puso cara de circunstancia y Ana atribuyó la falta de tacto de su hijo a la ilusión que le hacía ocuparse del animal; o a su forma de expresarse. Quizá, pensó, la causa de su tirante relación era no entender el universo adolescente, al igual que no entendía de maderas para mangos. Necesitaban pasar más tiempo juntos, buscar la forma de aproximarse sin que resultase forzado, encontrar alguna afición común. Bella compartía con su padre la pasión por las plantas... De nuevo Bella. Como siguiera utilizándola como ejemplo, no llegaría a ninguna parte.

Serrano le pidió que sostuviese unos minutos el mapa mientras salía a la letrina. Justo entonces, el gobernador, que debía de haberlo oído llegar, lo llamó a voces desde su despacho. Ana entró a avisarle de que su asistente no tardaría y le entregó el rulo. Aquel lo desplegó sobre la mesa y lo alisó pasando la palma con cuidado sobre costas y fronteras. La piel reseca por los años de marino raspaba en el papel.

—No cabe, cojones —se quejó—. Aparta de ahí el tintero para hacer sitio, que quiero extenderlo entero.

Ana suspiró y se dispuso a pasarlo a un pequeño escritorio.

—Voy a prepararme un té —le dijo entretanto con voz suave—. ¿Quieres uno?

—¿Por qué me lo preguntas siempre, si ya sabes la respuesta?

—Porque me educaron para ser una señora y ya es un poco tarde para cambiar.

—También es un poco tarde para que empiece a gustarme el agua sucia.

Respiró hondo.

—Llevas unas semanas que no hay quien te aguante.

—Además —siguió él a lo suyo—, sabiendo cuánto lo aprecian los ingleses, no me lo bebería ni muerto.

—No bromeo. Siempre has sido un hombre serio y sé que estas lidiando con una temporada difícil, pero esta actitud siempre crispada resulta de lo más cansina.

—¡Pues ofréceme un café, que es lo que toma la gente hecha y derecha, a ver si así me cambia el carácter!

—El café que te lo ponga tu mucama —zanjó Ana—. ¿No dices siempre que lo prepara mejor que yo?

—¿Qué es eso de *tu* mucama? Será *nuestra* mucama. Y, además, cuidado con esa palabra. ¿Sabes de dónde viene? Así llamaban en Angola a las esclavas que se convertían en amantes del señor de la casa.

—Estás insoportable, ahora te lo traigo.

—Que no es por ti, mujer. —La detuvo con aire cansado y señaló al mapa—. Que es por este asunto de Berlín. Mira estas jodidas fronteras. Cada vez que veo lo que nuestros políticos están consintiendo me hierve la sangre.

El encuentro en el que las potencias se repartían el suelo africano había llegado a su punto álgido. El anfitrión Otto von Bismarck había declarado que el objetivo principal era establecer las mejores condiciones para el desarrollo de la civilización y del bienestar de los africanos, pero todos sabían que lo único que importaba allí era organizar la esquilmación de sus recursos. Para empezar, no habían invitado a asistir a ningún representante de los pueblos nativos, lo cual ya lo decía todo. Hasta entonces, la presencia de las potencias en África se había limitado a pequeñas guarniciones y puestos comerciales dispersos por el litoral. Con la excepción de algunas posesiones francesas en Argelia y Túnez, y de los británicos y bóeres que se habían instalado en el cono sur, el interior del continente había sido un inexplorado magma de culturas indígenas. Pero a través de las vías fluviales iban descubriéndose sus riquezas naturales y se había despertado la codicia de los estados de la vieja Europa, a quienes ahora les entraba la prisa por izar sus banderas en cada metro de costa africana para, desde allí, comenzar la inmersión hasta donde les fuera posible. Lo que molestaba al gobernador no era el implacable reparto de suelo ajeno en sí mismo. Si estaba frustrado, era porque veía que España iba a sacar poca tajada.

—Te dejo con tus cosas.

—No, quédate y échame una mano para remarcar las líneas de los ríos, que estas gafas ya no me hacen su papel.

—Pero si Serrano va a venir en un momento, qué pinto yo aquí.

—Tú pintas siempre —dijo él, cogiéndola por sorpresa con lo que pretendía ser una disculpa—. Tómame conmigo un café, o té, o lo que quieras. Cualquier cosa menos *contrití* —apostilló, refiriéndose a una infusión de limón a la que los nativos daban ese nombre por derivación de las palabras *country tea*, o té del país.

Ella llamó a Paciencia y le pidió que preparase tres cafés. El gobernador hizo por no mirar a la sirvienta mientras salía de la habitación, pero su trasero no era fácil de obviar. Cuando se quedaron solos habló en voz baja.

—¿Has oído lo de Moya, el finquero de Tarragona?

—¿Qué le pasa?

—Ha dejado preñada a una de las negras que trabajan en su casa.

—¿Cómo sabes que ha sido él?

—Pues porque es una cría, joder, y la debió de desvirgar él mismo.

—Si me entero de que haces algo así, te mato.

El gobernador le clavó los ojos.

—Y yo a ti.

A Ana le costó mantener el tipo. Se sentía ya adúltera, aunque fuera de intención. Desde que envió a Bella a la finca había ido a verla en tres ocasiones; y si bien los encuentros con Martín no habían sido puro fuego, ya que ambos seguían optando por contenerse, saltaban chispas cuando él se acercaba más de lo necesario al hablarle y le tocaba el brazo y ella fantaseaba que la besaba para, al menos una vez, entregarse a un hombre que representaba todo lo que no tenía en casa.

—Esas negras siempre están pensando en su propio beneficio —reculó el gobernador—, no te puedes fiar. Mira lo que pasa con la religión católica. Van a misa, pero solo porque les viene bien para tenernos contentos a los blancos. Y también para que les perdonen sus pecados. Esa parte les encanta. Pero, en cuanto el cura les da la absolución, vuelven a esos dioses suyos creados desde el fetichismo. Cualquier día me echan un maleficio.

—¿Seguimos hablando de preñar a una sirvienta? Porque parece que si no fueran a hacerte vudú, no tendrías ningún problema.

—Y yo qué sé de qué hablamos, mujer, no me lées. —Volvió al mapa—. ¡Es que nos lo van a quitar todo por la mano!

Serrano entró apurado.

—Perdón por la tardanza.

—A ver si calmas un poco a mi marido, ni que fuese culpa vuestra lo que esté pasando en Berlín.

—Desde luego que no es culpa nuestra —saltó el gobernador—, pero nadie me va a librar de ser el chivo expiatorio.

—¿Por qué ha de pasar eso?

—No te preocupes.

—Si me pusieras al día de las cosas importantes, no me preocuparía.

—Si no te doy detalles, es para que al menos tú vivas tranquila. Bastante tienes con llevar la casa —dijo. Ana dibujó un gesto de decepción tan manifiesto que hasta el implacable marino supo que tenía que dar un paso atrás—. Anda, Serrano, explícaselo tú que seguro que te entiende mejor.

Ana fue a rehusar, pero se mantuvo hierática.

El secretario, bien mandado, tomó la palabra, no sin antes derrumbarse en una silla de la que el trasero se salía por ambos lados.

—Ya sabe, doña Ana, que la carrera por hacerse con millas de costa en el litoral africano se estaba descontrolando y los encontronazos entre países iban a acabar tarde o temprano en algún disgusto.

—Eso me consta —asintió, digna.

—Pues el propósito de la Conferencia de Berlín es asegurar el libre comercio en todo el continente, para lo que es necesario suscribir declaraciones oficiales como la navegación sin trabas por los ríos Congo y Níger, y poner orden con nuevas normas de derecho internacional que nadie se pueda saltar.

—Esto es lo que entonces están negociando los embajadores de todos los países que tenemos intereses en el continente...

—Y también los de otras naciones que, aunque tienen poca o nula presencia en suelo africano, como el Imperio Ruso, Dinamarca o Estados Unidos, asisten al encuentro para dotarlo de reconocimiento internacional. Hasta aquí, todo bien, nadie niega que esta regulación era algo urgente y necesario. El problema es que, como suele ocurrir, terminará favoreciendo solo a los más poderosos.

—Nosotros somos poderosos.

—Ya no. Al menos no al nivel de otros países como Francia o Alemania. Incluso el rey Leopoldo II de Bélgica, que ha sido el instigador del encuentro, tiene más presencia que España. Y mira que digo el rey y no su país, ya que en su caso tiene la poca vergüenza de reclamar los territorios del inmenso Congo a título personal. Pero a lo que iba: nos guste o no, nuestra patria es una potencia económica en declive, tenemos un imperio en decadencia y nuestra influencia en la política europea es cada vez menor.

—No te pases, Serrano —le advirtió el gobernador.

El secretario se encogió de hombros, arrugando sus papos sonrosados.

—Sé que es duro de oír, pero, en su fuero interno, usted también sabe que es verdad.

—En cualquier caso, no debes decir algo así bajo el retrato de Su Majestad.

Miró con reverencia hacia la pared donde colgaba el Borbón Alfonso XII, quien venía reinando desde que, diez años antes, se puso fin a la Primera República española. Aquel período de estabilidad se había caracterizado por ser liberal tanto en la economía como en la cama. Por aquel entonces, el monarca se sentía más cerca que nunca de la reina María Cristina, aunque la

furia sexual que lo poseyó cuando perdió a su primera esposa, María de las Mercedes de Orleans —con la que se había casado por amor y que falleció de tifus sin llegar al medio año de matrimonio—, seguía atrayendo a su lecho a famosas cantantes de ópera. Pero entre gemidos y arias, el rey, formado en colegios de élite durante el exilio de su madre en París, y acompañado del Gobierno de Cánovas, que amañó una alternancia pacífica con el otro partido que apoyaba a la dinastía, había tenido tiempo de dotar al país de un cierto impulso. La ampliación de la red ferroviaria, el incremento de la inversión extranjera, el auge de la minería y de exportaciones agrícolas como el vino... El problema de aquella prosperidad era que solo beneficiaba al bloque de poder constituido por una nobleza y una alta burguesía cada vez más enlazadas entre sí y alejadas de los millones de jornaleros pobres que poblaban el país.

—Derrotismos aparte, ¿qué es lo peor que puede pasarnos en Berlín? —retomó Ana, sacando la vis práctica con la que, no porque lo dijera el gobernador, regía la casa allá donde le tocaba echar anclas—. ¿Por qué estáis tan preocupados?

—Porque han decidido instaurar el principio de ocupación efectiva.

—Y eso quiere decir...

—Que los títulos de propiedad de los países sobre el suelo africano solo valen hasta cierto punto. —Levantó una mano para pedirle un momento mientras, con la otra, se secaba la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de la pechera—. Según nuestro tratado de 1777 con Portugal, somos dueños tanto de esta isla de Fernando Poo como de las otras más pequeñas de Elobey, Corisco y Annobón, así como de una buena franja de costa en el continente que comienza frente adonde nos encontramos ahora y baja hasta el río Muni. —La circundó con el índice en el mapa y Ana la examinó con interés—. Pero en base a las nuevas reglas que se están acordando, por muchos papeles lacrados que guardemos en el cajón, solo podremos reclamar la porción de suelo africano que hayamos ocupado *de facto*.

—En las islas no hay problema porque tenemos bien montada nuestra infraestructura —completó el gobernador—. Pero, en lo que se refiere a nuestras posesiones del continente, como no estamos ejerciendo una administración efectiva similar, ni civil ni militar, nos quedaremos sin ellas si alguien más espabilado se nos adelanta.

—¿Estás diciendo que podemos perder algo que nos cedió Portugal hace cien años?

—Así de crudo. Máxime porque los títulos previos de Portugal tampoco valdrían. Basan sus derechos en las exploraciones que los navegantes lusos llevaron a cabo en el siglo xv, pero tampoco ellos tuvieron nunca una presencia física continuada sobre esos territorios.

—¿Y qué podemos hacer para evitar que eso ocurra?

—Llevo más de un año pidiendo a la metrópoli que financie expediciones para firmar acuerdos con las tribus locales de esa franja y montar puestos de control. Con eso valdría, pero nuestro querido Gobierno se ha opuesto a asumir el coste. ¿Cómo pueden no darse cuenta de que no es un gasto, sino una inversión? Se trata de asegurarnos el derecho a una futura explotación económica permanente, por el amor de Dios. Pero vamos, que esta política provinciana no es una novedad, siempre han sido igual de rácanos en sus dotaciones a Guinea.

El gobernador sabía bien lo que decía. Él mismo había viajado no hacía mucho a la bahía de Corisco y al resto de tierras costeras del continente, donde había comprobado cómo Francia y Alemania estaban preparando el terreno para hacerle la cama a España de la forma más descarada. El caso más sangrante era el de Punta Elobey, a tan solo cuatro millas de la desembocadura del río Muni, un enclave que no podía ser más español por derecho, y en el que las autoridades francesas de Gabón se habían atrevido a poner a un delegado de su Gobierno aprovechando la falta de demarcación de terrenos y la ausencia de un triste buque de guerra que pusiera un poco de orden. En aquel momento, para no iniciar un conflicto internacional con los vecinos, optó por no liarse a tiros y tomar la vía diplomática. Solicitó que se constituyera una comisión de ambos países para deslindar y que se fundase un subgobierno en el islote de Elobey Chico al mando de un alférez de navío que, desde allí, pudiera patrullar la zona en una lancha de vapor. Pero, si bien solventó aquella disputa, aún había mucho que hacer, y mucho que perder si la nueva normativa que estaban discutiendo en Berlín entraba en vigor y Madrid seguía obviando la imperiosa necesidad de financiar expediciones.

—Me cuesta creer que nos dejemos ganar la partida tan fácil —comentó Ana, dándose cuenta de que estaba mucho menos al tanto de lo que pensaba acerca de lo que ocurría a su alrededor. Quiso pensar que si su marido no le compartía estas cuestiones durante la cena, era para no parecer débil.

—No es solo una cuestión de dinero, lo que pasa es que los del Ministerio de Ultramar se la cogen con papel de fumar —bufó él—. Siempre tan comedidos cuando se trata de plantar cara a las «potencias». ¡Cómo no van a ser potencias, si les regalamos todo!

Siguieron despotricando de la situación y poniendo a caer de un burro al embajador que actuaba de representante en la conferencia, con el único consuelo de que quizá España no se llevase el premio a la nación más negada. Ahí le iba a la zaga la vecina Portugal, cuyos vastos territorios quedaban a disposición del primero que los ocupase porque siempre habían pecado de descuidados. Sin ir más lejos, tras el tratado de 1777, la flota de la Armada española que se desplazó desde Montevideo a Fernando Poo para tomar posesión de aquellas arenas negras tuvo que esperar meses a la llegada del plenipotenciario portugués, que ni tan siquiera tenía instrucciones claras sobre a quién debía entregar la orden de cesión de una soberanía que jamás habían ejercido.

Alguien llamó a la puerta del despacho.

Ana fue a abrir, pensando que sería Paciencia con el café, pero no.

Era un infante de marina.

Polainas grises, saludo enérgico y salacot blanco en mano.

El barco de rescate que el gobernador envió a Ureka para recoger a los supervivientes del naufragio había regresado.

A Ökkó se le pasaban los días volando. Había recuperado un poco de peso y su brillo habitual, la rodilla evolucionaba bien, y desde primera hora de la mañana realizaba diferentes tareas que los misioneros le pedían con buena cara: afilar los cuchillos de la cocina, recoger hasta la última miga del comedor para no verse invadidos por los bichos o lijar las vigas de madera. Sabía que en cualquier momento lo someterían al mismo ritmo de estudio y trabajo del resto, pero le estaban dando un respiro para que se recuperase del todo de su gesta heroica con el misionero, de la que la ciudad entera estaba al tanto. Por el momento no se planteaba si le gustaba o no su nuevo hogar. Le bastaba con no pensar en lo que había dejado atrás. A ratos incluso llegaba a sentirse uno más... salvo por el idioma. Le sacaba de quicio tener que hacerse entender por gestos, por lo que se esforzaba en acostumbrarse a los nuevos sonidos. Gastaba tanta energía en memorizarlos que, cuando llegaba la hora de comer, devoraba todo lo que le ponían delante en un instante: ñame, arroz, hojas de plátano y, cómo no, gallina, carne salada o, ese mismo día, garbanzos con tocino de los que aún se estaba relamiendo.

El padre Aguirre seguía muy pendiente de él. Era un chico especial, como había anunciado Urí sin pasión de madre, y así como pasaba horas hablándole en castellano para que se le hiciera el oído, también aprovechaba para practicar con él el bubi. Ya que le gustaban las historias, le contaba en ambos idiomas las de la orden, que no faltaban desde que, un año antes, llegase la primera cruzada de claretianos. Al frente, el prefecto apostólico, seguido de su escuadrón de seis padres acompañados de los seis hermanos coadjutores que ya les servían de apoyo en sus parroquias de origen. En cada barco viajaba alguno más; y estaba previsto que pronto fueran cerca de sesenta, todos más que necesarios para dar cobertura a las misiones que pensaban fundar en diferentes enclaves de la colonia.

Por el momento, la pionera de Santa Isabel seguía creciendo, pero había que arrimar el hombro.

—¡Ökkó! —le reclamó el padre Cadarso.

El chico estaba sentado en un rincón a la sombra. Había pasado media mañana transportando sacos y no llevaba parado ni cinco minutos. Se levantó con las piernas entumecidas para explicárselo, pero al darse contra el primer muro lingüístico decidió dejarlo por imposible y esperó con resignación a que le mandase lo que tuviera en mente.

—Toca vestirte, amiguito.

El claretiano le entregó una camisola y un pantalón de basto algodón. A falta de un juego de su talla, le había arreglado otro un poco grande para salir del paso. Ökkó observó las prendas y arrugó la nariz. Vaya cantidad de tela. Tenía claro que no iba a ponerse eso. Negó con la cabeza.

—Ya te digo yo que sí —rio el misionero—. Que no me acosté ayer a las tantas de tanto darle a la aguja para nada. Además, es cosa del prefecto. Adiós taparrabos, bienvenida civilización.

—Adiós taparr... —intentó repetir Ökkó.

—Ya lo pronunciarás más tarde, ahora toca probártelo.

Guiado por la confianza que le generaba el misionero, se quitó su calzón holgado y se enfundó el pantalón, que ajustó a la cintura con un cordón del mismo material. Le resultaba incómoda la presión en la tripa y no podía flexionar las rodillas con libertad, por no hablar del calor que le dio desde el primer instante. Pero había algo más a lo que le costaba poner palabras, un sentimiento de rechazo por tratarse de algo que le imponían y le alejaba de las costumbres de su tribu. Su padre, que le dio la sangre y los hombros rectos y la forma de la nariz, había vestido siempre una prenda como la suya. De hecho, había sido su madre quien había confeccionado ambas...

Urí.

Frustrado al no poder desterrarla de su cabeza, cogió la camisola con genio y terminó de vestirse.

—Ahora acompáñame al almacén, que necesito comprar unas cazuelas y no puedo traerlas solo —le pidió Cadarso, haciéndole ver con señales que se dirigían a algún lugar fuera de la misión.

Ökkó fue a mostrarle las ampollas de las manos, pero tragó saliva y se puso en marcha sin rechistar.

Pasaron junto a la balaustrada que estaban construyendo de cara al mar, con base de piedra y barrotes de hierro forjado. Aquella labor correspondía a un claretiano avezado en tareas decorativas y a su hermano coadjutor, a quienes ayudaban dos bubis veteranos. Ökkó saludó a estos últimos con un leve arqueado de cejas. Apenas había cambiado un par de frases con ellos desde

su llegada. Era como si todos los internos tuvieran guardado su pasado en un baúl. En el caso de Ökkó, además, había tirado la llave. No se daba cuenta de que, al encerrar sus recuerdos, los estaba gangrenando. Pronto empezaría a percibir el olor por alguna grieta.

Mientras caminaban en dirección a la plaza, algo le hizo volverse hacia la bahía.

El padre Cadarso le imitó y divisó, fondeado, el barco que el gobernador había enviado para buscar a los supervivientes del naufragio. Se santiguó y rogó para que los hubieran encontrado sanos y salvos. Arrugó los ojos bajo el sol de justicia, pero solo vio soldados que, con sus uniformes de rayadillo, llenaban el puerto de líneas azules desteñidas de tantos lavados. Parecía haberse dado cita allí toda la fuerza militar de la colonia, que estaba compuesta por dos compañías de Infantería de Marina sorteadas de entre todas las del Primer Regimiento. Se cruzó con un oficial —había aprendido a reconocerlos no tanto por los galones como por la guerrera de botones metálicos con aberturas para las correas de la pistola y el sable— y estuvo tentado en preguntarle, pero decidió abstenerse. Primero porque aquel caminaba apurado; y, además, no le parecía bien adelantarse al prefecto ni tampoco al padre Aguirre, que esperaba ansioso las noticias de aquellos con los que había compartido travesía y que habían depositado en él sus esperanzas.

Una vez en la tienda, le llamaron la atención unas cazuelas de hierro fundido que le gustaban mucho más que las de barro que inicialmente iba a comprar. Eran más caras de lo que había previsto y las arcas daban para lo que daban, por mucho que *La Gaceta de Madrid* acabase de publicar la Real Orden que concedía a la congregación una partida extra antes destinada al profesor de primaria. Pero si, tal y como pintaba la cosa, iban a echar el resto de sus vidas en esa isla, mejor acompañarse de aparejos que les hicieran el día a día más agradable.

—Ökkó, coge dos de esas que yo voy a por unos cazos. ¡Y pónganos también una bolsa de sal! —le pidió al tendero.

Mientras pagaba, notó un golpe en la pared. Al poco, otro igual de fuerte, como si alguien intentase echarla abajo. Al salir vio que se trataba del hijo del gobernador, que hacía rebotar a patadas en el lateral de la construcción una pelota que salió despedida hacia ellos. Cuando Rufo corrió a cogerla casi arrolló al misionero, que apenas pudo sujetar la barca de madera donde había metido otras cosas que había aprovechado para comprar.

—¡Ten cuidado, chaval!

—Cuida tú de no ponerte en medio.

—A ver si me hablas con más respeto, que soy un hombre de Dios.

—¿Y no sabes quién soy yo? —replicó Rufo—. Pues entonces también sabes que puedo hablarte como me dé la gana. Es *football*, un deporte de los ingleses.

Soltó otro patadón. El golpe se escuchó por toda la plaza.

—Dile al gobernador que te estás volviendo británico, verás qué contento se pone. Aunque no es verdad.

—¿El qué?

—Que lo hayan inventado esos herejes. Hace doscientos años, los guaraníes ya jugaban a pasarse y mantener en el aire con los pies una pelota de caucho.

—¿De dónde te has sacado eso?

—De un libro llamado *Las misiones del Paraguay* que leí antes de embarcarme por si aprendía algo útil —siguió entrando al trapo el padre Cadarso, que era de mecha corta—. Mira si le darían bien a la bola, no como tú, que los misioneros lo mencionan en muchas de las cartas que enviaban a España. ¿Y sabes cuándo y dónde dicen que jugaban? Después de misa frente a la iglesia, donde, por cierto, no te veo mucho. Más misa y menos *fut-bol* —sentenció, acentuando mal el anglicismo.

Rufo soltó otro patadón que rebotó fuerte y la pelota fue a parar cerca de los pies de Ökkó, quien, sujetando las cazuelas con una mano, la cogió con la otra.

—¿Cómo te atreves a tocarla, negro?

El joven bubi entendió alguna palabra, pero no el sentido ni su exagerado gesto de aprensión.

—¡Que la sueltes! —insistió Rufo encendido, echando a correr hacia él para propinarle un empujón que le hizo tirar la pelota y también los cacharros recién comprados.

El bubi se agachó, pero lo que cogió fue un puñado de tierra que arrojó a los ojos de Rufo mientras se abalanzaba sobre él para devolverle otro empujón que le hizo morder el polvo. Antes de levantarse, este echó la mano a su machete nuevo. Al sacarlo de la funda, el filo relució entre el polvo levantado, pero el padre Cadarso le pisó el antebrazo para que lo soltara.

—¡Me haces daño!

—¿Qué pensabas hacer, bárbaro? ¿Sabe tu padre que vas por ahí con eso?

—¡Me lo ha comprado él, que no te enteras!

Dándolo por perdido, el misionero resopló, retiró su pierna, tranquilizó a Ökkó con una palmada en la espalda y enfiló de vuelta a la misión. El bubi, antes de seguirlo, fue adonde había ido a parar la pelota y se la llevó a su dueño sin entender todavía qué había ocurrido. Con aquel gesto solo buscaba corregir lo que quisiera que hubiera hecho mal, pero el otro le escupió desde el suelo.

—Maldito negro, a ver quién juega ahora con esa pelota infecta.

Ökkó observó la saliva escurriendo por su pierna y, entonces sí, dio media vuelta y marchó detrás del claretiano.

Cuando entraron en la misión, se dieron de bruces con el prefecto y dos mujeres que habían acudido a seguir la marcha de las obras. Una de ellas, a la que aquel hacía los honores como si fuera la difunta Isabel II, era la esposa blanca de un finquero adinerado que había financiado parte de la nueva iglesia. La otra era Ana, quien estaba allí en nombre del gobernador para aportar el toque formal a la visita.

—Saluda a las señoras —le dijo el prefecto, deteniendo a Ökkó.

El chico obedeció y dio los buenos días de forma automática mientras se fijaba en el rostro de la primera, blanqueado con polvos de arroz, con las mejillas rosas subidas de tono y una sombra azul alrededor de los ojos que la asemejaba a una pintada, la gallina de cabeza desplumada que correteaba por su aldea.

—Qué amable —dijo esta, quien también examinaba sin rubor la cresta de pelo del bubi, cada vez menos marcada ya que no se había rasurado el resto del cráneo desde su partida.

—¿Lo ve? Este negrito está criado en la selva y, hasta que llegó aquí, no había tenido cultura ni educación. Pero, lejos de presentar la ferocidad propia de los salvajes, desea el trato de gentes.

—Es flaco pero esbelto.

—Su figura es fruto del trabajo, del que tampoco reniega. En cuanto lo instruyamos en los misterios principales de nuestra santa religión, no tardará en recibir las aguas del bautismo. Y viendo lo despierto y talentoso que es, sobre todo con el idioma, todos apostamos a que pronto podrá contribuir a la civilización de sus compatriotas.

Ana pensó que el bubi vendría a tener la edad de Rufo. Al darse cuenta de que nadie hablaría de él con esos adjetivos, sintió la necesidad de salir pitando y seguir trabajando para reconducirlo lo antes posible.

—Si no les importa, he de ausentarme.

La mujer del maquillaje dijo que la acompañaba y apretó un moflete a Ökkó en lo que intentó ser un gesto cariñoso. Pero, todavía alerta por lo que había ocurrido poco antes, este reaccionó quitándosela de encima con un manotazo. Ana se echó hacia atrás por el susto, aunque le reconfortó sentirse identificada y pensar que quizá no estaba todo perdido con su hijo. «Así son todos». Ökkó, al ver boquiabierto al prefecto, arrojó al suelo las cazuelas y corrió hacia los dormitorios mientras aquel gritaba y la otra se santiguaba. Entró en su cuarto, echó al suelo la manta recia y se acurrucó a los pies de la cama.

Pensó que vivir en la ciudad no era fácil. En la selva le envolvían las lianas de los árboles que se disputaban la luz, las hojas que daban urticaria al mínimo roce, las nubes de insectos y los organismos minúsculos anidados en el barro bajo sus pies, que se introducían por las uñas y podían llegar hasta el interior de los ojos surcando las venas...

Pero era su selva.

Sacó de debajo del jergón la punta de tallar y una figurita sin terminar. La observó por los cuatro costados para recordar dónde lo había dejado la última vez y reanudó la labor. Era pequeña, de duro nogal africano, que era la mejor madera para trabajos minuciosos. A pesar de estar a medias, delicados detalles emergían al retirar lo sobrante. La trabajó cerrando los ojos, tan solo palpando, lo que le permitía habitar un mundo privado sin niños furiosos ni mujeres extrañas.

Al cabo, el padre Aguirre entró despacio. Estaba claro que el prefecto había hablado con él. Fue a guardar la figura bajo el jergón, convencido de que había llegado el día de recibir su primera paliza.

—¿Me dejas verla? —le preguntó el misionero en bubi.

Ökkó esperaba una reprimenda, no ese tono de intimidad. Se la entregó. Era un caracol. La concha con su espiral, el cuerpo fuera tras una mañana de lluvia. El claretiano se sentó en el camastro y la hizo girar entre sus dedos, contento de comprobar que Ökkó tenía un talento.

—¿Quién te enseñó? ¿Tu madre?

—El anciano que hacía las máscaras para las ceremonias.

—Pues debía de ser un buen maestro. ¿Tienes alguna más?

—¿Quiere verlas?

—Por supuesto que sí. No me digas que tienes una legión de caracoles...

Rebuscó en el mismo escondrijo otras dos que le mostró sobre la palma de la mano.

—Representan a mis amigos. Tötyí, Ribobò...

—Caracol, Araña... —tradujo el misionero—. ¿Cuál es este?

—Epa'á.

—¡Puercoespín, claro! Pero qué tonto soy.

—No me salieron bien las púas.

—Es que tiene que ser imposible. Bastante has conseguido tallando las patas de la araña sin que se partan. Puede que acabes siendo como Salzillo.

—¿Quién?

—Un escultor de Murcia, para mí el mejor imaginero que ha dado el país. Tendrías que ver la Virgen de la Fuensanta, es una estatua de más de dos metros de altura.

Se acompañó de un gesto para indicar el tamaño.

—¿Tan grande?

—O más.

—Yo no podría hacer una tan alta.

—Tú harás todo lo que te propongas. Háblame de esos amigos tuyos. Eran los que estaban contigo aquella noche, ¿verdad?

Los cuatro de la tormenta... El monstruo de hierro se difuminaba en el olvido, apenas recordaba los barriles entre la espuma, pero tenía siempre presentes los gestos que hicieron para avisarle del peligro, o su visita a la choza al día siguiente. Tenía muchas ganas de divertirse de nuevo con ellos, jugar a algo que entendiera mejor que la pelota. Le contó alguna de las punzantes bromas de Epa'á por las que se ganó el nombre, como cuando esperaban a Tötyí y decía que, como buen caracol, no sabía si sería el último en venir hoy o el primero en llegar mañana.

—Y Ribobò...

Se detuvo. Le costaba separarlo de Momokobo y no pensar en la flecha en la espalda del español o el pelo recortado de su madre en la puerta. Al verlo desde la distancia le asustó percatarse de cuánto se parecían padre e hijo, y no solo por el tatuaje en el rostro. Ribobò no se portaba bien, mentía sin ningún reparo y siempre trataba de estar por encima de los demás, pero le aguantaban todo. Por primera vez se preguntó por qué.

Recuperó la figurita del caracol de la mano del padre Aguirre y volvió a meterla junto con las otras dos en su madriguera para resguardarlas de los compañeros del dormitorio. Reposó la cabeza en el jergón y permaneció mirando a ninguna parte. El misionero siguió sentado a su lado, también con los ojos perdidos en la pared y sin decir nada, como hacen los verdaderos amigos, sabiendo que no siempre es necesario llenar el tiempo de palabras.

Lo primero que hizo el gobernador tras el regreso del barco de rescate a Santa Isabel fue visitar a los supervivientes en el hospital. Le contaron que, al día siguiente del naufragio, los guerreros de la tribu aparecieron de repente con las lanzas en alto, pero el *botuku* de la aldea se impuso a los más exaltados e impidió la matanza. Lo único que le interesaba era apropiarse de los restos del naufragio, e incluso envió a cambio un curandero para que aliviase sus heridas. Al gobernador le enervó que su oficial al mando no hubiera pegado un puñetazo en la mesa y arramplado con todo, dejando claro quién mandaba allí, pero entendía que había que ser prácticos. Un episodio violento aislado siempre podía escalar a un conflicto mayor que no podía permitirse. Desde que los españoles tomaron posesión de la isla, las pocas revueltas indígenas no habían pasado de ser incidentes menores que la infantería de marina había solucionado con cuatro tiros al aire; y era cierto que la etnia bubi no podía organizar un levantamiento con visos de prosperar, ya que estaba dividida en clanes con sus propios líderes y rivalidades, sin que el autoproclamado rey Moka tuviese autoridad efectiva. Pero era mejor no avivar las brasas, no fuera a ser que les diera por unir fuerzas y tuviera que ser justo él quien se viera obligado a entregarles las llaves de la capital.

Aprovechando que su marido pasaría todo el día con ese asunto, Ana salió disparada hacia la finca de Martín. Por mucho que esas visitas estuvieran justificadas, cuantas menos explicaciones necesitase darle, mejor. Cuando Bella abandonó la casa tan repentinamente, apenas hablaron del tema. Sabía que su marido defendería a Rufo cayera quien cayera, por lo que decidió no hacerle pasar por el trago de conocer los detalles.

Al igual que las veces anteriores, la acompañaba Paciencia, quien no había abierto la boca durante todo el camino. La bubi notaba que el día no estaba para fiestas, así que el compás que marcaban las herraduras de la yegua gris y el leve chirriar de las ruedas del carro eran un acompañamiento más que suficiente.

Un bracero fue a avisar a Martín, quien se acercó al poco. Ana observó cómo se metía la camisa en el pantalón, se la remangaba con pliegues ordenados por encima del codo y pasaba la palma de la mano por el pelo, que mantenía impecable aunque, a juzgar por la tierra que llevaba en sus ropas, acabase de arrancar un tocón.

Se miraron unos instantes.

—¿Vengo en mal momento? —dijo ella.

Estaba radiante, despojada de la contención que desprendía cuando tenía cerca a su marido. El pelo un poco revuelto por el viaje y el rostro tostado le daban un aspecto todavía más juvenil. Incluso su vestido vaporoso de pequeñas flores, el mismo que vestía la noche de la tormenta, parecía diferente. Se dejaba llevar por la brisa y se pegaba a las caderas, permitiendo que la falda danzase con suavidad y le regalase una vista más amplia de sus piernas firmes sobre los zapatos blancos de hebilla y tacón bajo.

—Buenas tardes, Paciencia —la saludó Martín.

—No recuerdo haberle visto antes trabajando —dijo esta.

—Paciencia, por favor... —se sonrojó Ana.

—¡Que le he quitado una sanguijuela, señora, el señor Martín ya es de la familia!

Esas palabras le hicieron sentirse en la gloria.

—¿Qué tal el camino hasta aquí? Desde la tormenta hay más baches; y vaya cómo azota el sol.

Ana miró a ambos lados.

—¿Cómo sigue Bella?

—Anda con el capataz comprobando cómo evolucionan unas plantas en el margen de la finca. Con él se entiende bien, es un bruto y ve normal que se tire por el barro entre los arbustos para mirar de cerca un bicho. No está siendo fácil, pero vamos sobrellevándolo entre todos. Últimamente la sirvienta la coge por las mañanas y le explica cómo hace las tareas para tenerla entretenida. Así de paso está aprendiendo a preparar delicias bubis —sonrió—. Ahora la buscamos.

—El barco enviado a Ureka ha vuelto —entró ella al tema sin demora.

—¿Y?

Negó con la cabeza. El sol pareció ocultarse tras una nube pasajera.

Miró a ambos lados.

—¿Dónde podemos hablar?

Martín la guio hasta la casa. Entraron en la cocina, donde se sirvieron una limonada. Paciencia se quedó con la cocinera y ellos pasaron con las bebidas

a la estancia más grande.

Ana se fijó en los escasos enseres. A pesar del tiempo que aquel hombre llevaba habitando la vivienda, parecía que acababa de mudarse. Sobre un estante había un puñado de libros y unos platos. En otro descansaba una piedra en forma de diamante que podría haber cogido en cualquier camino, solitaria como una obra de arte. La sencillez era extrema, pero no resultaba inhóspita. Estaba acostumbrada al ambiente recargado de la colonia, un pequeño mundo de cosas inservibles que los expatriados transportaban en sus baúles de aquí para allá, de maquillajes que ocultaban las imperfecciones del rostro y de las almas, de capas de ropa contrarias al clima y de frases adornadas, por lo que estar tomando un refresco en un vaso de vidrio sin labrar en una habitación en la que no hubiera casi nada era reconfortante y liberador.

—No hay mucho que ver —dijo él, percatándose.

Ana rehusó sentarse en la mesa central y siguió caminando hasta una ventana en cuyo alfeizar se apoyó de espaldas. La luz remarcaba su contorno.

—Para mí es algo bueno —dijo.

—¿Por qué?

—Supongo que, cuanto más espacio libre dejas en tu vida, más posibilidades tienes de que se llene de algo nuevo. —Él asintió, invitándola a seguir. Le gustaba ser su *algo* nuevo—. Y evita que te distraigas con cosas superfluas. Aquí puedes concentrarte en lo que es esencial para ti ahora.

¿Qué es esencial para mí ahora?, pensó Martín.

—Ahora que miro esta casa a través de tus ojos me doy cuenta de que la he descuidado demasiado —confesó—. De pronto, me siento como un náufrago que nada posee.

—Suele decirse que solo es realmente importante aquello que no puedes perder en un naufragio, pero...

—Esa máxima no opera con nuestra Bella.

Asintió con pena.

—Los infantes de marina han traído de vuelta a ocho supervivientes, pero entre ellos no está su padre.

Martín resopló.

—Pobrecita...

—El claretiano que informó de la tragedia dijo haberlo visto caer por la borda, pero quedaba la esperanza de que hubiera logrado alcanzar la playa. Él mismo lo consiguió agarrado a una cruz, pero Gonzalbo no tuvo la misma suerte.

—¿Cómo vamos a decírselo?

—¿Prefieres que lo haga yo?

—Me da miedo no acertar con las palabras.

—Basta con demostrarle que le damos todo nuestro amor. Aunque nada vaya a compensar su pérdida, al menos que no se sienta sola.

—Llevo intentándolo desde el primer día.

—Siento haberte empujado. De verdad pensaba que era buena idea.

En esta ocasión, al ver lo dulce que se mostraba Martín y con el drama de la muchacha confirmado, estuvo tentada de vomitar la verdad.

—El problema de Bella no está en la finca —repuso él, ajeno al perverso asunto de Rufo—. Estoy seguro de que le viene muy bien el haberse apartado de todo. Pero cuando llevas el infierno dentro, da igual dónde despiertes. Seguirás abriendo la ventana y viendo llamas por todas partes. Ahora al menos podrá poner fin a este capítulo, la incertidumbre duele aún más que una mala noticia.

Ana suspiró, volviendo a repasar la habitación vacía.

—No tener nada es una ventaja, ahora ya no me cabe duda.

—¿Por qué?

—Pasamos la vida con miedo a perder lo que tenemos. Y vivir con miedo no es vivir, es sobrevivir.

Martín apuró su vaso, lo dejó sobre la mesa y fue hacia ella. Se detuvo a un paso, de pie, frente a frente. Nunca se habían mirado de forma tan intensa, como si no existiera otro instante ni otro lugar en el mundo que no fueran sus pupilas. La fantasía de poseerla no le pedía nada a cambio, pero ese anhelo se había filtrado por algún pasadizo insólito al mundo del sudor y las normas. Por cada paso que diera a partir de entonces habría de pagar un tributo.

—¿Tampoco tienes miedo a sentir algo tan potente que, después, cualquier otra cosa te parezca insuficiente? —le preguntó él.

Ana no contestó.

Cerró los ojos, anhelando que él la besara.

Él apretó los suyos como si le hubiera dado un pinchazo en la cabeza. No se sentía culpable por ser infiel a una mujer que no lo amaba —como él no la quería a ella—, sino por dar la puntilla al hogar en el que había nacido su hija.

—Voy a buscar a Bella —dijo de pronto, dando media vuelta.

Ana se quedó pasmada.

—Martín...

No se detuvo.

Salió al porche y llamó a la niña a gritos. Uno de los braceros dijo que la había visto junto al secadero y fue a buscarla. En breve apareció, caminando hacia la casa, con su peto colgando de un solo tirante sobre la camiseta interior de hombre y las mejillas un tanto sonrosadas, quizá por el sol o porque intuía lo que ocurría y su cuerpo comenzaba a lanzar señales.

Martín bajó despacio los escalones que separaban la vivienda del suelo para recibirla. Ana salió detrás e hizo lo mismo. Bella no necesitó explicación alguna, le bastó con mirar a los ojos a la mujer del gobernador para leer la noticia.

—¿No ha venido mi padre?

—No, cariño —contestó Ana—. Lo siento muchísimo.

Los ojos vidriosos.

—¿Han traído su cuerpo?

—No.

—Y entonces... —Un último rayo de esperanza. Se sorbió los mocos—. ¿Cómo saben que...?

—Le vieron caer al mar y no estaba entre los supervivientes que alcanzaron la playa. Hubo muchos como él. Ha sido una gran tragedia.

Le costaba mantener el tipo ante la entereza de la muchacha, si bien no es que Bella estuviera serena, más bien seguía descolocada, sin terminar de asimilar el golpe. Una suerte de convulsión le agitó el pecho.

—Lo sentimos muchísimo —repitió ahora Martín.

Bella negó repetidamente con la cabeza y, entonces sí, se partió en dos. No podía controlar los músculos del rostro, que dibujaban una mueca difícil. Apretó mucho los labios para impedir que salieran la pena y la rabia, y se lanzó a abrazar a Ana, quien la estrechó contra su pecho. Bella la inundó de lágrimas, también las no lloradas en Vitoria cuando su madre se fue de este mundo creyendo que la dejaba a salvo, y gimió como un perrito que aúlla mientras espera que aparezca su dueño. En su cuerpo menudo no cabía el inmenso dolor que le provocaba el saber que se había quedado sola para siempre.

Un rato después, con la ya huérfana aún pegada a su vestido, Ana le preguntó:

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No.

—¿Prefieres que entremos a sentarnos?

—No.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—Ir a buscar plantas.

Necesitaba encontrarse con su padre, que sabía impreso en cada hoja de cada bosque.

Ana aflojó los brazos...

Y Bella se alejó despacio por la explanada frontal de la casa, como un pensamiento que se desvanece.

Cruzó la plantación hacia la barrera de árboles que impedía al viento secar las hojas de las parcelas más expuestas. En cuanto atravesó el cercado empezó a sentirse conectada con él. Caminó por parajes preciosos entre la finca y la capital, dejándose acariciar por las formas con las que se expresaba el campo libre. Vio un monte frondoso que le resultó familiar. Se fijó mejor y pronto reconoció una inmensa ceiba centenaria que se alzaba majestuosa, sin duda la más grande que habían encontrado en sus paseos por la región. La primera vez que fue allá con su padre le explicó que las espinas en el tronco eran señal de juventud, por lo que aquel ejemplar aún habría de superar, y mucho, los cuarenta metros que ya se elevaban hacia el cielo. Ella también quería seguir subiendo. A pesar de la empinada pendiente enfiló hacia la cima, donde confiaba encontrar algo de consuelo envuelta en nubes o divisar otro barco acercándose en el horizonte con su padre en la popa gritando que estaba vivo, que todo había sido un error de los soldados de rescate.

Siguió el sonido lejano de un cauce de agua. Se introdujo entre unos arbustos que le parecieron ejemplares reducidos de *Grossera paniculata*, una planta que los nativos conocían como *mboro* y cuyos frutos utilizaban para curar el asma. Pero sus hojas, más cortas y estrechas, estaban dispuestas en forma de hélice; y los tallitos de las flores eran más pequeños, como un ramillete preparado para el ojal de un traje de fiesta. Cogió uno caído del suelo y lo enganchó a la hebilla de su tirante. Caminó por una vereda natural como ida, con la misma sensación que tuvo el día que se atrevió a beber del licor café que su padre había dejado sobre la repisa, y simuló entrar con él en un salón de baile. De pronto, los dos danzaban en círculos mientras el farmacéutico tarareaba el vals *Cuentos de los bosques de Viena*, que le gustaba mucho más que *Danubio Azul* porque, al escucharlo, realmente se sentía vagar por aquella floresta lejana que siempre había soñado recorrer con ella...

Cuando estaba a punto de iniciarse el solo de cítara que marcaba el centro de la pieza, dejó de dar vueltas. Mareada, siguió caminando hasta llegar al torrente que bajaba enérgico. Enfiló aguas arriba, donde parecía esperarle un remanso circundado de árboles.

Pensó en meterse en él, cuando detrás de unas palmeras atisbó una cabaña.

¿Quién vivía allí? Le pareció demasiado alejada de la finca como para que formase parte de ella.

Estuvo a punto de dar marcha atrás, pero gritó con rabia:

—¿Quién me lo impide? ¡Nadie me impide nada! ¡Nadie!

Y se introdujo en la poza como una sacerdotisa que se entrega a un ritual sagrado, notando piedras pulidas en las plantas de los pies y la diferencia de temperatura en las pantorrillas a través de la tela. Se sumergió por completo y se tumbó boca arriba, flotando a corazón abierto como un nenúfar, el pelo en forma de sol. Habría querido quedarse allí todo el día, envuelta por el frío que anulaba sus sentidos. Pero a medida que se le iban durmiendo los dedos, iba despertando su mente; y volvió a llorar, entonces sí, hasta escocerle la garganta, sin dejar de mirar a un cielo sin respuestas.

A una vida de distancia de los bosques de Viena, el llanto era la única melodía.

El padre Aguirre pronto confirmó que, en inteligencia, Ökkó no tenía rival. Para el poco tiempo que llevaba en la misión, sus avances con el español eran inauditos —ayudaba el que, desde pequeño, el anciano tallador le hubiese hablado en la lengua del continente, preparándolo para afrontar con facilidad la travesía hacia cualquier otra—. Pero aún le sorprendía más su sensibilidad, una cualidad sin duda heredada de su madre. Era cierto que Urí tenía un carácter fuerte, pero como representante de la diosa desprendía una sobrecogedora compasión por todos los seres, comenzando por su propio hijo, como el claretiano pudo ver en la choza. Esta mezcla explosiva, el ser un alumno aventajado tanto en cuestiones del cerebro como del corazón, era lo que convertía a Ökkó en un adolescente más vulnerable a algunas agresiones que resbalarían a otros chicos de su edad, como el incidente de la pelota al que no había dejado de dar vueltas en los últimos días.

—¿Por qué quería matarme? —le preguntó una tarde en la escuela.

Estaba sentado en primera fila, reclinado contra la pared lateral y con un pie en el asiento. Acababan de terminar la lección, que se había alargado porque el misionero decidió contarles la historia del santo del día, y los demás habían salido disparados. El sol estaba a punto de ponerse, pero el calor era asfixiante y la humedad no ayudaba. El padre Aguirre supo que debía ser cauteloso con la explicación, pero no podía perder la oportunidad de conversar en un nivel de profundidad que hasta entonces no habían compartido. Ocupó la silla vacía de otro alumno y se atusó la barba en punta.

—No creo que Rufo quisiera hacerte eso.

—Sacó un cuchillo grande, estaba bastante claro.

—En todo caso no querría matarte *a ti*. Más bien querrá matar a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Supongo que no se gusta a sí mismo y manifiesta así su rabia.

—Pero es el hijo del gobernador.

—No sabemos si eso es bueno. Quizá su padre está demasiado ocupado con otras cosas como para dedicarle tiempo y se siente solo o despreciado. ¿Te gustaría a ti ser el hijo del *botuku* de tu aldea?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque así podría matar a quien quisiera —contestó, imaginando a Momokobo a sus pies pidiendo clemencia.

El misionero no esperaba aquella respuesta. Antes de replicar, le dio tiempo para que regresara de donde fuera que se había ido.

—Estoy seguro de que, por mucho que te lo propusieras, no podrías acabar con la vida de nadie.

Ökkó se acordó del español tirado a sus pies con la flecha clavada y sintió una arcada. Habría dado cualquier cosa para que aquello también fuera una fantasía.

—Se cree que sabe mucho de los bubis solo porque vivió un tiempo en esta ciudad. Pero ni siquiera habla de ello.

—¿Crees que debería hacerlo?

—Si la rama quiere florecer, ha de honrar a las raíces.

El padre Aguirre sonrió. Fue a preguntarle si aquel proverbio era de su padre o de su madre. ¿Qué importaba? El chico lo recitaba con orgullo de raza y sus mensajes destilaban un misticismo que sobrecogía. Para los nativos, nada era realmente una distracción. Lo profano no existía. Todo era religioso, desprovisto de azar, parte de un orden superior ininteligible y sagrado.

—No solo viví, me crié aquí.

—¿Nació en Etulá? —se sorprendió, usando el nombre bubi «isla de la montaña», debido al pico Basilé que se elevaba al fondo de la capital como un mural decorativo.

—Nacer no, pero casi. Siendo niño correteaba sobre esta misma tierra en la que estamos construyendo la misión. —La expresión de Ökkó revelaba que no terminaba de procesarlo. El claretiano rio—. ¿Qué te parece tan extraño?

—No me lo imagino de niño.

—Todos lo hemos sido. El problema es que dejamos atrás esa etapa demasiado pronto. No sabes cómo me gustaría volver a vivir como si cada momento fuera único.

—¿Y ya entonces había españoles?

—¡Oye, que no soy tan viejo! Estoy hablando de hace veintitantos años y mis compatriotas llegaron hace cien. Aunque es verdad que en aquella época se podían contar con los dedos de una mano.

—Mi padre decía que en el pasado había más bubis.

No quiso abordar esa cuestión para no convertir una conversación de nacimientos en otra de muerte, ya que el chico tenía razón. Los negreros diezmaron la población nativa durante siglos de persecución, por lo que para cuando el misionero llegó siendo un crío con su madre a Fernando Poo ya no quedaban muchos nativos en las áreas de costa, las más accesibles.

—No esperabas que fuéramos paisanos, ¿eh? Pues sí, hijo. Tú y yo tenemos mucho más en común de lo que crees.

Ökkó dibujó una sonrisa irónica mientras subía ambos pies al asiento para abrazar sus piernas. Apoyó la barbilla en las rodillas y observó la foto de la primera docena de claretianos que colgaba de la pared. Los seis padres sentados en banquetas, con sus hábitos perfectamente colocados para la ocasión y el crucifijo presente sobre el pecho; y, detrás, los hermanos coadjutores, también compuestos con las mejores galas que habían llevado hasta el otro extremo del mundo.

—No somos tan iguales.

—Dime qué diferencias ves.

—Su piel blanca.

—El padre Cadarso sí que es blanco, pero porque se pasa el día en la cocina. Yo estoy casi tan moreno como tú porque me gusta el aire libre. De hecho, me gusta todo lo que sea libre.

—Como el pelo suelto.

—Así es. ¿O prefieres que me coja un moño?

En ese momento, el prefecto se asomó por la puerta. Venía apurado. Miró a todos los rincones del aula como si buscara a alguien más. Ökkó se tensó. Todavía permanecía en el ambiente el eco del manotazo a la señora rica.

—¿Puedes venir a mi despacho? —pidió al padre Aguirre.

—¿Ha de ser ahora mismo?

—¿Acaso estás haciendo algo más importante?

El padre Aguirre pensó en lo que antes, hablando de Rufo, le había dicho a Ökkó sobre la necesidad de dedicar atención a los seres queridos. Has de lograr que el otro se sienta el centro del universo, pensó; y contestó:

—Estoy haciendo algo imprescindible.

El prefecto abrió los ojos, calculando si se le estaba escapando algo o se trataba de una descarada falta de respeto. Desde el primer día, cada vez que se cruzaban saltaban chispas. No es que estuvieran enfrentados, ni le convenía estarlo. El padre Aguirre tenía cualidades a las que podía sacar mucho partido, como la diversidad lingüística; y desde que los ciudadanos de Santa

Isabel se enteraron de que había atravesado la isla a pie para salvar a los náufragos, todos lo consideraban un héroe. Pero no lograba ventilarse el rechazo que le generaba su mera presencia. Quizá hubiera algo de envidia por el carisma desenfadado del misionero, admitió; y echó mano de los preceptos del fundador de la orden, para quien el destino de todo ser humano era servir a Dios a través de la caridad, la devoción y la humildad. Tocaba bajar la cabeza.

—Sigue, pues, con lo que estabas haciendo —se forzó a decir, aunque tampoco se resistió a despedirse con un sermón—. Ya esperaré hasta que termines con nuestro pupilo, que es el principio y el fin de esta misión y de todas las que levantemos gracias a la fuerza de nuestro fundador. Sabrás que, durante su arzobispado en Santiago de Cuba, alzó la voz para denunciar a quienes obligaban a los esclavos a trabajar sin descanso y a vivir sin instrucción religiosa. Por eso estamos aquí, porque convirtió la evangelización en su propósito de vida.

Dio media vuelta y se alejó con su vistosa cruz de fino metal colgando de una cadena en el pecho, tragándose las prisas con las que había llegado.

El padre Aguirre se volvió hacia Ökkó.

—Pensándolo bien, sí que hay una diferencia importante entre tu gente y los españoles.

—¿Cuál?

—Que vosotros os acomodáis a los tiempos de la naturaleza, mientras que nosotros vamos siempre corriendo, como si la vida fuera algo que nos espera más adelante.

—¿Por qué hacéis eso?

—Vayamos fuera para ver el ocaso, que experimentarlo es mejor que explicarlo.

Salieron al patio y, desde allí, cruzaron por una zona llena de zanjias, todavía sin rellenar de piedras, preparadas para los cimientos de la pequeña iglesia que estaban construyendo. El misionero se detuvo junto a un montón de ladrillos y maderos que utilizó como apoyo. Se volvió hacia Ökkó, que perdía los ojos en un cielo cubierto de tules rosas y morados. Al igual que el día que ambos rodearon el pico Basilé, cuando le contó la historia del espíritu que hundió el istmo para que dejaran de llegar extranjeros a la isla, volvió a cuestionar la evangelización de la que tanto presumía el prefecto. ¿No estarían adulterando una forma de vivir, tal vez alejada del Dios verdadero, pero más cercana a esa otra creación también divina que era el mundo y sus galaxias? El Sol no tenía prisa, se ponía cuando se tenía que poner. Lo mismo

que la Luna, que esperaba el momento de reinar discreta y paciente en lo alto. Sus ciclos regían la vida de los bubis, al igual que las estaciones marcaban sus momentos esenciales. Una siembra o una recolección eran un nudo en la cuerda de la vida. Y también el despertarse, el ir a la finca, el preparar la comida, el ayudar al vecino. El tiempo existía cuando ellos lo hacían existir con sus acciones.

—¿Y dice que vivía aquí mismo? —retomó Ökkó.

—Un poco más adentro, pero muy cerca. En aquella época, esta ciudad tenía apenas diez calles en cuadrícula, con no más de cien casas desperdigadas. Nosotros vivíamos en una pintada de verde como la selva.

Eché la vista atrás, como si en verdad pudiera recordar el día en el que bajó del barco y sus sentidos de niño se enfrentaron a aquel hábitat desbordante, con tanto que ver y que escuchar y que oler y que saborear y que tocar, pero también con tanto de lo que protegerse, desde los grandes ataques de los elementos, como las flechas del sol, hasta las letales agujas de los insectos. Sin duda, era un sitio difícil, pero también era el destino que su madre había escogido para los dos...

Beatriz Aguirre —cuyo apellido utilizaba el misionero— era natural de Cádiz y se crio en la panadería de su familia, donde trabajó desde una edad demasiado temprana. Cuando le permitían salir un rato iba a sentarse al puerto, hasta que una mañana fue asaltada por un marinero que la violó a plena luz del día detrás de una caseta de aparejos y la dejó embarazada. Corría el año 1859. El niño, al que llamó Javier, nació rodeado de harina y de vergüenza, y fue creciendo entre las cuatro paredes del obrador sin apenas ver la luz del sol mientras su madre se reducía en peso y en ánimo. Pero un cliente comentó de pasada que estaba a punto de partir una expedición con el primer grupo de colonos dispuestos a establecerse en Guinea y Beatriz decidió que había llegado el momento de reaccionar y amasar su propia vida.

Para cuando presentó la solicitud ante la Dirección General de Ultramar ya se había cerrado el cupo; pero, gracias a su profesión, la admitieron *in extremis* al darse de baja un panadero de Alicante. El primer centenar de colonos partió en la nave Ferrolana. Beatriz viajó en la que zarpó después, una urca llamada Santa María en la que, aparte de los militares al mando del brigadier que ocuparía el cargo de nuevo gobernador general, había quince carpinteros, trece labradores, ocho albañiles, nueve canteros, tres herreros,

dos pintores y un hojalatero, muchos de ellos con sus mujeres e hijos a los que, como a Javier, también embarcaron en aquella aventura.

Bordearon el continente superando todo tipo de calamidades, pero ninguna tan devastadora como las fiebres y precariedades que les recibieron al llegar. Pronto descubrieron lo difícil que iba a resultarles conseguir víveres frescos, dado que los comerciantes ingleses preferían vendérselos a quienes les pagaran con su propia moneda; y, por mucho que, pasado el tiempo, el padre Aguirre recordase con cariño la casa verde, lo cierto era que, al igual que las del resto de colonos, no pasaba de ser un cubículo de madera mal aislado con techo de bambú, tan pequeño que apenas cabían amontonados ellos dos y sus exiguas posesiones.

Un par de meses después, había tantas solicitudes de regreso a la Península que, para frenar la estampida, el gobernador puso como condición la devolución de los tres mil reales con los que habían primado a cada uno por acudir a la colonia. Beatriz, que dada su delgadez y escasas defensas había enfermado al poco de llegar, se arrodilló desesperada a los pies del secretario de la casa gobierno y le dijo que para entonces ya se los había gastado en los medicamentos que dispensaban en la botica; y tan mal debieron verla que decidieron dejar sin efecto la medida, tanto para ella como para el resto. Al fin y al cabo, los enfermos minaban la moral de los sanos, que a su vez se debilitaban e iban sumándose al primer grupo, por lo que, cuanto antes se fueran los desertores, mejor.

Pero cuando ya preparaban la partida, una mañana en la que le mandaron llevar unos sacos de pan al depósito de carbón piedra donde se abastecía la flota mercante y militar británica, conoció a Philip, un negro fernandino de casi dos metros de altura y ojos claros. «Me llamo Beatriz y tengo un hijo», le confesó en el primer instante, hipnotizada por aquel joven que había conseguido un puesto fijo en el almacén. Y él sonrió y le dijo en inglés que no entendía su idioma, pero que también le había hechizado desde que la vio cruzar el portón.

Sin planteárselo demasiado, Philip los acogió en su casa. Beatriz supuso que sería por unos días, pero viendo que el niño estaba contento y que ella empezaba a mejorar al tiempo que se enamoraba de aquel nativo con el cual apenas podía cambiar dos palabras, decidió dar a la colonia una segunda oportunidad. Mientras que los cincuenta pioneros que embarcaron en el buque Pontino de regreso a Cádiz parecían esqueletos andantes, a ella se la veía cada vez más lustrosa. «Cosas del amor», fue la primera frase que enseñó a decir en español a su pareja. A partir de entonces, a pesar del rechazo de parte de la

sociedad de Santa Isabel a las parejas mixtas, vivieron un tiempo de austera felicidad que, como más de una vez había temido, no iba a durar para siempre.

A medida que la presencia española en la isla aumentaba, el poderío británico se venía abajo, por lo que Philip se quedó sin trabajo y empezó a buscarse la vida con pequeños apaños no siempre legales hasta que, un día, se enteró de que los jefes indígenas habían rechazado los regalos que les había ofrecido una expedición del rácano Gobierno de Madrid. Habían echado para atrás tanto el aguardiente —que consideraban indigno al estar acostumbrados al ron americano que antes les ofrecían los colonos británicos— como doscientos kilos de tabaco —también de mucha peor calidad del que estos les venían proporcionando para tenerlos tranquilos—. Y, como sabía dónde habían guardado las cajas los españoles mientras decidían qué hacer con ellas, intentó robar unas cuantas junto a un excompañero de trabajo que, con los nervios, dejó caer una con el consiguiente ruido de cristales rotos. Solo estuvo recluido una temporada, pero, a partir de entonces, las cosas fueron de mal en peor. Pasaba borracho la mayor parte del tiempo, empezó a levantar la mano a Beatriz y al niño, y gastaba el poco dinero que tenía en comprar abalorios a la nativa que le transmitió la enfermedad venérea que se lo llevó por delante.

Ahí terminó la primera etapa de Javier en Fernando Poo. Beatriz hizo el petate y se lo llevó de vuelta a la Península en un viejo vapor tan agotado como ella. Una vez en su Cádiz natal, considerándose incapaz para criarlo por haberle fallado ya dos veces, lo confió al primer seminario que lo acogió.

—Esa fue la última vez que vi a mi madre —le contó a Ökkó, que escuchaba con el corazón en un puño desde que el claretiano derramó la primera lágrima—, cuando se despidió de mí bajo un dintel de piedra con un beso pausado en la cabeza.

Martín había dado por sentado que, tras enterarse de la muerte del farmacéutico, la reacción de Bella sería sumirse en la pena, de modo que a él le tocaría animarla y aparentar que la vida seguía con normalidad. Sin embargo, lejos de estar mustia como una flor con exceso de agua —lágrimas no habían faltado desde que Ana se presentó en la finca con la noticia—, se mostraba alerta como una planta carnívora, con las fauces abiertas al paso de un insecto. Todo, hasta el comentario más trivial, lo interpretaba como un ataque personal.

—No voy a ir —contestó cuando le preguntó si ya estaba preparada para la misa que iba a celebrarse por los fallecidos en el naufragio.

—Déjate de tonterías.

—No eres muy sensible que digamos —dijo con aire de suficiencia.

—Ni tú muy educada. Y ponte el vestido que le gusta a doña Ana.

—¡Eso sí que no!

—Bella, por favor...

—¿Por qué no puedo ir con mi ropa de siempre?

—Por eso mismo, porque es la de siempre y esta es una ocasión especial.

—A mi padre le gustaba el peto.

—A tu padre le gustabas tú, te pusieras lo que te pusieras. Pero no quería ver ni en pintura a la gruñona en la que te has convertido.

—Me he quedado sola y encima quieres que esté contenta...

—No estás sola, Bella —repuso, sin ocultar que le había dolido—. Entiendo que estas cosas necesitan tiempo y que ahora te cueste verlo, pero todos queremos lo mejor para ti, empezando por doña Ana.

—¿Por qué la llamas doña Ana? Cuando estás con ella le dices Ana. El *doña* la hace vieja y es una mujer muy guapa, aunque de esto ya te has dado cuenta.

El finquero suspiró y negó con la cabeza.

—Vístete como quieras, te espero abajo.

Dio media vuelta.

—¡Voy porque quiero, no porque me lo mandes tú! —selló, mucho más molesta porque la dejase por imposible que por los volantes de algodón.

Para cuando llegaron a la pequeña iglesia de madera casi todos los sitios estaban ocupados, pero decidieron aguardar afuera hasta que comenzasen los oficios y disfrutar de aquella brisa de las mañanas que hacía la vida soportable. La multitud no iba precisamente de luto. Más bien parecían preparados para un baile en el nuevo casino. Pero como la inauguración seguía aplazada *sine die* por los desperfectos que la tormenta ocasionó en el tejado, y a falta de otros acontecimientos sociales más animados, en algún lugar había que lucir las enaguas que el almacén de Holt no dejaba de vender. Las fernandinas, que como no podían aclararse la piel echaban mano de cualquier otra forma de parecerse a las europeas, se las colocaban sobre armazones victorianos; y lo malo no era eso, sino los colorines tan poco adecuados para un funeral que vestían por encima. Cuando llegaban remesas de telas desde Barcelona, se lanzaban siempre a por las más brillantes, a juego con los abalorios de sus tobillos.

«La civilización tiende al gris y al marrón», pensó Martín, y de inmediato se reprochó el seguir viviendo esclavo de algunos prejuicios. ¡Con la de tiempo que llevaba en la isla! En Fernando Poo el dinero estaba donde uno menos se lo imaginaba. Observó a una negra rotunda de labios tintados con carmín de cochinilla que llegaba en un transportín de ruedas tirado por dos *krumanes* liberianos. No era como en otras colonias, donde los locales no pasaban de ser una masa de parias. El gobernador sabía que era más inteligente tenerlos como colaboradores devotos que intentar apartarlos y empujarlos a la rebeldía.

Entre el gentío vio a Stefan Rogoziński, el polaco que quería comprarle la finca. Después de leer la última carta de su mujer con el recadito de su suegro, Martín había decidido agachar la cabeza y —una vez más— seguir sus indicaciones como un perro sometido a golpes. Le daba muchísima rabia porque fue el viejo quien le empujó a aquella aventura africana que ahora le obligaba a interrumpir. Fue él quien le aseguró que no tendría que preocuparse de nada y le prestó un dinero que de súbito le exigía de vuelta, obligándole a liquidar el negocio con todo desprecio al esfuerzo que había hecho para sacarlo adelante. Pero lo peor de todo era que, con ello, le obligaba a hacer algo que odiaba: mentir. Después de haberse trabajado al gobernador durante meses para que le concedieran los nuevos terrenos, ahora que ya los tenía, en lugar de explotarlos él iba a revendérselos a un tercero.

Era una jugada ruin —el gobernador, además, pensaría que este había sido su plan desde el principio—, pero no había vuelta atrás. Y es que no solo debía dinero a su suegro, sino también a un usurero de Santa Isabel. Después de la tormenta necesitó una inyección extra para salvar la finca; y ante la carencia de entidades bancarias españolas con sucursal en Fernando Poo y tras la negativa del Bank of British West Africa que sí estaba presente en la isla, pero solo fiaba a ingleses, no le quedó otra opción que contraer un crédito privado. Los intereses pactados fueron del veinte por ciento y pronto le exigirían el pago, por lo que su única salida era vender, recuperar a ser posible lo invertido y largarse de la isla con el rabo entre las piernas, pero sin deudas.

—¿Quién es ese? —le preguntó Bella, a quien no se le escapaba una, pero Martín la apartó hacia atrás con un gesto discreto y esperó a Rogoziński con la mejor de sus sonrisas.

—Siempre es un placer verle, señor Quesada. Lástima que esta vez sea en unas circunstancias tan tristes.

Era un joven muy refinado, de nariz trazada con tiralíneas, cejas de curvatura suave y piel delicada. Parecía mentira que, bajo su ropa blanca impecable, sobre la que llamaba la atención la faja burdeos en la que escondía un cuchillito curvo, anidase un león con tanto camino andado. Era el vivo ejemplo de los exploradores que se dejaban caer por Fernando Poo para instalar allí su campo base antes de saltar al continente. Oficial de la Armada, miembro de la Sociedad Geográfica de París y del Club africano de Nápoles, siendo muy joven ya había surcado mares y escalado picos que no estaban en los mapas. Pero aún tenía pendiente su gran empresa: crear una patria libre polaca en algún área de costa no ocupada entre Liberia y Camerún que acogiera a sus compatriotas emigrantes. Había gastado buena parte de su herencia de familia acomodada en comprar el barco que le condujo hasta Santa Isabel y que le serviría para buscar el enclave de su nuevo edén, pero antes de partir de expedición necesitaba emprender algún negocio que le permitiera llenar de nuevo las arcas, y nada mejor que una finca de cacao en aquella tierra tan fértil.

—Necesito más tiempo —le susurró Martín al oído antes de que el otro abordase el asunto.

Rogoziński asintió despacio y dijo, mirando al infinito:

—Empiezo a tener prisa. Y, aunque me gusta la localización de su propiedad, dispongo de otra opción que también me seduce.

—Si diciendo eso busca bajar el precio, le aseguro que no va por buen camino. Sé bien que nuestro acuerdo es muy favorable para usted.

—Y para usted.

—En otro caso no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

Martín pensó que debía dejarse de sutilezas con el gobernador. Esa misma tarde iría a verlo para que le diera los papeles de una vez.

—Dos días máximo.

El polaco asintió complacido.

—Quedemos pasado mañana a esta misma hora en este mismo lugar. Seguro que estará mucho más tranquilo.

—Yo estoy muy tranquilo —se defendió.

—Salta a la vista que no es así. Pero en cualquier caso me refería a la iglesia.

El polaco se alejó.

Bella se estiró el vestido hacia abajo —estaba creciendo por días— y miró a Martín con un gesto extraño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el finquero.

—¿Es el hombre al que se refería la carta?

—¿Qué carta?

—La que te envió tu mujer.

—¿Por qué lees mi correspondencia?

—¿Por qué la dejas dentro de los libros?

—No digas nada de esto a nadie. ¡A nadie! —remarcó intentando no alzar la voz.

—¿Qué es eso que no tiene que decir? —preguntó alguien desde otro ángulo.

Se giró con apuro.

—¡Ana! ¡Doña Ana! —corrigió—. No la había visto llegar.

El corazón se le aceleró como a un adolescente. Con ella venía su voluptuosa criada, con gotitas de sudor en los pómulos y la frente.

—¡Paciencia! —exclamó Bella mientras la abrazaba con fuerza.

—¡Mi reina, cómo te echamos de menos!

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Ana a Bella, anhelando una muestra de afecto igual de espontánea.

Esta se encogió de hombros.

—No es un día fácil —salió al paso Martín.

—No lo es para nadie —contestó ella un tanto cortante, y elevó la vista al campanario que pronto comenzaría su lúgubre cadencia—. El gobernador no puede permitirse seguir celebrando funerales. Os necesita a todos para sacar la colonia adelante.

¿A qué venía hablarle de su marido a la primera de cambio? ¿Y aquel tono distante? Sin duda estaba molesta porque la hubiera rechazado en su última visita a la finca... Y eso que no tenía ni idea de que iba a hacerle la cama al gobernador con el asunto de la concesión. Habría sido mucho más fácil besarla, pensó; y al momento: «¿Seguro que es esto lo que quiero, convertirme en un farsante?». De pronto, la idea de renunciar al sueño por el que tanto estaba luchando para sacar un dinero fácil y regresar a Soria para dar vueltas por la plaza con una corbata nueva le pareció tan banal que sintió un estremecimiento. Y otra revelación: ¿De verdad acababa de calificar a su negocio como un *sueño*?

Bella vio a Serrano, que se acercaba con su pequeño primate al hombro.

—¡Mira qué bonita es! —exclamó.

Algunos asistentes se giraron con cara de gravedad, algo que le importaba bastante poco. El secretario y su sobrepeso tampoco llevaban mal los cuchicheos.

—¿Te apetece cogerla?

Asintió con los ojos tan abiertos como los de la mascota. Pero de entre la gente surgió Rufo.

—Con quien le gusta estar a Diana es conmigo —fanfarroneó.

Y sin dar tiempo a que su dueño objetase, se estiró hacia adelante y agarró con brusquedad al gálago, que emitió un chillido de bebé cuando le dobló una pata.

—¡Trátala con cuidado, hombre! —saltó Martín, pero lo que hizo el chaval fue aprisionarla con más fuerza para que no se la quitaran.

Serrano hizo de tripas corazón para no importunar a la mujer de su jefe. Como ya era la segunda vez que se veía en esas, se juró que no volvería a dejársela y saludó con gratitud silenciosa al finquero, el único que había recriminado a ese bruto.

—¿Has visto a mi marido? —le preguntó Ana, esquivando el conflicto.

—A primera hora se ha reunido con el prefecto —contestó el secretario.

—¿Ya se han arreglado?

—Más o menos. ¿Ha mirado dentro?

No quería buscarlo delante de todo el mundo.

—Como le guardan un sitio, no suele darse prisa en llegar; y hoy tenía varios asuntos que atender. O al menos de eso se quejaba esta mañana —remarcó de forma inquisitiva a Serrano, que no era lo que se dice un trabajador muy dinámico. Lo que le mandaban hacer lo hacía, pero de ahí a mover un dedo por iniciativa propia...

—Como usted ha dicho, es una pena despedir a tanta gente notable —se escabulló este—, comenzando por el padre de esta criatura. Y qué pérdida para la nación. Entre el pasaje también estaba Garayar, el empresario de Santander.

—El gobernador mencionó que tenía intención de lanzarse al negocio de la madera en Río Muni —comentó Martín.

—Si usted se anima en su lugar, yo le ayudaría con los trámites —se ofreció Serrano con ilusión—. Los franceses ya están talando en Gabón.

—Creo que le sería más rentable concentrarse en su negocio de aquí en lugar de ir picoteando —saltó Ana, de nuevo arisca.

Al secretario no le pasó desapercibida la puya.

—Y hablando del continente —apuntó—, nos han confirmado que vuelve Manuel Iradier. Qué gran hombre.

—¿Lo conoce? —preguntó Martín. El gobernador ya había hablado de él la noche de la tormenta.

Serrano asintió, orgulloso de que nadie en Santa Isabel hubiera acumulado ni un diez por ciento de sus vivencias. Explicó que, en su viaje anterior, a Iradier lo acompañaron su esposa y su cuñada, las cuales se quedaron a cargo de la base de operaciones en el islote de Elobey desde el que partían las expediciones a Río Muni.

Bella, que había permanecido ausente, saltó:

—¿Hablan del amigo de mi padre?

—¿Qué quieres decir con amigo?

—¡De Vitoria! Cuando yo era pequeña andaban siempre juntos, los dos estaban en la asociación La Exploradora que fundó Manuel, y a mí me encantaba ir a jugar allí con ellos. Su hijita murió —recordó con pena.

—Fue aquí, por las fiebres —confirmó Serrano.

A Bella se le ensombreció el rostro. Como para honrar el recuerdo, las campanas irrumpieron en la conversación.

—He leído alguno de sus artículos sobre antropología —comentó Ana—. Es un ilustrado, pero sobre todo lo admiro porque se jugó la vida por un fin superior. El mundo sigue girando gracias a gente de su talla.

Martín habría dado cualquier cosa porque dijera algo así de él.

—Es una lástima que no se le esté tratando como merece —dijo Serrano.

—¿A qué se refiere? —saltó la Ana institucional.

—A que ha necesitado una década para montar esta nueva expedición.

—Cuando alguien tiene un porqué, siempre encuentra el cómo —sentenció Ana mirando a Martín.

Serrano vio a Rufo despistado y aprovechó para recuperar su mascota. Ana se despidió con un gesto amable y empujó a su hijo hacia el interior de la iglesia. El finquero la retuvo cogiéndola del brazo. Aquella se aseguró de que nadie se había percatado.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

Él necesitaba demostrarle que, a pesar de su indecisión, seguía tan interesado en ella como el primer día. Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el pañuelo que Ana le había prestado la mañana después de la tormenta, planchado y limpias las gotas de sangre.

—Solo quería devolvértelo.

—¿Piensas que lloro tanto como para necesitarlo? —Al ver que Martín se quedaba de piedra, para aflojar un poco se acercó a su oído y susurró—: Ya me lo darás. Aún tenemos pendiente comentar algún libro.

Se introdujo entre los asistentes que atestaban la iglesia.

Martín, aún impactado, pasó el brazo por los hombros de Bella y también entró a buscar un hueco donde pudieran estar de pie.

El padre Aguirre subió detrás del prefecto para acompañarle en el rito. A pesar de ser él quien había vivido el horror en primera persona, desprendía una energía mucho más cálida que su superior. Se había peinado el pelo largo hacia atrás, de forma que ya no parecía un Jesucristo caído de la cruz.

Bella se fijó en el gesto tenue que el misionero dedicó a un muchacho bubi que se acurrucaba en un rincón. Todo está bien, parecía decirle. Desde la distancia, y en la penumbra del templo, le llamaron la atención sus grandes ojos negros. La ropa que vestía no era de su talla, pensó con empatía. Observaba el altar con curiosidad. De perfil, la punta redondeada de su nariz resultaba adorable.

Era extraño, no podía dejar de mirarlo.

Una vez iniciado el rito, Rufo se levantó de la primera fila para subir al púlpito y ocuparse de la lectura. Al pasar junto al chico bubi, se acordó del asunto del balón y le lanzó una mirada de desprecio. Una vez arriba, abrió el antiguo Testamento por la página señalada con la cinta de tela y leyó unos párrafos del Libro de la Sabiduría que hablaban de los justos que mueren prematuramente, pero hallan descanso.

—La edad venerable no consiste en tener larga vida ni se mide por el número de años —resonaba su voz en la iglesia—. Las verdaderas canas del hombre son la prudencia; y la edad avanzada se mide por una vida *inchatable* —se equivocó. Leyó de nuevo la palabra antes de volver a probar—. *Inchachable* —volvió a trabársele la lengua.

A Bella, que ya había vertido alguna lágrima al reconocer a su padre en aquellos versículos, le entró la risa. Al principio solo un poco, de forma controlable. Pero cuanto más trataba de que no se le notara, más risa le entraba y más lloraba. No podía mantener los labios pegados.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Martín.

«Nada», fue a contestar, pero al abrir la boca dejó salir una carcajada que se extendió por toda la nave. Estaba tan nerviosa que no podía parar.

La gente empezó a girarse. Rufo levantó la vista antes de retomar la lectura, pero su propia vida era tan poco intachable que no terminaba de pronunciar bien la palabra.

—Cumplió la voluntad de Dios, y Dios lo amó. Vivía entre pecadores y Dios se lo llevó —terminó apresurado, saltándose la parte anterior.

Ante la paradoja de un dios que se llevaba a quien menos se lo merecía, el ataque de llanto y risa de Bella se descontroló por completo. Los asistentes comenzaron a hablar entre sí como si el oficio hubiera terminado. Rufo, encendido como una antorcha al creerse el foco de la histeria de la muchacha, regresó a su asiento a través de la nube de murmullos con la cabeza gacha.

Echando mano de una vieja leyenda del lugar sobre la locura, un feligrés se refirió a Bella como «la Florecida».

Al momento, varios cuchicheaban acerca del mote.

La propia Bella los escuchó al salir del templo. Ya en el carro, le preguntó a Martín qué significaba.

El finquero, haciendo como si no la hubiera oído, le preguntó a cambio:

—¿Qué es eso de que tu padre y el explorador eran tan amigos?

Vitoria

1873 (once años antes)

Manuel Iradier repasaba con atención el mapa de Álava desplegado sobre la mesa entre frascos, libros e instrumentos de disección de animales. Junto a él estaba su amigo Alfredo Gonzalbo, en aquel entonces un farmacéutico que trataba de abrirse camino en la ciudad, algo mayor que él, pero con la misma pasión por la naturaleza. Esperaban al resto de compañeros de La Exploradora, la asociación que Iradier había fundado y tenía su sede en aquella sala cedida por el director del Instituto de Segunda Enseñanza. Por el momento se dedicaban a recorrer las ruinas, sierras y grutas de su provincia. Esto satisfacía a sus socios, incluido Alfredo, que aprovechaba para recolectar plantas extrañas y componer su herbario. Pero Iradier tenía miras más amplias: hundir sus botas más allá de toda frontera conocida.

—Bellita, no toques eso —pidió Alfredo a su hija, a quien había llevado consigo a la reunión porque la madre andaba en una visita médica.

A la niña, que acababa de cumplir dos años, le fascinaba estar allí. Todo brillaba, hasta los minerales parecían estar vivos; y, como no era la primera vez que daba sus pasitos entre aquellos mostradores, empezaba a acostumbrarse a los elementos más repulsivos.

—¿Qué es eso?

—Un feto de pajarito en formol —contestó Iradier—. Nos sirve para estudiar cómo el embrión se desarrolla dentro del huevo.

La idea de que una mocosa anduviera por allí no le habría hecho ninguna gracia sobre el papel, pero Bella lo tenía conquistado. Le gustaba hablarle como si fuera una adulta.

Lanzó una mirada al reloj que había dejado sobre una caja de fósiles sin clasificar.

—Si es que nunca vienen a la hora...

—No gruñas, que solo son y cinco —dijo Alfredo, recostándose sobre una silla con los ojos cerrados. De fondo, las voces del Orfeón Alavés se templaban para el ensayo—. Si fueras padre, verías lo bien que sientan estos minutos de regalo.

—¿Sigue durmiendo poco?

—Ya ves que está preciosa, pero es una *cansacuerpos*, no para quieta ni un minuto. Mi mujer va a dar en loca, le he tenido que preparar un remedio porque ella tampoco concilia el sueño.

Iradier volvió a mirar el reloj. Aunque Alfredo no le diese importancia, aquella falta de seriedad de sus socios le quitaba las ganas de iniciar con ellos cualquier aventura que implicase pasar más de un día fuera de la ciudad. Aunque, pensándolo bien, esa eventualidad no iba a darse jamás. Puede que les gustase la montaña, pero ninguno tenía los arrojos para embarcarse con él hacia lo desconocido.

Alguien abrió la puerta. Otro alumno que quería curiosear en aquel pequeño templo de la ciencia. Su popularidad corría como la espuma entre los foros intelectuales y él lo sabía, así que lo saludó con despreocupación y se concentró en unos textos académicos de Filosofía y Letras que apenas abría antes de los exámenes para licenciarse mientras entregaba su vida a lo que realmente valía la pena.

—Quería saber cómo puedo apuntarme —dijo desde la puerta el recién llegado, que se presentó como Gil. Ya lo habían visto alguna vez por allí, era el hijo del recepcionista del Hotel Pallarés.

—Saldremos el domingo a las seis desde la escalinata, basta con que estés allí puntual —contestó Alfredo, refiriéndose a una excursión popular que el director del centro les había obligado a organizar.

—Me refiero a apuntarme a La Exploradora. Quiero formar parte de vuestra asociación.

Entonces sí, Iradier lo observó con detenimiento. Aquel chaval no parecía de los que fueran a lanzarse al barro a capturar un bicho de un color extraño, pero él mismo tampoco tenía pinta de forzudo de circo y, sin embargo, nada se le ponía por delante: ni los animales disecados que guardaba en el desván, ni la soporífera burocracia con la que venía lidiando para buscar financiación desde que, con catorce años, dio su primera conferencia naturalista. Además, todo nuevo fichaje sumaba a su causa, por lo que se levantó para darle la mano.

—Bienvenido.

—¿Así de fácil?

—Bueno, a partir de ahora tendrás que hacer de niñera —bromeó Alfredo. Bella se giró hacia él y puso cara de no parecerle mal del todo.

—De momento, no faltes a la próxima asamblea —advirtió Manuel.

Como no sabía bien qué hacer, Gil se cuadró ante Iradier, que en aquel momento vestía uniforme. Había sido movilizado por los liberales para combatir a los carlistas y, aunque nunca había librado una batalla, sus galones de sargento le obligaban a estar disponible.

—¡Descanse! —ordenó Alfredo, aguantando la risa—. Ahora te apunto en un papel todo lo que necesito para formalizar tu ingreso.

—De momento, considera lo que ves a tu alrededor como una fuente de inspiración para el gran camino que vas a emprender con nosotros —completó Iradier con tono épico.

Lo que más inspiraba a muchos chavales que, como Gil, se sumaban a La Exploradora, era aquella fuerza que irradiaba su presidente, que siendo apenas un poco mayor que ellos ya se había marcado él solito una charla entera en el Ateneo sobre los aspectos atmosféricos de los viajes de exploración. Su discurso arrastraba sin echar mano de ornamentos innecesarios, con un estilo tan natural como su amor por lo vivo.

—A decir verdad, no pensaba encontrarle aquí —confesó Gil con un tono más cercano, mientras observaba las baldas repletas de botes y trataba de adivinar lo que habría en las cajoneras.

—Pues te aseguro que paso media vida en esta sala.

—Lo sé. Pero con lo de Stanley...

Con solo escuchar ese nombre, el cuerpo de Iradier sufrió una convulsión.

—¿El explorador? ¿Qué pasa con él? —le urgió, volviéndose hacia Alfredo para ver si sabía algo, de pronto enfadado por sentirse fuera de una conversación que debía estar manejando él mismo.

—Que ha venido esta mañana.

—¿De qué demonios hablas? ¿Quién te ha dicho esa memez?

—Mi padre. Se ha registrado en el hotel.

Iradier respiró hondo. Sorprendido. Confundido. Sabía que Stanley pasó años atrás por España como corresponsal del *New York Herald*, pero hacía tiempo que se dedicaba a recorrer desiertos asiáticos y las profundas selvas de África. Había sido cronista en Abisinia y cruzado el Imperio otomano. Se había encontrado con el doctor Livingston en el confín del mundo. Era un dios. ¿Qué pintaba en Vitoria?

—Seguro que no es él —intervino Alfredo.

—Está preparando un artículo sobre la República —afirmó Gil con seguridad—, mañana saldrá hacia el frente.

Manuel metió un plano doblado en el interior de su camisola y salió disparado, dejando el resto de sus cosas esparcidas sobre la mesa.

—¡Espera! —le gritó Alfredo.

Bella hizo unos pucheros, asustada.

Aquel se giró agarrado al marco de la puerta.

—¡No te preocupes, Bellita, que no pasa nada! Y tú, Alfredo, ocúpate por favor de la reunión. O, mejor, en cuanto vengan los demás, cuéntales lo que pasa, suspendedla y nos vemos en un rato en el Pallarés. Yo voy hacia allá.

Atravesó el patio del instituto y corrió como nunca lo había hecho hasta la esquina de la calle Postas. Se detuvo frente al portón del hotel, inclinado hacia adelante con las manos en jarras. Mientras recuperaba el resuello, levantó la vista hacia los miradores de madera por si veía al británico entre las cortinillas. Se dio cuenta de que estaba sudando a mares, pero eso no lo frenó para entrar y preguntar por el padre de Gil.

—No puedo dar información sobre un cliente —se plantó este.

—Así que es verdad...

De otra forma habría negado el hecho mismo de la visita.

—Ni verdad ni mentira. Y ahora ve marchando de aquí, que tengo que trabajar.

—Entiendo su discreción profesional. Pero si lo sabe su hijo, ¿por qué no puedo saberlo yo? Somos miembros de la misma asociación.

—¡No se estará metiendo en política!

—No es eso...

—¡Cuando vuelva a casa se va a enterar ese...!

Bajó la voz al ver que entraba un nuevo huésped. Agobiado, hizo un gesto despectivo para que Iradier se apartara. Este aprovechó para echar un vistazo a las zonas comunes: las escaleras, un rincón equipado con un orejero y un par de sillas con reposabrazos... Nadie. Recordó que el establecimiento también era popular por su comedor. Localizó el cartel dorado. Tan pronto se asomó para ver que allí tampoco había un alma, el botones lo agarró del brazo y tiró de él hacia la calle.

Le hervía la sangre. Miró su reloj. Si Stanley no estaba comiendo en el hotel, ¿hacia dónde habría enfilado? Seguro que alguien tan aguerrido como él querría experimentar los sabores más extremos de las tabernas que se repartían por las callejuelas alrededor de la catedral.

Echó de nuevo a correr sin dejar de pensar que tenía a su ídolo al alcance de la mano. Cuando pasó junto al comercio de Domingo Urquiola, padre de su prometida, esta salió y tuvo que llamarlo a voces para que se detuviera.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Ni siquiera te has asomado para ver si estaba!

—Lo siento —se disculpó, pensando en continuar la búsqueda.

—Estás sudando —cambió ella a un tono preocupado, colocándole bien los cuellos de la camisa.

—Vuelve dentro y luego te cuento, he de irme.

—Dime por favor que no te han llamado a filas...

Enternecido, Manuel le contó una versión corta de lo ocurrido que la dejó con la boca abierta. Isabel era hermana de otro de los fundadores de La Exploradora y siempre había sentido el deseo de ver mundo. En su casa la consideraban una niña que se había encaprichado con un asunto de hombres, pero Manuel la miraba con otros ojos. Se afanaba en que aprendiese a leer mapas y a practicar mediciones con distintos instrumentos científicos utilizados en el campo de la botánica, la geografía, la meteorología... Isabel, enamorada hasta las trancas, solo pensaba en que llegase el día en que ambos partieran hacia el África misteriosa. ¿Quién decía que no estaba en su mano resolver, antes incluso que ese resabiado de Stanley, el curso del río Congo hasta el mar, el último gran misterio de la exploración?

Manuel la besó. Lo hizo más discretamente de lo que le pedía el cuerpo, por estar en plena calle y porque, maldita sea, no tenía tiempo.

—Después de tanta travesía por el mundo, le apetecerá ir a un café elegante —sugirió ella.

Tenía lógica, pero ¿a cuál? Vitoria era conocida como la Atenas del norte por sus innumerables tertulias. Se asomaron a dos de ellas antes de cruzar la Plaza Nueva hacia el Café de la Paz, donde poco antes había nacido el Círculo Vitoriano. Echaron un primer vistazo a través del cristal y se apretaron la mano con fuerza. Sentado en la mesa del fondo, llamaba la atención un caballero que vestía una chaqueta poco convencional, de poca solapa y abrochada casi hasta arriba, con bigote poblado y los ojos un tanto achinados, como si siempre estuvieran mirando más allá.

No había duda, tenía que ser él.

Manuel fue hacia la puerta, pero Isabel no se movió.

—¿No entras? —le preguntó, con el pomo en la mano.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Es tu sueño.

—Tú también lo eres —le dijo, y ella pensó que eran las palabras más bellas que habían salido de su boca.

Se lanzó hacia dentro con una entrañable convicción y lo saludó con cortesía.

Era increíble que no le temblase la voz.

Stanley repasó con la mirada el uniforme del chico.

—¿Y quién se supone que eres tú? —le preguntó en un correcto español que había aprendido años atrás, mientras cubría la caída de la reina Isabel.

—Antes que ninguna otra cosa, su máximo admirador.

Stanley escuchó con atención la presentación de todos los méritos del joven, que culminó con la creación en ciernes de una biblioteca de viajes de la cual era presidente, secretario y tesorero, y en la que, por supuesto, había libros del explorador.

—¿Qué edad tienes?

—La suficiente para partir cuando antes.

El olfato periodístico de Stanley divisó una historia que merecía la pena y pidió otro café acompañado de un pastel de almendras bañadas en yema tostada. Iradier, que apenas podía tragar su propia saliva por la emoción, rechazó la invitación de unirse al postre, pero siguió hablando como si se conocieran de toda la vida. En unos minutos le había contado todas las hazañas de La Exploradora, desde los primeros paseos por la provincia, hasta su gran proyecto de exploración de África, un periplo de doce mil kilómetros que, partiendo de Ciudad del Cabo hacia el norte, hasta el río Zambeze, alcanzaría los grandes lagos, ya fueran reales o imaginados, y culminaría en Trípoli tras cruzar el Sáhara.

—Grandioso, pero realizable —murmuró Stanley.

—Sé que es complicado, pero desde que presenté la idea he hecho muchos ajustes...

Sacó el plano que traía doblado en el interior de la camisa, lo abrió sobre la mesa y se volcó en nuevas explicaciones que el galés atendía con interés genuino. Este incluso cogió su lápiz y dibujó unas líneas donde, a su entender, estarían situadas algunas maravillas que jamás habían visto ojos europeos. Para el vitoriano, aquellos trazos de grafito convertían el papel en una pieza de museo; pero, sobre todo, le permitían desplegar unas alas que, hasta entonces, nunca se habían mostrado en todo su esplendor.

—¿Qué cree usted que me haría falta para empezar?

—Dos cosas importantes: dinero y dinero.

—He calculado el gasto en veinte mil duros.

—Podría ser suficiente, teniendo en cuenta que te ocuparás de todo lo referente a organización del viaje. Pero ¿de dónde piensas sacar esa cantidad? ¿O es que ya cuentas con ella?

—Confío en que el Gobierno de España me provea de fondos.

—¿En mitad de una guerra? ¿Y viendo cómo se han puesto las cosas en Cuba?

—Se darán cuenta de la magnitud de mi empresa y del prestigio que puede suponer. Solo necesito terminar de pulir unos cuantos detalles para...

El británico levantó las manos pidiendo calma. No porque le molestase la pasión arrolladora del joven, sino porque había algo que desde hacía un rato le rondaba la cabeza y necesitaba afinar.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

Incluso parecieron apagarse el resto de voces del café.

Iradier se giró hacia la entrada, buscando el rostro de Isabel a través del cristal.

El tintineo de una cucharilla contra el plato restalló en un extremo y Stanley cogió aire.

—Donde tienes que viajar es a Guinea.

El joven aspirante a explorador se quedó sin palabras...

Al menos durante unos segundos.

—No crea que no lo he pensado alguna vez —repuso por fin—. Pero cualquier viaje a esa isla de clima infernal está condenado al fracaso. Barco que va para allá, barco que vuelve con la mitad de la tripulación enferma y la otra mitad enterrada.

—No te digo que te quedes a vivir en Fernando Poo. Tan solo que la uses como punto de partida para explorar el área continental que también pertenece a España, y en la que ningún blanco ha puesto un pie. Tu país posee la parte más fértil del golfo. Tiene riquezas naturales que la convierten en una de las zonas más valiosas del mundo entero...

—Y siguiendo de oeste a este, podría llegar hasta los grandes lagos, o incluso hasta el Índico —fue animándose el joven vitoriano.

—Y tanto que podrías, pero hazme caso y ve paso a paso. Carece de sentido que este país vuestro, que ha dado inmensos exploradores como Cortés, Pizarro o Elcano, no se haya interesado nunca por vuestra bellísima Guinea. —De pronto hablaba con indignación, como si fuera un problema suyo—. Pon la bandera de tu Gobierno donde tiene que estar y, una vez culminada esa tarea, estará más que justificado que les pidas dinero para cualquier otra expedición que se te ocurra.

Iradier permaneció pensativo. Le excitaba la estrategia, sin duda acertadísima. Primero ponerse al servicio de España y luego pedir. Además, como sugería el británico, seguro que encontraría maravillas inesperadas por el camino.

Caviló un poco más, pensando en el coste de esta aventura.

—Supondría unas veinte mil pesetas —cifró enseguida. Aun siendo cinco veces más barata que el gran viaje que tenía inicialmente planeado, seguía necesitando un mecenas, como Stanley había puesto de forma despiadada sobre la mesa de mármol del café—. Lástima que aquí no tengamos instituciones públicas que financien las expediciones. En su país juegan con ventaja.

—Ya...

—¡No me entienda mal, no quiero quitarle ni una pizca de mérito! —Iradier vio que se estaba liando, pero solo quedaba huir hacia delante—. Es que se me llevan los demonios al pensar que, no solo Inglaterra, sino cualquier otro estado con intereses en África tiene su sociedad geográfica. Y, con ella, un motor económico para los que nos jugamos la vida en la selva.

Stanley soltó una carcajada.

Ahora sí que se le había ido la mano. Tienes dos orejas para escuchar y una boca para callar, solía decirle su abuela; y él hacía siempre todo lo contrario: bla, bla, bla, bla, bla... El inglés se excusó secándose los ojos con la servilleta de hilo.

—No me río de ti. O bueno, sí que lo hago, pero con afecto. Me resulta enternecedor que alguien tan joven hable como si ya hubiera estado en el barro.

—No quería dármelas de nada...

—No tengo inconveniente en conversar contigo de hombre a hombre, sé que es tu corazón el que habla. Y también sé que en este mundo se conseguirían muchas más cosas si a todos les latiera con tanta fuerza. Pero no solo se trata de las sociedades geográficas, tampoco habéis tenido compañías comerciales que hayan querido arriesgarse. Y, si no hay negocio, no hay presencia militar para protegerlo. ¡Una goleta, eso es todo lo que habéis mandado a Guinea! ¿Qué manera es esa de preservar la soberanía? Si te sirve de algo la opinión de alguien como yo, que os conozco bien aunque sigo viéndoos con perspectiva de forastero, en este país lo hacéis todo a base de arrojós. Me descubro ante vosotros como individuos, pero aún tenéis mucho que aprender como sociedad.

—Abrir factorías en los nuevos territorios puede ser un gran negocio o una ruina inmediata —se defendió Iradier, sacando su orgullo patrio—, por no hablar de los que pierden la vida. Pero no le quito razón. Nos están ganando la partida y no nos damos cuenta.

Stanley se introdujo el último trozo de pastel en la boca, sorbió lo que quedaba de café y sentenció:

—Por eso tienes que darte prisa. Hacen falta personas como tú que marquen el camino.

El explorador más famoso del planeta se levantó despacio de su silla del Café de la Paz y se despidió de forma escueta. Según mencionó, tenía reservado un caballo para llegar a la columna de los carlistas en el Norte.

El joven Iradier, de pie junto a la mesa, todavía no se creía lo que acababa de vivir. Deslizó los ojos por el plano sobre el que su ídolo había trazado nuevas líneas entre ríos conocidos y espacios en blanco.

Había llegado el día que llevaba esperando toda su vida.

Tres meses después del funeral

La vida en la misión era todo menos rutinaria. Ökkó apenas traspasaba los límites del complejo, en el que estaba sometido a un ritmo frenético: trabajaba en las labores de construcción, atendía a las clases y, después, seguía estudiando un español cuyas erres pronunciaba con un extraño acento que hacía reír a los misioneros. A todos sorprendía la velocidad a la que progresaba el chaval, cuyo carácter también había cambiado. Comunicarse en el nuevo idioma parecía ser su forma de huir de una vida anterior que nunca mencionaba. Ni falta que hacía, por otra parte. Ahora era un miembro más de la congregación claretiana, ya para siempre. Amén.

—¿Otra vez garbanzos para cenar? —se quejó al hermano Cadarso, al que ayudaba a preparar el comedor.

El renegar de la comida era solo una parte del juego que se traía con el misionero, al que le encantaba hacer rabiar.

—Pues ve a pescar y comeremos algo fresco —le contestó este.

—El padre Aguirre no me deja meterme en el mar.

—Te cuida como si fueras una muñequita de porcelana. Anda, coge una galleta y no me calientes la cabeza, que en nada llegarán todos.

Ökkó la mordisqueó despacio. Se lo merecía, después de haber limpiado a conciencia las nuevas mesas que habían construido para el goteo de internos que se incorporaban a la misión. Los había de diversas edades, aunque la mayoría estaba entre la pubertad y la adolescencia. El saberse el protegido del padre Aguirre, sin duda el cura más popular, también subía su autoestima y le hacía estar de mejor humor.

El padre Cadarso se dirigió a un bubi escuálido recién llegado que aguardaba sentado en una esquina:

—Acércame ese trapo.

El novato lo miró sin entender.

—Ya lo cojo yo —se ofreció Ökkó.

—¡No! —le detuvo el prefecto, que entraba en ese momento, y le repitió la orden al niño nuevo con profunda fe.

Aquel seguía paralizado sin saber qué hacer.

Ökkó se vio a sí mismo en situaciones parecidas unos meses antes y no se resistió a traducirle lo que le pedían. Al niño se le iluminó la cara, cogió el trapo y se lo ofreció al misionero con el mismo cuidado que pondría si fuese la Sábana Santa.

—¿Por qué has hecho eso? —reprendió el prefecto a Ökkó.

—El niño no le entendía.

—Y ahora tampoco me entenderá la siguiente vez que se lo diga.

Un hermano coadjutor que estaba picando verduras dejó el cuchillo al notar que el ambiente también se podía cortar.

—Solo quería ayudar.

—Pues la forma de ayudarnos a todos es hacer lo que te digo cuando te lo digo.

—Lo siento.

—En lugar de pedir perdón tantas veces, podrías no actuar como un salvaje que hace lo que le viene en gana. —Ökkó agachó la cabeza—. Hemos venido para convertirlos en buenos católicos y, a la par, en buenos españoles útiles a la madre patria. Y si no nos obedecéis, no lograremos ni una cosa ni la otra. ¿Ha quedado claro?

A decir verdad, había bastantes palabras que se le escapaban, pero asintió.

—¿Veis este catecismo escrito en bubi? —El prefecto mostró a sus compañeros un libro que traía consigo—. Acabamos de traducirlo para acompañar a estos críos en sus primeros pasos hacia la fe verdadera. Pero en el día a día no se hablará otra cosa que español, ¿estamos?

El sermón respondía a la ola imperialista que marcaba los tiempos. Durante doscientos años, el papado había dispuesto que las misiones propagaran la fe sin imponer la lengua de los misioneros, sirviéndose de la persuasión y del esfuerzo de estos para aprender la del lugar. Pero el nuevo papa, León XIII, había dado un giro a esa política. Las misiones católicas eran misiones de Estado. Cristianizar era españolizar, y para ello todo el mundo tenía que aprender a hablar como Cervantes.

El padre Aguirre, que así mismo había entrado en el comedor, se unió a la conversación.

—No es lo mismo pedir un trapo que impartir una clase —dijo con su habitual naturalidad, generando el mismo efecto que cuando abres una

ventana en una mañana fría y soleada.

—¿Cómo dices?

—Que en ocasiones hay que ceder un poco.

El prefecto le sostuvo la mirada con la tensión de un recluso que defiende su escueto territorio. La relación con el misionero seguía estando en el filo. De hecho, si acababa de reprender a Ökkó con tanta severidad por una reacción espontánea, debía reconocerlo, en el fondo era para fastidiar al claretiano.

—¿Sabes qué ocurre en Filipinas? —le preguntó.

—No he tenido la fortuna de conocer el lugar —contestó el padre Aguirre.

—Llevamos tres siglos en esas islas y solo hemos castellanizado a un puñado de mercachifles que nos hacen de traductores para negociar. ¿Y qué pasa? Pues que el grueso de los nativos no se siente parte de España, y no se les puede culpar. ¿Cómo van a sentirse parte de algo cuyo nombre no saben pronunciar? La única forma de alejar a los bubis de sus cultos de brujos y conseguir la profunda transformación que nos hemos fijado como meta es aguantar el tirón inicial hasta que entiendan el castellano.

—Perseverancia, ese es nuestro desafío —concedió el padre Cadarso, a quien le gustaba tener contento al prefecto para que no le tocara las narices más de lo necesario. Y se dirigió a Ökkó para seguir relajando el ambiente—: ¿Sabes lo que decía san Ignacio de Antioquía mientras era conducido por el desierto de Siria para ser ejecutado en Roma? Mantenerse firmes, como el yunque al ser golpeado.

—Ese es el secreto —retomó el prefecto, complacido—. Y, si no, fijaos en los protestantes británicos que han venido dominando esta isla, o en los espiritanos franceses que ocupan Gabón. ¿Cómo creéis que lo han conseguido? ¡Llevando sus lenguas como bandera! Pues tened claro que nosotros no vamos a ser menos. El Ministerio de Ultramar nos paga para lograr una presencia real española en estos territorios. Presencia, española, real —repitió, remarcando cada palabra—. No vamos a quedarnos a medias como la Compañía de Jesús, que antes de salir disparada de vuelta a casa lo único que hizo fue montar una escuelita de primaria en la que nunca hubo más de doce alumnos que a duras penas aprendían un poco de aritmética y canto.

—No todo ha de medirse en términos de cantidad —opinó el padre Aguirre—, por algo tuvieron que empezar.

—¡Por supuesto que es una cuestión de cantidad! —estalló el prefecto—. Estamos aquí gracias a los números, comenzando por la cifra que percibimos

cada año del Gobierno. No podemos limitarnos a cantar misa para que, con suerte, un puñado de feligreses vengan a comulgar cuando tengan un enfermo en casa, buscando que les hagamos una visita. Y por supuesto que está en mis planes seguir atendiendo a los europeos católicos en todo lo que precisen, pero, sobre todo, hemos de concentrarnos en aquellos que todavía no son ni europeos ni católicos.

El padre Aguirre señaló una mesa y le preguntó a Ökkó:

—¿Cómo se llama eso de ahí?

—¿Esta mancha de comida?

—Efectivamente, es una mancha. Y si sabes nombrarla en español, también puedes limpiarla. Así que coge el trapo del padre Cadarso y frota un poco, que te toca dar ejemplo a los nuevos.

«Siempre tiene una salida ocurrente», rabió el prefecto. Quién tuviera ese poderío. Tal vez fuera el pelo. Cualquiera día le obligaría a cortárselo, a ver si el efecto Sansón le bajaba un poco los humos.

En ese momento, uno de los pupilos veteranos entró en el comedor gritando.

—¡Venid rápido!

—¿Qué ocurre?

—¡*Rúppé, Rúppé!*

El padre Aguirre lo entendió de inmediato. Aquel era el nombre de la energía primigenia, la fuerza que movía el mundo, también denominada «el Creador» por analogía con el dios de los misioneros, y siempre representada por llamas vivas que se estiraban hacia el cielo.

El prefecto se giró con cara de angustia hacia el padre Aguirre.

—Fuego —confirmó este.

—¿Dónde?

—¡En la tienda del cónsul portugués! —gritó el bubi.

Corrieron hacia un pequeño edificio pegado a la misión. Para cuando llegaron, muchos alumnos se habían congregado allí con cuidado de no cruzar una línea imaginaria. El ver arder una construcción vecina les revelaba su propia fragilidad. Algunos hacían el ademán de lanzarse a ayudar, pero pronto reculaban. El sudor afluía por cada poro. Las vigas que soportaban el tejado comenzaban a quebrarse, por lo que los operarios del almacén desistieron entre toses de intentar salvar algo más. Parecía que todo iba a quedar ahí, pero entonces cambió la brisa y los dedos naranjas de aquel infierno apuntaron hacia la valla de la misión y, por encima de esta, a los dormitorios de los alumnos. El prefecto se aproximó paso a paso. Las pestañas se le

chamuscaron. El padre Aguirre le gritó que tuviera cuidado, pero aquel caminaba ciego, sin concebir que pudiera venirse abajo algo que acababan de levantar. Siguió avanzando, como si al colocarse en medio pudiera hacer de cortafuegos, se apoyó en la pared del barracón y soltó un alarido al quemarse la mano con la pintura derretida. El calor era demencial. Los hermanos le suplicaban que diera marcha atrás, pero él siguió adelante mientras les pedía que rogasen al cielo encapotado que descargase. Entretanto cogió un caldero lleno de agua de los albañiles. Apenas lanzó el contenido de forma estéril a través de los rezos y la ceniza, unos sacos de algún producto inflamable prendieron en el interior del almacén y encontraron una vía de escape en la ventana que abría a ese lado de la casa.

Comenzó a gritar al ver que su barba y sus hábitos ardían.

Se abrasaba vivo.

En esos instantes en los que todos se paralizaron por el horror, Ökkó salió disparado hacia él. El fuego siempre había estado presente en su vida y podía mirarlo de tú a tú sin inmutarse. En los rituales que su madre oficiaba en la aldea, era él quien lo alimentaba con aceite y nueces de palmiste para conectar con los espíritus de las más altas esferas a través del humo, y tenía grabado en la memoria cómo la falda ceremonial de paja de una mujer que se acercó demasiado prendió, pero no fue a más porque Urí la hizo rodar por el suelo de arena. El padre Aguirre salió detrás, pero Ökkó ya se había metido en la boca del dragón. Empujó al prefecto al suelo, lo hizo rodar como había aprendido, se quitó su camisola y cubrió la cabeza del misionero para apagar cualquier resquicio de fuego en el cabello. A continuación se estiró hacia el montón de arena que tenían preparada para la construcción y le arrojó encima cuanto pudo, ayudado por el padre Aguirre que ya se había unido. Entre los dos arrastraron al prefecto lo bastante lejos para que el aire no quemase por dentro y se dejaron caer al suelo para recuperar la respiración.

Como si entendiera que los miembros de la misión habían superado la prueba, la brisa volvió a cambiar de dirección, aunque las llamas no terminaron de extinguirse hasta que la tienda del cónsul portugués quedó tan calcinada como la moral de los pioneros.

El prefecto tiritaba por el dolor de las quemaduras.

Miró a Ökkó sin decir nada. El padre Aguirre trajo una camilla para conducirlo al hospital y el joven bubi los acompañó. Habría querido rematar la faena haciendo de porteador, pero las manos le escocían. Las abría y cerraba de forma automática. Tenía zonas enrojecidas en los brazos y en el pecho, pero se sentía poderoso.

Un rato después estaban los tres sentados en la enfermería, entre las prisas de los médicos y los lamentos de los pacientes que abarrotaban las salas. Muchos llevaban allí dentro más tiempo del que habían pasado fuera; y, a pesar del empeño y los cuidados del personal médico, algunos jamás volverían a respirar hondo entre palmeras con el pico Basilé a la espalda. Aquellas paredes eran la antesala de un precario ataúd olvidado en la tierra negra.

Pasado el susto, y al ver el panorama que tenía alrededor, el prefecto sacó fuerzas y determinación para valerse por sí solo. Mientras un sanitario de infantería de Marina le aplicaba unos emplastos, habló por fin.

—¿Es ese tu verdadero nombre? ¿Ökkó?

—Sí —contestó sin dar más explicaciones.

—Significa Búho —intervino el padre Aguirre.

—No es un nombre cristiano, tendremos que arreglar eso cuando te bauticemos.

—¿Va a bautizarme?

El prefecto tragó saliva por una punzada de dolor y dijo:

—A ti y a todos. De momento he de darte las gracias; has sido muy valiente.

—Cualquiera lo habría hecho. —Y, después de pensarlo un segundo, añadió—: No somos nada sin el otro. Si este da un paso en falso y yo no lo sostengo, caigo con él.

—¿Qué es eso? —pareció molestarle.

—Supongo que un proverbio de su tribu, ¿no es así? —salió al paso el padre Aguirre. El chico asintió—. Conoce muchos.

—La falsa humildad no hace bien ni al que habla ni al que escucha —le devolvió como pudo la pelota el prefecto—. Y lo que dices no es cierto, porque nadie más que tú se movió, aunque no se les pueda culpar porque la situación era difícil. Por eso tu iniciativa me llena de esperanza. —Ökkó pensó que nadie nunca le había dicho algo parecido—. Más aún si pienso en que actuaste así a pesar de que no pertenezco a tu etnia.

—También me salvó a mí arriesgando su propia vida —volvió a intervenir raudo el padre Aguirre, esta vez para evitar que profundizase en las diferencias—. Fue en el camino hacia aquí, cuando estuve a punto de caer por un barranco al rodear el pico Basilé. —Y se volvió hacia Ökkó—. Puedes estar orgulloso, hijo. No hay nada más honroso que entregarse a un fin superior a uno mismo.

El prefecto se preguntó si habría o no sorna en aquellas palabras. ¿Había dicho «superior» refiriéndose a la grandeza de la vida, o echándole en cara que los misioneros estaban por encima de aquellos cuyas almas colonizaban? Pero observó la escena como si fuera un espectador ajeno, los tres sentados en camastros como soldados heridos en una guerra común, y decidió con cierto apuro que había llegado el momento de dejar de mostrarse ofendido con cada cosa que saliera de la boca de su misionero.

—¿Por qué dejaste tu parroquia para regresar a este lugar? —le preguntó —. Me han dicho que en la Península vivías como un rey.

—De eso se trataba. De empezar a vivir como un mendigo para acercarme más a Cristo.

—Tampoco estamos tan mal aquí. Tenemos comida, cama y techo, el calor de la congregación... Y, lo que es aún mejor, una misión que cumplir.

El padre Aguirre miró a su alrededor.

—Pero cada mañana mendigamos un día más de vida.

Se levantaron para irse, llevando consigo aquella imagen que preferirían no haber visto. El hospital estaba abarrotado de enfermos y ni tan siquiera se sabía si sus males eran o no contagiosos. Los que tenían fiebres caían como moscas, mientras otros se descomponían —textualmente, su piel y entrañas— azotados por otras dolencias con las que compartían síntomas y dificultaban el diagnóstico. Acababan de publicarse los trabajos de un médico militar francés que, desde su puesto en Argelia, había observado parásitos dentro de los glóbulos rojos de quienes sufrían las calenturas más extremas. Por fin se había atisbado una explicación para aquella lacra, pero de ahí a saber cómo podían curarlas...

Cuando salieron, vieron que se acercaba un grupo nutrido de bubis.

—Braceros —comentó el padre Aguirre al ver que Ökkó no les quitaba ojo—. Los traen para hacerles un examen antes de llevarlos a las fincas.

Acababan de llegar a Santa Isabel en un barco que se mecía en el puerto tras haber pasado semanas haciendo escalas alrededor de la isla. El capitán les gritó y soltó tres o cuatro collejas para que avanzasen sin desperdigarse. Como resultaba tan complicado conseguir trabajadores en Fernando Poo y le pagaban cuantiosas comisiones por cada uno, al haber dinero de por medio se creía en el derecho de tratarlos con el mismo desprecio que si la esclavitud no hubiera sido abolida.

A mitad de la columna de recién llegados, el prefecto y el padre Aguirre vieron al padre Navajas y a su hermano coadjutor, dos compañeros de la primera remesa de la congregación claretiana que se habían sumado a aquella

expedición para, aprovechando las visitas a las aldeas de los reclutadores de braceros, captar a niños y adolescentes para la misión. Se acercaron a saludarlos de forma efusiva, con grata sorpresa porque no los esperaban de vuelta tan pronto y porque parecía no haberles ido mal, a juzgar por el grupito de chavales que les seguía.

Ökkó se detuvo a observarlos. Le habría gustado decirles que allí estarían bien. Se fijó en que algunos iban casi desnudos. El que aquello le llamase la atención, cuando él mismo había caminado toda su vida con un simple taparrabos, quería decir que la moral cerrada de los claretianos estaba causando un profundo efecto. Andar por la ciudad como Dios los trajo al mundo estaba tan prohibido como la idolatría o la poligamia.

Entonces escuchó una voz conocida que llegaba desde el final de la fila.

—¡Ökkó, eres tú!

—¡Yiiii! —siguió otro chillido cercano.

Entornó los ojos.

—¡Tötyí! ¡Epa'á!

Corrieron a abrazarse. Se separó un instante para confirmar que eran ellos y volvió a apretarse contra sus cuerpos huesudos, a pasar la mano por la gran nariz de uno y las orejas de soplillo del otro, a sentir el olor de la aldea en su pelo rizado.

Al mismo tiempo, en Finca Esperanza, Bella y Martín estaban sentados en el porche durante la parada de los braceros para comer. Con el paso de los meses, su relación había mejorado mucho más de lo esperado. La muchacha lo consideraba una suerte de tío al que podía recurrir. Hasta le hacía caso cuando le obligaba a estudiar algo que no fueran los tratados de botánica de su padre, los cuales seguía devorando durante horas. En realidad, si abría los libros de aritmética o álgebra, era porque le gustaba que se sentase a su lado para explicarle lo que no entendía. En ocasiones todavía detectaba en el finquero reacciones esquivas que le hacían sentirse una carga, pero sabía que se debían a las dificultades que, como en su día leyó en la carta de su mujer, se estarían comiendo sus reservas, las de ánimo y las de su exiguo metálico.

—El día del funeral no me dijiste por qué uno me puso el mote de la Florecida —comentó Bella.

Martín sonrió y se inclinó hacia delante para coger un habano que la noche anterior había dejado a medias en el cenicero. Él también se sentía bien en su compañía. Cuidar de ella le ayudaba a sobrellevar el estar lejos de su propia hija; y la muchacha se dejaba querer sin plantar cara al futuro. Serrano les había anunciado que el papeleo para declarar fallecido a su padre aún tardaría un tiempo, por lo que, de momento, no había nada que les impidiera compartir aquella suerte de limbo.

—¿Por qué me sales a estas alturas con eso?

—Porque el que trajo ayer los sacos del almacén me dijo que me llama así toda la colonia. Le pregunté qué significaba, pero se echó a reír con esa boca en la que faltan la mitad de los dientes.

—Conste que yo tampoco lo sabía, me lo tuvo que explicar Paciencia.

—¿Me lo vas a contar o no?

Martín prendió el cigarro y dio una calada larga mientras pensaba en cómo empezar.

—En una aldea cercana vivía una joven que no podía tener hijos. Una noche llamó a su puerta una anciana que le pidió algo de comer y, al entrar, percibió algo extraño en la casa. La joven le explicó que faltaba el jolgorio de los niños y la anciana le dijo que tenía un brebaje con el que pronto se quedaría embarazada. El problema era que aquel remedio tenía un efecto secundario: después de dar a luz, florecería la locura. Pero la joven no se lo pensó y lo bebió de un trago.

—¿Y qué pasó?

—Un año después, la anciana regresó a visitarla y la joven, que había parido una niña, le dio las gracias mil veces. Y, lo que era aún mejor, lo había conseguido sin que floreciera la locura. La anciana le explicó entonces que pronto descubriría que las madres sufren por sus hijos y, a la vez, son mucho más felices de lo que podrían haber imaginado, les riñen, abrazan, castigan y cantan, se hartan de ellos y les gritan y los besan y aman más que a ellas mismas. ¿Acaso, le preguntó, desde que fuiste madre no pasas el día llorando y riendo al mismo tiempo? ¡Por supuesto que la locura ha florecido en ti!

Bella sonrió, recordando el ataque de risa nerviosa que sufrió en la iglesia mientras lloraba por el recuerdo de su padre.

—Así que todos creen que estoy loca.

—Yo también lo creo.

—¡Oye!

—Esa historia dice que cuando florece la vida, florece la locura. Pero esto también opera al revés. Tú gozas de ese tipo de locura que hace florecer los sueños. Hace falta tener la cabeza un poco perdida para entregarte en cuerpo y alma a lo que amas, como tú haces con las plantas, sin importarte ser diferente, ni lo que pensarán los demás. A la gente le dan miedo aquellos que se salen de la norma, por eso tratan de llevarte siempre por carriles marcados.

—Lo aprendí de mi padre —confirmó ella, pensativa.

—Es la forma de llegar lejos, créeme.

Se dio cuenta de que también hablaba de sí mismo. Gracias al tiempo que compartía con Bella, quien, a pesar de su juventud, le inspiraba por su capacidad para seguir adelante por muy cuesta arriba que se le pusiera la vida, muchas cosas estaban cambiando. Le gustaba mirarse al espejo y ver sin prejuicios al viajero, al pionero, descubrir esa persona nueva que le atraía mucho más que la antigua, que se caía y se levantaba con la barbilla bien alta, que estaba lleno de grietas, pero también de ganas de repararlas. Y ese brillo interior le hacía brillar aún más por fuera. Por primera vez en su vida no necesitaba hacerse notar, y, justamente por ello, la gente lo miraba de otra

forma, le escuchaba con atención genuina, no solo para pasar el rato arrastrados por su calculada sonrisa, sino realmente interesados en conocer su opinión sobre las cosas. Incluso empezaba a sentirse preparado para encontrarse con su hija y, antes de estrecharla en sus brazos, decirle: «Este sí que soy yo».

Bella sacó del bolsillo una flor naranja que había recogido del suelo y la hizo girar desde el tallo con sus dedos índice y pulgar.

—Tú también estás un poco florecido.

—Yo estoy loco, loco —suspiró, reclinándose en el butacón de mimbre. Dio otra calada, exhaló el humo hacia el techo del corredor y sintió que podía hablar con ella como si fuera una amiga. Se lo debía—. ¿Te acuerdas del polaco Rogoziński, con el que me encontré el día del funeral?

—El del cuchillito curvo en el cinto.

—Ese mismo. Estaba en negociaciones para venderle esta finca y las nuevas tierras que conseguí del gobernador, pero al final decidí no hacerlo. Ni a él ni a nadie. Me di cuenta de que debía seguir explotándolas con la misma entrega que venía derrochando desde que llegué a esta isla. Sé que no va a ser fácil, pero también sé que es mi camino. Y si al final no me lleva a ningún lado, al menos no me reprocharé el no haber perseguido con todas mis fuerzas algo en lo que creo de verdad. Si no caminamos hacia aquello que amamos, y hablo de amar cualquier sentido, ¿para qué hemos venido aquí?

Al decirlo en voz alta experimentó la misma sensación de bienestar que si hubiera inspirado fuerte en lo alto de una montaña nevada. Había cogido el timón de su vida para que nadie más lo hiciera por él. De momento, había llegado a un acuerdo con el usurero. Le pagaría unos intereses aún mayores de los ya desorbitados que aquel le impuso al prestarle el dinero para reparar los destrozos de la tormenta, pero se los abonaría en especie, con la primera recolección.

—Yo creo que hiciste bien —dijo ella muy seria—. Eres un buen finquero.

Aquello lo enterneció.

—A mi mujer y a mi suegro no les parecerá tan bien cuando se enteren. De hecho, en este momento ya estarán calculando cuánto habré sacado de la operación y hasta habrán organizado un baile para mi vuelta. En fin... Solo ruego que mi hija no piense que la he abandonado y también me odie. Le he dado mil vueltas y quiero creer que, aunque me rompa el alma estirar el tiempo que estoy pasando lejos de ella, la forma de estar a la altura de mi

condición de padre es ser honesto conmigo mismo, seguir construyendo lo que he iniciado y dejar un legado que merezca la pena.

Tras aquella confidencia, la espiral de inspiración mutua también removió algo dentro de la muchacha.

Miró a un lado, al otro, y se sintió parte de aquel lugar. De pronto, no era solo una invitada. Fue a decirle que quería quedarse, que por favor no la echara jamás, que los dos estarían bien juntos.

Justo cuando tomaba aire, una carreta se adentró en la finca.

Era Ana, por primera vez sin Paciencia.

Martín saltó de la silla como un resorte y se lanzó escaleras abajo para recibirla.

—¿Cómo es que vienes sola? —preguntó el finquero mientras sujetaba los correajes del caballo y le ofrecía la mano para que se apease.

Ella se limitó a sonreír.

Bella se acercó a la balaustrada esperando un saludo efusivo de Ana, a la que también venía abriéndose con renovada confianza. Pero esta empezó a hablar con Martín en voz baja como si fueran ellos los adolescentes. Cuchicheaba y soltaba risitas sin dedicarle una simple mirada. De hecho, ni se había dado cuenta de que estaba allí. De nuevo invisible para la mujer del gobernador que la echó de su casa. Estuvo tentada de soltar un grito para llamar su atención, pero no quiso rebajarse. Decepcionada, se alejó por el corredor hacia la trasera de la casa.

Al igual que el día que recibió la noticia del fallecimiento de su padre, caminó por la finca hacia el cercado y, una vez fuera, atravesó parajes entre plantas conocidas y otras muchas que parecían salidas de la imaginación de extravagantes artistas. Un buen rato después llegó al monte que le gustaba al farmacéutico, le echó arrojos y subió hasta la poza natural en cuya agua helada se sumergió de nuevo para separarse del mundo.

Después del remojón se tumbó al sol, mirando al cielo. A su lado, en un tronco, respiraba pausadamente un camaleón de tres cuernos. Ella también querría tener defensas de carne dura adheridas al cráneo, como una deidad antigua, para que nadie se atreviera a hacerle daño. Se incorporó y, mientras se vestía, se fijó en la choza semioculta entre malangas que ya advirtió la primera vez que estuvo allí.

Volvió a chocarle que estuviera tan apartada. Desde luego no pertenecía a la finca; y no parecía que hubiera una aldea en las proximidades.

Se acercó con reserva.

No vio a nadie.

Algo le decía que diera media vuelta, pero llegó hasta la pared y apoyó la oreja en las tablas.

No escuchaba ningún movimiento en el interior, tal vez porque el ruido del torrente y de las hojas movidas por el viento era demasiado fuerte. La choza no tenía ventanas. Al estilo de los bubis, el tejado en vertiente bajaba casi hasta el suelo. La rodeó para introducirse por debajo y buscar el hueco de la puerta. Lo que no faltaban eran moscas que volaban en todas las direcciones.

Se asomó.

Habría dado todo, hasta su alma, por no haberlo hecho.

Permaneció unos segundos pegada, como si de tanto mirar pudiera cambiar lo que había dentro, y corrió despavorida de vuelta a la finca. Las ramas le golpeaban la cara al no haber un sendero cierto y tener que abrirse paso entre la maleza, pero ni siquiera sentía los rasponazos. Se detuvo en un recodo del torrente para pensar en qué momento debía abandonar su curso. En aquellas circunstancias no quería dar un rodeo, ni mucho menos perderse...

Entonces le pareció ver entre la espesura la silueta de alguien que subía.

Fue a llamarlo para pedir ayuda, pero un instinto primario le cosió la boca al tiempo que un escalofrío le recorría de arriba abajo. En su mente resonaba una única palabra:

«Ocúltate».

Miró a ambos lados buscando dónde hacerlo hasta saber de quién se trataba. Probó a ir hacia aquí, hacia allá, pero o bien se exponía más, o el ramaje era demasiado tupido y no podía penetrar. Solo le quedaba volver sobre sus pasos hacia arriba, pero allí estaba la choza. Trató de localizar de nuevo a la sombra. ¿Dónde estaba? Permaneció congelada, sin respirar, todos los músculos en tensión...

Y notó un golpe brutal en la parte de atrás de la cabeza.

Cayó al suelo. Era como si le hubieran quebrado el cráneo con una piedra. Mareada por el susto y el dolor terrible, comenzó a llamar a gritos a Martín. El atacante la sujetó por detrás con una mano y con la otra le tapó la boca, aunque a la distancia de la finca a la que se encontraban nadie podía oírlos. Bella le mordió un dedo y trató de zafarse, pero aquel reaccionó con rapidez y le atizó de nuevo con todas sus fuerzas.

A partir de entonces, todo fue negrura.

Un rato antes, al poco de llegar, Ana había entrado con Martín en la casa. Tras el desplante que le hizo el día que estuvieron a punto de besarse en aquel mismo salón, durante unas semanas lo estuvo evitando, pero al final se dio cuenta de que le atraía demasiado como para pasar página. Se sentía deseada por un hombre interesante, por primera vez en mucho tiempo protagonista de una obra en la que solían relegarla a papeles de reparto. En sus siguientes visitas se había dedicado a charlar con Bella sin apenas dirigirse a él, lo cual surtió efecto porque empezó a mostrarse ansioso, consciente de que había dejado pasar una oportunidad de oro. Y poco a poco, para que no se desesperase hasta el punto de abandonar, fue abriéndole pequeñas puertas a la esperanza. Con el juego del club de lectura lo tenía fácil. En todos los libros había algún pasaje sobre pasiones desenfrenadas a los que hacía alusión de forma cada vez más insinuante. La semana anterior, hasta le cogió la mano al entregarle un nuevo volumen.

—¿Qué tal va todo por la ciudad? —preguntó él.

—Me estoy planteando empezar a trabajar —contestó Ana muy digna.

—¿Trabajar?

—¿No me crees capaz? Tengo un hijo que me odia y un marido que, a su manera, me idolatra y al que no sé corresponder. Algo tendré que hacer.

«Estoy frustrada, de repente veo que no sirvo para nada», habría concluido, pero entonces también debería haber revelado que estaba allí en buena parte para solapar ese sentimiento.

—Me parece muy bien, es solo que me has cogido de sorpresa. ¿Qué te gustaría hacer?

—El prefecto ha confirmado que pronto se incorporarán a la misión las madres concepcionistas. —Él hizo un gesto de no saber—. Son un grupo de religiosas de la congregación Misioneras de la Inmaculada Concepción que aceptaron la invitación de los claretianos para montar el internado de niñas y el Ministerio de Ultramar les ha confiado oficialmente la educación de la mujer en Fernando Poo. He pensado en pedirles que me dejen dar algunas clases.

Martín fue a buscar una botella de escocés y dos vasos que sirvió sin preguntar.

—¿Lo has hecho antes? Nunca me habías hablado de ello.

—Porque no es muy interesante. Nací en una pequeña ciudad de provincias y estaba destinada a llevar una vida tranquila de maestra de escuela.

—A mí me interesa.

—De niña ayudaba a mis hermanas con las tareas, daba igual que tuvieran que hacer sumas con decimales o cantar las conjugaciones más complejas de verbos que escuchaba por primera vez, me salía de forma intuitiva. Y entonces llamó a mi puerta aquel joven tan serio que había sido mi vecino hasta que se fue a una guerra de la que volvió condecorado, con su uniforme impecable y la promesa de que, en colonias, hacían falta maestras. Y yo me lo creí.

—¿Te enamoraste de él? —preguntó Martín sin tapujos. Aquella seguridad... Estaba claro que no era la misma persona de hacía unos meses.

—Más bien me conquistó.

—Las bubis tendrán mucha suerte de tenerte en clase —compensó él con acierto.

—¿Lo dices en serio? Mi marido está convencido de que, para meter en vereda a los niños de la selva, lo más efectivo es golpearlos con la regla. Creo que soy demasiado blanda —dijo, pensando en su propio hijo.

Martín se acercó, pasó una mano por detrás de su cabeza e introdujo los dedos en su pelo, rompiéndole el recogido.

—Yo creo que eres perfecta.

Como un pez arrojado fuera del agua, ella dio un último coletazo:

—¿Te crees que en mis destinos no he conocido a hombres como tú?

—¿Te sientes culpable ya antes de empezar?

—Esto empezó hace mucho, Martín. Si me generase algún conflicto, no estaría aquí. Pero se suponía que amar debía ser algo sencillo. —Sintió como él se estremecía, a un paso como estaban sus bocas—. ¿Qué ocurre?

—Nada, todo está bien.

—Ha sido esa palabra, ¿verdad? Amar... No te preocupes, era una forma de hablar.

—Me preocupa lo contrario, que sigamos adelante y que luego descubra que no sientes lo mismo que yo. —Ella fue a decir algo, pero se detuvo. Notaban el aire caliente de sus espiraciones—. Y tienes razón en que no es sencillo vivir a escondidas. Si quieres que pare, dímelo ahora.

—Una cosa es que sea la mujer del gobernador y otra, que no sea capaz de gobernar mi propia vida. Pero cuando estoy contigo pierdo el Norte.

Entonces sí, se lanzó a besarla de forma apasionada.

Un rato después, alcanzaban el clímax en la cama sencilla del dormitorio principal. Los vasos sobre la mesilla, la ropa en el suelo con los últimos reparos. Estallaron en un gemido único. Él le apretó los pechos por fin suyos, ella le hincó las uñas en los hombros y en el cuello.

Martín se tumbó mirando al techo.

Todo se estaba. Incluso el viento se había detenido.

Una gota de sudor se deslizó desde la sien por la patilla recortada con tiralíneas.

—Me siento como si, por una vez, todos los malditos problemas pudieran esperar hasta dentro de un rato.

—Alguno te rondará la cabeza —dijo ella.

—No ahora, créeme. Por estar aquí pago un precio muy alto, pero en esta vida que he escogido también estás tú y no la cambiaría por ninguna otra.

Ana le dedicó un gesto cariñoso que se esfumó cuando se fijó en la cortinilla de la ventana que movía el viento y se percató de que cualquiera podría haberlos oído.

—¿Nos estamos arriesgando demasiado? —preguntó, más para sí misma.

—No lo sé, pero ahora ya no puedes dejar de venir. Todavía tendrás algún libro que nos falte comentar.

—Tengo una pequeña colección con unas tapas de piel preciosas.

—No quiero que se te estropeen por mí.

—Ya que los he transportado de aquí para allá en un baúl que pesa un quintal, al menos saquémosles partido. Nada dura para siempre, así que aprovecha lo que te ha sido concedido mientras tengas oportunidad.

Martín no podía creer que estuviera desnuda entre sus brazos.

—¿Qué me va a ser concedido esta vez?

—Anda, calla...

Se fundieron en un beso profundo mientras sus manos seguían conociendo el cuerpo del otro. Las espaldas, arqueadas cuando volvían a rozar el sexo, ahora a flor de piel. Las piernas suaves de ella se erizaban al paso de los dedos que se deslizaban desde la cadera hasta sujetarla por detrás de las rodillas, donde se acumulaban gotas de sudor por el calor y la excitación que prendía de nuevo. Cuando ya casi no podían respirar, Ana se apartó y miró a la ventana.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Ahí hay alguien —dijo apagando la voz.

Se tapó con pudor los pechos con la sábana.

Martín saltó de la cama y fue a asomarse.

—Tal vez haya sido un mono. O alguno de los braceros. O alguien que me buscaba y, al ver la casa cerrada, la ha rodeado.

Ana se volcó hacia el suelo buscando su ropa interior.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Qué quieres que haga? —Siguió clavado, tratando de detectar el más mínimo movimiento—. ¿Y si ha sido Bella?

Ana hundió el rostro en sus manos.

—Ni siquiera la he saludado al llegar...

Cuando Bella despertó todo seguía siendo oscuridad. Una venda le tapaba los ojos. Las manos atadas a la espalda, enlazadas con la soga que a su vez le inmovilizaba los pies. Estaba tirada en el interior de la choza. Olió la carne muerta. Era el mono que había visto al asomarse, que colgaba de un tronco del techo atado por las muñecas sobre la cabeza. Tenía cortes por el cuerpo en los que se saciaban los insectos. Los gases de la descomposición expulsaban fluidos a través de la boca, de la nariz y del ano. Sintió una arcada sin saber siquiera que a su alrededor había más animales muertos, otro primate con los miembros mutilados y dos roedores de gran tamaño abiertos en canal como si les fueran a practicar una autopsia. Gritó con toda su alma, pero ni Martín, ni Ana, ni ninguno de los braceros que cumplían su jornada bajo el sol a un monte de distancia podían oírla.

Al regresar del hospital a la misión, Ökkó no terminaba de procesar que sus amigos Tötyí y Epa'á estuvieran a su lado. Habría visto más creíble que los pequeños tótems de madera que guardaba bajo el camastro hubiesen cobrado vida. Le parecían más bajitos que cuando se fue, a buen seguro porque él había crecido. Resultaba entrañable verlos tan lejos de casa pero juntos como la noche del naufragio, cuando se cogían de la mano con cada trueno.

Observaban sus ropas con extrañeza. El pantalón ancho, la camisola agujereada por las llamas, que había vuelto a ponerse mientras le conseguían otra.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Tötyí, comportándose como si se hubieran visto el día anterior y lo único nuevo fueran las quemaduras.

—Sois vosotros los que tenéis que contarme. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Vivir en la misión contigo! Desde el naufragio, muchos blancos han visitado la aldea.

—Primero los soldados y luego los misioneros —completó Epa'á. Se quitaban la palabra de tanta excitación.

—Quieren bubis para trabajar, pero nosotros hemos venido a aprender.

—¡Sí, a aprender!

—Aquí también se trabaja —les desengañó Ökkó—. ¿Y qué habríais hecho si no me hubierais encontrado? ¿En ningún momento os planteasteis que podría haber muerto por el camino?

Tötyí y Epa'á se miraron y negaron con la cabeza. Ökkó pensó en lo que habló con el padre Aguirre acerca de las diferencias de su pueblo con los españoles, que pasaban el día corriendo preocupados por muchas cosas que, en su mayor parte, nunca llegarían a ocurrir. Tal vez se estaba asemejando demasiado a ellos.

—Nada ha vuelto a ser igual desde que te fuiste —reveló Tötyí—. Momokobo estaba obsesionado con liquidar a los supervivientes y se enfrentó al *botuku*. Han tenido algunas discusiones que daban miedo.

—Tampoco quería que viniéramos a trabajar a la ciudad —intervino Epa'á.

—¿Os escapasteis?

—A mi madre no le importaba, ya tenía bastante con alimentar a los pequeños.

—Ribobò nos dijo que, si salíamos de la aldea, jamás podríamos volver —lamentó Tötyí—. ¿Crees que es verdad?

—Lo que yo creo es que Ribobò no debería amenazar a sus amigos.

—Ya no somos sus amigos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se pasa el día con su padre.

Las cuentas pendientes se abrían paso por las rendijas del muro que Ökkó había levantado y revoloteaban como insectos alrededor de una vela. A Tötyí no se le escapó la expresión que se estampó en su rostro.

—¿No quieres saber cómo está tu madre? —le preguntó.

Ökkó levantó la mano y apartó la cabeza hacia un lado, sabiendo que cualquier respuesta escocería mucho más que las rojeces del fuego. Llevaba un tiempo pensando que Urí actuó como lo hizo por alguna razón.

Caminaron hacia el comedor. Por el patio había niños de diversas edades. Algunos correteaban resueltos, como si llevaran allá toda la vida. Otros se apartaban a los rincones con la misma expresión de angustia que tendrían si acabaran de arrojarlos a una penitenciaría, que es donde muchos se sentían cuando los misioneros ponían rejas a su tradición.

—Parece que se lo pasan muy bien —observó Tötyí.

—Eso es porque están en el descanso.

—¿Y tú?

—A mí me han dado permiso para ocuparme de vuestra llegada.

—¿Tendremos que trabajar hoy?

—Ya sabes lo que dice el *botuku* de nuestra aldea sobre los huéspedes —se adelantó Epa'á—: el primer día se les ofrece pollo; el segundo día, pescado; y el tercer día, una azada para ayudar.

—Así es —sonrió Ökkó. El viejo proverbio reflejaba cómo fue su llegada.

Les explicó que los internos se levantaban a las cinco y media de la mañana y se dirigían como sonámbulos a la iglesia, donde recibían la santa misa. Una vez bendecidos, cogían sus herramientas y comenzaban a trabajar. Algunos ayudaban a construir los edificios de la misión, mientras que otros desmontaban terrenos para las fincas que se disponían a explotar los claretianos. A las ocho, los más jóvenes dejaban estas labores para acudir a la

escuela hasta las doce menos cuarto, cuando volvían a juntarse con el resto para recibir una oración rápida y comer.

—Lo malo —añadió— es que, si después queréis descansar un rato, tenéis que masticar rápido porque a la una suena la campana.

—¿Más trabajo? —exclamó Epa'á, incapaz de entender la mitad de las cosas que tenían que hacer y el concepto mismo de tener un horario marcado.

—Los mayores sí, hasta las seis. Los estudiantes volvemos a la escuela hasta las cuatro y luego nos unimos. Esas dos últimas horas sudando al sol no nos las quita nadie.

—Y ya se acaba, ¿no? —rogó Tötyí.

—A las seis y media comienza el Santo Rosario.

No podían creerlo. ¿Qué era eso? Les hacían correr como antílopes, acostumbrados como estaban a que sus vidas discurrieran al compás del sol y las nubes.

—¿Y cenar?

—A las ocho. Luego, ya sí, a dormir.

—¿Cómo puedes decirlo tan tranquilo? ¿Cuándo exploramos, cuándo vamos al mar, cuándo hacemos nuestras cosas?

—Estamos aquí para aprender, vosotros mismos lo habéis dicho. Esto es lo que nos toca ahora.

No era una frase hecha. Ökkó sabía que para terminar de cortar la cadena que le unía a su aldea no era suficiente con haber cruzado la isla sin caer en el intento; necesitaba valerse por sí mismo, disponer de nuevas armas mucho más poderosas que un arco y flechas de palo. El padre Aguirre conseguía lo que quería sin hablar, tan solo mirando. Él ansiaba ese poder.

Sus amigos bajaron la cabeza al unísono. El panorama que les acababa de pintar hizo que aflorara el cansancio, y la emoción inicial se desinfló de súbito.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

Y se lanzaron a abrazarlo.

El padre Aguirre, que cruzaba el patio con otros misioneros, se salió del grupo para acercarse a ellos.

—Se ve que os echabais de menos.

Ökkó los presentó y siguieron caminando juntos hacia el comedor. Allí esperaba el prefecto, tullido pero recuperado del susto. Los claretianos intercambiaron saludos con el padre Navajas y el hermano coadjutor que acababan de regresar de la expedición de reclutamiento, y comentaban anécdotas sobre noches al raso y cayucos que hacían agua.

—Doy gracias al cielo porque hayáis llegado sanos y salvos —celebró el prefecto.

—Y nosotros porque lo suyo haya quedado en un susto.

—A estas alturas, unas cuantas quemaduras no van a hacerme hincar la rodilla.

—Esos dos son buen ejemplo de que cualquier esfuerzo que hagamos merece la pena —dijo el padre Navajas, señalando a Tötyí y Epa'á, que se habían quedado en la puerta.

Ökkó lo tradujo a sus amigos en voz baja para que se sintieran orgullosos.

—Son el futuro —confirmó el prefecto—. ¿Cuántos habéis traído en total?

—Siete como ellos, además de los mayores.

—Esto ha de empujarnos a dar un paso más.

—¿Qué más podemos hacer? —resopló el misionero, agotado después de la travesía.

—Deberíamos crear talleres.

—Dese un respiro, padre.

Lo miró fijamente.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a que...

—No sé si recuerdas —le cortó— que cuando el Gobierno convocó a todas órdenes monásticas para escoger una que viniera a evangelizar esta isla, una tras otra fueron declinando la oferta hasta que nos llegó el turno a los discípulos de Claret. Y como en ese momento éramos unos desconocidos, a punto estuvieron de no confiar en nosotros y dejar a estas gentes sin amparo espiritual. Así que me subí al estrado y les expliqué bien clarito a esos políticos que si la cruz no precede a la espada del conquistador, podrá subyugar a cuantos esclavos quiera, pero nunca formará súbditos de provecho. Les hice entender que estos bubis, aun en estado de salvajismo, tienen inteligencia y corazón como nosotros, por lo que si los iluminamos con la antorcha de la fe y el telescopio de la razón, los tendremos, no ya físicamente, que el cuerpo de poco sirve, sino moral e intelectualmente conquistados. —Hizo una pausa—. En esta magna empresa no caben los respiros, padre.

—¿Qué tipo de talleres? —preguntó desde atrás el hermano Vilumbrales, uno de los primeros doce, de hombros estrechos y caderas anchas, que solía mantenerse al margen de las discusiones.

—Hemos de iniciar a estos jóvenes en oficios que puedan ejercer de forma profesional. Así tendrán todas las necesidades cubiertas. ¿Precisas un zapatero? Lo tienes en la puerta de al lado. ¿Un herrero? También. No necesitarán salir fuera para buscar nada.

—¿Fuera de la misión?

El prefecto dibujó una sonrisa ufana.

—Fuera de los pueblos que vamos a fundar.

Entonces sí, les explicó su gran plan: encauzar a los estudiantes en la fe, prepararlos para el trabajo en las fincas o en profesiones útiles, juntarlos en parejas monógamas con mujeres bubis del internado femenino que pronto inaugurarían y atraer a sus familias a unas comunidades católicas que se disponía a crear junto a las misiones. Cuando toda la etnia viviera en ellas, aseguró, la dependencia de los bubis con los claretianos sería tal que ya no habría vuelta atrás.

—Estoy impresionado —concedió el padre Navajas—, pero todo esto va a llevar tiempo. Hará falta traer material...

—Ando al habla con el Gobierno.

—Y si ya resulta difícil convencerlos para que vengan a estudiar, imagine lo que será hacerles ver que aquí está el futuro de sus familias. Ya sabe cuál es el sentir de muchos jefes.

El prefecto esperó con gesto de interrogante a que continuase, pero fue el padre Aguirre quien tuvo el valor de decir en voz alta lo que todos sabían:

—Piensan que les forzamos a trabajar como nunca han hecho para producir cosas que no necesitan y construir infraestructuras para España.

—Es que ellos son España —sentenció el prefecto.

—Mi padre era sastre y en casa no sobraba el dinero, así que me tocaba ayudar —dijo el padre Cadarso.

—¿Sugieres montar una sastrería? —rio el hermano Vilumbrales, agitando su cuerpo con forma de pera.

—¿Acaso no es un oficio digno?

—¿De verdad sabes hacer algo más que coser un botón?

—¿Quién crees que bordaba las casullas en Teruel?

—Sobre todo necesitamos talleres de albañilería y carpintería —les cortó el prefecto.

—Y de mecánica —se animó el padre Cadarso, a quien siempre le venía todo bien—. En la parroquia teníamos un arado de acero.

—Un taller de agricultura tampoco estaría mal —sugirió otro coadjutor—. Aunque eso pueden enseñárselo los finqueros.

—Dentro de poco tendremos preparadas nuestras propias tierras de cultivo —objetó el prefecto—, por lo que no voy a enviar a mis chicos a aprender a otras fincas para que luego no les dejen volver.

—Yo quiero montar la sastrería —insistió Cadarso—. Para hacer una buena camisa hace falta...

—Tener mucho arte... turolense —rio el padre Aguirre, y los demás se sumaron con ganas—. ¡Las delicias mudéjares han muerto, vivan los trajes del padre Cadarso!

—Pues a mí me parece bien —concluyó el prefecto, cuya arrogancia parecía haberse quemado con su barba—. Ha quedado claro que el padre Cadarso no da puntada sin hilo. —Todos volvieron a reír. Tötyí y Epa'á contemplaban la escena sin entender nada, pero dibujaron una mueca alegre para integrarse—. Y los demás ya podéis ir pensando en cuál es vuestra habilidad más notable, porque esto no tiene vuelta atrás. Me emociono solo de pensar en lo que esta misión llegará a ser.

—Bienaventurado quien nada espera, porque nunca será defraudado —cambió el tono el padre Aguirre.

—La voluntad de Dios no tiene límites —repuso el prefecto, evitando ponerse a la defensiva frente al héroe de la colonia.

Mientras tanto, en la esquina donde se habían apalancado los bubis, Ökkó se consumía como un cirio olvidado. El padre Aguirre se le acercó y le preguntó qué le ocurría, volviéndose antes hacia donde estaba el prefecto para asegurarse de que no los oía hablar en bubi.

—Y no me digas que no te pasa nada, porque ya voy conociéndote de sobra y deberías estar contento de tener aquí a tus amigos. ¿Va todo bien por la aldea?

Los tres amigos cruzaron miradas.

—Esta es mi casa ahora —contestó Ökkó.

—¿Y Urí?

—¿Por qué habría de importarme lo que le pase?

El misionero pasó la mano por el rostro mientras pensaba qué decir. Él siempre había pensado que su madre lo abandonó. Era demasiado pequeño para entender por qué lo dejó en el seminario, y por eso no trató de encontrarla cuando saltó al noviciado de los claretianos, ni le avisó de su ordenación como sacerdote. Lo primero que supo de ella, pasados los años, es que había muerto. Y desde entonces, qué paradoja y qué tortura, no dejaba de tenerla presente cada día al caer la tarde, como si ella fuera el sol que se

ocultaba dejando solo oscuridad y dudas. No podía permitir que a su pupilo le ocurriera lo mismo.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre...?

—Urí no está bien —le cortó Tötyí. Llevaba con ganas de decirlo desde que se reencontraron frente al hospital.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el misionero.

—¡Os he dicho que no me importa! —se enfadó Ökkó, tapándose los oídos.

—Momokobo va a acabar con ella.

—¿Quién es Momokobo?

—El padre de Ribobò.

—El jefe de los soldados —aclaró Epa'á—. No le permite participar en los ritos y le pega constantemente. Va a acabar matándola... si no lo ha hecho ya.

Ökkó, que seguía usando las manos como un tapón por el que sin embargo se colaba todo, soltó un grito desgarrador. Imaginó a su madre tirada en el suelo, con el cuerpo cubierto de golpes y polvo pegado a la sangre seca de los rasponazos, sometida como una cabra con una cuerda anudada en la pata. Y trepó por su árbol de las palabras buscando la que Urí colgó el día que murió su padre...

Familia.

En la aldea, cuando a un pescador se lo tragaban las olas en mitad de una tormenta, un hermano se hacía cargo de sus hijos. La palabra familia era sinónimo de solidaridad. Una sola cabeza no levanta el tejado, decían en Ureka, sabiendo que este se construye en el suelo y solo llega a su sitio después de ser transportado sobre la cabeza de muchas personas. La familia bubi tenía brazos extensos, en su regazo cabía todo individuo de un mismo linaje, por muy lejana que fuera la conexión: sobrinos, nietos, primos, suegros... Nadie que compartiera un ancestro quedaba fuera. Algunas aldeas estaban formadas por una única familia, todos parientes, todos protegidos. No importaba el sacrificio que ello supusiera para quienes se veían obligados a acoger al resto, la tradición no se cuestionaba. Era precisamente este sufrimiento compartido, junto con el carácter sagrado de la vida, el que apretaba los lazos.

Por eso, cuando Ökkó quedó huérfano de padre, su madre se apresuró a colgar esta palabra en su árbol secreto. Ellos no tenían una familia numerosa como casi todos sus vecinos. Su padre fue hijo único y Urí llegó a la aldea

tras escapar de otra masacrada por negreros. Solo se tenían el uno al otro y había que responder.

—¡Se entregó a él y ni siquiera llevó su cabello cortado a la playa para que mi padre le diera su bendición! —Rompió por fin a llorar—. ¡Lo dejó bajo la piedra delante de la choza donde estaba apareándose, como si quisiera que yo la viera! ¿Por qué lo eligió a él?

El padre Aguirre puso cara de no saber. Aunque esta vez los dos recién llegados no abrieron la boca, intuyó lo que sucedió tras su visita a la aldea.

Apretó a Ökkó contra su pecho.

—Eso es justo lo que quería tu madre, que la vieras.

—¿Por qué? —preguntó, dejando lagrimones en el hábito.

Para entonces ya conocía la respuesta. Después de lo que pasó al día siguiente del naufragio, y viendo cómo se estaba creciendo Momokobo —que ya se la tenía jurada por ser hijo del favorito del jefe—, seguro que Urí lo expulsó de la aldea para mantenerlo con vida. Lo que le costaba admitir era que alguien —incluso una madre— hubiera sido capaz de sacrificarse así por él.

Detuvo el llanto y, más calmado, se dirigió a sus amigos:

—¿Veis lo que habéis hecho viniendo aquí? Por fin era libre y habéis vuelto a ponerme las cadenas.

«En la familia, nadie nunca es del todo libre», le habría dicho el padre Aguirre. Siempre había un rol que desempeñar y a Ökkó le había correspondido el de héroe, que era el más ingrato de todos porque esas personas se daban por entero sin esperar nada a cambio, salvo, con suerte, conciliar el sueño por el deber cumplido. A él ya le salvó la vida en el monte Basilé, arriesgando la suya; ¿cómo no iba a hacer lo mismo con Urí?

Se giró para informar al prefecto.

—Su madre está mal.

—Me voy —anunció Ökkó en castellano.

La familia —esta palabra brillaba cada vez más en lo alto del árbol— no solo representaba la solidaridad africana que podía preservar a su pueblo de la invasión; también era el espacio físico que recibía la vida, que a su vez provenía de Dios a través de los antepasados. La familia lo era todo, máxime la suya de dos miembros, en la que las caricias y cuidados siempre habían llegado de las mismas manos que ahora se estiraban hacia él pidiendo ayuda. El prefecto tenía que entender la situación, pero sentenció:

—No puedes irte. Además, no aguantarías el viaje.

—Ya lo he hecho una vez. No solo iré, sino que volveré con ella.

—Lo lograste con el padre Aguirre y la ayuda de Dios, que sabía que te dirigías a su casa. Pero ahora sería un suicidio que no voy a permitir.

—Es decisión mía.

El prefecto negó.

—Desde que vives aquí, soy tu responsable.

Ökkó repitió mentalmente la frase que iba a decir para no errar con el castellano.

—Le agradezco lo que me ha enseñado, padre, pero yo no pertenezco a nadie.

Al prefecto le dolió el desplante delante de todos. Habría querido aleccionarle sobre su proyecto de pueblo cristiano con oficios y paz en las calles, y el fracaso que supondría el retorno a los orígenes. Pero, tratándose del chico que se había lanzado sin dudar sobre su cuerpo en llamas, le costaba empezar el sermón.

Entretanto, el padre Aguirre estuvo a punto de ofrecerse a acompañarle, pero intentar reproducir a la inversa aquella gesta improbable no era tentar a la suerte, sino llevar a cabo un letal ejercicio de arrogancia, por no hablar de que estaría desobedeciendo una instrucción directa de su superior que colmaría el vaso que ambos mantenían al límite y tendría graves consecuencias, quizá la expulsión de la misión. Así que en esta ocasión optó por la prudencia y propuso:

—Busquemos un barco que fondee en Ureka y os traiga de vuelta a los dos.

A Ökkó ni se le había pasado por la cabeza esa opción.

—¿Haríais eso... por mí?

—Tendría que ser alguno que estuviera de travesía y pudiera acercarse, ya veríamos cómo compensarles. Porque, además, habría que echar mano de la tripulación, no pretenderás presentarte tú solo en la aldea... —Se giró hacia el prefecto—. ¿Qué piensa de las balleneras que van y vienen a San Carlos?

Se refería a unas embarcaciones de cabotaje que, ante la ausencia de caminos terrestres en Fernando Poo, transportaban el cacao a Santa Isabel bordeando la isla desde el otro núcleo urbano en el que también se cultivaba.

—Necesitarían desviarse muchísimo, no podemos permitirnos costear algo así. No le deis más vueltas, ya aprovecharemos una de las expediciones que hagamos para reclutar jóvenes.

—Pero el padre Navajas acaba de regresar de allí —observó Ökkó con inquietud—. ¿Cuándo organizarán otra? ¡No tengo tiempo!

—Lo que de momento has de tener es templanza y paciencia.

—Pronto llegarán a Santa Isabel las hermanas concepcionistas, ¿no es así? —siguió improvisando el padre Aguirre—. Y supongo que, mientras unas se quedan aquí para atraer internas de las aldeas cercanas, otras seguirán los pasos del padre Navajas para buscarlas en otros puntos de la isla. Entiendo que tendrán presupuesto asignado para ello.

El prefecto ladeó la cabeza, como dándole la razón sin poder afirmarlo.

—¿Cuándo será eso? —urgió Ökkó.

—Vienen en el mismo barco que ese explorador de Vitoria, así que muy pronto —contestó el prefecto—. Y ya hemos terminado con el tema. No tienes derecho a enturbiar nuestro momento de júbilo. Sobreponete de una vez y dedica toda tu energía a que tus amigos vean la suerte que tienen de estar aquí.

La noche se echaba sobre Finca Esperanza y Bella seguía sin aparecer. Ana estaba desesperada. No podía quitarse de la cabeza que, al llegar, no le había dedicado una mísera mirada; y después los eslabones fueron enlazándose con frenesí y ni siquiera pensó una sola vez en ella hasta que temió que los hubiera visto por la ventana. No se reconocía a sí misma; jamás había obrado de un modo tan penoso.

—¿Dónde puede haber ido?

—Hace poco me dijo que las mejores plantas surgen donde nadie busca.

—¿Y qué significa eso?

—Que tenemos un problema —contestó Martín con la mirada perdida en la selva inmensa que rodeaba la plantación.

Ana se llevó las manos a la cabeza.

—Voy a volverme loca.

—Vuelve a casa y descansa.

—Quiero ayudar.

—Pues ayuda no enfadando a tu marido por si necesitamos su ayuda.

Ana pensó que lo que más le preocupaba por la mañana, que era evitar que el gobernador se enterase de que había hecho esa visita sola, ahora le importaba menos que nada.

Martín señaló al cielo casi negro.

—Lo único que podemos hacer ahora es confiar en que decida volver por sí misma —concluyó—. Me quedaré toda la noche si es necesario haciendo guardia en el porche para recibirla.

—Y si no viene...

—Paso a paso.

Parecía sereno, pero, por mucho que quisiera convencerse de que todo quedaría en un susto, por dentro estaba angustiado; y fue estándolo más a medida que avanzaban las horas hasta que, al poco de amanecer, consideró que había llegado el momento de movilizar a sus trabajadores y recorrer cada

centímetro de la finca... o de la isla si era necesario. No iba a volver sin encontrarla.

Era su florecida, la persona que le había hecho recuperar la locura.

En ese mismo instante, Ökkó estaba sentado en el camastro con sus dos amigos. Más tranquilo, les mostraba sus pequeñas figuras talismán. Arrojó al suelo la de Ribobò. Después de lo que le habían contado, la echaría al fuego esa misma noche.

—Tötyí ha salido más guapo de lo que es —dijo Epa'á, ganándose un golpe en el brazo—. ¿Qué más guardas ahí?

—No es nada.

—¡Claro que es algo!

Le sujetó mientras Tötyí se lanzaba a sacar de debajo del jergón la fotografía de Bella con su padre. Se quedaron tan fascinados como Ökkó el día que la encontró. Pasaron los dedos sobre el cristal para tocar los bucles dorados.

—Dámela, que vas a romperla.

El padre Aguirre entró en ese momento.

Aquellos hicieron ademán de esconder la foto.

—Solo quería ver qué tal estabas —se disculpó el claretiano sin evitar mirarla.

Enseguida reconoció a la hija del farmacéutico al que conoció en la travesía, que Dios lo guardara en su gloria. Todos recordaban su ataque de risa y llanto durante la misa por los ahogados. En Santa Isabel, las escasas comedillas sociales corrían como la pólvora, por lo que también sabía que la muchacha había dejado la casa del gobernador para mudarse a la finca del soriano.

—La encontré en el camino —se justificó Ökkó.

—Me temo que no puedes quedártela.

—¿Por qué?

—Seguro que su dueña la echa de menos.

Ökkó abrió los ojos como haría el animal del que había tomado el alias.

—¿Esta chica existe?

—¿No recuerdas haberla visto el día del funeral?

Negó con cara de estupefacción. ¿La había tenido tan cerca?

—Estaba arrodillado a un lado del altar y había mucha gente —lamentó con aire dramático. No se daba cuenta de que, en aquellos primeros días en la

colonia, su mente recibía tantos nuevos estímulos que solo procesaba los que consideraba necesarios para sobrevivir.

Al claretiano se le encendió una luz.

—¿Os gustaría conocer una finca de cacao? —No dijeron que no—. Además, Ökkó, así podrías entregarle tú mismo la fotografía a Bella.

Así que ese era su nombre...

—¡Bella, Bella! —se mofaron sus dos amigos entre risas, mostrando un adorable perfil infantil que habían mantenido oculto hasta entonces.

El prefecto no opuso resistencia a la excursión, cualquier cosa con tal de olvidarse por un día del padre Aguirre y su joven indígena, que el día anterior había vuelto a revolucionarle la misión con el asunto del viaje a su aldea. Así pues, los tres bubis subieron al carro con el claretiano y traquetearon hasta Finca Esperanza, como rezaba el gran letrero que Martín por fin había colocado en la entrada.

Se apearon en el patio y fueron hacia un almacén donde se oían voces. Gritos, más bien, porque el capataz abroncaba a un bracero por haber cerrado las puertas cuando tenían que ventilar. El muelle de Santa Isabel no disponía de depósitos para guardar en condiciones el producto que esperaba ser embarcado en los vapores bimestrales de la Trasatlántica, por lo que tenían que cuidar muy bien el género para que no se estropease.

Le preguntaron por el dueño y, tras escrutarlos de forma descarada, los mandó a la trasera. Martín estaba reunido con un nutrido grupo de trabajadores bubis que escuchaban serios sus instrucciones. Se acercó al misionero con aire cansado.

—Buenos días, padre. ¿A qué debo su visita?

—No queríamos molestar —se disculpó el claretiano, dándose cuenta de que no era un buen momento.

—Puede que lo que mejor me venga ahora sea un cura.

—¿Ocurre algo malo?

—Todavía no lo sé.

—Ökkó —le reclamó el padre Aguirre—, dale a este señor lo que traes.

—Solo se lo daré a ella.

—El chico encontró una fotografía del farmacéutico y su hija y quería devolvérsela —aclaró al finquero.

Ökkó se vio obligado a mostrarla, pero se resistía a soltarla.

—Si me permites...

Martín casi se la arrancó de la mano.

Allí estaba la maldita foto, apareciendo en el momento justo para recordarle su incompetencia. El padre sentado con su salacot y sus ropas blancas parecía juzgarle desde la otra cara del cristal. «Deberías haber estado cuidando de mi hija, pero preferías pasar el rato con la mujer del gobernador». Buen resumen. Bella vestía una camisola larga. Cualquier cosa para no ponerse un vestido de verdad, pensó con terror por la mera idea de no volver a verla.

—Está desaparecida desde ayer —les informó con pesar.

El padre Aguirre se limitó a darle tiempo de forma compasiva, sin llenar esos segundos con banalidades que no llevarían a nada.

—Si podemos ayudar en algo... —se ofreció por fin.

Martín le explicó que, tras haber buscado por toda la propiedad, había llegado el momento de ampliar el cerco. Miró a ambos lados antes de volver a fijar los ojos en la instantánea. Entonces se le ocurrió.

—¿Sabe dónde tomaron esta imagen?

—No tengo ni idea —lamentó el claretiano—. ¿Cree que...?

—Su rincón secreto.

Sin perder un instante preguntó a los braceros si alguno de ellos reconocía el paisaje trasero que, de tan bello, parecía un decorado de tela. Las palmeras que se abrían a ambos lados podían corresponder a cualquier paraje de la isla, pero aquella ceiba enorme... Fueron pasándosela de unos a otros. Alguno ni siquiera alcanzaba a procesar qué estaba mirando. Se quedaban anclados a algún detalle: un ojo, los zapatos... ¡La ceiba!, señalaba Martín. ¿Dónde está este árbol? ¡Miradlo bien, alrededor no hay nada, es como una columna que llega hasta el cielo! Pero todos negaban con la cabeza. Necesitaba a alguien que llevase tiempo en Fernando Poo y enseguida pensó en el capataz. Fueron a buscarlo, pero el bracero del almacén les dijo que, tras la llegada del misionero, se había ido a toda prisa.

—¿Adónde?

No tenía ni idea. Permanecieron unos segundos en silencio, solo roto por el estruendo de algún insecto.

Un estremecimiento.

—¿Le habéis enseñado la foto a él?

El padre Aguirre negó.

—La miraba de reojo mientras usted le hablaba —advirtió Ökkó.

Martín se frotó la cara con la mano, reconstruyendo momentos en los que había visto al capataz hablando con Bella. Ya desde el primer día, cuando aquel propuso acompañarla de vuelta a la ciudad para buscar la foto que se le

había caído por el camino, se tomaba demasiadas confianzas. Le aterró pensar que hubiera saltado una alarma que había desatendido para no parecer demasiado protector.

—Maldito canario, como le hayas hecho algo...

—No es canario —apuntó el bracero del almacén, que había salido tras ellos.

—¿Cómo que no? Si me lo dijo él mismo cuando vino a buscar trabajo. ¿Y ese acento?

—Es de Cuba.

—¿De Cuba? —En realidad le importaba poco de donde viniera; lo que no soportaba era parecer que no se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. Días antes comentó al capataz que iban a ubicar en Basile a diez familias de Las Palmas a las que habían ofrecido incentivos por mudarse a la colonia y el otro se quedó callado con cara de circunstancia, sin darse por aludido por la conexión geográfica. Ahora lo entendía.

—¿Cuánto lleva aquí ese hombre? —preguntó muy serio el padre Aguirre.

—Toda la vida —respondió Martín.

—No creo que naciese en la isla.

—Eso no, pero cuando le dije que necesitaba un tipo duro se vanagloriaba de haberse dedicado a labores policiales hace más de veinte años.

—Fue un voluntario del orden...

—No mencionó ese nombre.

—Hay que encontrar a esa muchacha cuanto antes.

—¿Qué ocurre?

—Que tienes contratado a un criminal.

—¿De qué está hablando?

—Siendo yo niño, justo antes de que mi madre abandonase la isla para llevarme de vuelta a la Península, llegaron los presos cubanos. Preferiría que no fuera así, pero te aseguro que sé muy bien lo que digo.

En aquella época, viendo que los ingleses enviaban decenas de miles de reos británicos a sus colonias penales de Australia, al Gobierno español le pareció buena idea imitarlos y buscar un lugar lejano al que trasladar convictos para aligerar las cárceles. Fue entonces cuando Fernando Poo se convirtió en isla presidio.

Los primeros trece reclusos hicieron el viaje desde Málaga para terminar hacinados en un lanchón fondeado en la bahía, donde uno tras otro fue

enfermando y falleciendo. Otras tres docenas llegaron en una goleta llamada Caridad que no hacía honor a su nombre. Se suponía que una vez en Guinea debían someterse a trabajos forzados, pero el gobernador no tenía medios para hacerles cumplir la pena y los arrojó a un pontón, como se llamaba a los viejos barcos que, inservibles para navegar, eran destinados a oficinas, hospital o, como era el caso, a calabozo. Como también allí caían como moscas, los trasladaron a unos barracones que se construyeron en las faldas del pico Basilé, pero pronto se despreocuparon de ellos, y los que aún podían andar aprovecharon para desperdigarse por Dios sabe dónde.

El enviarlos a Guinea era peor que una sentencia de muerte, ya que el clima les torturaba durante unos meses antes de conseguir lo mismo que los verdugos lograban con un solo golpe. Pero el goteo de presidiarios continuó: rebeldes, amotinados, revolucionarios, propagandistas... Cualquiera que levantara la voz o una bandera equivocada podía terminar en aquella cárcel sin empalizadas; más en concreto en su hospital, que les dedicaba su poco espacio y escasos recursos, encolerizando así a una resignada población local que llevaba años batiéndose el cobre para hacer la isla habitable. Pero la gota que colmó el vaso fue el envío de doscientos cincuenta deportados políticos cubanos.

Entre los condenados había campesinos, escritores, médicos, banqueros, dentistas, estudiantes... A algunos incluso los habían apresado por sustitución, solo por ser familiares o vecinos de aquellos a quienes iban a buscar, pero que no encontraban en casa. Llegaron a Santa Isabel en un estado deplorable tras meses encerrados en las bodegas sin agua ni ventilación, cubiertos de piojos y de carángano, un insecto que se desprendía del techo o brotaba del suelo como en una pesadilla. Pero lo peor era que sus cuidadores, una legión de esbirros llamada Voluntarios del Orden —estos sí, verdaderos delincuentes y sicarios profesionales que los habían maltratado e intentando robar lo poco que traían consigo— amenazaban con instalarse en la isla para seguir ocupándose de su vigilancia.

Aquel día, el gobernador que entonces ocupaba el puesto congregó a los deportados en un extremo del puerto y vio que su número era mayor que el de los europeos que vivían en Santa Isabel. Sin armas ni efectivos para controlarlos, declaró:

—Soy el hombre más lleno de bondad que hay en el mundo. Si voy por una senda y encuentro una hormiga, me detengo o doy una vuelta para no quitarle la vida. Pero también soy recto e inflexible cuando se trata de aplicar los castigos. Por si no os lo han dicho, en esta isla no hay ni jueces ni oficiales

para comisiones militares, por lo que todo lo hago conforme a mi criterio. Y como no tengo ni alimentos ni otros recursos para ofreceros, porque bastante nos cuesta proveernos a nosotros mismos, dispongo que os vayáis libremente adonde queráis, siempre que no salgáis de Fernando Poo.

Los recién llegados no daban crédito.

—Pero ¿de qué viviremos? ¿Dónde nos alojaremos? —saltó un pintor que, en el barco, intentó amotinarse y solo consiguió que le reventasen un oído con un mazo.

—Como podáis.

Dio media vuelta y se fue, dejando a todos con la boca abierta. Los voluntarios del orden tampoco sabían qué hacer, así que salieron en dirección a cualquier lugar donde seguir emborrachándose, ahora en tierra firme. Ya que se había detenido el balanceo bajo sus pies, que no lo hiciera el de su cabeza.

Ante semejante panorama, la gente de la ciudad respondió con cierta humanidad. Algunos colonos británicos dieron cobijo en sus casas a los deportados de un nivel social más elevado, quizá por empatía o esperando que algún día el mundo girara y les devolvieran el favor. Otros que aún guardaban dinero en el jubón pagaron precios vergonzosos por echarse en un camastro del hotel Thompson o del cuartel. Los demás, después de muchas súplicas, terminaron en una casa que alquiló para ellos el propio gobernador, donde cada día les daban un poco de arroz y tocino sin tan siquiera un mendrugo de pan para untar los restos. Y, como era de esperar, muchos terminaron en el hospital.

A los quince días de llegar, un centenar estaba a las puertas de la muerte. Unos meses después, los más afortunados vagaban como espectros por la capital, una prisión con el mar y la selva por únicos muros, mientras los voluntarios del orden seguían borrachos buscando pelea y agrediendo sexualmente a quien se cruzaba con ellos sin que la anunciada mano firme del gobernador hiciera aparición. Con este panorama, sin nada que perder, los presos cubanos no tardaron en buscar formas de huir. Algunos probaron en barcos ingleses y otros se subieron a urcas de guerra que pasaban por allá, como una Pinta que se hundió en las aguas del Atlántico antes de llegar a Tenerife, donde unos cuantos incautos habían planeado empezar de nuevo.

Con todo ello, la idea de mantener la colonia penal en Fernando Poo se extinguió como una vela. Los pocos delincuentes comunes que habían llegado de la Península fueron indultados y comenzaron a trabajar de campesinos. Pero, a partir de entonces, los isabelinos se vieron obligados a sobrellevar la

difícil convivencia con los peligrosos voluntarios del orden que sobrevivían al alcohol, las venéreas y los mosquitos.

Desde entonces habían pasado dos décadas y los más afortunados seguían venciendo a la muerte, como si el mal que corría por sus venas fuera un antídoto para las ponzoñas de fuera. Ese era el caso del capataz de Martín, que además fue lo suficientemente hábil como para ir enlazando trabajos que le permitían cobrar por pegar palos...

—Yo sé dónde está esa ceiba —le dijo la cocinera al finquero. Había salido a fregar unos cacharros y se había acercado con curiosidad para ver de cerca el cristal que tenía a todos los bubis de la finca con la boca abierta.

—¿Reconoces el árbol?

—¿Cómo no lo voy a reconocer, si es el más alto del bosque?

Martín dudó que la foto fuera tan ilustrativa, pero no tenía mucho más a lo que aferrarse, así que ordenó al grupo salir sin perder un instante en la dirección que les indicó la mujer, seguido también del padre Aguirre y sus tres pupilos.

Enfilaron hacia un monte situado en el interior, a medio camino entre la finca y la ciudad. Durante el trayecto nadie dijo nada. Avanzaron sin pausa hasta que por fin se dieron de bruces con la ceiba gigante. La bubi estaba en lo cierto, aquel era el paraje de la foto. Todos empezaron a opinar. Por aquí, por allá.

—Hacia arriba —dispuso Martín, pensando en la frase de la niña: las mejores plantas surgen donde nadie busca.

Se separaron para peinar la ladera durante el ascenso. En ocasiones volvían a agruparse, como cuando se reunieron junto al torrente porque la selva frondosa no daba otra opción. Subieron siguiendo su curso, llegaron al remanso... y señaló la choza.

Solitaria, al parecer un antiguo refugio de indígenas en un enclave idílico, quizá como base para cazar. Pidió calma y silencio con gestos, pero un bracero levantó la voz y puso al grupo en evidencia. Solo quedaba darse prisa. Su respiración se aceleró. También su corazón. Necesitaba más oxígeno, más sangre para la lucha inminente, los músculos se tensaron.

Entró de golpe.

Durante unos instantes, al pasar del sol a la oscuridad, no vio nada...

El habitáculo estaba vacío.

—¡Mierda!

El padre Aguirre entró detrás. El olor era nauseabundo. Se acercó a analizar la soga cortada que colgaba del techo. En el suelo, restos de fluidos ennegrecidos.

Uno de los braceros los llamó desde atrás. Habían arrojado algo entre los arbustos. Martín se acercó. ¿Era un cuerpo?

—No, por favor...

Respiró al ver que se trataba de un primate torturado. Un poco más allá encontraron otros animales también tirados. En algún caso, pedazos de ellos.

—¿Quién es capaz de hacer algo así? —se santiguó el claretiano.

—Voy a matar a ese hijo de puta.

No había duda de que era el capataz, un antiguo voluntario del orden que necesitaba aplacar su sed de sadismo. No quería imaginar desde cuándo llevaría utilizando esa guarida. Quizá él mismo la construyó. Pensó en los braceros que, según le había dicho, habían regresado a sus aldeas y se preguntó si no sería otra mentira y habrían acabado igual que aquellos animales. ¿Qué más le daría torturar un cuerpo u otro? El corazón volvió a golpear con fuerza. Al tiempo que rogaba que no fuera demasiado tarde, oteó entre los árboles. No había tenido tiempo de ocultar bien aquella montaña de carne, así que no podía andar muy lejos. Frunció el ceño. El ruido del torrente le impedía escuchar otros sonidos más sutiles.

Ökkó se acercó a una planta con el tallo quebrado. Alguien había pasado por allí, pero parecía ser el único que lo advertía. Sin darse cuenta brotaban las enseñanzas de su padre, el guía del bosque que condujo al *botuku* hasta el cráter donde vivía el rey Moka. Se introdujo entre el ramaje por el lugar señalado, pero al cabo perdió el rastro. Cerró los ojos unos segundos. Era importante ser paciente y, sobre todo, estar atento, no desesperarse ni desanimarse por no encontrar nuevas señales de inmediato, ni dejar que los agobios del finquero o su propia ansia por encontrarla bloqueasen sus sentidos. Cuando rastreaba animales con su padre, buscaban excrementos, raspaduras de garras, muestras de pelaje sobre las hojas. El secreto estaba en no tratar de mirar todo al mismo tiempo. Debía concentrarse en una sola cosa... Se decidió por las huellas del suelo, que se conservaban aún mejor en las húmedas veredas de los ríos. Parecía imposible distinguir pisadas sobre el manto mullido que burbujeaba bajo sus pies, pero allí estaban y las había de todo tipo, con membranas o pezuñas o marcas de cola. Tötyí y Epa'á se unieron a él. No les hizo falta decir nada, los tres sabían qué buscaban y, sobre todo, quién tenía la última palabra, ganada a pulso la noche de la

tormenta. Aunque paso a paso, fueron avanzando con seguridad; no como los blancos, que vagaban sin ningún criterio seguidos de los braceros.

En un momento dado, Ökkó divisó entre los árboles los bucles rubios enmarañados, el rostro cubierto de lágrimas y polvo.

—Allí está —avisó a sus amigos en voz baja.

Bella llevaba una venda mal puesta en los ojos y andaba elevando la barbilla para tener cierta visión frontal por la parte inferior. Su captor le había liberado los pies para llevársela y, en cuanto pudo, a pesar de tener las manos atadas a la espalda, se zafó de él y volvió sobre sus pasos. Al ir a ciegas se golpeó contra un árbol y cayó de rodillas, pero restregó la frente contra el manto de hojas del suelo hasta que se abrió la pequeña rendija que le permitía ver y avanzar. Él debió de notar próxima la jauría humana y había huido hacia las profundidades de la selva, dejándola por imposible.

Ökkó, por fin, se levantó para mostrarse. De primeras, Bella dio un respingo y a punto estuvo de salir corriendo. Estaba aterrada. El joven bubi le pidió calma con las manos mientras le decía que era un amigo. Ella, incapaz de pensar, fue a cobijarse detrás de un helecho. Él se acercó despacio, repitiéndole con ternura que había ido a buscarla con el finquero y no tenía nada que temer. Se detuvo a una distancia prudencial y añadió:

—Encontré tu fotografía.

Entonces sí, Bella se asomó y lo reconoció. Era el chico que estaba junto al altar el día del funeral. En un instante se inundó de una extraña paz y corrió hacia él como si le hubieran abierto las puertas del Paraíso.

Ökkó la recibió con un abrazo interminable.

En aquel instante, envueltos en calamidades, todo parecía tener sentido.

Durante los días siguientes, la leyenda de la Florecida se extendió por la colonia. Además de haber sido raptada por un criminal que seguía escondido en la selva, la había encontrado el muchacho bubi que meses antes cruzó la isla con el héroe del naufragio. Ajenos a los chismes de la sociedad isabelina, lo cierto era que los dos adolescentes querían volver a verse. Ella había encontrado un remanso de calma en el nativo; y a Ökkó seguía pareciéndole cosa de hechizos el que la chica de la foto hubiera cobrado vida.

Por eso, cuando la vio cruzar con Martín la puerta de la misión, su corazón se desbocó como los bongos en los rituales de nacimiento.

—Venimos a darte las gracias —le dijo el finquero.

El muchacho no estaba seguro de lo que tenía que hacer. Tötyí y Epa'á, que estaban ocupados con él en cavar un agujero para un pilar, dejaron las palas y se colocaron a su lado. Durante unos segundos nadie dijo nada.

—¿Por aquí hay plantas raras? —preguntó Bella por fin.

A Ökkó le descolocó su desparpajo, pero al mismo tiempo le divirtió. Si el trauma sufrido le había dejado alguna marca, no era capaz de verla. Le indicó con la cabeza que le siguiera y se separaron del resto sin dar tiempo a que llegase el prefecto, que cruzaba el patio como una bala.

—¡Debería haberme avisado! —apercibió a Martín mientras Tötyí y Epa'á también volvían a lo suyo.

—Buenos días, prefecto. Solo quería que los chicos se saludaran.

—Aquí tenemos unas normas de conducta y unos horarios de trabajo.

—Lo imagino, pero entienda que esto es excepcional. Después de lo que ocurrió el otro día...

—Ese es el problema, que todo el mundo piensa que lo suyo es lo más importante. —Buscó con la mirada a la pareja—. En un rato se la lleva de aquí y se acabó el asunto, que bastante han dado ya que hablar.

Al nuevo Martín —aquel que llevaba el timón de su vida y era cada día más alérgico a las imposiciones— empezaba a tocarle las narices el tono del

misionero, que se suponía que estaba allí para servir. Metió la mano al bolsillo y apretó con fuerza la piedra en forma de diamante que había traído de la Península y llevaba consigo siempre que iba a enfrentarse a una situación delicada, como un anclaje para no perder los estribos. Respiró hondo y soltó lo que había ido a decir:

—Siento que piense así, prefecto, porque habíamos pensado que sería bueno que Bella se mudara a vivir aquí.

El claretiano soltó una carcajada.

—¿Quiénes lo han pensado?

—La mujer del gobernador y yo. Por cierto, doña Ana me ha pedido que la disculpe. Veníamos juntos a hablar con usted, pero hemos visto acercarse por la bahía el barco que trae al explorador de Vitoria y ha vuelto de prisa a la casa gobierno para avisar de su llegada y esperarlo.

—Yo estoy igual —le urgió el otro agitando la mano—, acabo de enviar a un grupo de padres para dar la bienvenida a las madres concepcionistas que vienen en la misma nave y aún me quedan muchas cosas que preparar, así que aligere.

—En su día, después de la tormenta, ambos decidimos que el ambiente de libertad y naturaleza de la finca sería apropiado para ayudarle a superar la pérdida de su padre, pero el tiempo ha demostrado que estábamos equivocados. Primero de todo, tenemos miedo. Bella no puede seguir llevando la vida que llevaba, moviéndose a su aire sin control, y mucho menos sabiendo que el bastardo que la raptó podría volver en cualquier momento a terminar lo que conseguimos evitar de forma providencial. Y, además, nos hemos dado cuenta de que estábamos huyendo de la realidad. El farmacéutico confió el cuidado de su hija a terceras personas durante un viaje a la Península, lo cual tenía todo el sentido, pero ahora que ya no está no podemos seguir poniendo parches en su vida de forma indefinida.

—¿Y el que yo pase a ocuparme de ella no sería otro parche?

—El otro día, después de encontrar a Bella en el bosque, el padre Aguirre comentó que...

—¡Ya salió el causante de todos mis líos —le cortó—, quién iba a ser si no!

—Comentó que las madres concepcionistas van a montar un internado femenino —continuó Martín sin amilanarse—. ¿Dónde podría estar mejor que con ellas? La propia doña Ana me ha pedido que le adelante que le gustaría colaborar de forma activa en este nuevo proyecto educativo. —Aproveché que había callado al prefecto para mostrar otra carta igual de importante—.

Además, no sé si ha pensado en que Bella percibirá la herencia que su padre fue a organizar a la Península.

Al prefecto se le abrieron los ojos.

—¿De qué habla?

—No sé si será mucho o poco, ni si serán propiedades o dinero, porque el farmacéutico volvía en el barco tras firmar los papeles y ahora habrá que empezar de nuevo con las gestiones. Pero se trataba de un legado del abuelo de la niña que pasaba a su madre, también fallecida, por lo que solo queda Bella como descendiente. Entiendo que habrá que buscar un tutor para que administre los bienes hasta que alcance la mayoría de edad, lo cual puede ser complejo y dará lugar a conflictos, por lo que es importante que sea una persona de confianza que siempre vaya a actuar en su beneficio. Y el padre Aguirre y yo habíamos pensado que, si las religiosas acogieran a Bella en la misión, sería la situación idónea para que ese tutor fuera usted.

El prefecto le lanzó una mirada de suspicacia. No esperaba ese giro.

—¿Por qué no solicita usted mismo la tutela?

—Qué más quisiera que tenerla conmigo para siempre, prefecto, Bella es excepcional. Pero yo soy un hombre solo que lidia en un mundo de hombres. Ahora mismo, por ejemplo, he de acudir a la inauguración del casino; y no por gusto, sino porque ahí está el negocio. Y me veo obligado a dejarla unas horas aquí con ustedes, lo cual ya les agradezco de antemano con mis disculpas por no haber avisado de que íbamos a venir —concedió, volviendo al origen del encontronazo en tono conciliador y mostrándole su confianza. Sabía bien que, si quería ganarse a alguien, lo mejor era pedirle un favor—. Lo que esta muchachita necesita es un ambiente en el que pueda formarse para convertirse en una señora como Dios manda, con personas que la entiendan y sepan sacar lo mejor que puede dar.

—Por lo que me han contado, no sé si alguien va a poder con ella.

Buscó a toda prisa las palabras adecuadas para no negar algo sabido, pero tampoco crearse un obstáculo.

—Desde luego que es una mujercita poco convencional, pero eso no tiene por qué ser malo. Apuesto a que a las monjas les vendrá bien una persona tan resuelta y con tanto que ofrecer a las jóvenes indígenas que vayan viniendo.

Desde que había escuchado la palabra herencia, la oposición del prefecto era una pose para hacerse de rogar. ¿Qué día del santoral era? La jornada había comenzado bien.

Entretanto, Ökkó y Bella caminaban sin dirigirse la palabra por el límite de la misión que daba al océano. Él se giró, satisfecho, señalando un barrizal.

—¿En serio es aquí donde me has traído?

El bubi aguantó el tirón hasta que un pez asomó la cabeza. Bella no pudo evitar sonreír. Lo llamaban el saltarín del fango porque salía a comer insectos a la superficie, donde se quedaba un rato a observar el mundo con los ojos que tenía en la punta de dos protuberancias que más parecían orejas. A Ökkó siempre le había llamado la atención que fuera capaz de sobrevivir fuera de su medio, pero, al poco de llegar a la misión, el padre Aguirre le explicó que no era así. Lo que había hecho el pequeño pez era convertir el aire libre en su medio. «Siéntete parte de esta casa que ya para siempre será tu hogar», le dijo aquel día.

—¿Te apetece bajar al mar? —le propuso, abriendo por fin la boca.

—Claro.

A Bella le encantó que no hubiera ni escaleras, ni un sendero como la cuesta de las fiebres que llevaba al puerto. Fueron dejándose caer por la ladera, rodeando piedras y saltando arbustos, hasta que llegaron a una pequeña cala con unos metros de arena envueltos en palmeras.

En un extremo hallaron un esqueleto de pez espada con el arma intacta. De poco le ha servido, pensó Ökkó mientras se disponía a meterse en el agua. Su madre decía que el mar era la expresión del vientre fecundo y sus aguas, la energía que formaba olas y vida renovada. Se sujetó a las rocas y estiró el pie.

—No te bañes —le advirtió Bella.

—Solo quiero probarla.

—Hay tiburones.

—Nunca los he visto acercarse tanto.

Lo que no quería era quitarse la ropa delante de él, así que usó el comodín de una historia real.

—Un amigo de mi padre se empeñó en bañarse y al poco empezó a gritar levantando los brazos. Cuando lo sacaron no tenía piernas. Mi padre le había avisado, pero no hizo caso y murió allí mismo, desangrado.

Ökkó sabía que los tiburones rara vez llegaban hasta la orilla, pero le gustó que ella se preocupara por él. Oteó en la distancia y lo que vio fue el agua arrojada por el sifón de una ballena que jugaba en la bahía. Era difícil encontrar una escena más hermosa.

Bella entonó una canción nativa. Hablaba de vientos del nordeste, de cicatrices de cazadores y de los chillidos que emitían las gaviotas mientras un cetáceo se varaba en la arena entre cánticos y sangre.

—¿Hablas otras lenguas?

—Mi padre y Paciencia me han enseñado un poco de bubi, pero me gustaría saber más —contestó en ese idioma, y regresó al español—. De la de Annobón solo esa estrofa, por el guía que nos llevó.

—¿Dónde está ese sitio?

Señaló hacia el interior del océano.

—Cuando ven una ballena, los niños vigías gritan ¡*Blooo, ay se blocho!*, que quiere decir ¡ballena a la vista!, para que los pescadores suban a todo correr a sus barcas con los arpones y vayan tras el animal. No sé cómo pueden cazar algo tan grande con un arpón.

—Si se juntan muchos, es posible —dijo él pensando en sus amigos. Al volver a estar codo con codo, todo era más fácil; y con Bella eran los nuevos cuatro de la tormenta.

Se sentó a su lado en un tronco.

—Si no te bañas, ¿qué te gusta hacer?

—Me gustan las plantas.

Ökkó dibujó un atisbo de sonrisa.

Un punto de encuentro.

—¿Hay muchas en el lugar del que vienes?

—¿Te refieres a la Península?

—No sé, a tu aldea.

—Hay muchas más en esta isla, pero mi padre me llevaba a los bosques de Vitoria y siempre encontrábamos alguna diferente.

Se inclinó hacia delante para recoger de la arena una hoja seca caída de los árboles próximos.

—Mi madre también me enseñó a buscar las que sanan —murmuró él.

En cada poblado había curanderos especializados en las posibilidades del mundo vegetal: bien los mismos brujos que invocaban a los espíritus —dado que la sanación y el esoterismo solían ir de la mano— o personas como Urí, encargadas de los rituales. Pero, de un modo u otro, a todo el pueblo bubi le resultaba cercano el poder de las plantas medicinales, que en ocasiones aprendían por mera observación. Él mismo había visto cómo los monos chupaban la savia del ekuk cuando eran alcanzados por una flecha envenenada.

Bella se sentía a gusto en aquel lugar común, ambos abrazados por lianas y hojas.

—Dime una planta que cure —le retó.

Una vez se las había dado de entendido, no había vuelta atrás.

—*Kassada*.

—¿Cómo? —Arrugó la nariz—. ¿Es el nombre bubi?

Ökkó se encogió de hombros y comenzó a explicar con gestos cómo eran las gordas raíces del arbusto.

—Las hojas machacadas, puestas en agua fría, curan los gusanos. Y si las restriegas por las heridas, cierran antes. —Le mostró la cicatriz del brazo sobre la que Urí había aplicado su emplasto, pero Bella seguía dudando—. La hay por todas partes, también se come.

—¡Yuca!

—Eso es, yuca.

Aparte de ser un gran alimento, aquel tubérculo tenía las propiedades que mencionaba y aún más, pues el jugo de sus tallos calmaba las infecciones de los ojos. El joven bubi sonrió complacido, ya que no era fácil de adivinar. En otros casos, la propia naturaleza o alguna deidad generosa señalaban la aplicación médica con similitudes reconocibles para cualquiera. Cuando veías una nuez, su forma de diminuto cerebro te decía a gritos que era un buen remedio contra las afecciones de cabeza, al igual que el látex blanco hacía que las madres recién paridas dispusieran de más leche para sus hijos... o cachorros, ya que las buenas plantas no hacían distinguos entre personas y animales.

Mostrando por vez primera un atisbo de timidez, ahora que se sentía más cerca de él, Bella murmuró:

—Gracias por devolverme la fotografía.

—¿El hombre que aparece contigo es tu padre, del que hablabas antes?

—Ajá.

—¿Dónde está ahora?

—Murió en el naufragio.

Al joven bubi le cambió el gesto, asaltado por la imagen de sus amigos avisándole del peligro bajo la lluvia, del monstruo emitiendo quejidos metálicos, del brazo del marinero en su cuello mientras la vida se le iba a otro lugar incierto, como el agua que se filtraba por la arena. Respiró hondo, tratando de calmar el temblor que volvió a experimentar en la pierna y del que ella se percató al instante.

—¿Estabas allí?

Ökkó imaginó al pasaje y la marinería enredados entre algas con la piel gris de los ahogados, yaciendo en la playa como barriles rotos.

Asintió despacio.

Ella se estremeció.

—Al menos tú tienes la foto de tu padre para recordarlo —dijo él.

—La pena es que, entre que lleva el salacot puesto y la sombra que le hace, apenas se le ve la cara —lamentó—. Se protegía mucho del sol porque tenía una mancha de nacimiento por aquí.

Señaló la zona alrededor del ojo derecho, bajando por el lateral de la nariz.

Algo volvió a removerse en el interior del chico. De nuevo el temblor, mucho más fuerte.

—¿Estás bien?

No, no estaba bien.

Más imágenes en cascada.

En esta ocasión de un hombre blanco, alto, de pelo castaño claro, con la camisa ajada teñida por la arena volcánica y el pantalón arremangado por las rodillas, a la mañana siguiente del naufragio...

También recordó cómo le pedía ayuda.

Y cómo no entendió sus gestos y pensó que se trataba del espectro del marinero loco.

Y cómo vio que Momokobo se acercaba por detrás con su arco.

Y cómo se comportó como un cobarde, paralizado por los recuerdos de la noche anterior y el miedo a ser él quien terminara atravesado por la flecha.

Y cómo el hombre cayó a sus pies.

Y cómo tenía...

Una mancha en el rostro, como un parche grande que le cubría la zona del ojo derecho.

Miró a Bella a los suyos, de un azul precioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Habría querido contestar, pero echó a correr de vuelta a la misión, dejándola en la playa junto al esqueleto de pez espada.

No era capaz de decírselo.

Su padre había muerto por su culpa.

El explorador vitoriano Manuel Iradier volvió a pensar, al igual que el día que fondeó en esas aguas por primera vez, que se hallaba en el rincón más bello del planeta. Santa Isabel era diferente a otras costas africanas que había bordeado durante la travesía. Ninguna tan exuberante, ninguna tan variada en colores. El vapor avanzaba lento, cada golpe de hélice, una salva para honrar el momento.

Desplegó el catalejo y repasó metro a metro lo que ocurría en el puerto. Después de tantos días con la vista fijada en ninguna parte, el tener algo en lo que concentrarse descansaba los ojos y más aún el cerebro. Unos braceros recogían las frutas caídas de un cajón de madera. Un viejo daba instrucciones a un marinero que enrollaba un cabo. Un *krumán* liberiano caminaba por el muelle portando una boya en la que habían escrito «seis brazas». Buscó con la lente las casitas blancas en lo alto y se detuvo en el pabellón español que agitaba el viento.

«Ahora empieza mi vida», había pensado diez años antes sobre la proa del buque Loanda que le condujo a su primera expedición. Desde entonces había sufrido mucho y tocaba renacer. Ya lo estaba haciendo. Cada litro inhalado de aquel aire valía por cien. Escuchó el chasquido del ancla atravesando la superficie y cerró los ojos. Su corazón también estaba amarrado a esa isla.

Saltó a tierra dejándose ayudar por los remeros de la barca. Lo hizo por cortesía, no necesitaba que nadie le echase una mano para mantener el equilibrio. Negros ataviados con viejas casacas querían venderle las mismas baratijas que otro blanco les habría regalado a ellos antes. No era como en otras escalas del viaje. En Bathurst, frente a la faja de arena del río Gambia, se formaba un gran mercado flotante alrededor de los barcos para recibir a cualquier mercader de segunda fila. A su llegada a Santa Isabel, sin embargo, el único bullicio lo generaban los loros que cotorreaban desde las palmeras y las gaviotas que daban cuenta de los restos de pescado. Sí que había una comisión de bienvenida, pero el cántico armonioso de los claretianos dejaba

claro que a quien esperaban era al primer grupo de madres concepcionistas que también viajaban en el barco.

A él lo acompañaba Amado Osorio, un médico asturiano con barba poblada un poco más robusto que él que, cuando se quitaba el salacot, dejaba a la vista una cabellera con una legión de caracolillos y raya en medio. Sus ojos se notaban emocionados, al ser su primera travesía se asombraba por cualquier detalle del entorno y todo le parecía bien. A Iradier, por el contrario, se lo llevaban los demonios ante la falta de un destacamento lleno de galones preparado para estrechar su mano y honrar los sacrificios que había hecho en beneficio de la ciencia y de España, incluyendo el más terrible de perder a su primogénita, que cayó presa de las fiebres al poco de nacer en la colonia durante su primera expedición.

Al momento se percató de que sí había una persona para recibirlos. Llegaba deprisa, tirando como podía de su gordura, y a punto estuvo de caer al agua tras enredarse el pie en un cabo. Era Serrano, el asistente del gobernador. Agitó la pierna para soltarse y se acercó tambaleándose por el embarcadero. Sobre su hombro se balanceaba el pequeño primate.

—¡Señor Iradier!

—El mismo.

—Mi nombre es Serrano, funcionario de la corona en la colonia a su servicio.

—Me acuerdo de usted.

—Me halaga. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Unas jornadas han sido más movidas que otras, pero cada mañana amanecía. —La monita saltó a los brazos del explorador, para sorpresa de su dueño—. A esta preciosidad en cambio no la conocía, seguro que por aquel entonces aún no había nacido.

Acarició el pelaje suave. No había tenido muchas oportunidades de examinar de cerca un ejemplar tan pequeño, ya que los gálagos eran animales nocturnos y solitarios. Diana le dedicó una suerte de ronroneo y el explorador pensó que esa sí era una buena bienvenida.

Se unió a ellos el doctor Osorio, quien se presentó al asistente derrochando un entusiasmo que le hacía parecer un poco pasado de alcohol. Iradier escuchó su relato con paciencia. Era lo menos que merecía aquel hombre, que había destilado humildad y prudencia desde la carta que le escribió para ofrecerse a acompañarle. Cuando valoró la propuesta tuvo en cuenta sus estudios, que fuera joven y miembro de la aún más joven Sociedad Española de Africanistas y Colonistas que impulsaba la expedición, y también

que hubiera destacado dentro de la Sociedad Geográfica de Madrid; pero, sobre todo, pesó el que no tuviera reparos en dejarse sus ahorros en el empeño. De hecho, Osorio terminó aportando cinco mil pesetas, más que la propia Casa Real u otros benefactores como el Banco de España, el Banco de Bilbao o el propio marqués de Urquijo. Y, a pesar de todo, se dirigía a él en tono de súplica, ofreciéndose para ser el más fiel y dócil compañero. «Siempre a sus órdenes», terminaba la carta, y no pudo decir que no.

Miró a ambos lados y preguntó dónde estaba el gobernador.

—Se habría sentido muy honrado de estar aquí —lo excusó Serrano—, pero las noticias que llegan de Berlín no le dejan tiempo ni para respirar. Lleva todo el día buscando la forma de que ustedes puedan salir de inmediato hacia el continente.

—La prisa no es muy amiga de los exploradores.

—Ahora podrá discutirlo con él. Me ha pedido que los acompañe a su residencia —resolvió, cada vez más agobiado bajo el sol.

Ascendieron por la cuesta de las fiebres hasta la calle principal. Poco habían cambiado las cosas por allá, poca prosperidad se intuía entre las palmeras. Ya en la plaza, el doctor Osorio se secó la frente con la manga.

—Al menos aquí arriba se puede respirar —comentó; e Iradier rogó para que no hubiera cometido un error llevándolo.

Antes de enfilear la escalera de madera, el vitoriano estiró hacia abajo su chaqueta y planchó con la mano la pechera de la camisa de cuadros. Para compensar los hombros caídos que le había dado la naturaleza, se irguió sobre las botas de caña alta, terminando de componer su figura con el bastón fino que lo acompañaba a todas partes y le daba un aire altivo. La barba tupida y larga, que se abría hacia ambos lados, contrastaba con los ojos melancólicos apenas avivados por las cejas de diablillo.

Paciencia les abrió la puerta, cruzaron el *hall* y siguieron hasta el despacho del gobernador. A pesar de lo precario de la construcción, habían utilizado maderas nobles en algunos muebles, como la mesa con bandeja de ébano sobre la que su anfitrión estaba concentrado en un documento de varias páginas.

Levantó la mirada y se lanzó azorado para darles la mano mientras se presentaban.

—Estoy muy contento de tenerlos aquí. Otros barcos no han sido tan afortunados esta temporada. Ya estarán al tanto de la tragedia en la costa de Ureka...

—Lo estamos y sentimos lo ocurrido.

—Yo también lo lamento por lo que a usted le toca. Me han dicho que era amigo de Alfredo Gonzalbo, el farmacéutico de la colonia.

—Buen amigo, de hecho. Ha sido un golpe muy duro... del que en cierto modo me siento responsable.

—¿Por qué dice eso?

—Porque después de enviudar, cuando decidió llevarse a su hija lejos de Vitoria y me preguntó si me parecía buena idea el venir aquí, en lugar de decirle que era una locura, que es lo que debería haber hecho, lo alenté. Y lo peor de todo es que en ese momento no pensaba en lo que le convenía a él; buscaba lo mejor para mí. Me venía muy bien que Alfredo compartiera mi sueño, era una buena forma de no sentirme solo en un mundo en el que nadie me comprendía.

—La vida está para cogerla al vuelo —intervino Serrano, sorprendido por la transparencia del vitoriano—. Y le aseguro que ese hombre era feliz aquí.

—Él sí, pero ¿Bellita? Por cierto, me gustaría mucho saludarla.

—Está bien, es una muchacha fuerte e inteligente —salió apresurado el gobernador, sin entrar en detalles y mucho menos abrir el melón de por qué no seguía viviendo en su casa, como se había comprometido con su padre—. Mi mujer, que también está deseando conocerle, se ocupará de organizar el reencuentro. Por otro lado, no es que quiera sobrecargarles el petate con más responsabilidades, pero les esperábamos como agua de mayo. No sabe cómo se han puesto las cosas.

Los invitó a pasar a la estancia grande donde esperaban los sillones de mimbre y una jarra de agua con limón que llevó Paciencia. Serrano se excusó y abandonó la residencia. Una vez acomodados, hicieron un breve repaso de sus vidas; o más bien de la del doctor Osorio, ya que Iradier permanecía meditabundo.

—Si le digo la verdad, nunca he podido disfrutar de la profesión con libertad —confesó el médico al gobernador—. Cuando regresé a mi villa natal con el título, el alcalde empezó una persecución contra mí porque dispensaba remedios vinculados con la medicina naturista. Mi forma de ejercer no era acorde con los cánones de la Academia y tuve que pagar por ello.

—Ninguno de los que estamos aquí somos muy acordes con los cánones de la vida —no se resistió a intervenir el vitoriano.

—Y si le prohibió pasar consulta —dijo el gobernador—, ¿a qué se dedicó usted?

—En realidad me hizo un favor. Abandoné mi pueblo, pero me abrí al mundo. Era el momento de dar rienda suelta a mis inquietudes viajeras y fue

cuando me puse en contacto con algunas sociedades británicas.

Esa última palabra dolió como un clavo en el pie.

—¿Por qué británicas?

Osorio buscó a Iradier con la mirada para que le apoyase en lo que era una verdad sabida.

—En este tema nos llevan bastante ventaja y no me costó conseguir una oferta de financiación para la expedición que inicialmente tenía planeada, pero me exigían adquirir antes la nacionalidad inglesa.

—Ya imaginaba que querían apropiarse de los laureles. Pero, por favor, no me diga que viene con pasaporte extranjero...

—Les dije que, para sufrir privaciones, dolores y peligros, no necesitaba ser inglés. Y que si de mis viajes resultaba la gloria, la quería para mi patria.

—¡Ahí estamos! —aplaudió el gobernador—. Me gustaría que lo escucharan la panda de inglesitos que todavía danza por esta ciudad como si fuera suya.

—En cierto modo es suya —intervino Iradier.

—Cada día menos.

—Vengo notando cierta prisa desde que hemos llegado —anotó, cerrando los preliminares.

El gobernador tomó aire y cambió el tono.

—La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas les ha escogido para que tomen posesión de la costa comprendida entre Calabar y cabo Santa Clara —expuso, aludiendo al largo litoral situado frente a la isla de Fernando Poo del que podía servirse España según el antiguo tratado de 1777.

—Así es.

—Pues eso ya no es posible.

—¿Cómo?

—Han llegado una semana tarde. Los alemanes nos lo han quitado por la mano.

Iradier se levantó de la silla, empujándola hacia atrás.

—¿Han invadido nuestro territorio?

—Seamos cautos con las palabras, más que nada para no liarnos a tiros, y digamos que lo han «ocupado». Porque lo cierto es que, aunque todo ese litoral figuraba a nuestro nombre en los papeles que hace cien años firmó el conde de Florida Blanca, nunca habíamos enviado a nadie para reclamarlo públicamente.

Hablaron sobre el principio de ocupación efectiva que habían aprobado en Berlín; y de cómo Bismarck, aprovechándose de la situación, se había dado

prisa en apropiarse de buena parte de esa franja, enviando una expedición que había llegado unos días atrás hasta los límites naturales de Río Muni, el estuario situado a nada menos que doscientas millas náuticas al sur de Fernando Poo.

—¿Y hemos perdido todo ese territorio así, sin más? —se enfureció el explorador, golpeado por los diez años que había pasado buscando el modo de hacer el viaje.

—Sus banderas ondean en los poblados y no podemos meternos.

Le parecía estar en una pesadilla.

—No entiendo cómo puede estar tan tranquilo.

—Porque ya he gritado todo lo que tenía que gritar y me he cagado en todo lo que me tenía que cagar. Y no es culpa de ustedes, pero conste que tampoco es culpa mía, que llevo meses avisando a Madrid de que esto iba a pasar.

El explorador abrió los brazos, mostrándose indefenso.

—Y ¿qué haremos ahora?

—Solo nos queda ocupar Río Muni.

—¡Pero eso es muy poco!

—Es lo único que queda libre de entre todo lo que supuestamente nos correspondía. Y de ahí la prisa. Han de salir cuanto antes, no vaya a ser que ocurra lo mismo... si es que no ha ocurrido ya. Y no estoy pensando en los alemanes, que parece que han frenado su incursión desde el norte, sino en los franceses, que han ocupado Gabón al sur y le tienen muchas ganas a esa zona. Supongo que se ubica, pero si quiere se lo muestro todo en el mapa...

—No es necesario, en mi primera expedición remonté un tramo del río.

—Me consta, aunque esta vez ha de saber que no se trata de ir allí a cazar mariposas. ¿No quería usted equipararse a los grandes expedicionarios del pasado? Pues esta vez va a conseguirlo.

—¿Por qué dice eso? —intervino Osorio, cuestionándose cada vez más el acierto de haber puesto tanto dinero para esa expedición.

—Porque, una vez tomen posesión para España de la desembocadura del Muni, les tocará introducirse en la selva y ganar terreno hacia dentro a machetazo limpio. Ya que la franja de costa que nos queda es tan pequeña, la nueva estrategia es profundizar hasta el mismo corazón de África. Y sepan que no les bastará con dejar su nombre rayado en un tronco y deslindar los terrenos a plumilla en un jodido mapa. Necesito que traigan firmados acuerdos con todos y cada uno de los jefes que vayan encontrando por el camino para que quede fiel testimonio de hasta dónde llegan nuestros cojones

españoles. ¡Con todos y cada uno de ellos! ¿Me han oído? Después, ya veré cómo me las ingenio para plantar un buque de guerra frente al estuario y que termine de amansar a quien quiera reírse de nuestra madre patria.

—¿Y quiere que consigamos todo eso nosotros dos solos? —preguntó Osorio con una risilla nerviosa.

—Por supuesto que no. Irá con ustedes Sanguineto, el cabo de mar de la goleta La Ligera, un hombre de fiar.

—¡Menos mal! —ironizó Iradier.

—Y otra persona imprescindible para esta misión: el notario de la colonia.

—Está de broma.

—Si queremos hacer valer en la conferencia los contratos de adhesión a España que firmen las tribus, necesitamos darles fe pública. Y basta de lloriqueos, hombre, que me han contado que usted puede con todo. ¿No era amigo de Stanley? Pues él ha conquistado el jodido Congo y supongo que usted no querrá ser menos.

—¡A él le acompaña un ejército!

El gobernador le miró muy serio.

—Un buen soldado lucha con lo que hay.

El explorador no podía estar más preocupado. En su primer viaje conoció Río Muni con la intención naturalista que siempre había guiado sus pasos, carente del cáliz colonizador que ahora les exigían, y aun así no sabía cómo logró salir vivo. Ahora le requerían regresar, de nuevo sin medios, con la obligación de llegar mucho más adentro y someter a unos jefes que se comían el corazón de sus enemigos... literalmente. Demencial. Una cosa era que los intereses de la misión traspasasen el propósito que le había impulsado desde niño y otra muy distinta que, como acababan de dejarle claro, lo mandasen a la guerra.

—Querría pensar que esta encomienda no le roba importancia a nuestro verdadero cometido —farfulló para sí Osorio, que también se había quedado pálido.

—Igual creían que iban a pagarles el viaje solo para estudiar bichitos.

—¡Pero si no nos han dado casi nada!

—Como decimos aquí, es hora de asustar un poco a las fiebres —zanjó el gobernador, levantándose a por una botella de *brandy*.

Iradier aceptó resignado la copa. Necesitaba alejarse del mundo durante un rato.

—En cuanto ustedes marquen nuestros límites territoriales, crearé un subgobierno en la isleta de Elobey Chico para tener la zona controlada —

siguió el gobernador mientras daba un sorbo, ya más tranquilo. Se refería al peñasco que había a pocas millas de la costa y que Iradier conocía bien porque fue donde, en su día, se instalaron su mujer y su cuñada.

—¿Y a quién pondrá para custodiarlo? Porque las banderas no se sujetan solas.

—A un alférez de navío al mando de la Trinidad, la lancha de vapor. Solo tengo que hacerle unos retoques y estará lista.

—A mí me parece buena idea —opinó Osorio, animándose un poco—. Ese barco podría remontar con facilidad varias leguas...

Mientras el médico seguía haciendo suposiciones, el vitoriano se apeó de la conversación y se dedicó a seguir con la mirada a una araña enorme que ascendía por la pared. Lo hacía con parsimonia, como si fuera consciente del efecto devastador que su sola presencia provocaba en el explorador. Ningún otro animal le atemorizaba, por grande o repugnante que fuera. Era capaz de coger con los dedos un batracio que asomara en una charca, lavarlo con la delicadeza con la que amortajaría a su propia madre y tenerlo sobre su mesilla de noche en un bote de alcohol. Pero aquellos seres de ocho patas seguían haciéndole temblar, a pesar de los muchos que se habían cruzado en su camino. En su primer viaje al continente, las tribus de la costa ya le advirtieron del peligro que suponía adentrarse en el territorio de los pamues, a los que ahora tendría que engañar con todo el descaro jugándose la vida, pero lo que más miedo le daba eran aquellas telarañas monstruosas... como la que descubrió una tarde cerca del lugar donde habían acampado, mientras buscaba un lugar para hacer sus necesidades. Colgaba en forma de cono desde la copa de un árbol de treinta metros, dejando el tronco en el centro de una circunferencia que, a ras de suelo, bien alcanzaría los ochenta, por cuyo interior corrían miles de arácnidos amarillos con manchas negras. Solo el pensar en ello le generaba otra tela igual de asfixiante en su cerebro.

El gobernador se percató de la atención que su invitado prestaba al animal.

—Es algo habitual en las casas de la ciudad —dijo—. Hacen sus nidos en el techo.

—Pues ni se le ocurra invitarme a dormir.

El gobernador rio de forma escandalosa. Al ver que Iradier no le acompañaba, frunció el ceño.

—No puedo creer que estuviera hablando en serio.

—Mejor confesar a tiempo una debilidad inocente. La vulnerabilidad nos convierte en personas más carismáticas y yo necesito caerle bien.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Osorio.

—Que nuestra expedición precisa de todo el favor que el gobernador, aquí presente, pueda ofrecernos.

—¿Quiere decir que siguen adelante? —celebró este.

—Espero que no lo haya dudado en ningún momento.

—¿Y qué otras debilidades no tan inocentes se guarda para usted? —le preguntó Osorio, que todavía no veía claro el jardín en el que se estaba metiendo.

El explorador habría querido confesar que era un hombre incompleto, y no por estar machacado por la travesía, ni por las enfermedades tropicales que desde su anterior periplo africano se pedían paso en los cruces de sus venas, sino porque una parte de él estaba encadenada al caobo de Santa Isabel bajo el que enterró a su hijita. Desde entonces había transcurrido una década, pero no había podido rellenar el vacío que, al volver a tenerla cerca, le provocaba unas terribles ganas de llorar. Pero se ahuecó el cuello y aguantó erguido con gallardía.

En ese momento, Ana golpeó la puerta con los nudillos para avisar de que entraba. Los dos exploradores se levantaron para saludarla de forma ceremoniosa. Estaba radiante. Se adentró en el despacho con la barbilla alta ligeramente ladeada y las mejillas sonrosadas, envuelta en un imponente kimono negro que un diplomático le regaló tiempo atrás y llevaba años doblado en un baúl. Disfrutaba siendo una anfitriona ejemplar, pero esta vez necesitaba sentirse más que nunca la señora de la casa para no pensar en su aventura con Martín. Se suponía que, una vez cumplida su fantasía de acostarse con el hombre más atractivo de la colonia, la llama que le quemaba por dentro se habría ido consumiendo; pero, muy al contrario, se veía capaz de hacer cualquier cosa con tal de estar de nuevo entre sus brazos, lo cual le aterraba. No iba a permitir que algo que había creído manejar como un capricho pasajero terminase robándole la voluntad y poniendo en peligro la vida que se había ganado a pulso, quizá exenta de lujos, pero no de reverencias. La gente la respetaba, todos escuchaban con atención lo que decía, cuando entraba en una habitación, los hombres se levantaban para besar su mano, como habían hecho los dos que tenía delante. Por ello necesitaba un golpe de efecto —dirigido sobre todo a ella misma— y quedaba claro que había acertado. Apenas había dado tres pasos en la estancia con sus recién estrenadas sedas de Oriente, el gobernador ya había dibujado un gesto de orgullo que no le había visto desde antes de la maldita tormenta que lo cambió todo.

—Siéntense, por favor, solo quería sumarme a la bienvenida. Confío en que mi marido les haya ofrecido algo más que *brandy*. Estamos preparando algunas delicias de la tierra y sería un honor que nos acompañaran en el almuerzo.

A Osorio le pareció buena idea a pesar de que tenía el estómago revuelto desde que había pisado tierra firme, pero dejó que fuera Iradier quien contestara.

—Se lo agradezco, pero lo último que queremos es generarles molestias.

—Entiendo que eso es un sí —decidió el gobernador—; y no se preocupe que será algo breve. Luego he de pasar por la inauguración del casino, cosa que, con todo lo que tengo encima, no puede apetecerme menos.

—De verdad le digo que...

—La invitación de mi esposa no responde solo a la cortesía que la caracteriza —le cortó, terminando con el asunto—. Ayer mismo me contaba con admiración hacia usted que, ya de chaval, daba charlas en los foros geográficos más importantes del país.

—Tal vez, querido —retomó la palabra Ana por alusiones—, podrías convencer al señor Iradier para que acudiera al cuartel a hablar a tus soldados.

—¡Qué gran idea! Mañana por la mañana —dispuso—, antes de su partida.

—¿De qué podría hablarles yo? —preguntó el vitoriano.

—Cuénteles cómo se metió en esto de explorar —propuso el gobernador.

—O quizá mejor —se impuso Ana, ya crecida por completo y pensando en el mensaje que ella misma necesitaba— sería bueno explicarles cómo ha conseguido caminar firme hacia su meta contra viento y marea.

El vitoriano la observó del mismo modo que analizaría una curiosa composición en las nubes.

—Así será entonces.

Ana pensó que, sin tener un cuerpo portentoso, al explorador se le veía asentado en la tierra que pisaba, como si acabase de clavar una bandera.

Tras un instante de pausa, Iradier insistió en un tema que le importaba mucho más:

—Le he comentado al gobernador que me gustaría saludar a Bella, la huérfana de mi amigo Alfredo Gonzalbo.

Ana lanzó una mirada fugaz a su marido y volvió a regalar al explorador la más brillante de sus sonrisas.

—Ahora mismo está en la misión claretiana para dar la bienvenida a las concepcionistas, pero no se preocupe. La llevaremos al cuartel para que pueda

verle en acción.

Ökkó corrió de vuelta a la misión. Trataba de convencerse de que estaba equivocado, pero no había duda. La goleta. La mancha en la cara. Bella había perdido a su padre porque él se comportó como un maldito cobarde. Como no quería ver a nadie, no se le ocurrió nada mejor que meterse en el interior de un hoyo cavado para los cimientos de un anexo a los dormitorios. Tötyí y Epa'á le vieron hacerlo desde el otro extremo del patio y algo les dijo que era mejor no acercarse. Su compañero de aventuras les parecía una laguna que había sido refugio de pájaros de colores vivos y que, de pronto, se había cubierto por una bruma intensa, pero lo achacaban a la impotencia que sentía por la imposibilidad de ir a buscar a su madre. No podían imaginar que, además, había descubierto un fantasma tras el cristal de la foto.

Cuando Bella regresó de la cala se introdujo en el aula vacía de la escuela y se sentó en una silla de la última fila. Martín ya la había avisado de que, mientras estaba con Ökkó, él aprovecharía para hacer algo en la ciudad —ella sabía que se trataba de la inauguración del casino de la que todo el mundo llevaba hablando semanas—, por lo que solo le quedaba hacer tiempo hasta que volviese a recogerla. Pero después de pasar un buen rato sin hacer nada, levantarse a curiosear todo lo que encontró y ocupar la pizarra con un enorme jardín de tiza, estaba que se subía por las paredes. Más que vencer el aburrimiento, con el que no se llevaba mal, necesitaba saber qué había llevado al joven bubi a dejarla plantada tan de repente.

Salió a preguntar por él a sus dos amigos, que seguían con sus labores de aprendiz de albañil —la mitad del tiempo dándole a la pala y la otra mitad discutiendo sobre la forma de hacerlo—. En un principio no querían chivarse, pero Tötyí, que no era el mejor del mundo guardando secretos, alargó el dedo hacia el hoyo.

Cuando se asomó, Ökkó le pareció un cadáver a la espera de que echasen la tierra.

—¿Qué haces ahí?

—No te esfuerces, no voy a moverme.

—No tengo ningún interés en que salgas.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A buscar un lugar donde no me dé el sol. —Bajó al hoyo y se tumbó mirando al cielo en el hueco que quedaba entre la espalda de Ökkó y la pared de tierra excavada—. Así que este es tu cuarto... Tiene luz, pero no es muy espacioso. —El bubi se puso en pie. Ella le imitó—. Dime qué te he hecho.

—Solo necesitaba pensar en mi árbol —masculló mientras salía a pulso.

Bella percibió que ahí había algo.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

—Solo dime la especie, no vaya a ser que conozcas uno que yo no haya visto.

—Es un árbol imaginario que solo vemos mi madre y yo. Nuestro árbol de las palabras.

—¿Como el de los poblados?

—Este tiene palabras de verdad en lugar de hojas.

Ella entrecerró los ojos, como si comenzara a comprender.

—Y ¿en cuál estabas pensando cuando he venido?

—No puedo decírtelo.

—Al menos dime la primera letra.

Quería compartirla con ella más que ninguna otra cosa, pero no se sentía capaz.

—Déjalo.

—¿Y si hago algo realmente difícil para ganármela?

—¿Como qué?

Bella lo pensó apenas un segundo.

—Como darle de fumar a un murciélago.

—¿Por qué harías eso?

—He oído que si les metes un cigarrillo en la boca, empiezan a aspirar sin parar y van hinchándose hasta que se consume por completo.

—¡Pobre animal, de ninguna manera!

Fue a repetir la explicación de Urí sobre la necesidad de honrar y cuidar todo lo que le rodeaba como una parte de sí mismo, pero no quería seguir hablando de ella.

—No son precisamente agradables —se defendió Bella. La compasión de Ökkó había hecho que se sintiera mal con ella misma, pero al momento abrió

mucho los ojos—. Hablando de tabaco, se me ocurre algo mucho más divertido. Pero recuerda que has prometido decirme una letra.

Ökkó asintió, entrando en el juego sin darse cuenta.

Ella lo cogió de la mano y tiró de él.

—¿Adónde vamos?

—¡A colarnos en el nuevo casino!

En Santa Isabel hacía falta un centro social en condiciones. Años atrás, todavía con el tufo inglés rondando la colonia, cuando la aristocracia local de marinos y hacendados quería apartarse de los estibadores, porteadores, esclavos y negros de cualquier condición, se reunía en casa del entonces gobernador Lynslager, que tenía sangre de rico comerciante holandés y espacio de sobra. En su edificio, cuyos bajos utilizaba de almacén para guardar el aceite de palma y los frutos con los que mercadeaba, nunca faltaba de nada porque sabía que lo que gastaba en licor lo ganaba en favores. Siempre había una silla disponible para cualquier miembro de aquella élite obsesionada con atisbar nuevas posibilidades de negocio. Y así sobrevivieron al tedio, juntándose en esa casa o en las de otros anfitriones nunca tan generosos, hasta que unos cuantos se lanzaron a redactar los estatutos del casino que se inauguraba esa tarde.

Por el camino percibieron más movimiento del habitual, también debido a que el evento coincidía con la llegada del barco de la metrópoli. Incluso se escuchaban melodías que se entrecruzaban, tan dispares como las personas que caminaban de aquí para allá coloreando las calles casi siempre vacías. Unos percussionistas golpeaban sus troncos vaciados mientras otro entraba en trance con su flauta de calabaza. Junto a ellos, dos nativos bailaban dejándose llevar, su cuerpo convertido en ritmo, como también ritmo era su lengua bantú salpicada de sonidos de la naturaleza que dejaban escapar con los ojos entrecerrados. Un trovador entonó una romanza a través de un largo cilindro en cuyo extremo tenía una membrana de huevos de araña que imprimía a la voz una textura diferente.

Y llegaron al casino.

El edificio, elevado del suelo, tenía tejado de paja y adornos cilíndricos que colgaban en el corredor exterior, cercado por grandes hojas de palma. Dos violines flirteaban en el interior.

—Prefería la otra música —gruñó Bella.

Ökkó, sin embargo, estaba hipnotizado. Nunca había oído un instrumento de cuerda.

—Parecen culebras finas surcando un río.

—Pues espera a que oigas un acordeón, eso sí que es una fiesta. Vamos a la parte de atrás, seguro que hay una puerta.

Al pie de las escaleras, el comité fundacional se ubicaba para hacerse una foto, todos tan estirados como el farol que habían colocado para iluminar la entrada por las noches. Uniformes de oficial, otros de gala, salacots impecables, como las casacas, pajaritas, panamás blancos, bastones de empuñadura brillante y hasta un sombrero de copa que se había enfundado un comerciante que exhibía en el chaleco la cadena de un reloj de oro.

Frente a ellos se preparaba Joaque, un fotógrafo negro de rostro simpático nacido en Sierra Leona que se había hecho muy popular entre la sociedad fernandina. Unos años antes, recién abierto su estudio en Santa Isabel, el gobernador le encargó hacer un reportaje que mostrase una colonia próspera para compensar un informe demoledor que su antecesor había remitido a Madrid y asegurar la permanencia de España en la isla. Joaque aceptó el reto sin dudar y, de todas las fotos que disparó, aparte de preciosas vistas de la bahía, seleccionó las de los mejores edificios, como las residencias de los comerciantes Holt y José Joaquim de Souza y la iglesia de San José, en la plaza de España, donde retrató a un nutrido grupo multirracial que salía de misa para demostrar que se había impuesto la religión verdadera. Nunca antes se había utilizado la fotografía como propaganda colonialista y la apuesta salió a pedir de boca, ya que, al poco de publicarse el álbum, el Gobierno envió a Guinea cincuenta mil pesetas y un baúl de proyectos para su reactivación. No era extraño que todos quisieran posar para el recién encumbrado artista.

Desde la entrada principal, Martín observó uno por uno a los fundadores que desfilaban en hilera tras haber inmortalizado el momento. Parecían divertirse, aunque estaba claro que el lugar había nacido para ser un foco de contactos.

«Al menos aquí —pensó—, mientras otros cotillean sobre mí tengo un wiski en la mano».

Recordó con nostalgia cuando se fundó el Círculo de la Amistad de Soria, parejo al casino de su ciudad. En aquel entonces, Martín tenía veinte años; eran tiempos de Isabel II, la Reina Castiza, y en sus salas se cocían los fundamentos de la burguesía, una recién nacida clase media que anhelaba tener una identidad propia y organizaba actos culturales y de beneficencia que, por encima de todo, eran una fuente de relaciones y de prestigio. Aquella mezcla de club inglés, que solo abría sus puertas a los varones, y club italiano, con abundante café en la planta baja y sala de juegos en la superior, se

convirtió en su hogar. Seguía soltero y allí pasaba las horas muertas con un hermano del alma llamado Iván, pero la anécdota más memorable se dio la tarde de la inauguración. Como no se les daba mal dibujar, confeccionaron un cartel alternativo del evento que pegaron en el interior del servicio, con caricaturas de muchos de los asistentes. Duró colgado lo que tardó en arrancarlo uno que se reconoció, pero entretanto soltaron más de una carcajada observando las caras de los que salían.

Desde entonces había pasado mucho tiempo, pero él seguía teniendo el mismo espíritu joven con ganas de dar guerra. Miró a su alrededor. Al haberse congregado tanta gente a la misma hora, habían apartado algunas mesas y sillas para que los invitados charlasen de pie, lo que también les brindaba más posibilidades de relacionarse. Reconoció a un finquero que tenía concesiones en el este, al que hacía tiempo que quería presentarse.

—Lo peor que puede hacer un indígena es intentar imitar al blanco —explicaba aquel a otros dos—. Y eso es porque desde el momento en el que pierde su sencillez primitiva, se vuelve mentiroso y perverso. Tengan en cuenta que lo que les impide robar o violar, o hacer cualquier otra barbaridad, no es la razón, porque carecen de intelecto. Su freno es más emocional, como el de un animalillo que nota cuándo algo está mal. Y si se les va la mano, tenemos que castigarlos; es lo que toca y, además, esta gente admite bien los palos siempre que sean inmediatos. Lo importante es no azotarlos por rutina o porque no nos gusta su cara...

Horrorizado por aquel discurso, estuvo a punto de intervenir. ¿Acaso civilizar no significaba estar disponibles, abrirse a nuevos valores, mejorar al otro para mejorar uno mismo? Cuanto más se empeñaba en sacar adelante su proyecto, más dependiente se veía de un sistema en el que no terminaba de encajar, a merced de gente como el gobernador —que cada vez le recordaba más a su suegro—, con la que tenía que contemporizar para conseguir unas migajas y ningún reconocimiento. Aunque, por otro lado, le impulsaba el sentirse capaz de aportar algo para cambiar ese escenario. De momento, trataba a sus trabajadores como lo habría hecho en Soria. Aquel hombre los comparaba con los animalillos sin darse cuenta de que lo único que diferenciaba al ser humano del animal no era el conocimiento, ya que este también lo tenía, sino la conciencia.

Ya sin intención de hablar con él, se giró lo justo para ver que a su lado pasaba el polaco Rogoziński. Cuando fue a saludarlo, este se hizo el longuis. Aquella reacción le pilló fuera de juego porque, aunque finalmente no cerraron el trato de las fincas, se suponía que no habían acabado mal. El otro

le había dejado bien claro que estaba barajando otras propiedades que le gustaban tanto como la suya, ¿a qué venía que le apartase la cara?

Entretanto, Bella y Ökkó habían conseguido entrar a hurtadillas por la portezuela dedicada al servicio. Era un club privado, pero no una cárcel o un cuartel, hasta la enfermería estaba más vigilada. Se agacharon tras un cortinaje, desde donde la intrépida huérfana del farmacéutico se asomaba para enterarse de todo.

—Te van a ver —susurraba él, tan fuera de su medio.

—Si sigues hablando, desde luego. Y ya que no vamos a dar de fumar al murciélago, voy a por un cigarro para nosotros.

Sin darle tiempo a replicar, gateó hacia la chaqueta que un hombre ebrio había dejado sobre el respaldo de una silla mientras mostraba a un grupo la cicatriz de lanza que tenía en el hombro. Excitada, hurgó en el bolsillo de la prenda buscando la pitillera que le había visto sacar un poco antes. Un camarero nativo se percató de que estaban ahí. Ökkó le lanzó una mirada de súplica y el otro se contuvo de recriminarles para no llamar la atención de todos. Martín, al que un par de finqueros mayores habían cogido por banda para interrogarle sobre su explotación, notó que algo pasaba, pero no vio a la pareja. Bella extrajo por fin la pitillera, pero, al ir a abrirla, por los nervios, se le escapó de la mano y cayó al suelo esparciendo los cigarrillos por todas partes. El joven bubi quería morir. Bella guardó un par e intentó meter el resto en su sitio. Ahora sí, el camarero se volvió hacia ellos enérgico.

—¡Cómo se os ocurre robar!

La muchacha dejó el cuerpo del delito sobre la chaqueta antes de salir pitando seguida de Ökkó, ambos con la cabeza gacha. Para cuando los socios reaccionaron, los dos chavales habían desaparecido y volvieron a lo suyo. No así Martín, que salió detrás, iracundo.

Cuando lo vieron aparecer, comenzaron a explicarse de forma atropellada. Martín estuvo tentado de reírles la gracia. Él mismo había hecho cosas parecidas y mucho peores. Pero decidió que les vendría bien una lección y se mostró serio como una institutriz británica.

Mientras tiraba de Bella para regresar a la finca, esta se giró.

—La pe —aprovechó Ökkó para decirle, exagerando el gesto con la boca más que pronunciándola en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó ella arrugando la nariz.

—La letra que te debía, la pe.

Y ambos, en mitad del caos que envolvía su existencia, se regalaron una sonrisa cómplice que duró un instante, pero supo a una vida entera.

Por la mañana, los tres amigos bubis y el resto de los internos participaron en una visita guiada por la misión para las hermanas concepcionistas. Al prefecto le preocupaba el gesto adusto que la superiora venía mostrando desde el inicio, y así se lo dijo.

—No es falta de ilusión, sino agotamiento —le tranquilizó aquella, una mujer de Villafranca del Penedès y voz rotunda que andaría por la cincuentena, y a la que todas se dirigían como sor María de Jesús.

No le faltaba razón. El viaje había comenzado tres meses antes en dirección a la Carraca, el centro militar de reparación de buques en Cádiz, donde se estaba poniendo a punto la nave Ferrolana. Allí pasaron unos días sobre jergones de paja hasta que, por fin, embarcaron hacia la primera escala en Tenerife. A partir de entonces, el suplicio. Los crujidos de un casco con demasiados parches, los golpes de un mar deshecho que incluso les abrió un boquerón en la popa... Y eso cuando el problema no era el contrario, el gran océano tan calmado que las detenía en un punto sin tiempo ni horizontes, dedicadas a murmurar rezos para esquivar el cruce de miradas con los marineros y a dar sorbitos al agua racionada bajo un sol que prendía los hábitos. Pero la superiora siempre sacaba fuerzas de flaqueza en honor a la Virgen e ideaba formas de mantener entretenidas a sus compañeras, como cuando montaron un belén viviente con la tripulación y la pusieron a cantar villancicos como si fuera Navidad. En ese momento —todavía no podían creerlo— alrededor del barco saltaron peces que dibujaron curvas imposibles en el aire para unirse a la fiesta del nacimiento.

—Verán como pronto se recuperarán.

—Si Dios quiere —dijo la mayor de todas, que no podía dejar de mirar a un lado y otro con una especie de vértigo. Tras arribar a tierra, las habían recibido con una acción de gracias, con tedeum cantado incluido, habían caminado por media ciudad y, sin embargo, seguía sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

Todas ellas tenían una edad muy avanzada y, por ello, ese aplomo que te da el haber vivido. Cuando a los claretianos les autorizaron incorporar mujeres en su proyecto evangelizador, un par de responsables de la sede empezaron a llamar a la puerta de todos los conventos que encontraban, pero la respuesta siempre era la misma: que bastante trabajo tenían en casa como para irse tan lejos... Hasta que la superiora general de las concepcionistas accedió a proponérselo a sus hermanas. Lo hizo solo por consideración hacia los dos padres que se habían desplazado hasta su retiro, convencida de que aquellas iban a negarse en redondo, por lo que se quedó de piedra cuando las cuatro consultadas dijeron que sí. El asumir los riesgos del viaje era una forma de sentirse más cerca de Dios, pensaron; y, por qué no confesarlo, también les hacía ilusión convertirse en las primeras misioneras españolas en pisar suelo africano.

El prefecto estaba pletórico, ya que la Real Orden que autorizó la expedición había dispuesto que también embarcasen otros nueve padres claretianos acompañados de sus respectivos hermanos coadjutores. Una vez llegados a Fernando Poo, los misioneros ya sobrepasaban en número al personal administrativo de la colonia, por lo que estaba en su mano no solo influir en la vida de Santa Isabel, sino escribir de su puño y letra la futura historia de Guinea.

—Ahora que hemos crecido en número —habló al grupo para que la superiora fuera consciente de la entidad del proyecto—, ya podemos iniciar las misiones en las islas pequeñas.

—¿Iremos a Annobón? —preguntó uno de los nuevos, que había oído historias sobre ese cráter que emergía del mar.

El prefecto negó con la cabeza.

—Allí solo fondean un puñado de balleneros y buques de guerra extranjeros; y, además, el comandante que lo regía lo dejó en un estado de abandono total. De momento empezaremos por fundar la casa claretiana de Corisco.

Varios aplaudieron.

—¿A quiénes mandará allá?

—En breve os revelaré los nombres. El gobernador me ha prometido que pronto tendrá lista la goleta que se ocupa de los traslados oficiales.

—¿Me llevarán a Ureka? —saltó Ökkó—. Dijo que lo harían en la siguiente expedición.

—Te dije que cuando volviésemos a bordear Fernando Poo para rescatar almas consideraría la posibilidad de hacer una escala en tu tierra. Pero esto es

otra cosa.

—Nosotras estamos ansiosas por tener niñas para el internado —metió baza la superiora.

—¿Lo ve? —estalló el joven bubi—. ¡Hagámoslo ya!

—Siempre estamos igual contigo, ¡qué hartazgo! En cuanto te frustras por cualquier cosa, vuelves a comportarte como un salvaje.

—¡Fue usted quien me prometió que me ayudaría a salvar a mi madre!

—¿Qué le pasa a su madre? —preguntó la monja.

Ökkó fue a hablar de nuevo, pero una pareja de bubis adultos que se adentró en la misión llamó su atención. Venían a comerciar con los productos que traían consigo.

Había algo en ellos, un recuerdo entre brumas...

El hombre iba desnudo, salvo por un taparrabos de piel y un sombrero que antes habría pertenecido a algún militar. La mujer parecía un ánfora de barro, con la piel cubierta de un lodo que llamaban tola y escarificaciones radiales en el rostro. Cuando aquel vio que a los misioneros y a las concepcionistas no les interesaban ni sus hierbas ni sus abalorios y se giró para buscar otros posibles compradores, Ökkó se fijó en algo que llevaba en el pelo, enganchado como un pasador...

¡El peine!

Entonces los reconoció. Eran los que les salieron al paso en las faldas del pico Basilé mientras atravesaba la isla con el padre Aguirre. Aquel día apenas estaba consciente para tragar el tubérculo machacado y soportar el ungüento que durante horas notó en el cielo de la boca, pero no había duda. Ahí estaba el peine de hueso, con el mango decorado a base de círculos y triángulos. Le pareció escuchar el sonido que Urí hacía al pasar los dedos por las púas.

—Eso es mío —les dijo en su lengua. Fue a cogerlo por sí mismo y el otro le empujó para apartarlo—. Se me cayó por el camino —mintió entonces, sabiendo que aquel día lo arrojó hacia el barranco con saña.

—Nos lo dio el hombre que iba contigo.

—¿Por qué?

—Para traerte de vuelta.

Ökkó entendió lo que había pasado. Buscó al padre Aguirre entre el grupo para que lo arreglara, ofreciéndoles otra cosa a cambio. ¿Dónde estaba? No lo había visto en ningún momento durante el paseo de bienvenida. Corrió hacia el comedor y de ahí a la escuela, pero no lo encontró. Enfiló hacia los dormitorios...

Y allí estaba, tirado en el suelo.

Su rostro había adquirido un color amarillento.

Pidió ayuda a gritos. Al poco llegaron el padre Cadarso y otros dos misioneros que lo tumbaron en el camastro. Ökkó miraba asustado cómo su mentor se hacía un ovillo entre escalofríos con el pelo calado por el sudor. No podía pasarle nada. Para seguir caminando con seguridad por su nueva vida necesitaba esa mano amiga, capaz de alzar una cruz de madera a modo de espada salvadora.

—¿Qué le ocurre? —preguntó al padre Cadarso, aunque conocía bien los síntomas.

El monje no se atrevió a contestar. El padre Aguirre le había comentado que llevaba un tiempo cansado, con los músculos débiles, y que desde el día anterior tenía la sensación de que la cabeza iba a estallarle. Pero como también le dijo que tenía diarrea, ambos prefirieron creer que era un simple cólico por comer algo en mal estado. Se llevó la mano a su propia frente. Para no incubar el mal les recomendaban vestir una prenda de franela bajo el hábito y comer poco. Lo primero lo cumplía a rajatabla; sin embargo, ni sabía las piezas de fruta que se había echado al cuerpo en lo que llevaban de día.

Como primera medida, el prefecto pidió al resto que lanzasen una batería de rezos. El único remedio para aplacar la violencia del ataque era la quinina, aunque hacía dos días que se les había terminado y, con el jaleo por la llegada de las madres concepcionistas, aún no habían ido a por más. De hecho, eran estas las que tenían que haber traído de la Península unas cajas de sulfato que los responsables de la congregación habían comprado y que les habrían durado meses, pero se habían arruinado en la bodega del barco por una de las entradas de agua que sufrieron durante la travesía.

—Ve corriendo a la botica del hospital y hazte con todas las dosis que te den —pidió al hermano Vilumbrales—, que lo apunten en la cuenta de la misión. Y dile al médico que venga en cuanto pueda, que esto no me gusta nada.

Los demás fueron saliendo al patio y se agruparon en un círculo callado, como si ya estuvieran velando a un muerto. Sor María de Jesús se ausentó a buscar su petate y regresó con un ejemplar de la *Guía Medical*, un protocolo del Gobierno francés para reducir las muertes en sus misiones de África que le habían entregado antes de zarpar. Empezó a pasar páginas, confiando encontrar algo.

—Solo recomienda higiene y ejercicio —la desengañó el prefecto, que lo tenía releído de arriba abajo.

—¿Y el purgante de calomelano? —sugirió la superiora, recordando un antiguo remedio que se prescribía para todo, desde la sífilis hasta la gota.

—No le dé más vueltas, madre —intervino el padre Cadarso—. Lo único que nos salva es la quinina. Y eso si tiene suerte, porque en ocasiones es la propia medicina la que nos rompe por dentro.

—Al menos por aquí no se prodiga tanto la viruela o la disentería que se llevan tantas almas en otras zonas del continente —se defendió el prefecto, tras lanzar a su compañero una mirada de reproche. Todavía temía que a la superiora le entrasen ganas de subirse al barco de vuelta a la Península—. Ustedes cuiden de no ponerse demasiado al sol, ni dejen que les mojen estas nubes que hoy tenemos encima, que el agua sienta mejor por dentro que por fuera.

El padre Cadarso vio que era el momento de quitarse de en medio y enfiló hacia el dormitorio en el que ardía el padre Aguirre. No quería discutir, pero se sabía en lo cierto: la quinina no dejaba de ser un mal menor.

Extraída de la corteza del árbol andino de la quina, los pobladores del Virreinato del Perú la habían utilizado durante siglos para curar calambres y resfriados y aplacar el corazón desbocado, pero fueron sus propiedades antimaláricas las que desataron la obsesión de los españoles por este remedio. Los misioneros del colegio San Pablo de Lima llegaron a crear un laboratorio farmacéutico desde el que exportaron a Europa grandes cantidades de quinina procesada. Tanta que los protestantes, muertos de envidia ante la popular «corteza jesuita», empezaron a expandir el rumor de que era un instrumento del demonio para meterse en los cuerpos y robar las almas. Pero como la fiebre daba más miedo que el propio Satanás, todos los colonos terminaban usando aquel polvo blanco y amargo que, si bien tenía efectos positivos constatables, también —como afirmaba el padre Cadarso— los tenía secundarios. Su uso habitual podía provocar problemas severos como sordera y alteraciones cardíacas, por no hablar del mal que hacían sus versiones adulteradas. Y es que, debido a su precio —tan elevado que mucha gente no podía permitírsela—, la quinina también era el producto más falsificado de la colonia.

Cuando entró en el cuarto, el padre Cadarso encontró a Ökkó arrodillado junto a la cama como si estuviera frente a la imagen de un apóstol torturado. Abrazó desde atrás al joven bubi con toda la ternura de sus brazos rechonchos y le dijo:

—Aprende de este hombre. Lleva días cagando líquido y no se le ha escuchado un lamento.

—No sabía que estaba enfermo.

—Porque tu padre Aguirre nunca quiere molestar.

—Tiene la boca seca. Voy a por agua.

Se levantó.

—Si tuviera una miserable botella de vino de quinina... —lamentó. El claretiano acostumbraba a guardar sus propias reservas de sulfato disuelto en vino común. Doble efecto, solía decir, pero ni eso les quedaba—. Qué suerte tenéis los de aquí, que no os hace falta. Estas fiebres nacieron para echarnos a los de fuera, pero te aseguro que con esta panda de monjes no van a poder.

—Los de aquí también morimos de fiebres, sobre todo los niños —repuso Ökkó con gravedad—. Y pronto regresará del hospital el hermano Vilumbrales.

—Anda que no podía haber escogido a uno más lento —refunfuñó—. Ni más blando, que se parece a la mantequilla que tanto le gusta. Seguro que lo tienen allá esperando hasta mañana.

Ökkó apretó los ojos.

Una hoja resonaba con fuerza en su árbol de las palabras...

Caminar.

Conocía bien su significado, pero no se atrevía a trepar a por ella.

El padre Aguirre hizo un leve movimiento. Parecía que quería decirle algo.

Acercó la oreja a su boca, que desprendía el calor de una brasa y un extraño olor.

—Eres un buen chico —susurró.

Y empezó a toser, rompiéndose por dentro, mientras la fiebre estiraba sus dedos huesudos y lo arrastraba de nuevo a un mundo de pesadilla.

Iradier y el doctor Osorio se dirigieron al cuartel de la Infantería de Marina acompañados del gobernador y su esposa. Por el camino, Ana aprovechó para explicarle los avatares de Bella. Cada dos frases repetía que habían intentado obrar por su bien, lo que dejaba claro que se sentía culpable. El explorador, aturdido por tanta información inesperada, trató de ser empático y se limitó a decir que en Fernando Poo nada era fácil. Al fin y al cabo, la solución de que conviviera con las concepcionistas hasta que hallasen un destino definitivo le parecía mucho más acertada que cualquiera de las que habían tomado hasta entonces, por lo que decidió hacer tabula rasa y no remover, ni mucho menos cuestionarla. Todos sabían —él el primero— que no era el más adecuado para dar lecciones de cómo cuidar a una niña.

Para cuando llegaron, el calor empezaba a apretar, por lo que no convenía demorarse. El gobernador juntó a la tropa en el patio y los soldados se colocaron en semicírculo, los de las primeras filas sentados en el suelo, de pie los de atrás. Iradier se sentía acogido. Incluso los hombres más rudos desprendían un aire inocente bajo el uniforme de rayadillo con bandas celestes y blancas, similar al de un colegio. Otros realmente parecían adolescentes, sus rostros imberbes requemados y, en la mirada, la pregunta perpetua de qué demonios hacían tan lejos de casa.

—Llevo tantos años luchando por volver a esta isla, que había olvidado el propósito que me impulsa —compartió con ellos, después de que el gobernador lo introdujera—. Pero estar con vosotros ha hecho que vuelva a tenerlo presente. ¿Cuál creéis que es? Hay quien dice que busco notoriedad. ¿Notoriedad? ¡Si después de mi anterior viaje a la selva solo me conocen en tres calles! Y no me refiero a la Gran Vía de Madrid, sino a las que hay alrededor del comercio de mi suegro en Vitoria. —Los soldados rieron—. En nuestro país, la gente no ve las exploraciones como una hazaña, sino como una especie de caprichito o divertimento. Otra opción: ¿creéis que mi propósito es destacar entre la comunidad intelectual? —Negó con la cabeza

—. Os aseguro que los académicos ya tenemos el ego lo suficientemente grande como para necesitar venir a este hervidero de fiebres para inflarlo aún más. ¿Será entonces que me mueve el dinero? ¿Vosotros qué pensáis?

—¡Más que nosotros ya ganará! —gritó uno, arrancando más risas de compañeros.

—Si tú supieras... Lo poco que entra desaparece al instante. Ser explorador es como tener un mastín como mascota, los filetes que le das nunca son lo suficientemente grandes. En cuanto salga de aquí he de ir a aprovisionarme al mercado y no sé de dónde voy a sacar los cuartos. Si me prestas un poco...

—¡Mejor no! —rio aquel.

—No puedes prestárselo porque lo has perdido todo jugando al mus conmigo —saltó otro, provocando una carcajada general.

—Y si no es por dinero ni por fama, ¿qué hace en este agujero? —se envalentonó el primero—. Seguro que no lo han traído solo para hacernos pasar el rato.

—Os merecéis pasar un buen rato más que nadie, así que me daría por satisfecho si supiera hacer dignamente de payaso, pero tampoco es lo mío. Estoy aquí porque... —Hizo una breve pausa y siguió con la atención ganada— es mi responsabilidad. Y esto también hace que me sienta cerca de vosotros. Todos los aquí presentes estamos entregados a un fin superior. Somos gotas de la lluvia fina que ha venido a dar de beber a esta tierra y a sus gentes. Si nos fijamos en cada gota por separado, nuestro trabajo parece inútil. Contemplamos esta naturaleza desbordante y pensamos: ¿qué puedo aportar yo? No soy nadie como para provocar un cambio en este lugar, tan lejos de mi casa. De nada sirve dejarme la piel bajo este sol abrasador. Os aseguro que a mí también me golpean estos pensamientos en ocasiones, pero entonces recuerdo que tengo la responsabilidad de hacer lo que esté en mi mano, mucho o poco, para forjar el futuro que España merece. Cuando os toque barrer este patio, no penséis en la escoba. Pensad que con esa tarea, al igual que con cualquier otra, grande o pequeña, estaréis contribuyendo a civilizar esta tierra, a demostrar al mundo que siempre se puede ir un paso más allá. Creedme cuando os digo que aquí estamos construyendo algo que pasará a la Historia.

Los soldados rompieron a aplaudir y a jalear al explorador. El gobernador no recordaba una ovación semejante, ni tan siquiera tras batallas ganadas. Y es que estaban celebrando la más grande de las victorias: descubrir que sus

vidas, a pesar de todo lo que estaban sacrificando —o precisamente por ello —, tenían sentido.

—En aquel primer viaje, ¿vio a los caníbales? —preguntó uno de forma animada.

—¿Te refieres a los fang? Conviví con una tribu unas semanas, hasta que empezaron a mostrarse hostiles y me percaté de que estaba jugando con fuego. Su rey decapitó a un esclavo delante de mí porque rompió una vasija. Se creía una especie de dios inmortal, de tantas veces que le habían herido y había sobrevivido.

—¿No sentía miedo? —preguntó un corneta que, sentado con las piernas cruzadas en una esquina, apretaba el instrumento contra su pecho.

Iradier dio unos pasos para acercarse a él.

—Cuando llegué a la aldea supe que eran ellos por el color más claro de la piel y el pelo recogido en mechones, pero, como ya era tarde para dar marcha atrás, lo único que podía hacer era rezar. Y cuál fue mi sorpresa al ver que, en lugar de rajarme de arriba abajo, se mostraron incluso afables. Les ofrecí una botella de caña y fueron apareciendo más y más. Todos me observaban con curiosidad, aunque yo era el primero que no tenía ojos suficientes para tanto estímulo. Habría unas cien chozas, mil tipos de brazaletes, collares, sus cuerpos cubiertos de telas, el humo del tabaco que quemaban las pipas, las venas rojas en los ojos y cicatrices por cortes que ellos mismos se hacían en brazos y muslos... Me quedé a pernoctar y seguí haciéndolo hasta que un buen día me sentí su prisionero. Se me ocurrió calmar los ataques de un miembro de la tribu con un jarabe que llevaba conmigo para provocar el vómito y empezaron a pedirme otros remedios, sobre todo para potenciar su virilidad; y como premio me ofrecían participar en las orgías. Solo de pensarlo se me ponen los pelos tan de punta que se me cae el salacot.

—¡Pues si hablamos de orgías, a mí se me pondría otra cosa de punta! —se oyó desde atrás entre risas.

—Pero ¿eran caníbales o no? —insistió el primero.

—El rey cocía la cabeza y los testículos, los condimentaba con guindillas picantes... y para dentro.

—¡Así que es verdad! —exclamó con gesto de asco—. Pero ¿de quién eran los cojones que se comían?

Iradier se encogió de hombros.

—De sus enemigos. Ni se sabe la cantidad de ellos que habrán caído por sus flechas. Me río de nuestros fusiles, aquellas mataban mucho más y más

rápido. Y también de los condenados a muerte. No sé, de cualquiera que cayera sin estar enfermo.

—¿Y qué hacían con el resto del cuerpo?

—Los que tenían una posición más alta en el escalafón del poblado se comían el pecho y los brazos; y el resto se dejaba para el pueblo. Tenía toda la lógica. ¿Qué partes escogerías tú si pudieras elegir?

—¿Yo? ¿De qué leches me habla?

—De antropología, amigo. No es que quiera hacerme un cocido contigo.

—De verdad que no sé cómo pudo dormir un solo día allí dentro.

—Será porque uno de ellos me dijo que nuestra carne no es tan sabrosa como la suya. Por lo visto, la de los blancos es más amarga.

Aquello fue demasiado. Empezaron a hablar unos con otros. El gobernador tuvo que soltar un par de voces para poner orden. Iradier se percató de que el joven corneta había seguido mostrándose serio en mitad del jaleo, así que aprovechó el vacío para preguntarle qué le ocurría.

—Que tengo un hijo recién nacido al que no conozco y me gustaría verlo al menos una vez —explicó aquel.

En ese caso no hubo risas. El soldado acababa de cumplir diecinueve años, los mismos que el explorador tenía en su anterior visita a la isla. Era delgado, con ojeras que remarcaban su nariz aguileña, pero destilaba una fortaleza diferente, esa que le permitía abrirse en canal delante de toda la guarnición.

—Espero que así sea —le dijo el explorador—. Yo también he sido padre.

—Sí, claro...

Fue a explicar algo, pero finalmente hizo un gesto con la mano para indicar que daba igual.

—No te guardes nada. Estamos entre amigos.

—Pues que no estoy de acuerdo con lo que ha dicho al principio.

—Está bien —medió el gobernador—, creo que ya podemos ir despidiendo a nuestro invitado...

—Explícame a qué te refieres —avivó Iradier al soldado, rehusando la salida que le tendían.

—No digo que usted no se arriesgue al venir aquí y hacer todo lo que hace por España y por quien quiera, pero no somos tan iguales como dice.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que usted ha elegido estar aquí. Yo, en cambio, preferiría estar en otro sitio, pero tengo que dar de comer a mi familia y no me queda otra que

obedecer. Quiero ser un buen soldado, le juro que quiero serlo, pero es que esto es muy duro.

Un murmullo.

Iradier levantó la mano para detener al gobernador antes de que volviera a intervenir.

—Si te sirve de algo, te aseguro que yo tampoco actúo con libertad.

—¿Y quién le obliga? Dice que no saca nada a cambio...

—Soy un esclavo de mi propio sueño.

—Los sueños han impulsado a los hombres hacia los grandes hitos de la humanidad —declaró el gobernador con rimbombancia para recuperar el control.

—Sin duda. Pero cuando se vuelven tan obsesivos como el mío, no te permiten ver más allá de la punta de tu nariz. Tu vida puede derrumbarse a tu alrededor sin que te des cuenta. —Elevó la vista al cielo y respiró hondo. Sabía que había llegado a un punto en el que no había vuelta atrás—. Tras mi primer viaje a estas tierras, embarqué de vuelta en el vapor América rumbo a Cádiz, enfermo y arruinado. Lo había sacrificado todo por aquella expedición y ¿sabes quién me esperaba en el puerto a mi llegada? Nadie. Una vez en Madrid, no tenía dinero ni para llegar a Vitoria. Y no creas que es una forma de hablar. Un buen amigo llamado Velasco tuvo que prestarme tres duros para no tener que dormir al raso en la capital y llegar a nuestra casa, por llamar de alguna forma al cuartucho que ocupábamos en la vivienda de mi suegro. Una vez allí, ¿sabes cuánta gente vino a visitarme en los días siguientes? Nadie. Y después me tocó buscar una forma de llevar pan a mi familia, que soportó la desgracia de ver morir *también* a mi segunda hija.

Otra respiración profunda.

Ana permanecía quieta como una estatua.

Los soldados esperaban ansiosos a que continuara.

Cuando por fin lo hizo, dibujó una mueca extraña.

—En esos momentos de devastación, ¿qué piensas que ocupaba realmente mi mente? Y cuando digo ocuparla, me refiero de forma enfermiza, sin dejar espacio ni para la pena. Pues, aunque no te lo creas, solo pensaba en la renovación de La Exploradora, mi bendita sociedad. Mi vida se desmoronaba y lo único que me preocupaba era la forma en la que iba a redactar el artículo dos de los nuevos estatutos: «Organizar y enviar expediciones científicas para la exploración y civilización del África central». No sé si reírme o llorar, pero aquí me tienes. ¿Soy o no un esclavo de mi propio sueño? —Se hizo un silencio prolongado, tan solo roto por el zumbido de un insecto y el trinar de

pájaros lejanos—. Pero es el que me ha tocado en suerte cumplir. Y por eso, ya que las cosas son así y no puedo cambiarlas, lo único que me queda es intentar estar a la altura.

—¡Yo voy con usted a Río Muni! —gritó un soldado de barba poblada—. Con permiso del oficial, claro.

—Gracias, pero...

—¡Yo también quiero ir! —gritó otro.

—Gracias —repitió Iradier sin ocultar su emoción, volviéndose hacia el gobernador—, pero creo que no será ni posible ni necesario. Tenemos la misión estructurada...

Como si no le oyeran, fueron sumándose más y más voluntarios. Los que estaban en el suelo se levantaban para dejarlo claro. Los que estaban de pie, adoptaban una posición de firmes. El gobernador no apagó su entusiasmo. Ya les diría más adelante que no podía ser.

En ese momento, Martín se adentró en el patio junto a la Florecida, que para sorpresa de todos echó a correr hacia el explorador y se abrazó a su cuerpo.

Iradier la recibió abriendo los brazos sin atreverse a cerrarlos, como si fuera pecado tocarla. No podía creer que aquella mujercita fuera la mocosa que una década atrás curioseaba a pasos inciertos por la sala del instituto donde celebraban las reuniones de la sociedad. Desprendía una energía inquietante, como la de una acogedora pradera que es vigilada por un lobo desde lo alto de un cerro. Nadie debería verse obligado a crecer tan deprisa. Pobre Bellita, qué malas cartas le había repartido la vida. Y pobre Alfredo... Su amigo había muerto como los verdaderos sabios, tan pobre en dineros como rico en amarguras. Apoyó por fin las manos con cuidado en su espalda e incluso se permitió pasar la derecha por su cabeza, haciendo el gesto de aplanar los rizos rebeldes.

La tropa, sin querer quebrar aquel momento de intimidad, rompió filas en silencio y se dispersó.

Martín, que permanecía apartado para no interferir, miró a los ojos a Ana. La notó muy seria, algo pasaba. El gobernador se había colocado a su lado, firme como un palo mayor, como si intuyera que debía atarla en corto. En cuanto tuvo ocasión, aprovechando que aquel fue a dar una instrucción a un sargento, se acercó y le habló en voz baja.

—¿Qué ocurre, Ana?

—Aquí no —lo frenó ella—. Nos vemos en un rato en el almacén de Holt. Iradier va a ir a aprovisionarse. Acompáñalo con Bella y yo me uniré después.

Sin dar más explicaciones, fue hasta donde estaba su marido. Caminaba como si saliera de una ópera en el Teatro Real.

Cuando le dio la espalda, el finquero se quedó como un campo yermo.

Por su parte, ajenos a todo, el vitoriano y su jovencísima paisana vagaban por un universo privado de plantas, aullidos y culebras, entre recuerdos de la pequeña ciudad vasca donde comenzaron sus viajes inundados de despedidas para siempre.

Ökkó no se separaba del padre Aguirre. Los ojos clavados en cualquier detalle: un mechón de pelo sudado pegado a la frente, la barba sucia de bilis, aunque se la había limpiado un rato antes con un paño. El misionero abrió la boca para intentar expulsar lo que aún tuviera en el estómago, invirtiendo las exiguas fuerzas en girarse hacia el borde de la cama para no ahogarse con su propio vómito. Se acercó para sujetarle la cabeza y notó extrañado que la temperatura había bajado, pero pronto vio que no era sino un espejismo de mejoría, la antesala de las convulsiones que se manifestaron de forma progresiva, primero un leve temblor en las manos, al poco sacudidas por todo el cuerpo.

Estaba endemoniado.

El joven bubi odiaba a los espíritus malignos. Desde pequeño los había sentido a su alrededor, dada la naturalidad con la que Urí integraba el mundo espectral en sus vidas. Sabía que estaban ahí, alterando el normal devenir de las cosas con su antipatía, a la espera de que el brujo les prestase su cuerpo para comunicarse con la aldea terrenal. Y cuando por fin creía haberse apartado de todo aquello, el padre Aguirre había comenzado a vibrar como aquel. Tenía el mal en su interior.

El padre Cadarso se asomó a la puerta, espantado ante la voracidad del ataque.

—¿Desde cuándo lleva así?

—Demasiado. ¿Dónde está la medicina?

—El hermano Vilumbrales no ha regresado.

—¡Ha pasado mucho tiempo!

—¡Pues no creo que se haya ido de paseo, así que cuando llegue, ya llegará! Venga, hijo, no me pongas más nervioso de lo que ya estoy.

Ökkó se giró de nuevo hacia el camastro.

La bilis.

La danza diabólica.

No lo pensó. Se recolocó el pantalón que por su delgadez llevaba medio caído y echó a correr hacia el hospital. El padre Cadarso fue a detenerlo, pero pensó que al chico le vendría bien ocupar la cabeza en algo y lo despidió con un ruego callado.

En la enfermería, las cosas no habían mejorado desde el día que fue con el prefecto tras el incendio. Las camas se arremolinaban y resultaba difícil identificar a los pacientes que se retorcían bajo sábanas amarillentas y un lamento común. Muchos estaban allí por «recidiva», como hacían constar los médicos en las anotaciones marginales de las fichas cada vez que reaparecían los síntomas. Aquella fiebre intermitente, si no te mataba a la primera, regresaba el día menos pensado para terminar el trabajo. Una vez contraída, ya era parte de ti.

—¡Fuera de aquí! —le chilló el boticario.

—Necesito quinina para la misión. El padre Aguirre tiene mucha fiebre.

El otro lo reconoció.

—¿Eres el bubi que vino de Ureka?

—¡Sí!

—Vaya gesta. Pero lo siento, chico, ya le he explicado al otro cura que tendrá que esperar, porque apenas nos queda sulfato. Estábamos esperando una partida grande que traía la goleta hundida frente a tu aldea y ni siquiera tenemos suficiente para los enfermos que están aquí, así que ha de ser el doctor quien prescriba cada dosis. Imagina que la gasto contigo y luego no hacía falta.

Dibujó una mueca de impotencia. Las fiebres de Fernando Poo desarrollaban unos síntomas muy parecidos al tifus y a la disentería, por lo que había que vivir allá para saber diagnosticarla con certeza. Y si además andaban escasos de quinina, razón de más para no gastarla a la ligera. El negársela a un paciente no era plato de gusto para los sanitarios, que hasta habían intentado trasplantar detrás del edificio un ejemplar de quina para acumular reservas. Pero todo intento de apropiarse de la fuente del medicamento resultaba estéril, como ya se había demostrado en Senegal y en los oasis del sur de Argelia, donde los intentos de cultivar el cotizado árbol también fracasaron. Solo los holandeses habían encontrado otra tierra favorable desde donde hacer sombra a las importaciones andinas y transformar el mercado, y habían tenido que irse hasta Java.

—¡Pero es que usted no ha visto lo mal que está! —elevó la voz Ökkó, cada vez más angustiado—. ¿Dónde está ese doctor que dice?

—En plena cirugía a un paciente que se desangra por una herida en la pierna. ¿Crees que querrá salir a hablar contigo? ¡Me cago en todo, si al final vamos a tener la culpa de que se muera la gente! ¡Que llegamos a lo que llegamos! Se acabó, déjame en paz.

—El padre Aguirre también ha echado sangre por la boca —improvisó.

—¿Ves? Eso no ocurre con las fiebres, seguramente será otra cosa para la que la quinina no sirve de nada. Vete ya, que tengo que ocuparme de unas curas y no puedo dejarte aquí solo.

El joven bubi se dirigió hacia la salida con la cabeza gacha; pero, cuando ya cruzaba la puerta, se giró, vio que el boticario había abandonado su puesto y no se lo pensó dos veces. Volvió corriendo sobre sus pasos y se deslizó por encima del mostrador. El corazón iba a estallarle. Si le pillaban, lo echarían de la misión, tal vez de la ciudad. Los distintos frascos que reposaban en el estante se caían al ser tanteados por la mano temblorosa. No estaba seguro de cuál era el correcto. Trataba de reconocer las letras que le habían enseñado, pero estaban muy juntas sobre la superficie curva y los nervios le impedían fijar la vista. Eligió uno de forma intuitiva y salió como alma que lleva el diablo.

Una vez en la misión, fue directo a la estancia del padre Aguirre. Habría preferido que el padre Cadarso estuviera solo, pero le acompañaba el prefecto, al que entregó lo que traía.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó, desconcertado.

—De la botica.

—¿Me estás diciendo que te han regalado un frasco entero?

Asintió.

—Dinos la verdad, hijo —intervino el padre Cadarso—. No lo habrás cogido sin permiso...

Ökkó bajó la cabeza.

—Dijo que el médico no querría hablar conmigo.

—Salvaje y ladrón —espetó el prefecto, muy serio—. ¿Quién querría nada con alguien así?

—¡No soy un ladrón!

—Y ¿cómo llamas al que roba?

—No la he cogido para mí.

—Eso no cambia las cosas.

—Tal vez las cambie un poco —opinó el padre Cadarso.

—Tú calla —le reprendió el prefecto, aunque en su fuero interno dudaba. ¿Quién era él para mostrarse inclemente a costa de poner en peligro a un

miembro de su congregación? Por otra parte, habían viajado hasta allí para imponer una serie de valores y no podía renegar de ellos cada vez que se jugasen la vida, que era cada día. ¿O sí? ¿Debía pagarse cualquier precio por una vida?

El padre Aguirre movió la cabeza a ambos lados y farfulló algo. Parecía hacerlo en sueños, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no se lo dan ya? —insistió Ökkó.

—No voy a tomarlo —consiguió decir por fin el misionero.

—Vaya por Dios —lamentó el padre Cadarso—, ha debido de oírnos que es robada.

Los tres permanecieron unos segundos observándolo. Si algo estaba claro, era que necesitaba ingerir la medicina de inmediato.

Intentó añadir una palabra que no llegó a escucharse.

—¿Cómo dice?

—Padre Aguirre, repita que no le hemos entendido...

Al tercer intento, consiguió articular la boca pastosa para pronunciar lo que resultó ser un nombre.

—Stuart...

El padre Cadarso hizo un gesto de extrañeza.

Ökkó, por el contrario, conocedor de todas las historias que el claretiano le contaba en los ratos que pasaban juntos para que afianzase el idioma, sabía muy bien lo que quería decir.

Stuart Hackney nació en 1837 en un barrio portuario de Liverpool y toda su vida estuvo vinculada a los barcos. De niño lijaba los cascos y vaciaba las sentinas, como llamaban a los rincones donde se acumulaba el agua que se filtraba desde la cubierta; y, en cuanto tuvo ocasión, subió a un crucero que ponía rumbo a África para controlar la reciente abolición de la esclavitud. Los británicos, amparados por tratados internacionales, disfrutaban del derecho de visita sobre cualquier nave sospechosa de seguir negociando con seres humanos... que eran muchas. Y es que la prohibición, lejos de erradicar la trata, la hizo más lucrativa. Para entonces, ya se había duplicado el precio de un hombre negro bozal, como se denominaba a aquellos que, habiendo sido capturados sin que hubieran tenido contacto previo con los europeos, eran incapaces de comunicarse con sus amos o con los miembros de otras etnias africanas con los que compartían bodegas infectas. Fue así como un joven Stuart recaló en Fernando Poo, por aquel entonces todavía ocupada *de facto*

por los británicos. Aprovechando que utilizaban la isla como base para la policía marítima, la habían convertido en un fondeadero de apoyo a sus redes comerciales, por lo que el sitio prometía y decidió quedarse.

Pronto encontró un puesto de tendero en el almacén de Holt. Le gustaba porque su talante era de por sí curioso y por allí pasaba todo el mundo: ingleses, fernandinos y, cómo no, las primeras remesas de colonos venidas de España, entre los cuales se encontraba Beatriz Aguirre, la madre del misionero. Cuando esta llegó con su hijo y se dio de bruces con el panorama desolador, que casi la empujó de vuelta al lugar del que había huido, Stuart fue la primera persona que la trató de forma amable. Accedió a venderle productos de primera necesidad, aun cuando su jefe le había ordenado dar prioridad a quienes pagasen en libras; y no racaneaba en muestras de afecto. Era de los que nunca dudaban en regalar una sonrisa a quien le negaba la suya, sabiendo que sería cuando más la necesitaba. Físicamente, no era muy agraciado, estaba condenado a vivir tras una expresión alicaída y un poco tontorrón, pero en los hoyuelos que se le formaban junto a la comisura de los labios cabía toda la ternura de la isla. Algo que, al menos durante unos instantes, reconfortaba a las almas agotadas como Beatriz.

Por si el saltarse el protocolo de priorizar divisas no le supusiese ya un riesgo, comenzó a alterar las cuentas para hacer descuento a la gaditana sin que quedara constancia en los libros. «Es que, si no, no le alcanza», se justificaba a sí mismo, cuando la única razón era que la joven panadera le gustaba muchísimo. Llegó un momento en el que, para no esperar hasta la siguiente vez que le tocase verla desde detrás del mostrador, comenzó a desplazarse semanalmente a la precaria casa verde que Beatriz ocupaba con su hijo para llevarles víveres que sacaba del almacén sin ser visto o pequeños materiales que cogía de cajas en las que era difícil llevar un conteo de piezas: un poco de arroz, unos clavos y un martillo, una cinta para rematar los bajos del vestido sin que se deshilara. Ella recibía todo con sentida gratitud, sin imaginar —pobre infeliz— que pudiera haber algo más detrás de su generosidad; y el inglés cada día le arañaba unos minutos más, sentado en la silla de la entrada con la excusa de descansar antes de regresar al trabajo, donde se fustigaba por no haber sido capaz de dar el paso adelante que le pedía el corazón. A medida que corrían las semanas, iba logrando entablar una suerte de conversación, juntando palabras de ambos idiomas en aquel pichinglis acompañado de gestos que les permitía entenderse en lo básico. Y, además, ¿no era el beso un lenguaje universal? Le habría bastado con acercarse para ver cómo reaccionaba...

El día que tomó la determinación de hacerlo, se presentó en la casa verde con un cuenco recién fabricado por el hojalatero de la colonia y se la encontró vacía. Según le dijo la vecina, un *krumán* de dos metros de altura que trabajaba en el depósito de carbón piedra se había llevado a Beatriz y a su hijo a otro agujero más decente. Stuart se quedó frío, no podía creer que alguien se le hubiera adelantado. Por si fuera poco, esa misma tarde su jefe se enteró de la jugada que había venido haciendo y, cuando regresó al almacén, le atizó semejante palo con un bastón que lo dejó sordo de un oído y lo echó del trabajo. Fue entonces cuando el joven inglés, que se dedicó a caminar día y noche con la cabeza gacha y una botella de licor malo en la mano por los arrabales del puerto, se infectó de fiebre africana. Conocía de sobra los síntomas previos, calcados a lo que estaba experimentando su cuerpo y su mente, por lo que no necesitó esperar a que llegara el ataque fuerte para echarse las manos a la cabeza.

Por aquel entonces, los médicos militares, que eran los más avezados en estos temas, recomendaban sangrías con ventosas escarificadas; y, si optaban por algo menos agresivo, baños calientes y frotamientos por todo el cuerpo cuando se intensificaban los escalofríos. Solo si el paciente tenía dinero suficiente aplicaban astringentes, amargos, aromáticos, sudoríficos o preparados naturales como la teriaca, que podía tener hasta setenta ingredientes, pero ninguno eficaz. El único remedio que abría a los enfermos una ventana de esperanza era la quina, cuyo uso se extendía de forma imparable entre quienes se la podían permitir. Por fortuna, Stuart tenía un frasco de sulfato de quinina que había llegado al almacén medio vacío en una partida irregular y se había echado al bolsillo junto con alguna otra cosa que pilló al vuelo antes de irse, por lo que respiró lo poco hondo que le dejaban los pulmones dañados y se tumbó en su camastro a contar las dosis de que disponía. No era mucho, pero tampoco se apuró. En el almacén se frotaban las manos cuando los médicos prescribían dosis demasiado elevadas para intentar atajar de raíz las intoxicaciones por efluvios, pero para entonces ya se sabía que era mejor no exagerar las tomas porque un gramo o gramo y medio de sulfato detenía un ataque igual que una cantidad tres veces mayor, y con menos contraindicaciones.

Stuart sabía que las cosas pronto se pondrían muy feas, así que cuanto antes empezase a combatirlo, mejor. Pero cuando se disponía a preparar la primera toma con una infusión de *contriti*, llamaron a su puerta.

Fue a abrir mareado, y la conmoción fue aún mayor cuando vio quién era.
—Beatriz...

—Disculpa que me presente así, no sabía si estaba viniendo al lugar correcto, he pasado por tu trabajo y, al no verte, me he acordado de que un día me explicaste dónde vivías —soltó ella de corrido en castellano, obviando que su amigo no se estaría enterando de la mitad. Al instante se dio cuenta de su mal aspecto—. ¿Estás bien?

—Cagalera —mintió él en español. Había escuchado aquella palabra tantas veces que se la sabía mejor que su propio nombre.

—Ya...

Pensó que Beatriz también tenía la cara desencajada. Esa palidez no se debía a que se le hubiera pegado el polvo de harina.

—¿Y tú estás bien?

Contuvo un sollozo antes de soltarlo.

—Es mi hijo Javier, necesita ayuda.

—¿Ayuda?

—Sí, *help*.

—¿Qué le ocurre?

—¿Podrías conseguirme un poco de quinina?

—¿Quinina? —repitió él, aunque lo había entendido perfectamente.

—Tendría que ser a bajo precio. No quiero abusar de nuestra confianza, si no puedes sacarla del almacén, no te preocupes. Y perdona que te aborde así, pero es que el niño se ha infectado y casi no tengo dinero y no quiero pedirle a...

Calló.

—*Are you seeing someone?* —¿Estás con alguien?, le preguntó Stuart.

Asintió, dibujando el gesto fugaz de una niña pequeña a la que preguntan si le gusta la nata montada. Le explicó que no quería exprimir a Philip ahora que acababa de mudarse con él por miedo a que pensase que era una aprovechada y la echase de casa, y Stuart supo que su sueño de tenerla se había truncado para siempre.

La invitó a pasar. La casa constaba de una sola habitación, no muy diferente de la que Beatriz había ocupado hasta que Philip le propuso que vivieran juntos. Estaba atestada de cosas que venía acumulando desde su llegada, muchas de ellas rotas o inservibles, como un candelabro partido que formó parte del ajuar del capitán de un barco o un agitador de chimenea oxidado que guardaba para albergar la ilusión de tener algo propio. Ella repasó con la mirada aquella realidad tan diferente a la que construyó en su mente cuando lo veía tras el mostrador de la tienda, dueño y señor de sacos y

barriles repletos. Sobre una silla que hacía las veces de mesilla de noche junto al camastro, había un frasco.

Stuart se percató y fue a por él para entregárselo.

—Puedes llevártelo.

Ella se fijó en sus ojos hundidos.

—¿No lo estás utilizando tú?

—Solo para prevenir —mintió; y siguió en una huida para adelante—. Mañana, cuando vaya a trabajar, compraré más.

Se lo puso en la mano, obligándola a que la cerrase con el milagro dentro.

Ella lo observó y pensó en su hijo. Por su rostro se deslizó un lagrimón, gordo como los que soltaba de niña cuando no encontraba la mano de su madre.

¿Cómo iba a decir que no?

—Te pagaré en breve lo que valga, te lo prometo.

Él asintió con una de sus sonrisas —fue la que más le costó dibujar en toda su vida— y le pidió que se fuera, alegando que tenía que volver al trabajo.

Ella regresó de prisa a su nuevo hogar y le administró a Javier la primera dosis junto con un buen caldo. Después lo abrigó para que sudase la infección y le dijo que no se preocupara, que estaba con él y, además, tenían un hombre que los protegía. «Un par de semanas en cama y habremos superado esta historia». Al final fueron tres. Ni sabía los kilos que había perdido el niño, un suspiro es lo que parecía, pero aguantó como un jabato.

Beatriz regresó emocionada a casa de su amigo para contarle que la medicina había funcionado.

Nadie contestó.

Como si se repitiera a la inversa la escena del día que Stuart fue a buscarla a la casa verde, cuando una vecina le informó de que se había ido a vivir con un fernandino, en esta ocasión fue un hombre el que se asomó por un ventanuco para decirle que Stuart se había ido lejos con alguien cuyo nombre no entendió a la primera.

—¿Con quién dice? —preguntó ella.

—Con Dios.

Un cuarto de siglo más tarde, liberado por un momento del delirio, el padre Aguirre miró a Ökkó con una ternura propia del inglés que le salvó la vida en aquel mismo lugar.

«Agradezco de corazón tu entrega —decían sus ojos—, pero no voy a tomar una quinina destinada a otros enfermos».

Y consiguió alzar la mano para que el joven bubi no insistiera más. Ya había pasado por eso, seguro que se trataba de una recaída —había superado varias en la Península—; y si era una infección distinta, ya levantaría otra cruz en mitad de la tormenta que ahora le sacudía por dentro...

Según había dicho Ana, Iradier se dispuso a visitar el almacén de Holt para hacer las últimas compras antes de partir hacia el continente. Martín ni tan siquiera tuvo que preguntar si podían acompañarle; fue el propio vitoriano quien lo sugirió. Bella se puso como loca de contenta y el finquero los siguió unos pasos por detrás para dejarles intimidad.

—De verdad que siento tu pérdida —dijo el explorador a la muchacha. Se tocaba la barba de forma mecánica en actitud nerviosa—. Tu padre era un amigo fiel, pero ante todo era un buen hombre. ¿Sabías que descubrió una variedad de zarza?

Con ese tiro acertó de pleno, porque captó toda su atención.

—¿Cómo dice?

—El gran Alfredo Gonzalbo, además de mucha sabiduría, tenía mucha discreción. Fue antes de que tú nacieras. Desde entonces soy yo el que vengo peleándome con las instituciones para que bauticen a esa planta con el apelativo *Gonzálbea*.

Bella tenía los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no me lo dijo nunca?

—Quería darte una sorpresa.

—Siempre igual, mira que sabía que no me gustan las sorpresas... Pero gracias a usted por preocuparse, me haría muy feliz ver el nombre de mi padre en un libro.

—Es una cuestión de justicia, y no solo por la zarza. Me ayudó mucho en los principios de La Exploradora y siempre estaba abierto a nuevos proyectos. Justo antes de que os fuerais de Vitoria, tenía en mente preparar una revista bimensual de botánica. Decía: «No te preocupes, Manuel, que ya buscaré la forma de llenarla de contenido». Y yo replicaba: «¡Con que la saquemos bianual me dará con un canto en los dientes!».

—Total, que ni una cosa ni la otra.

—Así es la vida, Bella. Pero nos dejó un legado: su pasión.

—¿No podría usted publicar esa revista? —le rogó dulcemente sin dejar de caminar, más vulnerable a medida que avanzaba la conversación.

Iradier le dedicó una mirada compasiva antes de decir:

—O quizá puedas hacerlo tú.

—¿Yo?

—¿Te suena un botánico, fallecido hace ya años, llamado Marcelino Andrés?

—Alguna vez lo mencionó mi padre.

—Y ¿sabías que su historia le influyó a la hora de lanzarse a esta aventura?

—No.

—Marcelino fue un hombre ejemplar y muy valiente. A pesar de su origen humilde, estudió la carrera de Medicina en Barcelona y se embarcó hacia Dahomey, un reino custodiado por mujeres guerreras, como las antiguas Amazonas, que se extendía al oeste de Nigeria. Allí, gracias a sus conocimientos médicos, entró en el círculo de confianza del rey y se convirtió en uno de los primeros investigadores de la flora africana. También de la de Fernando Poo, ya que en una de sus travesías por el golfo fondeó en esta isla. Y fruto de sus viajes, para los que llegó a servirse de bergantines dedicados al tráfico de esclavos, completó su obra cumbre: un herbario con más de seis mil plantas.

—¡Seis mil! —exclamó Bella admirada.

—Cuando se disponía a regresar a España, como quería aprovechar el viaje para hacer unas escalas en puntos del continente que todavía no había explorado, para evitar que aquel material tan delicado anduviera de puerto en puerto, lo embaló en cajas y encargó el porte a un velero que hacía la ruta directa. Pero, cuando por fin llegó a Barcelona y lo reclamó, se enteró de que el capitán lo había perdido. Por lo que parece, olvidó cargarlo y jamás llegó a salir de Dahomey.

—No me lo puedo creer, ¿y nunca lo recuperó?

—Quiso volver, pero antes se lo llevó por delante una epidemia de cólera.

—¡Pero eso es terrible!

Iradier se detuvo y se colocó frente a ella, inclinándose levemente para hablarle frente a frente.

—Antes de salir de Vitoria, tu padre me dijo: seguiré los pasos de Marcelino Andrés, pero a mí no me ocurrirá lo mismo. Pase lo que pase, todas mis plantas estarán bien guardadas en la cabecita de mi hija.

Apoyó el dedo índice en la frente de la muchacha.

Bella permaneció pensativa. Con su peto y un poco de polvo de arena volcánica pegado al sudor de la cara, parecía una minera que ha terminado la jornada y recibe aturdida la luz del mediodía.

—Gracias por intentar consolarme —dijo por fin—. Pero por mucho que mi padre admirara a ese biólogo, si decidió venir a Fernando Poo, no fue para seguir su camino. Se mudó aquí por mí. Su único motivo era alejarme de los recuerdos de mi madre. Por eso yo, y solo yo, tengo la culpa de que haya fallecido.

Iradier negó con la cabeza y, sin ningún género de condescendencia, declaró de forma pausada:

—No se mudó aquí por ti, sino para ti.

—Es lo mismo.

—De eso nada.

—¿Cuál es la diferencia?

—En la decisión de tu padre no había pasado alguno, solo había futuro. Así que, si piensas que has de responsabilizarte de algo, que sea de hacerte merecedora de ese futuro que soñó para ti.

Martín los alcanzó. Estos le miraron con calidez, llegaba en un buen momento.

—Aún no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho por esta mujercita —le dijo Iradier.

—Le aseguro que el más afortunado he sido yo. No sé qué les dan de comer en Vitoria, pero está claro que de allí salen personas únicas. Justo venía pensando con cierta envidia en qué bonito ha de ser conocer cuál es tu misión en la vida. Yo llevo un tiempo dando tumbos, por fuera y por dentro, mientras que usted siempre ha querido dedicarse a la exploración.

—Siempre he querido *ser* explorador —corrigió Iradier—. Es importante remarcar el verbo porque, como venía diciéndole a Bella, las palabras que nos decimos a nosotros mismos condicionan nuestra realidad y nuestros actos. Ser explorador no es un medio de vida, es mi vida. Si hiciera esto pensando en que es una forma de echarme algo al bolsillo, flaquearía a la primera de cambio.

—En cualquier caso, me gustaría tener las cosas tan claras como usted.

—En todos los corazones se abren grietas por las que se cuela la duda, que es el peor germen de todos —comentó mientras reanudaba la marcha; y siguió hablando con la vista clavada al frente—. Cuando estás con el agua hasta la cintura en un manglar que no termina, o parado frente a un despeñadero por el que se ha precipitado un pobre porteador o se ha caído el ozonómetro que

trajiste cuidadosamente empaquetado desde el otro extremo del mundo, la mente se convierte en un depósito en el que caben infinitas preguntas: ¿qué hago yo en mitad de una tierra de antropófagos? ¿Cómo pretendo escapar de las fiebres que vagan a media altura?... Y una aún más dolorosa: ¿qué sentido tiene el entregar tanto a cambio de participar en una carrera que no tiene banderolas en la línea de meta porque, en cuanto la cruzas, de inmediato surge otra en el horizonte? —Se volvió un instante hacia el finquero, sin detenerse—. En los momentos más duros, cualquier justificación parece un chiste de taberna. Empiezo a pensar que debería entregar mi poco dinero y el tiempo que les robo a los míos a otra tarea en el mundo civilizado, que también está lleno de cosas por descubrir y cuyo aire, sin embargo, es respirable y puedes yacer en el césped frente a la iglesia sin que un gusano microscópico se introduzca por tu oreja. Pero es precisamente en esos momentos de duda cuando tu principal tarea, tu única tarea, es aguantar firme.

Martín hizo una mueca de admiración. De lo que no había duda era de que estaba ante el último gran viajero que había dado la nación.

—Me deja sin palabras.

—Usted también ha venido hasta aquí, por lo que no somos tan diferentes. Y tampoco creo que esté usted tan perdido como insinúa.

—¿Cómo puede saberlo?

—Será que llevo mucho tiempo observando la naturaleza y me he acostumbrado a percibir detalles que para otros permanecen ocultos.

Martín resopló. Él también quería pensar que estaba haciendo algo importante, que era diferente a quienes solo vivían para mostrar a la sociedad soriana que estaban un palmo por encima; pero, a decir verdad, aunque había renunciado a sus planes especulativos, seguía teniendo el objetivo de hacerse rico para callar algunas bocas.

—Hay otra cosa en la que usted me lleva ventaja —ahondó, aprovechando la cercanía del vitoriano—: cuenta con el apoyo de su esposa. Me contaron que incluso le acompañó en su primera expedición.

Iradier dejó caer la mirada, de pronto desprovisto de su porte natural. Pensaba en la vivaz Isabel de Urquiola a la que amó con locura, ahora convertida en una anciana prematura por la frustración y la pena. Nada quedaba de la joven alegre que embarcó con él hacia el África desconocida tras haberse casado con urgencia, nada del entusiasmo que contagió a su hermana Juliana, quien, siendo todavía dos años menor, también se unió al viaje para asombro de su familia. Cegaba la luz que Isabel irradiaba en la ida, tanta como para iluminar el camarote compartido en el que los tres

convivieron con cucarachas y otros trescientos seres vivientes, como solía decir cuando bromeaba sobre las penurias de la travesía; y sobrecogía la negrura que invadía su alma a la vuelta, tras haber enterrado a su hijita...

—No es tan sencillo —se limitó a decir el vitoriano.

—Volviendo entonces al principio y utilizando el verbo adecuado —reculó Martín con empatía—, ¿cuándo se dio cuenta de que *era* un explorador?

Iradier sonrió, algo que no solía hacer muy a menudo.

—El mismo día que supe del terror que me provocaban las arañas.

Le habría explicado que, aunque sus músculos se quedaban paralizados ante aquellos bichos del demonio, algo en su yo más profundo le seguía impulsando hacia adelante. Pero entonces llegaron al almacén y se concentraron en lo urgente.

Había traído consigo casi de todo. Sabía que fuera de la metrópoli era casi imposible conseguir el cepo que se ajustaba a un animal concreto, o la bala cónica de sesenta gramos que abatía a otro, por lo que había llenado los baúles de los utensilios más específicos solo por si acaso. Pero en aquel último momento aún se rascó el bolsillo para comprar más anzuelos, alguna red de sobra para cazar mariposas y otra caja de frascos y alcohol para conservar intactas las piezas más peculiares, que ya imaginaba expuestas en los estantes de la sede de La Exploradora.

—Van a faltarme papeles absorbentes y prensas para archivar hojas —resopló con sus brazos siempre caídos, dirigiéndose a Bella como si fuera una integrante más de la expedición—. He traído un buen arsenal, pero, una vez aquí, miro a mi alrededor y todo se me hace poco.

—Me gustaría ir con usted al continente —dijo ella—. Igual hasta podría encontrar una zarza diferente a la que poner mi nombre.

Sonrió, vencida por completo a la inocencia, desprovista de escudos que de nada servían frente a un hombre que había conocido a sus padres antes que ella misma.

El explorador se detuvo a contemplarla como si fuera una obra de arte inalcanzable, imaginando cómo estaría ahora su propia hija Isabela si siguiera viva. Al poco de traerla al mundo, aceptaron una invitación de quien entonces ocupaba el cargo de gobernador para que dejaran su campamento en Elobey Chico y se instalasen en Santa Isabel, ¡y cómo disfrutaron al principio! Manuel había sobrevivido milagrosamente a meses de incursiones solitarias en la selva y la niña jugaba en una casa decente en la que tenían colchones y se brindaba con vino. Pero, al poco, el clima atroz de Fernando Poo —peor

aún que el del islote— quebró las pocas defensas del matrimonio y de la cuñada y se sucedieron terribles ataques de fiebres y delirios, en ocasiones simultáneos, como aquella vez en la que ninguno de los tres era capaz de levantarse de la cama para atender a los lloros de la pequeña Isabela... que también terminó por infectarse y apenas aguantó unos días. Si aquella desgracia no hubiera ocurrido, ahora sería un poco más joven que Bellita, jugarían juntas y él no tendría que soportar aquella terrorífica angustia. De su boca salían discursos sobre la obligación de lanzarse a conquistar confines donde el mar caía al vacío y vivían dragones, pero, por muchas selvas que le quedasen por recorrer, el recuerdo de su hija le empujaba siempre hacia el único punto del globo en el que podía descansar: el gigantesco caobo bajo el que la había enterrado.

El prefecto observaba con profunda preocupación cómo el padre Aguirre se consumía sobre el camastro empapado. Una cosa era decir que estaban dispuestos a morir por la palabra de Dios y otra muy distinta oler la enfermedad a un palmo. Necesitaba mantenerlo con vida, por él y por la congregación. Los jesuitas enviados por la reina en 1858 al tiempo de las primeras expediciones españolas fracasaron porque eran débiles señoritos. De los treinta y seis que llegaron, al poco solo seguían con vida dieciséis, que regresaron con el rabo entre las piernas y la fe en el petate. Por el contrario, los rústicos claretianos eran ágiles y robustos, capaces de lanzarse montaña arriba por empinada que fuera la ladera y convivir con los indígenas sin miedo a mancharse el hábito de barro. Hasta entonces se habían considerado indestructibles y, pese a la rabia que le daba reconocerlo, el padre Aguirre era un referente para el grupo. Si él caía, cualquier otro podía caer. Su vulnerabilidad ponía su gran proyecto en entredicho.

—Será mejor que vayas a devolver la quinina al hospital —le dijo a Ökkó, que seguía a los pies de la cama al igual que el padre Cadarso. Al menos, la negativa del padre Aguirre a ingerirla le había dispensado de pronunciarse sobre el conflicto moral planteado al tratarse de un medicamento robado.

Como si no le hubiera oído, el joven bubi acarició la cicatriz que tenía en el brazo y pensó en su madre. A la mañana siguiente de la tormenta, cuando todavía soñaba con que las cosas habían vuelto a la normalidad en la aldea, Urí le limpió la herida con fibras de palma y le aplicó las hojas de yuca machacadas. Qué bueno sería disponer ahora de sus conocimientos, no solo sobre las propiedades de las plantas de la isla —esas que estudiaban los europeos—, sino también sobre la magia de los brujos que acompañaba al tratamiento vegetal, ya que todo proceso curativo basculaba entre los dos mundos.

Por un momento pensó en componer él mismo un preparado. Había visto infinidad de veces cómo su madre lo hacía para otros miembros de la tribu,

pero no podía arriesgarse. El poder de la naturaleza era un arma de doble filo. Había raíces y ralladuras de corteza que, ingeridas en exceso o tratadas de forma indebida, provocaban la muerte. Quería demasiado al claretiano como para permitirse errar y empeorar las cosas. Lo que tenía que hacer era permanecer a su lado para darle consuelo. El padre Aguirre era un hombre fuerte, había vivido en la isla de pequeño y la había cruzado a pie...

En mitad de ese debate, la respiración dramática del claretiano agitó las hojas de su árbol de las palabras. En concreto, una que ya había llamado su atención un rato antes:

Caminar.

Aquella palabra no se refería a poner un pie delante del otro por la explanada de la aldea en un día claro, sino a avanzar con coraje en mitad de la selva cuando las ramas y lianas no te dejaban ver. La propia Urí lo hizo en su día, cuando el clan enemigo que arrasó su poblado le obligó a lanzarse a lo incierto. El miedo le pedía quedarse agachada detrás de un arbusto, pero si no se hubiera enfrentado a sus temores y caminado hacia una nueva vida en Ureka, tarde o temprano habrían descubierto su escondite y la habrían violado y asesinado.

Solía decir: «Solo los pies del viajero conocen el camino».

Tenía razón.

Si quería curar al misionero, no podía quedarse parado.

—¿En qué piensas? —le preguntó el padre Cadarso, dándose cuenta de que había algo que rondaba la mente del chico.

—Hay unas plantas... —dijo por fin.

—¿De qué hablas? —saltó el prefecto.

—Si no quiere tomar la quinina, podríamos probar con alguno de los remedios de mi madre.

—¡De su madre, dice! Lo que quieres es envenenarlo aún más.

—¡Calle, por Dios! —saltó el padre Cadarso, y abrió mucho los ojos al darse cuenta de que había gritado al prefecto. Como no podía borrar la afrenta y solo le quedaba huir hacia adelante, se esforzó en hacerlo con voz sumisa—. Quería decir que todos estamos nerviosos, tenemos la mente en otro sitio y nos cuesta ver delante de nuestras narices. Quizá el chico tenga una solución que al menos deberíamos probar.

—No estoy para esoterismos, aquí os dejo con vuestros espíritus —se ventiló aquel, agitando la muñeca de forma despectiva mientras salía de la estancia.

—¡Pero si solo ha hablado de una planta! ¡Prefecto!

—¡Haz lo que te venga en gana, pero luego no vengas a buscarme lloriqueando!

El padre Cadarso posó la vista en el padre Aguirre, que con un suspiro entrecortado les dejó ver que todavía estaba vivo.

—¿Conoces algún remedio o no? —le preguntó a Ökkó.

—Hay una planta que mi madre daba en infusión fría a los enfermos de calentura. Se llama *bojua*.

—¿Dónde podemos encontrarla? ¿Cómo es?

Resopló.

—Un árbol enorme... —Intentó hacer gestos. Le enfadaba no saber cómo describirlo—. ¿Cómo es que no lo ha visto nunca?

—¡Hijo, a mí no me chilles, que aquí solo conocemos el «sanalotodo»!

Se refería a una popular herbácea que, tomada con *contriti*, hacía honor a su nombre, pero siempre que fueran males menores como llagas en la boca o tos.

—Aunque ahora que lo pienso —siguió rebuscando el joven bubi—, aún daba mejores resultados un arbusto de flores amarillas como de este tamaño.

Indicó con la mano que vendría a medir alrededor de un metro y medio.

—¿Tampoco sabes el nombre de este en cristiano?

Apretó los labios, desesperado. ¿Dónde podría encontrarlo? Desde que llegó a Santa Isabel no había visto ninguno.

—Lo siento —se dio por vencido—. No ha sido buena idea.

—Dibújame.

El claretiano sacó un pedazo de carboncillo del bolsillo del mandil que llevaba cruzado por encima del hábito. Miró a los lados buscando un papel. Sobre la mesa del padre Aguirre vio un sobre abierto y le ofreció la parte de atrás. Ökkó asió el carboncillo como si fuera un cuchillo que quisiera clavar en algo, lo colocó en un extremo del sobre y se concentró para lanzar el primer trazo, pero presionó demasiado y partió la punta. Observó con decepción sus dedos incapaces, ennegrecidos como el futuro que se avecinaba.

—No te preocupes —le consoló el misionero—. Aunque supiéramos nombrarla, luego habría que encontrarla.

El muchacho abrió los ojos.

¡Bella!

Cuando hablaron de su pasión por las plantas, adivinó sin apenas pistas que le estaba hablando de la yuca. Seguro que podría volver a hacerlo, siempre que él tuviera el valor de mirarla a los ojos...

El hermano Vilumbrales entró con cara de circunstancia, avergonzado por regresar con las manos vacías.

—¿Por qué has tardado tanto? —le recriminó el padre Cadarso.

—Como en el hospital no podían darme ni una dosis, he pasado por el cuartel de la Infantería de Marina para ver si les quedaba alguna, pero tampoco. Lo siento en el alma, querría arrodillarme junto a él y rezar.

—Claro que sí —concedió el padre Cadarso—. Yo he de ir a la cocina para poner un poco de orden, que los demás tendrán que comer para no caer enfermos también.

—Y yo tengo que ir a la finca donde vive Bella.

Lo dijo sin pensar. Tenía la oportunidad de salvar una vida para compensar el haber permitido que otra se perdiera.

—Me he cruzado con ella mientras venía hacia aquí —informó el hermano Vilumbrales—. Andaba con el finquero que la trajo de visita a la misión y con otro caballero —dijo, sin saber que se trataba del explorador vitoriano—. Los he visto doblar hacia el almacén de Holt.

Ökkó echó a correr.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le gritó el padre Cadarso, sintiendo el llamado de protegerle ante lo que se presumía una nueva decepción.

—¡Confíe en mí! —gritó el bubi desde lo alto de su árbol de las palabras, sabiendo que en ese momento su madre estaría orgullosa.

El trío formado por Bella, Martín e Iradier trasteaba entre los estantes, montañas de sacos con los sellos a la vista y cajas apiladas. Mientras esperaba la llegada de Ana, el finquero paladeaba lo que acababa de decirle el vitoriano: que ambos compartían la casta heroica de quienes se han desplazado al otro lado del mundo para abrirse camino. En la selva, en la vida, qué más daba.

—¿Anda por aquí el señor Holt? —preguntó el explorador a un empleado que no acertaba a encontrar el anzuelo preciso.

—Está en Berlín.

—¿Asiste a la conferencia?

—Como miembro del *British Committee* junto al señor Stanley —se enorgulleció el otro.

Iradier dio media vuelta con gesto indolente y se distrajo con unas mosquiteras que de poco servirían contra los tigres voladores del estuario. Desde su encuentro con Stanley en el café de Vitoria, la imagen que tenía del famoso expedicionario había cambiado. Seguía siendo un icono por los logros acumulados —si por cada hito le hubieran dado una medalla, no le cabrían en la pechera, aunque nunca llegaría a tener este problema porque prefería el dinero a las condecoraciones—; pero los medios que utilizaba para lograrlo no eran los más honrosos. De casta le viene al galgo, pensó. John Rowlands —su verdadero nombre galés antes de hacerse pasar por estadounidense y cambiárselo por el de Henry Morton Stanley que todos conocían desde que encontró al doctor Livingston en los confines de África— era hijo de un borracho y una mujer soltera que lo abandonaron. Es amargo ser huérfano teniendo padre y madre, diría un poeta, pero en su caso no había lugar para la condescendencia. Hasta el mismísimo sir Richard Francis Burton, verdadero páter de la exploración victoriana, se pronunció sobre su congénere diciendo que somos responsables de cómo actuamos con la vida que recibimos, por lo que una dura infancia no justificaba el que este fuera por África disparando a

los negros como si fueran monos. Otros testimonios de personas que se habían sumado a sus expediciones llegaban aún más allá. Y es que el famoso viajero, además de matar nativos por diversión, veía morir sin pestañear a los que le acompañaban, a veces incluso acelerando el proceso con el látigo de piel de hipopótamo que siempre llevaba en la mano. Sus caravanas de la muerte estaban compuestas por interminables hileras de esclavos, si no de condición, sí tratados como si lo fueran. Y por supuesto que descubrió las fuentes del Congo tras recorrer el río durante mil días, pero avanzaba pertrechado por una cruzada de trescientos cincuenta y seis miembros, entre europeos, asistentes y porteadores, de los cuales doscientos cuarenta y dos fallecieron por el camino. Una cifra angustiosa que se quedaba pequeña frente a la de indígenas que masacró en las aldeas que se negaban a someterse al rey Leopoldo II de Bélgica, el cual promovía su expedición para hacerse con los derechos de aquel inmenso nuevo país. Si no firmaban los papeles que exigía el monarca, Stanley mataba. Si no les daban comida gratis, Stanley mataba. Por estos y otros testimonios que corrían como la pólvora por las sociedades geográficas, Iradier había dejado de admirarle. Peor que eso, sentía repulsa hacia el mito.

—¡Mi niña! —exclamó alguien desde la puerta del almacén de Holt.

Era Paciencia, que llegaba al almacén para acompañar a la señora. Bella corrió a pegarse a su vestido, que olía a sudor y al estofado favorito de Dolores.

Ana se quedó anclada durante unos segundos a los ojos penetrantes de Martín mientras contenía el remolino de emociones que bullía en su interior. Para tomar oxígeno se dirigió al explorador.

—Gracias de nuevo por su intervención en el cuartel, ha sido enormemente inspiradora.

Este se inclinó de forma protocolaria.

—Me alegra haber cumplido sus expectativas. Encontrarme con los soldados también ha sido muy reconfortante para mí. Y me he llevado como regalo final esta preciosidad a la que tantas ganas tenía de ver —dijo sobre la hija de su amigo.

—Seguro que tendrán muchos recuerdos de los que hablar.

—Estamos aprovechando el rato que tenemos. Su marido ha dispuesto que salgamos mañana.

—Entiendo. No deje de pasar a despedirse.

Él la observó sin rubor unos segundos.

—Antes de zarpar, si no tiene nada mejor que hacer, le rogaría que me acompañara a un sitio.

—¡Por supuesto! —exclamó ella con efusividad.

Iradier se giró a atender a un empleado que le mostraba un tollo de cuerda que había pedido y Ana aprovechó para dirigirse a Bella. Paciencia seguía proclamando en voz alta lo mayor que se estaba haciendo y la muchacha no tenía cabida para nadie más, pero le rogó que la atendiera un minuto.

—¿Qué ocurre? —se preocupó la muchacha.

—Quería decirte que me alegro muchísimo de verte tan bien.

—Gracias, sí que lo estoy.

Ana se agachó un poco para estar a su altura.

—He de preguntarte algo muy importante para mí y querría que me dijeras la verdad. —Bella dudó—. Por los buenos ratos que pasamos juntas. ¿Te acuerdas de cuando coloreamos la fotografía?

—¿Qué quieres saber?

—¿Recuerdas que el día que te pasó aquello tan horrible yo había llegado un rato antes a Finca Esperanza?

—Ni tan siquiera me saludaste —le dijo con frialdad.

—Y no sabes cuánto me arrepiento, te puedo asegurar que esa persona no era yo. Los adultos pasamos por momentos en los que tenemos la cabeza llena de preocupaciones que nos impiden ver lo más importante. Precisamente por eso quería saber si, antes de salir hacia el monte, viste en la casa algo que te molestó. Por una ventana, por ejemplo.

Bella negó con la cabeza, tanto para contestarle como para mostrarle su decepción. Dio media vuelta y regresó al abrazo cálido de Paciencia.

Martín, que ahora que tenía a Ana tan cerca no podía quitarse de la cabeza su cuerpo desnudo, la rescató y la condujo a un pasillo entre estanterías de ferretería para disfrutar de unos segundos fuera de miradas ajenas. Ella cogió una caja de desinfectante y se puso a leer el prospecto.

—¿Qué ocurre, Ana? ¿Qué le has dicho a la niña?

—No es una niña —se le encaró de forma un tanto violenta—, y solo quería saber si nos vio en tu finca el día que nos acostamos.

—No puedo creerlo...

—¿Ya se te ha olvidado la presencia en tu ventana cuando estábamos en la cama? Mi marido lo sabe, Martín, y alguien ha tenido que contárselo.

—Espera, ¿cómo que lo sabe?

—Ya lo has oído.

Volvió a dedicarse al prospecto. Él le quitó la maldita caja y la dejó en su estante.

—¿Te lo ha dicho él?

—No hace falta. Se lo he visto en la cara, llevamos juntos toda la vida.

—Serán imaginaciones tuyas.

—¿Quieres decir generadas por la culpa?

—¿Te arrepientes de lo que hicimos?

—¿Tú?

—Yo no, puedes estar segura. Daría cualquier cosa por estar contigo de nuevo.

—Me alegro de que valores tanto el rato que pasamos juntos. Así llevarás mejor lo que está por venir.

El finquero creyó ver cañones de fusil asomando entre el menaje.

—¿A qué te refieres?

—¿Has hablado últimamente con el polaco que quería comprarte la finca?

—¿Rogoziński? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Está con mi marido en su despacho.

—¿Ahora?

—Cuando me preparaba para salir de casa, ha llegado él. Me ha dicho que le había mandado a buscar y nada más entrar en su despacho se han puesto a hablar de ti. Te lo digo porque he pegado la oreja a la puerta, así de desesperada estoy... Y así me he enterado de todo.

Martín se percató de que nunca le había contado a Ana sus tejemanejes de reventa de la concesión, por lo que estaba diciendo la verdad. Se llevó las manos a la cabeza.

—Tu marido me la va a jugar...

—¿No se la has jugado tú también a él a mis espaldas?

—¡Lo pensé, pero no lo hice! ¿Y tú? ¿O no estabas el otro día en mi cama? —Se contuvo para no elevar la voz demasiado, aterrado por la sensación de que ella se estuviera pasando al otro bando—. No puedo creerlo, voy a perderlo todo...

—Ya veo que lo único que te importa es tu cacao. Lo que me pase a mí te trae sin cuidado.

Un empleado se asomó para ver si necesitaban algo. Martín, acostumbrado a aparentar en Soria que todo iba siempre de fábula, se lo quitó de encima sin problemas.

—No sigamos por ahí, estamos muy nerviosos. Al final, los dos sabemos lo que sentimos por el otro, ¿no?

—Yo ya no sé nada, Martín —suspiró Ana—. De todas formas había decidido dejarlo, ¿sabes?

Él hizo un gesto con la mano, como si de ese modo pudiera borrar esa última frase.

—Volvamos al principio. ¿Cómo ha podido enterarse de lo nuestro?

—En un primer momento pensé que Bella había sido la persona que nos espió aquel día, por eso le he preguntado.

—No lo creo.

—Yo tampoco. Me cuadraba que hubiera escapado al monte como reacción por habernos visto juntos, pero yo fui quien le falló al llegar. Sin duda se marchó de la finca mucho antes.

—¿Y entonces, quién?

—Está claro que mi marido se lo olía y mandó a alguien para que me siguiera.

—¿Y por qué no ha dicho algo ya? ¿Crees que preferirá fingir que no sabe nada?

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Yo qué sé, para evitar la deshonra que supondría.

—Me considera una propiedad suya, es su forma de demostrar que me quiere. Y si alguien trata de robarle, puedes creerme que no va a quedarse parado. Seguro que está trazando sigilosamente su plan.

Martín sintió un pinchazo en la sien. Respiró hondo y dibujó una sonrisa que le exigió un esfuerzo enorme.

—No pasa nada.

Ana hizo como que volvía a concentrarse en las compras, alzando la barbilla hacia un estante elevado.

—Para ti nunca pasa nada, y eso es algo que durante un tiempo hasta me resultaba atractivo. Pero parece que no te has enterado de que mi marido es Dios aquí. Todo lo puede y, esto también se me había olvidado a mí, todo lo ve.

—Hay una salida.

—¿Cuál, Martín? ¿Cuál?

—Río Muni. El negocio está en la madera, Ana. Él mismo lo dijo...

Puede que estuviera loco, pero en ese momento se imaginó entre enormes árboles que caían provocando un ruido ensordecedor, al poco convertidos en preciosas tarimas para las salas de estar de todos los ricos de la metrópoli. Los primeros son los que se comen el pastel, recordó, y el empresario de Santander que venía a zamparse Río Muni murió en el naufragio, dejándole

pista libre. Era duro, pero Guinea era así. A él le soltaban una dentellada, él daba otra.

—¿De verdad te marcharías al continente?

—Te estoy proponiendo que nos vayamos los dos.

Ana compuso una expresión de lástima que lo dejó hundido.

—Adiós, Martín.

—¿Cómo que adiós?

Ella le sujetó el rostro con ambas manos, como si fuera a besarlo, pero sin hacerlo.

—Eres un hombre valiente y divertido, cualquiera podría amarte. Pero si sigues insistiendo en lo nuestro, mi marido te pegará un tiro.

Aturdido, sacó el pañuelo que Ana le había prestado al día siguiente de la tormenta para secarse la frente. Se lo mostró para reconducirla al momento en el que su aventura empezó a burbujear y que entrase en razón, pero ella dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaba Paciencia, que seguía de confidencias con Bella.

—Nos vamos.

—¡Señora, qué prisas, deje que me quede un poco más con esta belleza a ver si se me pega algo!

Ni tan siquiera contestó.

Al salir al exterior del almacén se cruzaron con el muchacho bubi de la misión, que entró como una exhalación.

—¿Qué pasa aquí? —lo frenó Martín, quien no se había recuperado del golpe.

—¡Necesito hablar con Bella!

—¿De qué?

—El padre Aguirre está muy mal.

—Vaya, lo siento. ¿Fiebres?

Asintió.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Bella, que ya se acercaba desde el mostrador.

—¿Te acuerdas del otro día, cuando te hablé de cómo en mi aldea curábamos los gusanos y tú supiste al momento que era con la yuca? Tienes que acertar otra planta que podría ayudarle para que podamos buscarla, pero de esta no recuerdo el nombre ni en bubi.

—¿Cuál es su tamaño? —se sumó sin dudar al juego de vida o muerte.

—Más o menos, así.

Le mostró las dimensiones de alto y ancho.

—¿Tiene flores?

—Amarillas.

—¿Como la planta del cacahuete?

—No, más grandes.

Se lo indicó con el pulgar y el índice.

—Así las tiene la *Cucumis metuliferus*, pero esa se usa más para las mujeres que acaban de dar a luz —pensó en voz alta—. ¿Tiene los frutos cubiertos de espinas carnosas?

Ökkó negó. Martín la observaba con fascinación. Ella apretó los ojos. Necesitaba concentrarse más, buscar en la página adecuada del herbario que su padre había ido componiendo en su cabecita.

Pensando en cómo darle más pistas, Ökkó desplegó los brazos para mostrarle que la planta estaba en plena floración. Bella pidió entonces un carboncillo al tendero y comenzó a hacer pruebas, primero de racimos cortos, luego más separados. Al joven bubi le fascinaba ver cómo cobraban vida en el papel.

—Se parece más a esta —señaló al cabo.

—¡*Cassia occidentalis*! —cayó ella de pronto—. ¡*Kinkelibá*!

—¡*Kinkelibá*! —confirmó Ökkó.

—¡Vamos a buscarla!

¿Cómo no se le había ocurrido desde el primer momento? Además de tener propiedades diuréticas, la infusión de tallos con hojas mezcladas con *contrití* era el remedio más utilizado por todas las tribus contra las fiebres. En realidad, toda la planta era un tesoro curativo. Las semillas cocidas convertidas en colirio sanaban las dolencias oculares y, si ponías en un paño el jugo de las raíces, peladas y trituradas con pimienta negra, calmaban el dolor de cabeza.

Salieron sin perder tiempo, dejando allí a los demás. Bella sabía dónde encontrarla. La *kinkelibá* era muy apreciada en la medicina local por aquella eficacia múltiple, pero también por su abundancia. Brotaba en los bosques, en las proximidades de las aldeas... y en algunos caminos como el que enfilaba hacia el Basilé, donde al cabo de un rato dieron con un brote grande.

Recogieron todas las que pudieron, sin detenerse demasiado porque lo importante era preparar la primera toma cuanto antes, y corrieron jadeantes hacia la misión.

A pesar de la fatiga, cuando entraron lo hicieron tan contentos que parecían traer ramos para una fiesta.

El padre Cadarso salió a su encuentro.

—¡Acompáñenos a la cocina a preparar la infusión! —le pidió Ökkó al paso.

El misionero gordinflón estaba como ido.

Se detuvieron junto a él.

—Tenemos la planta —le explicó.

—Hijos...

—¿Qué pasa?

El otro desplegó los brazos y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, abriendo su corazón.

—El padre Aguirre ha muerto.

—¿Qué os parece lo que os he contado? —preguntó Paciencia a sus dos compañeras en la cocina.

Aunque había estado hablando con Bella mientras la señora y el finquero montaban su escena en el almacén de Holt, tenía ojos y oídos de sobra para haberse enterado de eso y de más.

Dolores, tan parca en palabras como siempre, agitó los brazos para ventilarse el asunto como si fuera una mosca. El solo pensar que un conflicto matrimonial pudiera afectar a su trabajo le ponía los rizos de punta, así que prefería mirar hacia otro lado y rogar que no fuera verdad. Andaba probando un plato nuevo de pollo con salsa de *ogbono*, la semilla del mango, y no quería que los nervios le adulteraran el sentido del gusto. Paseó su cuerpo orondo entre los tubérculos y arroces que cocía de acompañamiento y, para llegar al estante donde tenía los frutos del árbol del pan, se estiró como una primera figura de *ballet*. A sus compañeras les hacía gracia ese gesto, pero en ese momento no estaban para chistes.

Segis, igual de alterada, también eludió el tema diciendo que tenía que planchar la última colada y, mientras preparaba la tabla, empezó a hablar como si no hubiera un mañana. Decía algo sobre unos braceros de Liberia que se dedicaban a vagar y robar por las noches. Ni ella misma parecía tenerlo demasiado claro, más que nada porque la mitad sería escuchada y la otra mitad, inventada. El caso era llenar el espacio de palabras para que no cupieran otras que nadie quería oír.

—Qué pesada estás con eso de los liberianos —se quejó Paciencia, frustrada al ver que no le acompañaban en una conversación que necesitaban tener, lo quisieran o no.

—Con eso y con todo —intervino Rufo desde la puerta.

Cuando el hijo del gobernador entró en la cocina, la verborrea de Segis se frenó de golpe.

—No diga eso, señorito —la defendió Paciencia—, si esta mujer es la alegría de la casa.

—Es insoportable, cada vez que la tengo cerca me revienta la cabeza.

—¡Oye, niño! —cambió el tono, aparcando el protocolo.

—¿Qué me has llamado?

Miró a Paciencia con odio y fue a por un vaso de limonada. Al pasar junto a ella, la apartó empujándole de los pechos con la clara intención de tocárselos. Si hubiera sido un adulto, la bubi no habría movido un dedo; pero frente al descaro de aquel maleducado reaccionó dándole una bofetada y recibió a cambio un puñetazo en la barriga.

Todo pasó tan rápido que se quedaron conmocionadas.

Rufo las escrutaba con la mano aún cerrada.

Mientras Paciencia se encogía dolorida, Ana entró en la cocina.

—¿Qué pasa aquí?

—Me ha pegado —la acusó Rufo sin dar tiempo a que las otras dijeran nada.

—¿Es eso cierto?

—Señora —contestó Paciencia como pudo, irguiéndose y poniendo su mejor cara—, lo único que ha pasado es que el señorito ha sido un poco brusco y me he defendido sin querer.

—¿Qué quieres decir con un poco brusco? ¿De qué tenías que defenderte?

—¿Ya vas a ponerte de su lado? —se encendió Rufo—. Por qué será que no me extraña...

—Solo trato de aclarar lo ocurrido.

—Aquí os quedáis —dijo despectivamente mientras se dirigía a la puerta—. Sois todas unas putas.

—¿Qué me has llamado?

Lo agarró de la camisa, pero él se zafó con violencia.

—¡Que me la vas a romper! ¡Luego te quejas de que no cuido la ropa, a ver si te aclaras!

—Te he preguntado que qué me has llamado.

—¿Qué te preocupa? ¿Te crees que no se ha dado cuenta todo el mundo?

—¿De qué se tienen que dar cuenta?

—¡Os vi con mis propios ojos, deja de hacerte la tonta! ¡Te seguí hasta la finca de ese cerdo!

Durante unos segundos se congeló hasta el pollo a medio hacer de la olla.

—¿Te refieres al día que fui a visitar a Bella?

—A eso creía yo que ibas, y por eso salí detrás —admitió Rufo—. Quería ver qué te gustaba tanto de esa niñata, para ver si yo podía copiarla y que te dieras cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—De que existo.

—Hijo...

Quiso acercarse, pero él volvió a quitársela de encima.

—Hijo, hijo, hijo —se burló—. Cuando te vi por la ventana, no estabas pensando tanto en mí.

Ana rebuscaba una excusa, pero su cerebro retumbaba como una habitación sin muebles. Antes de salir de la cocina, Rufo barrió la mesa con el brazo, tirando la limonada y haciendo añicos el vaso. Las tres sirvientas se lanzaron a recoger los cristales. Ana se arrodilló para hacer lo propio, pero con el primero ya se cortó la yema del índice. Se había instalado en su mente la imagen de su hijo contándole a su padre que su madre era una adúltera —regocijándose como un soplón profesional que paladea una recompensa— y no tenía posibilidad de ver más allá.

En el suelo había sangre. Más le valía no moverse o terminaría con las piernas desolladas.

Entretanto, Martín caminaba conmovido frente a la hilera de residencias que daban al mar, las más nobles de la ciudad. «Ninguna de estas llegará a ser mía», se lamentó. Ni tan siquiera llegaría a poseer una de las casuchas levantadas más abajo, junto al puerto. Y lo peor de todo era que no podía hacer una espantada, como le había sugerido a Ana a bote pronto, ya que había demasiadas cartas sobre la mesa... O tal vez esa era la única opción que debía contemplar si lo que estaba en juego era su propia vida. Ella había mencionado que el gobernador le pegaría un tiro sin pestañear. Aun cuando fuera una forma de hablar, no le convenía cruzárselo por la calle y ponerlo a prueba.

Se le ocurrió ir a ver a Serrano, la única persona fiable que podía arrojarle un poco de luz. Tras su aparente torpeza, llevaba décadas manteniéndose en pie en aguas turbulentas gracias a saber todo lo que pasaba en la colonia.

Cuando llegó a la vivienda que ocupaba un poco más arriba de la plaza de España, antes de llamar, miró a ambos lados como si fuera un criminal. Y tal vez lo era, porque Serrano asomó la cabeza para hacer lo mismo.

Pasaron a un salón inesperado. La mesa central era baja, con cojines para sentarse en el suelo. En una esquina destacaba un escritorio de madera de haya, este sí con una silla cuyo respaldo era un dragón enrollado en su propia cola. La alfombra guardaba los mismos tonos rojos y negros de los objetos de laca que se repartían por los estantes. A mitad de la habitación, un biombo de papel con motivos florales delimitaba el espacio dedicado a dormitorio. Martín curioseó un rollo de caligrafía china con algún tipo de poema o proverbio mientras el secretario ahuecaba dos almohadones más grandes que trajo del fondo y le invitaba a postrarse como un fumador de opio.

—Como ves —le tuteó, brindándole la confianza que Martín necesitaba en ese momento—, en esta casa no hay ni lámparas de araña, ni cortinas de terciopelo con borlas. Solo soy victoriano en el reloj de bolsillo —bromeó mientras miraba la hora en un ejemplar de oro en cuya esfera se leía *tempus fugit*.

En unos minutos, Martín había pasado de verlo como un obeso servil a contemplarlo con la misma fascinación que le provocaría un personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, uno de los libros que leyó antes de partir hacia su propio túnel inexplorado. Sin duda, Serrano y su gálago harían buen equipo con el Conejo Blanco y la Liebre de Marzo.

—Vives en otro mundo.

—Me gusta así, que todo sea exclusivamente mío. Más que nada, porque nada me pertenece fuera de esta habitación, ni tan siquiera la añoranza de un familiar lejano. —Se giró hacia el gálago, que permanecía recostado en una suerte de cuna con una pata entablillada—. Estamos tú y yo y nadie más, ¿verdad, Diana?

La monita le entendía a la perfección. A pesar de no poder moverse, hizo un movimiento tan explícito de querer ir a abrazarlo que a Martín, que tenía las emociones a flor de piel, se le encogió el corazón.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Llevaba una temporada con problemas en la articulación y el doctor decidió ponerle eso para atajarlo.

Martín recordó el incidente con Rufo el día del funeral por los fallecidos en el naufragio, cuando aquel agarró a la mona como si fuera un muñeco de trapo. No hizo falta preguntar si fue entonces cuando se lesionó. Serrano puso cara de profunda pena, aunque de quien sentía lástima era de sí mismo. No se había perdonado el no haberle pegado un cachete a aquel impresentable, por muy hijo de su padre que fuera. Con aquel gesto de sumisión había dado la espalda a la única cosa verdadera que había en su vida por la que valía la pena

luchar. El verla tan dócil, todavía mostrándole ese amor desproporcionado que solo sería capaz de entregar un animal, era su castigo.

—¿Trajiste todo esto de Hong Kong? —le preguntó Martín. Señaló los muebles.

—De Pekín.

—No tuvo que ser fácil viajar con la casa auestas.

—Valió la pena porque me recuerdan a esa época. Durante años, miles de chinos emigraron a Cuba para trabajar. La trata de esclavos estaba prohibida, se suponía que eran colonos contratados, pero ya sabes... Había empresas que incluso se anunciaban como «negocio de venta de amarillos». De forma que algunos trabajábamos para proteger sus derechos desde el punto de partida y, otros, desde los consulados chinos que se abrieron en La Habana y en Matanzas.

—Y ¿cómo acabaste aquí?

—Por amor —dijo Serrano.

—Vaya...

—¿No me ves capaz de tener pareja?

—No digas eso, es solo que me ha pillado de sorpresa. ¿Viniste siguiendo a alguien?

—Al revés. Vine para alejarme lo máximo posible de la persona que me había roto el corazón.

—Mala mujer.

—Mal hombre, para ser más exactos.

—Ah...

—Puedes juzgarme, estoy acostumbrado.

—Te aseguro que no soy quién para juzgar a nadie; y menos en este momento.

Serrano lo miró a los ojos.

—¿A qué has venido?

—No sé por dónde empezar.

—Puedes ahorrarte el tema del adulterio.

—¿Tú también lo sabes?

—A ver, querido...

Arqueó las cejas y suspiró.

—Estoy pensando en ir a Río Muni.

Le contó su situación de manera sucinta.

Entretanto, Serrano preparó un par de tazas de té tras aclarar que, por muy china que fuera la vajilla, habría preferido un chato de vino y un plato de

jamón.

—¿Pero tú sabes algo de maderas? —le preguntó al cabo.

—En mi anterior trabajo tuve mucho contacto con mueblistas de mi región. Era un estudio jurídico en el que no solo nos ocupábamos de la redacción de contratos y representación en tribunales, sino también de cualquier gestión contable o financiera que precisaran los clientes, por lo que terminabas estableciendo una relación estrecha con alguno de ellos. Digamos que sé bastante más de árboles que la media de la población, pero al mismo tiempo me aterra...

—Ve, Martín —le recomendó cuando este terminó—. Cédele el negocio un par de años a ese prestamista al que debes dinero, que durante ese tiempo se lleve no solo lo que le toque amortizar, sino todas las ganancias, que seguro que así aceptará y no te dará problemas, y aprovecha para mantenerte alejado de Fernando Poo hasta que el gobernador se marche.

—Lo dices como si fuera seguro que eso va a ocurrir en breve.

—Lo sé porque he visto desfilar a unos cuantos por aquí y siempre es lo mismo. Todos sin excepción se van en cuanto pueden; eso si las fiebres no se los llevan antes.

—Las fiebres, eso también me da miedo. En el continente no hay un maldito hospital.

—No son peores que las de aquí, y los matasanos de Santa Isabel tampoco es que hagan milagros. ¿Tienes algo de dinero en metálico para empezar a talar en Río Muni?

—Podría ir al banco y sacar lo poco que hay.

—Tendrás que comprar baratijas, tabaco y licor. Hay un francés que tiene un almacén en el islote de Elobey, frente al estuario... Ahora te apuntaré su nombre, puedes decirle que vas de mi parte para que no te sangre demasiado.

—No sé, Serrano. Te lo agradezco, pero...

Resopló.

—Por muchas vueltas que le des, no vas a cambiar el pasado. Cuando no tienes opciones, haces lo que tienes que hacer y punto.

—¿No tendría el gobernador que aprobarme cualquier nuevo negocio que vaya a comenzar?

—¿Después del tiempo que llevas aquí, aún sigues creyendo que esto funciona como un ministerio de Madrid? Con que produzcas algo y muevas dinero, estará contento. Podrá mandar sus informes favorables y se olvidará de ti en cuatro días.

—No creo que contento sea la palabra.

—Pero le quitarás las ganas de liarse la manta a la cabeza, que tampoco le conviene porque al final le dejaría en evidencia. Es ahora, en caliente, cuando quiere darte un escarmiento, pero verás como se le pasa.

—¿Crees que podría quitarme la segunda concesión? ¿Puede hacerlo así, sin más?

—¿De dónde te sacas eso?

—Ana me ha dicho que se ha citado con Rogoziński... —Por un momento se planteó si debía revelar esa información, pero no tenía nada que perder—. Al poco de ampliar mi explotación estuve a punto de venderle en bloque mi propiedad para especular y salir corriendo de la isla; y, no me digas cómo, pero el gobernador se ha enterado y no creo que le haga muy feliz. En la inauguración del casino el polaco me volvió la cara. Entonces no me di cuenta, pero ahora lo veo claro. Le enfadó que no cerráramos el trato y se lo contó todo.

—Eso no es una buena noticia. —Hizo una mueca, contrariado porque le había pillado en algo que no sabía. Para compensar, no se resistió a seguir largando—. Pero yo me refería a otro tipo de castigo.

—¿Hay algo más?

Dio un sorbo al té con un gesto de desagrado, como si le amargara.

—Mejor olvídalo.

—Dímelo, por favor.

—Sé que ha hablado con un par de soldados que hacen trabajitos.

—¿Qué clase de trabajitos?

—Supongo que solo querrá que te peguen una paliza. Pero, ya que me lo preguntas, me da miedo que se les vaya la mano.

—¿Qué estás diciendo?

—No digo que te vayan a matar, pero imagina que te dejan lisiado. No sería la primera vez.

El finquero se levantó y caminó por el salón. De la puerta al biombo y otra vez para atrás.

—Pero entonces...

—Que te dejes de peros, Martín, acabemos ya con esto. Ahora te vas al banco, luego a tu hacienda para coger lo necesario, de ahí al prestamista para firmarle un poder con cuatro instrucciones básicas y mañana te subes al barco para empezar un negocio maderero en el continente.

—¿A qué barco?

—En cuestión de horas, los exploradores partirán hacia Río Muni para cerrar los acuerdos con las tribus. Es como si fueran a botarlo para ti.

—Creo que nos estamos precipitando.

—¿Prefieres esperar a que te rompan la cabeza? Yo ya no puedo hablarte más claro. Y ¿cuándo vas a verte en otra?

—Es fácil decirlo.

—Más que fácil, es simple. Y aún te quedaría una cosa más por arreglar. ¿Qué hay de Bella?

Tenía razón, estaba comportándose como si ella no existiera.

—Está en la misión con el chico bubi. Mi intención en cualquier caso era dejarla al cargo de las concepcionistas.

—Pues ya no la muevas de ahí.

La monita aplaudió —Martín habría jurado que lo hizo, como si le diera su beneplácito—, Serrano se giró y le lanzó un beso sonoro. Sin duda eran dos claros aspirantes a otro libro de personajes locos, con o sin sombrero, como el que Martín estaba escribiendo sin saberlo desde que puso un pie fuera de Soria.

Iradier y Osorio bajaron al puerto y caminaron hacia el extremo de la bahía donde estaba fondeada La Ligera, la goleta que el gobernador había puesto a su disposición. Con ellos iba Sanguñedo, el cabo de mar que debía acompañarlos en la travesía, un hombre larguirucho que hablaba sacando los labios hacia fuera como un pez, por lo que se le entendía regular. Les explicaba que el plan era llegar a Elobey Chico, el islote frente a la desembocadura del Muni desde el que saltarían al continente. El vitoriano lo conocía bien porque también montó allí su centro de operaciones en su primer viaje, pero cuando vio la nave de cerca se le cayó el alma a los pies.

—¿Tenemos que viajar en eso? —se le adelantó Osorio, viendo cómo se inclinaba a un lado y otro en un estado lamentable a merced del viento—. Son trescientos cincuenta kilómetros de mar...

—Es que no hay otra cosa. También habíamos pensado en la lancha cañonera, pero lleva meses inservible.

—Que Dios nos ampare.

—Hay otro problema —siguió el marinero bajando la voz—. Me da que no tenemos ni lubricante para las máquinas ni carbón suficiente para llegar.

—¿Cómo que «le da»? —habló por fin Iradier.

—¡Mejor nos vamos nadando! —rio nervioso Osorio—. ¿Usted cree que el notario va a querer subirse ahí? ¿De verdad son estos los recursos que tan generosamente nos brinda el Estado español?

Sanguñedo se encogió de hombros y señaló hacia la cuesta.

—Hablando del rey de Roma...

La persona encargada de dar curso legal a los tratados de adhesión que fueran suscribiendo con los jefes indígenas se acercaba pisando fuerte. De mediana estatura, tenía una barriga más prominente de lo que correspondería a su delgadez, con rostro delicado y un tic nervioso que le hacía dar pequeños latigazos con el cuello hacia un lado. A pesar de su florido puesto, arrastraba el sambenito de ser un hombre venido a menos. Abogado de Ferrol, perdió la

mitad de su dinero jugando a la brisca y la otra mitad, en una fábrica de gaseosas que no le funcionó en Las Palmas, adonde se había mudado para volver a empezar lejos de cuchicheos y desde donde volvió a escapar hacia Fernando Poo por el mismo motivo. Su mayor problema era que pasaba el día haciéndose notar con absurdas muestras de vanidad, ya fuera presumir sin descanso de amigos ilustres en la metrópoli, como calentarte la cabeza con el cuadro de no sé qué artista famoso que tenía sobre el escritorio, que más le valía no ser auténtico porque lo estaba devorando la humedad. Los fernandinos ricos que acudían a su oficina lo llamaban el Bolas. El mote, que no tardó en llegar a sus oídos, no le molestaba porque creía que se refería a sus cojones —carácter no le faltaba—, pero en realidad se debía a sus mentiras.

—¿Alguien va a decirme lo que he de meter en el petate? —elevó la voz mientras llegaba, acaparando la atención desde el primer instante.

Intercambiaron los saludos oportunos y les contó, animado, que ya había preparado un zurrón con docenas de contratos de adhesión, a falta solo de poner el nombre y localización de la tribu y estampar la firma del jefe.

—Antes habrá que llegar. ¿Ha visto nuestra triste goleta? —le preguntó Osorio.

—No entiendo nada de barcos —contestó él sin pillar el tono, más que nada porque no era muy de escuchar al resto—. Fíjese que desde que llegué a Fernando Poo no me he subido ni a un cayuco, a pesar de que me habría lucrado más si hubiese hecho trabajos a domicilio en las fincas que se están abriendo en el oeste de la isla. Solo quería conocer a las personas en cuyas manos voy a encomendar mi espíritu —terminó, haciéndose el gracioso sin percatarse de la tensión que desprendía el grupo.

Los exploradores lo observaron callados y él, que se creía un buen psicólogo —como llamaban a los filósofos que estudiaban el alma—, decidió que ya los había calado: el explorador famoso en su pueblo que huele a fiasco desde una legua y el doctor al que le han pillado la petaca de aguardiente en el bolsillo del espéculo y se ha buscado otra vía de escape. Menudo panorama, iba a irse de ruta con don Quijote y Sancho Panza.

—Los noto muy serios —dijo, risueño por su propia ocurrencia.

—Porque es una misión suicida —concluyó el médico volviéndose a ambos lados, como si esperara que de la nada surgiera un decreto con una dotación económica similar a la que concedían otras naciones.

Suicida...

Aquella palabra resonó por primera vez en la mente de Iradier, que para entonces estaba bastante más preocupado que enfadado. Desde los inicios, nada había salido según lo esperado. Cuando, tras su primer viaje y sin un duro, se le metió entre ceja y ceja regresar a África, antes de comprometer a sus amigos más cercanos, publicó un informe en una revista de su provincia que culminaba: «El porvenir de España está en África y la gloria de Euskaria, en que sean sus hijos quienes la exploren». Y apelaba al recuerdo de los abuelos de sus abuelos, aquellos que rodearon por primera vez el mundo, que retaron a las costas de Oceanía y América y grabaron en el hielo eterno de los polos el nombre de la Vasconia. Aquella campaña de financiación, sin duda, caló en los corazones vascos, pero no les hizo rascarse el bolsillo.

Tuvo que esperar a que se celebrara el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil que encumbró a los claretianos como punta de lanza de la nueva colonización africana. En aquel evento, el vitoriano esperaba conseguir financiación no solo para hacer el viaje en condiciones, sino incluso para fundar la Compañía Comercial del Golfo de Guinea que se había propuesto dirigir, pero todo se torció. El jefe del Estado, que había prometido estar presente para dotar al encuentro de un brillo especial, se puso enfermo y no acudió. A Cánovas del Castillo, que debía pronunciar el discurso inaugural como historiador, también le atacó una infección que le impidió salir de la cama. Por un motivo u otro, todos los primeros espadas que se suponía que iban a encender la llama aventurera de las instituciones cayeron presa de lo que parecía una maldición. Faltó hasta el propio Iradier, a quien un rebrote de sus fiebres le impidió presentar su ambiciosa propuesta y compartir esas anécdotas personales que dejaban fascinada a la audiencia y utilizaba para captar adeptos. De forma que, ante la falta de información y de motivación, de aquel congreso solo brotó una microexpedición para salir del paso. Veintidós mil pesetas, eso es todo lo que reunieron para competir contra otros exploradores como Brazza, enviado por el Gobierno francés, que disponía de millones de francos. Parecía una broma, pero no lo era en absoluto. Iba a internarse en la jungla indómita con una mano delante y otra detrás, obligado a convencer a los porteadores para que aceptasen créditos contra el ilustre Gobierno de España, como si eso les dijera algo. Al final, solo podría convencer a los menos profesionales, por lo que la vida de todos los miembros de la expedición estaría aún más en peligro del que ya se presuponía a una empresa semejante.

Pero si le daban ganas de plantarse y regresar a Vitoria con lo puesto, no era por la falta de fondos, sino porque le hubieran cambiado el propósito del

viaje sobre la marcha. El tener que dedicarse a conseguir a la desesperada un puñado de kilómetros cuadrados para España no le dejaría un minuto libre para sus estudios científicos. Bien es cierto que en su primer viaje no llenó el macuto de dinero, pero sí metió una ingente cantidad de referencias sobre la cultura, la religión, la política y hasta el habla de los nativos, con su retorcida gramática y aquel vocabulario gutural que nombraba objetos, plantas, animales e incluso emociones desconocidas para los europeos. El pensar que descubrió todo aquello él solo hacía que se le erizara el vello de los brazos. Solo, sin nadie que le ayudara con los dibujos de los especímenes y los mapas certeros. Solo, sin nadie que le cogiera la mano mientras deliraba en cabañas de salvajes. Solo, sin un mísero compañero de viaje que le regalara una palabra de ánimo cuando hincaba la rodilla a lo largo de los casi dos mil kilómetros que recorrió durante ochocientos treinta y cuatro días. ¿De verdad quería volver a pasar por eso?

—Suicida o no, esto es lo que hay —resolvió; y explicó la situación brevemente al notario, a quien la sonrisilla se le borró de súbito—. Y más nos vale mantener la calma porque cuando nos desesperamos no servimos para nada. —Señaló a una embarcación de un solo palo—. ¿A quién pertenece esa balandra?

—A un fernandino al que llaman Smith —le informó el cabo Sanguiniedo.

—Ya ha oído lo que nos han dicho sobre los vientos y las corrientes —le advirtió Osorio, viendo por dónde iba—, vamos a tenerlo todo en contra.

—Si es así, en lugar de dos días, tardaremos en llegar tres o cuatro.

—¿Eso es todo lo que le preocupa? Fíjese bien en la madera, ¡si la tiene medio podrida!

Iradier le agarró los brazos con afecto y, aunque con sus treinta años aún era tres más joven que el médico, le habló con un toque paternalista:

—Vive Dios, que no voy a obligarle a venir, doctor, y menos viendo el percal, así que dé media vuelta si es lo que quiere, que le prometo que no lo juzgaré. De hecho, sería lo más inteligente. Pero yo prefiero hundirme en esas aguas antes que quedarme aquí lamentándome de mi perra suerte mientras los franceses nos roban lo poco que nos queda. —Se giró hacia Sanguiniedo—. ¿Cree que podría alquilarla?

—En todo caso comprarla, porque no sé si ese cascarón llegará a su destino, pero lo que es seguro es que no resistirá el viaje de vuelta.

—Me están poniendo nervioso —farfulló el notario, que hasta entonces todavía dudaba de si hablaban en serio—. ¿Todo esto lo sabe el gobernador?

—Si en este momento no está aquí con nosotros, es porque lo sabe mejor que nadie y no quiere que se le caiga la cara de vergüenza. Y no por sus actos, sino por los del estado al que representa.

—Qué quiere que le diga, a mí debería haberme informado mejor. Yo acepté porque...

«Porque se va a llevar buena parte del presupuesto de la misión», rellenó Iradier mentalmente la pausa.

—Comprémosla, pues —dispuso Osorio desde atrás, que de pronto parecía haberse sacudido los miedos. El vitoriano le observó dándole tiempo a retractarse, pero aquel siguió sacando pecho—. Disculpe si en ocasiones me tomo la libertad de lloriquear un poco, pero no voy a amilanarme a la primera de cambio. ¿No le dije en mi primera carta que estaba dispuesto a todo?

Iradier asintió complacido. Al menos esta vez no estaría solo. Tendría a su lado a otro loco.

—Y quizá no sea necesario hundirse —murmuró mientras veía acercarse a un grupo de personas.

Eran agentes enviados por Stanley y Brazza para garantizar la presencia de sus respectivas naciones en las estaciones del litoral. El buque inglés Quisembo en el que viajaban había hecho escala en Santa Isabel para repostar y, de paso, dar rienda suelta a la tripulación para que se diese un homenaje bebiendo en tierra por cuatro monedas antes de seguir hacia Gabón. Iradier ya estaba al tanto de que la labor de estos marinos iba más allá de lo comercial. El propio doctor Nachtigal, un afamado explorador alemán al servicio del canciller, se había hecho en poquísimo tiempo con un enorme territorio en Camerún gracias a su estrategia de asociarse con los responsables de las casas comerciales para que estos le allanasen el terreno en las zonas que se habían propuesto explotar. Así, para cuando llegaba al lugar, los dueños de las factorías ya se habían ocupado de estampar acuerdos con los jefes indígenas, por lo que solo tenía que pagarles su comisión, apuntar en su libreta de tapas de cuero los nombres de las nuevas tribus que reconocían la soberanía alemana y salir pitando hacia el siguiente enclave.

Iradier era consciente de que no tenía dinero para comisiones ni almacén comercial español alguno en el continente negro con el que asociarse, por lo que solo le quedaba pelear a puño limpio. Se acercó a ellos, charlaron un rato...

Y, sin duda, fueron los minutos más lucrativos desde que gestó esa aventura en su tierra vasca diez años atrás.

—Asunto resuelto —informó a Osorio y Sanguñedo.

—¿Qué quiere decir?

—He convencido al capitán para que nos lleve hasta Elobey Chico. No estaba en sus planes parar allí, pero les coge de camino.

El cabo no podía creerlo.

—¿Cómo leches lo ha conseguido?

—Les he dicho que los admiro tanto como a sus jefes, aunque sus nombres no aparezcan en las portadas de los periódicos. Y, acto seguido, les he dejado caer que, como verdaderos héroes de la exploración que son, no podían dejar de llevarnos... para compensar.

—¿Qué tienen que compensar? —preguntó Osorio.

—Que España les permita fondear aquí para coger fuerzas, aun sabiendo que después seguirán hacia al continente para intentar apropiarse con toda desvergüenza de nuestros territorios.

El médico soltó una de sus carcajadas.

—¿De verdad les ha dicho eso?

—Yo ya no tengo nada que perder, doctor.

—Bueno, es una cuestión de orgullo.

—Después de todo lo que he dejado ir estos últimos años, tengo el ego bien entrenado. Solo quiero cumplir de una vez esta misión, aunque me deje la vida en ello. Y si lo único que he de entregar a cambio es ese orgullo que usted dice, miel sobre hojuelas.

—Confío en que no tenga que entregar ni una cosa ni otra —intervino Martín, que se había aproximado al grupo durante la negociación.

—Don Martín Quesada —anunció Iradier mientras le extendía la mano.

Se presentó al resto.

—Usted es el finquero que tiene la propiedad en el camino de Punta Hermosa, ¿no es así? —le preguntó el notario.

—Hasta hoy al menos lo he sido.

—¿Y desde hoy? —preguntó Iradier.

—Alguien a quien le vendría bien ir precedido por un buen machete.

Señaló al que colgaba del cinto del explorador.

—¿Tantos enemigos tiene?

—Siempre hay alguno. Pero si ahora necesito el filo con urgencia, es para abrir nuevos caminos, como usted.

—Parece que tiene las cosas mucho más claras que cuando hablamos después de la visita al cuartel. ¿Va a hacer negocio al continente?

—Me gustan los árboles grandes. Y ya lo dice el proverbio: busca un trabajo que te guste y no trabajarás un día más en tu vida.

El vitoriano, reconociéndose, esbozó una sonrisa.

—Lo siento, señor. Pero este machete ya está contratado.

—No pretendo que se separe ni un centímetro de la senda que tenga prevista. Y, por supuesto, no le estoy mendigando un hueco. Díganme cuánto cuesta unirme a su expedición y se lo abonaré en este momento. El favor me lo hará no dejándome aquí.

Resultaba paradójico, pero Martín no se había sentido tan seguro de sí mismo en toda su vida. Una extraña fuerza hablaba por él, le salía de dentro justo cuando todo a su alrededor se derrumbaba. Era algo parecido a la idea que siempre había tenido de la...

Libertad.

Iradier y Osorio se miraron.

Dios aprieta, pero no ahoga, pensaron los dos.

—Venga o no venga el finquero, será mejor que vayamos a preparar nuestras cosas —les apuró Sanguineto, que había seguido hablando con los ingleses—. Me dicen que saldremos por la mañana.

—¿Mañana? —exclamó el notario.

—¿A qué quiere esperar? —se molestó Iradier—. Con el panorama que nos espera, mejor sería salir ahora mismo.

—¿No es usted el que dice que la prisa no es buena amiga de la exploración? —apuntó Osorio, mientras el vitoriano volvía a darle la mano a Martín, sellando el trato.

—Esto no son prisas, amigo, esto es fuego. Como el que en su día salió de aquel volcán. —Señaló al Basile—. Es hora de crear un nuevo mundo.

A la mañana siguiente, el explorador pasó a despedirse por casa del gobernador y, como había prometido, recogió a Ana.

—¿No va a decirme adónde me lleva? —preguntó ella con aire campechano.

—No se preocupe, no está lejos.

Caminaron hasta un caobo que se alzaba imponente en una loma. Iradier se detuvo frente a la pequeña tumba cavada a sus pies y suspiró de forma sentida. Ana supo al momento que allí estaba enterrada su hija.

—Lo lamento muchísimo. No quiero imaginar lo que también tuvo que sufrir su esposa.

El vitoriano asintió, terminó una oración silenciosa y se sentó en el suelo. Ana hizo lo mismo, doblando ambas piernas hacia el mismo lado con elegancia.

—Ya en el vapor que nos traía a Fernando Poo desde Canarias, donde pasamos una temporada para aclimatarnos, Isabel dejó claro que era toda una heroína. También su hermana Juliana. Cuando subían al puente con sus sombrillas, los marineros, que apenas habían visto féminas blancas hasta entonces, se ataban los tirantes y se quitaban el polvo y la sal de la pernera. Hasta el propio capitán, que no hablaba una palabra de español, las sentaba en su mesa para la cena, una a cada lado, y él mismo les llenaba los platos. Le aseguro que, con ellas a mi alrededor, me volvía invisible.

—¿En ningún momento se arrepintió de traerlas con usted?

—Me sentía responsable de ellas, eran mi mujer y mi cuñada y me hubiese comportado igual en Vitoria, pero nunca lo entendí como algo temerario. Tenga en cuenta que sabían muy bien lo que hacían. Arrastraban un equipaje compuesto por libros, mapas, aparejos y munición, allí no cabían vestidos para ir a un baile. El espacio que hubiera ocupado otro par de zapatos debía utilizarse para meter aún más regalos que podrían ser necesarios para

salir de algún aprieto en la selva. Ellas mismas solían decir que yo no las traje, que vinieron porque quisieron.

Evocó imágenes de la travesía, como cuando la jovencísima Juliana, que tenía poco de niña inocente, miraba de refilón a un *krumán* que tensaba los músculos sudorosos y sorbía de la pipa que colgaba de sus labios; o cuando las dos mascaban *kola*, un fruto excitante que les daba un marinero asegurándoles que, después de estrujarlo bien, podían beber agua por infecta que fuera.

—¿Se conocían Isabel y usted desde mucho antes?

Manuel sonrió, nostálgico.

—De Vitoria de toda la vida. Pero empecé a mirarla de otra forma cuando se colaron por primera vez en una reunión de La Exploradora.

—Para verle a usted.

—Y porque les gustaba la exploración. De hecho, si de algo me arrepiento, después de los sacrificios que hicieron antes, durante y después del viaje, es de haberlas recludo en la base de operaciones que monté en Elobey Chico. Ese islote era perfecto para organizar las incursiones porque está situado a solo cinco kilómetros de la costa continental y sus playas son paradisíacas, pero apenas tiene mil metros de largo por doscientos de ancho y se convirtió en una maldita cárcel. Yo quería protegerlas, pero lo que realmente estaba haciendo era privarles de buena parte de su sueño. Isabel me había seguido hasta Guinea porque me amaba, eso nadie lo pone en duda; pero también amaba ser expedicionaria. El ver cómo yo preparaba los materiales y me enfundaba el salacot mientras ella se quedaba al cuidado de la casa le generaba un sentimiento de frustración que nunca ha llegado a superar.

—Habla de ello sin tapujos.

—¿Le sorprende?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Lo único que puedo hacer a estas alturas es admitirlo y honrar el trabajo que ambas hicieron para mí en el observatorio. Tres veces al día leían los datos de la columna termométrica, la aguja del higrómetro y las oscilaciones de la plomada. Cogían los lapiceros que habían comprado en la papelería de Vitoria y anotaban cada cambio en el rumbo de los vientos y las nubes, cada detalle en el desarrollo de las tempestades. De hecho, si no perdieron el juicio, fue por esas rutinas cotidianas que las mantenían aferradas a la realidad, porque la vida en Elobey era muy dura. La vivienda que nos cedió el Gobierno había sido un puesto de mando del destacamento español, no más

que una choza tradicional elevada del suelo por pilastras de madera sin agua corriente y con esteras de palma a modo de colchones. Y, lo que era aún peor, carecían de entretenimiento alguno al que acudir cuando decaía el ánimo. Toda diversión pasaba por contemplar los atardeceres y protegerse de los tornados que cada dos por tres se llevaban al cielo cualquier cosa que habían dejado olvidada afuera.

—Pero ahí aguantaron. Qué dos grandes mujeres.

—Isabel me ha dicho más de una vez que preferiría haber caído también, y puede que tenga razón. Los que más sufren no son los que fallecen por las fiebres, sino quienes siguen viviendo con la carga de la ausencia.

Pasó la mano con delicadeza sobre la tumba.

En sus incursiones, él mismo sufrió docenas de accesos que lo dejaban tirado en cualquier aldea durante días, una vez hasta tres meses, sin parar de delirar con una pequeña tribu que fue envenenándolo poco a poco con algún remedio equivocado hasta el límite de la muerte, pero siempre volvía a embarcarse hacia los huecos vacíos de los mapas. Y ellas no se quedaron atrás. Isabel se infectó estando embarazada y Juliana hubo de ocuparse de todo con las exiguas fuerzas que le quedaban mientras superaba sus propias calenturas.

—¿Por qué me ha traído aquí? Quiero decir, ¿por qué a mí?

El explorador lo pensó.

—Cuando nos acercamos a la muerte, a todos nos preocupa que nos conozcan. Y no me refiero a dejar un legado para la posteridad, sino a que, antes de irnos de este mundo, los demás lleguen a saber, al menos por un instante, quiénes somos realmente. Y en los pocos momentos que hemos compartido desde mi llegada, disculpe el atrevimiento, he pensado que ante usted podía abrirme en canal.

—Me halaga y me emociona, Manuel —le agradeció ella utilizando su nombre de pila—, pero usted no va a morir.

—Me temo que eso es más un deseo que una constatación —repuso él con una sonrisa trágica.

—¿Qué más necesitarían para la expedición? Puedo intentar hablar con...

Iradier levantó la mano para que no siguiera.

—Dios me libre, que no es eso lo que pretendía cuando le he pedido que me acompañara. Me siento en paz con lo que hay, tenga en cuenta que la vez anterior me metí en la selva completamente solo.

Pero lo malo, pensó Ana, era que se disponía a repetirlo en unas condiciones no mucho mejores y con el objetivo impuesto por todo un país de

penetrar hasta donde vivían el canibalismo y otros horrores paganos.

—Lo que sí quiero pedirle es que, si algo me pasa, me entierre aquí, junto a mi hija. ¿Podrá ayudarme con eso?

—Por supuesto, cómo no... —confirmó, un tanto sorprendida.

Iradier asintió despacio en señal de gratitud y se levantó.

—He de bajar al puerto o el barco se irá sin mí.

Ana se levantó a su vez, pero dijo:

—Vaya usted, no quiero entretenerle. Me quedaré un rato más a la sombra y nos emplazamos para dar otro paseo cuando haya servido a España, ¿qué le parece?

El explorador se inclinó, cortés, y marchó ladera abajo con su andar pausado.

Ana se dispuso a dar una vuelta por el paraje —tenía muchas cosas en qué pensar—, pero al poco vio a una persona que se acercaba.

Cuando lo reconoció, se le paró el corazón.

El otro le pidió calma con sus manos callosas.

—¡No voy a hacerle nada! ¡Solo quiero hablar con usted!

—¡Pues quédese ahí! —le ordenó Ana, intentando sonar firme, aunque se rompía por dentro.

Querría estar equivocada, pero la piel requemada, el sombrero gris de ala redonda, la vara enganchada al cinto y aquel acento cubano...

Era el capataz de Martín.

Rompió a llorar de los nervios. Estaba paralizada, tal vez porque sabía que si echaba a correr, la alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos y sería aún peor.

—Le digo que esté tranquila, señora, que ni he hecho nada ni se lo voy a hacer a usted.

—¡Eres un cerdo y un sádico! —gritó para sentirse más fuerte—. ¡Encerraste a la pobre cría con todos esos animales muertos!

—En el pasado fui eso que dice y otras cosas peores, pero ya no —se defendió, extrañamente sereno—. Por eso estoy aquí, tiene que confiar en mí.

—Lo dice alguien que pertenecía a una banda de asesinos... Bella sí que confiaba en usted y mire lo que consiguió.

—Cuando desapareció yo estaba en la finca ocupándome de mis cosas.

—Vaya coartada, no se sabe exactamente cuándo desapareció.

—No me moví de allí en todo el día.

—¡Si salió corriendo!

—¡Eso fue a la mañana siguiente!

—Y si no había hecho nada, ¿por qué huyó?

—Porque sabía que iba a pasar lo que está pasando ahora: que todos me acusarían. Tengo un pasado del que no me enorgullezco y que me ha perseguido durante años como una larga sombra; y además mentí al señor Quesada al decirle que era canario en lugar de cubano. Ahora bien, si lo hice, fue porque de otra forma habría empezado a hilar cabos, se habría enterado de que fui un voluntario del orden y no me habría contratado.

—¿Y por qué reaparece ahora?

—Nunca pensé en huir para siempre, únicamente necesitaba tiempo para demostrar mi inocencia. Y como había un buen rato en el que no tenía coartada, como usted dice, porque me metí en el almacén a contar los sacos y me quedé dormido porque se me fue la mano con la leche del país —confesó, refiriéndose al licor que él mismo manufacturaba—, solo me quedaba encontrar al criminal. Sabía que podía hacerlo, en su día fui policía.

—Eso es mucho decir, si hasta reconoce que es un borracho —saltó ella con desprecio, empezando a pensar que quizá era cierto que no estaba en peligro.

—Como quiera, señora, pero conocía el oficio y simplemente necesitaba investigar.

—Y ¿qué ha encontrado tan revelador? ¿Por qué quería hablar conmigo?

El capataz fue a aproximarse, pero Ana dio un paso hacia atrás y le echó el alto.

—¿Puedo meter la mano en mi bolsillo? —le preguntó, dócil—. He esperado a que estuviera sola para dárselo.

Cuando fue a replicar, horrorizada al pensar que había tenido a un antiguo voluntario del orden vigilándola, le mostró un pequeño retal de tela blanca. Lo único que acertó a decir fue:

—¿De dónde lo ha sacado?

—Al salir apresurado de la choza tirando de la muchacha, el raptor se rasgó la camisa con una de las ramas del tejado que bajan en pendiente casi hasta el suelo y se quedó enganchado este trozo. Pregunté a los cazadores del área y todos habían visto por allí en un momento u otro a un chico blanco vestido con esta tela. A uno de ellos hasta le compró animales. Los pedía vivos y atados.

Ana estaba descompuesta.

Su cerebro se esforzaba en encontrar cualquier incoherencia en las pesquisas del cubano, pero todo cuadraba.

Rufo...

Era patente su obsesión por Bella, hasta el punto de haberlo sorprendido a horcadas sobre su cuerpo inconsciente. También confesó haber estado en la finca de Martín cuando los espió por la ventana el día de la desaparición, por lo que era bien posible que se hubiera cruzado con la muchacha al dirigirse hacia la choza de los horrores. Tampoco podía obviar su insistencia para que le comprasen aquel cuchillo del demonio. Pero lo que ya no dejaba lugar a dudas era la camisa rasgada. Había tenido una discusión con él acerca de eso. Era de lino blanco, recién comprada. Si hasta le riñó por tratar las cosas con tan poco cuidado...

Su hijo era el raptor de Bella.

El capataz se lanzó hacia ella y evitó *in extremis* que cayera desmayada al suelo.

A Ökkó le azotaba la culpa por cómo se había comportado los últimos días de vida del claretiano: tan preocupado por cuándo fletarían una nave a Ureka que ni se había percatado de que el padre Aguirre caía enfermo. Con que solo le hubiese concedido un instante de atención, de presencia generosa, habría detectado el mal y le habría ayudado con plantas o hasta con magia, que brujos no faltaban en las aldeas vecinas. Ahora se había ido y ya solo quedaba flagelarse por no haber hablado más, por no haberle escuchado más. Rebuscaba en su árbol de las palabras, cerraba los ojos con fuerza y ascendía por el tronco, pero las ramas estaban peladas.

El padre Cadarso intentaba consolarlo. Habían estado pendientes para darle la extremaunción, pequeñas cruces con óleo sagrado en frente, manos y pies, pidiendo perdón por sus pecados —¿qué pecados?, se preguntaba el joven bubi—, para acercarle aún más a Dios. Ahora, con la llama extinguida, toda la congregación comentaba en el patio su vida y acciones, e iban pasando sin prisa junto al camastro haciendo una nueva cruz más grande con la mano extendida en el aire, desde la cabeza del misionero, con su pelo largo de pronto lacio —en el nombre del Padre—, hasta los pies que habían caminado por parajes insospechados, desgastando las sandalias, pero nunca el ánimo —y del Hijo—, y de ahí al brazo izquierdo para terminar en el derecho, que ya no volverían a levantar pesadas cruces de madera —y del Espíritu Santo—. Alguno estiraba la despedida rezando otra oración en una suerte de arrullo de paloma que empujaba al sueño, aunque Ökkó luchaba por no cerrar los ojos. Ya que no había estado ahí en el último suspiro de su mentor, decidió unirse al rito de los misioneros sin perder un detalle hasta que, tras las exequias que el prefecto celebró en la pequeña iglesia de la misión, dejaron caer la última palada de tierra sobre el cajón de tablas. Un padrenuestro como el que enseñó Jesús, un avemaría y un gloria. Y, después, para siempre el silencio.

Por fortuna, una tabla de salvación flotaba a su lado. Sin hacerse notar ni pronunciar palabras vacías, Bella le ayudaba a no hundirse en la sima. Martín,

viendo cómo se aceleraban los acontecimientos y para ir preparando el camino, le había permitido pasar la noche en la misión, donde las madres concepcionistas le prepararon un camastro que no llegó a usar. Poco después de la cena, Ökkó y ella se citaron en el patio y estuvieron tumbados al raso con los ojos clavados en las estrellas hasta que se quedaron dormidos. Por eso, cuando de par de mañana Martín hizo aparición y el joven bubi pensó que iba a llevársela, se le vino el mundo encima.

Ni él, ni la joven huérfana, imaginaban el giro que iban a dar las cosas.

El finquero llevó a Bella al despacho que el prefecto le había cedido para que envolviera la noticia de cierto protocolo. Sentado en la silla del claretiano mientras ella permanecía de pie al otro lado de la mesa como si estuviera recibiendo un rapapolvo por sacar malas notas, buscaba las palabras exactas.

—Aunque se me rompa el alma, ha ocurrido algo que me empuja a separarme de ti.

Le explicó que tenía que quedarse con las madres concepcionistas y que sería lo mejor para ella, aunque ahora le costase entenderlo.

Bella permaneció pensativa un rato. Tenía claro lo que quería decir, pero utilizaba el silencio para generar una situación incómoda.

—Ya me lo esperaba.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca quisiste que viviera contigo.

—Eso no es verdad.

—¿Acaso no me acogiste para que doña Ana tuviera una excusa para ir a verte?

Martín recordó cuando, años atrás en Soria, comprendió que el hecho de que su hija fuera pequeña no implicaba que fuera tonta. Con Bella pasaba lo mismo, tocaba hablarle de tú a tú, máxime cuando hacía tiempo que había dejado de ser una niña.

—Ha sido una temporada difícil y llena de imprevistos, pero te aseguro que, si hay algo que no esperaba, era que fuera a quererte tanto.

A Bella se le humedecieron los ojos.

—¿Y entonces?

—He metido la pata en algunas cosas, mi niña, y he de marchar al continente.

—¿Cuándo será eso?

—Ahora mismo.

—¡Y me lo dices así! —estalló, dejando al descubierto que los sentimientos eran mutuos—. ¿Y tu finca?

—Alguien va a hacerse cargo mientras yo no esté.
—De ninguna manera —rechazó, como si estuviera en su mano decidirlo—. Vámonos a casa.
—No me lo pongas aún más difícil...
El finquero lanzó una mirada fugaz hacia una silla en la que había dejado un hatillo con la ropa y las cosas personales de la huérfana. Para Bella fue demoledor ver que no había vuelta atrás, y más aún constatar que toda su vida cabía en aquella sábana con un nudo. Se enjugó una lágrima.
—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?
—Qué más quisiera yo que saberlo. De verdad que lo siento.
—¿Qué sientes? ¿No dices que es lo mejor para mí?
Dio media vuelta para alejarse.
—Bella...
—¡Olvídate de mí! ¿No es lo que querías?
Fue tras ella hasta pararse en el quicio de la puerta.
—¿Vas a despedirme así, después de todo lo que hemos pasado?
Pero para entonces ya había salido al patio.
El finquero contuvo un grito de ira hacia sí mismo.
«Cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que la vida te lo conceda», le dijo Ana el día que por fin la tuvo en su cama.
El Muni.
Ser libre.
Cerró los ojos.
Cuidado
con
lo
que
deseas...

Bella fue a buscar a Ökkó y se lo llevó de la misión cogido de la mano bajo el sol, todavía débil. Atravesaron la bruma de plegarias de claretianos y concepcionistas, descendieron por la ladera hasta la cala rodeada de palmeras y se sentaron en el mismo tronco de la vez anterior a observar el pontón que se balanceaba en la bahía.

Era una antigua urca que había sido amarrada años atrás frente al puerto de Santa Isabel con todas sus anclas. Había sido construida en Francia y adquirida para España en Valparaíso un siglo atrás por el comandante general

de la Escuadra del Pacífico, viajado por todo el mundo con sus cuatro cañones, transformada en corbeta y servido como escuela de guardiamarinas; y, ya en desarme, la habilitaron lo justo para que llegase entera a Fernando Poo para su última misión. Durante un tiempo hizo las veces de enfermería y, tras una revuelta, mantuvieron allí recluidos a los instigadores antes de dedicarla a almacén de pertrechos del ejército. Pero ya sin función alguna que cumplir y, por lo tanto, sin cuidados de mantenimiento, cualquier día se le daría de baja en el listado de buques de la Armada y se autorizaría al comandante de la estación para desgazarla, aprovechar unos materiales y vender el resto, siempre que antes no se fuera a pique de forma discreta. En este mundo todo era caduco, todas las cosas y todas las almas terminaban siendo pontones viejos. El problema era que algunas vidas, como la del padre Aguirre, se desarmaban demasiado pronto.

Ökkó apoyó la cabeza en el hombro de Bella. Al poco se dejó caer aún más y la reclinó sobre sus muslos, subió sus propias piernas y las encogió en posición fetal. Quería contarle su secreto, pero desistía al recordar a su padre sangrando a sus pies.

Bella alzó las manos sin saber bien dónde colocarlas y las posó sobre el hombro del chico, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Se le habían dormido las piernas por el peso muerto, pero no quería moverse. Aquel escuchimizado le brindaba una olvidada sensación de protección.

—Si me dices una letra más de tu palabra, voy nadando hasta ese pontón —le propuso.

Ökkó se incorporó.

—¿Y los tiburones?

—Tienes razón. Si quieres que lo haga, tendrás que decirme dos letras.

—No estoy bromeando.

—¿Eso quiere decir que aceptas el reto? Recuerda que te he dicho dos letras...

—Siempre que vayamos juntos.

—¿Qué ganas tú arriesgándote?

—Protegerte.

Ella se sonrojó.

—¿Crees que lo necesito?

—Lo necesito yo. No quiero seguir siendo alguien que está todo el tiempo triste.

—¡Eso es justo lo que quería oír, vamos!

Corrió hacia el mar. En tres pasos ya tenía el agua por la rodilla.

—¡No tan deprisa!

—¡Cómo pesa la ropa mojada!

Al principio parecía fácil, pero, a medida que avanzaban, cada brazada suponía un esfuerzo mayor. A mitad de camino pasaron por encima de una cría de manta raya. Bella se detuvo para señalarla, retiró el agua de la cara mientras el leve oleaje le hacía subir y bajar y vio acercarse a la madre, que bien superaría los tres metros y la rozó con la cola. Se apartó agitando los pies, riendo emocionada y aterrada al mismo tiempo, y enfiló de nuevo hacia el pontón con la respiración agitada, ya sin posibilidad de dar marcha atrás porque se habían alejado de la cala más de lo que les quedaba y no tendría fuelle. Pasaron junto a peces loro de colores imposibles, pequeños payasos, otros que llamaban agujas... y sombras que cambiaban de dirección a velocidad de vértigo. La mente de Bella recreó la historia del amigo de su padre que chapoteaba en el agua cada vez más roja y terminó muriendo en la arena; y la de aquel médico recién llegado al cuartel que presumía de haber pescado toda su vida en Cambrils, de donde partió hacia Guinea huyendo de los carlistas, y, sin darse cuenta de que ya no estaba en el Mediterráneo, cometió el error de ir colgándose de la cintura las piezas capturadas, de forma que la sangre que iba dejando a su paso atrajo a un tiburón que, cuando iba a subir al cayuco, se las arrancó de una dentellada llevándose de paso un trozo de su costado. Al recordar la cicatriz que daba la vuelta al torso de aquel hombre como una larga cremallera, tragó agua y comenzó a toser mientras Ökkó la empujaba desde atrás para que supiera que estaba a su lado, sin llegar a cogerla porque se habrían ido los dos al fondo, y le rogaba que sacase fuerzas de donde fuera para culminar el trecho que les quedaba hasta la escalera mohosa de la barcaza.

Una vez arriba, tosieron, se frotaron los ojos, se tumbaron boca arriba en la cubierta. Al rato se levantaron a investigar bajo la tejavana de tablas, sorteando los maderos caídos la noche de la tormenta, y se asomaron a los camarotes. Todo se antojaba viejo y acabado. No quedaba nada de la fortaleza en el agua que había navegado por el mundo entero, ni tenían la sensación de estar en un rincón secreto, que era lo que Bella había buscado. Nada había que hacer allí, salvo recuperar el resuello y confiar en que les quedase energía suficiente para volver.

Se asomó por la borda para contemplar la ciudad desde una nueva perspectiva.

—¿Te has fijado? Todo parece de juguete. Mira las palmeras y el campanario de la iglesia.

Tal vez la colonia lanzaba ese mensaje, que bastaba con alejarse un poco del magma del día a día para ver que estaban construyendo algo irreal. Pero Ökkó la contemplaba a ella. Apartó hacia un lado el rizo mojado que le caía sobre el rostro. La muchacha inclinó ligeramente la cabeza, agradeciéndolo. Iba a resultar que la salvación estaba en una caricia en el pelo.

—La e y la erre —dijo él.

—¿Cómo?

—Las dos letras que te debía.

Y el alivio que sintió al pronunciarlas en voz alta compensó el mal rato pasado y el que aún les quedaba hasta pisar tierra.

De vuelta a la cala, mientras se secaban al sol en la orilla tan agotados como satisfechos por su hazaña, vieron acercarse a Tötyí y Epa'á.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó el segundo.

—¿Qué pasa? —repreguntó Ökkó.

—Os están buscando.

—No quiero ver a nadie.

—Pues entonces será mejor que busquéis un sitio mejor para esconderos.

El prefecto y la superiora quieren hablar con Bella.

Ökkó se puso en pie.

—Vamos al puerto.

—¿Nosotros también? —preguntó Tötyí.

Su amigo abrió las manos.

—Pues claro. Somos los cuatro de la tormenta, ¿no?

—¿Qué es eso? —preguntó Bella.

—Luego te lo explicamos. De momento dinos si quieres ser una más. Tenemos un hueco.

—¿Por qué habría de querer estar en un grupo con ese nombre tan tonto? —saltó, llevada por ese demonio adolescente que necesitaba compensar el estar siendo demasiado dulce.

—Porque estoy yo —dijo Ökkó.

—Anda, seguidme que no tenéis ni idea de por dónde ir —dispuso, y enfiló hacia la maleza que rodeaba la cala.

Los nuevos cuatro de la tormenta caminaron sobre piedras pulidas y musgos resbaladizos, recibiendo las salpicaduras cuando las olas rompían cerca. En ocasiones se introducían en la foresta próxima al mar, otras veces se agarraban a raíces para salvar alguna zona en la que no les quedaba otra que lanzarse al agua, donde les cubría hasta la cintura.

Y llegaron al puerto.

Si iban buscando alejarse de todo, no fue la mejor elección. En un extremo andaba trasteando Joaque, el fotógrafo sierraleonés que, a falta de eventos, volcaba su creatividad en un paisaje marítimo. Él mismo parecía un modelo, con su camisa impecable abotonada hasta arriba y un sombrero plano un tanto ladeado para darse un toque informal.

El cuarteto observó desde una distancia prudencial cómo buscaba la perspectiva idónea y esperaba el paso de una nube para que bajase la intensidad de la luz. Pero pronto se acercaron para seguir con atención sus movimientos mientras ajustaba el trípode al máximo de elevación y colocaba la caja con los objetivos. El hecho de que fuera negro inspiraba tanta confianza a los nativos que hasta los jefes de las aldeas lograban superar la aprensión a aquel artilugio y se prestaban a colocarse en poses de héroe.

Lejos de molestarle, al fotógrafo le complació tenerlos encima. Le gustaba incluir en sus instantáneas a bubis desprovistos de adornos y con gesto natural —la mejor prueba de que la civilización era posible y de que tarde o temprano se mostrarían más proclives a trabajar, como quería el Gobierno—, y en los rostros de aquellos tres no había ni miedo ni sorpresa.

—¿Os gustaría posar para mí? —preguntó en perfecto castellano.

—¿Nosotros? —contestó Ökkó.

—Primero los tres chicos —les propuso, pensando que resultaría un poco excesivo fundirlos con aquella explosión de pelo rubio sin un adulto que lo avalara—. Después le dispararé otra a esta preciosidad.

Ökkó lo valoró un instante antes de aceptar. Si iban a hacerles fotos diferentes, podrían intercambiarlas y tener por fin una de Bella para él solo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Epa'á en bubi.

—¿Os acordáis del cristal que os enseñé en la misión el día que llegasteis?

—Conmigo no contéis —se opuso Tötyí.

—¿Por qué?

—No quiero que me robe el alma para encerrarla ahí.

—¿Qué no va a hacerte eso...

—De acuerdo, pero si dejo de existir tú tendrás la culpa.

—Yo me lo voy a pensar —dijo Bella, desbaratándole el plan.

—¿Que te frena? —le insistió Joaque—. Con esa luz que desprendes...

La muchacha no podía confesar que de un tiempo a esa parte notaba diferente su cuerpo y lo último que quería era que lo immortalizaran. Había empezado a engordar. No es que hubiera cogido mucho peso, más bien mutaban algunas partes. Parecía que alguien le hubiera hinchado las nalgas con el helio de aquel globo que un día vio en el Hotel Pallarés de Vitoria y trató de llevarse a casa con la consiguiente llantina cuando le dijeron que de ninguna manera. También le salía pelo en lugares insospechados de la noche a la mañana. Aunque el cambio estrella eran los pechos, que, como ya se había percatado Paciencia nada más verla en el almacén de Holt, se habían endurecido por dentro y crecido por fuera. El roce en ellos del peto le producía un escozor insoportable, lo cual le enfadaba y entristecía. En realidad, todo le provocaba un desconuelo que trataba de compensar con respuestas ásperas. Al momento, se daba cuenta de que no era ella la que hablaba, pero no se retractaba. Nadie iba a entenderla, por lo que no valía la pena perder tiempo. Como tampoco servía de nada intentar explicarle a aquel sierraleonés por qué no quería posar en la foto.

—Puedes hacer una cosa —siguió intentándolo él—: mientras estoy con tus tres amigos, date una vuelta y escoge un fondo que te guste. Puede ser mirando al mar, junto a una boya... Siempre que no me hagas ponerme de cara al sol, te prometo que el que escojas me parecerá bien.

Ella se giró sin decir ni que sí ni que no, cualquier cosa con tal de que la dejara tranquila, y enfiló hacia la cuesta de las fiebres mientras los tres bubis esperaban instrucciones.

En el lateral de un almacén vio un saco de ñames. En el interior de la isla se prodigaban las plantaciones de este tubérculo que llegaba a pesar hasta setenta kilos, lo que equivalía a casi dos cuerpos como el suyo. El que se pudiera almacenar durante varios meses sin refrigeración lo hacía muy

valioso para la población local y para quienes querían lanzarse al mar sin tener claro el destino, una idea que ella había sopesado últimamente..., pero que la presencia de Ökkó le hacía aparcar de momento.

Removió el fardo con su curiosidad innata por todo aquello que brotase del suelo y una voz ronca le produjo el mismo efecto que si una serpiente escondida le hubiera mordido la mano.

—¿Vas a robarlos?

Se giró. Era Rufo.

—¿Qué haces aquí?

—Puedo estar donde me dé la gana, ladrona.

Ella fue a marcharse, pero la agarró del brazo. Estaba claro que no lo relacionaba con lo ocurrido en el bosque, de otro modo ya habría dicho algo para entonces. La venda en los ojos había funcionado bien, fue acertado apretarla hasta hacerle daño.

—Suéltame.

—¿O qué?

—Te lo estoy pidiendo por favor —cambió ella de estrategia.

—Vaya, creo que es la primera vez que me muestras respeto.

Pero seguía sujetándola con fuerza.

No era capaz de defenderse.

Sin poder imaginar que tenía delante al sádico, le vinieron a la mente las sensaciones que experimentó cuando recuperó la consciencia en la choza donde estuvo encerrada, por fuera un paraíso junto al remanso de agua, por dentro un infierno de miembros mutilados de animal. Se le escapó una lágrima.

—¿Dónde está tu mala leche habitual? —le chinchó él. Y añadió—: No será que te gusto...

La tocó sobre el peto.

—Deja que me vaya.

—Primero te comportas de una forma, luego me pides la contraria, si es que no te aclaras. Anda, dame un beso.

Se inclinó hacia ella y Bella apartó la cara.

—No voy a darte nada. ¡Suéltame!

—No hace falta que disimules, que yo ya sé lo que quieres. ¿Sabes que te estás poniendo muy guapa? Todavía más que cuando vivías en nuestra casa...

Con la mano que no usaba para retenerla fue a desenvainar el machete que ya siempre llevaba en el cinto. Bella, que no sabía si iba a usarlo para someterla o algo peor, reunió todas sus fuerzas en un único empujón que lo

cogió desprevenido. Rufo trastabilló y fue a golpearse en la espalda con el saco de ñames, se arqueó de forma dramática y cayó de lado al suelo, donde se clavó la mitad del filo en el costado, atravesando un pulmón.

Todo pasó en un instante.

La sangre empapó la tela de la camisa remendada.

Bella se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

Rufo quería arrancarse el machete, pero no tenía fuerzas.

En unos segundos perdió el conocimiento y su expresión de horror se convirtió en una mueca tan absurda como su postura de juguete roto.

Bella se lanzó de rodillas al suelo.

Pero ¿qué has hecho, Rufo? ¿Qué has hecho?

El viejo pontón crujió al paso de una ola. Sonidos sobrecogedores emanaron desde sus sentinas. Tal vez los lamentos de los infectados y criminales que allí se pudrieron, precipitándose al fondo de la bahía como la vida de aquel inútil.

En el puerto, a Ökkó se le estaba haciendo larga la espera.

—¿Falta mucho? —preguntó a Joaque.

—¿Tanta prisa tienes?

Se giró para mirar.

La cuesta de las fiebres desierta.

—Hace rato que no veo a Bella.

—Estará con el hijo del gobernador.

—¿Por qué dice eso?

—Ha venido hace un rato por aquí. ¿No vivía en su casa?

No le contó que Rufo estaba empeñado en que el famoso fotógrafo lo retratase, pero, siendo hijo de quien era, Joaque prefería que su padre le diera el visto bueno sobre la postura y el lugar que creía más convenientes, por lo que lo había mandado a su despacho con el recado.

Ökkó dejó a sus dos compañeros con los pies clavados donde había dispuesto el de Sierra Leona y fue a buscarla. Cuando la encontró, no necesitó que le explicase nada. Temblaba y sollozaba. La abrazó con fuerza y observó a Rufo en el suelo. Su *böé*, el aliento vital que en su día se trasladó desde la dimensión de los ancestros hasta el vientre de su madre, esperaba ahora ansioso alrededor del cadáver a que alguien llevase a cabo los rituales para iniciar su viaje al mundo de los espíritus; aunque, si su vida no había sido honorable, era muy probable que permaneciera por siempre errante en esa

antesala difusa que separa los dos mundos y se perdiera en el abismo del olvido. Como decía la vieja canción de su aldea: «*Mi mayor dolor es que no estoy ni abajo, ni arriba...*». No es que celebrara ese final para el chico, ni pensó si se lo merecía o no. Solo había tenido un encontronazo con él y morir era algo muy serio. Pero, observando el charco de sangre, sí que experimentaba una sensación de alivio al comprobar que el cuchillo estaba en un costado que no era el de su ángel.

«*Sigue adelante, no te desanimes, calma tu enfado, así es la vida*», proponía la canción a los de abajo.

—Diremos que he sido yo —dispuso.

Bella se separó de él bruscamente.

—¿Por qué habríamos de hacer eso?

—Es lo correcto.

—No lo es. Además, no hemos sido ni tú ni yo. Ha sido un accidente, Rufo quería hacerme daño y le empujé para quitármelo de encima. No hice más, solo...

—Pues diremos que ha sido un accidente —le cortó él dulcemente—, pero que fui yo quien le empujó para defenderte.

—No tiene sentido que te sacrifiques por mí, ya me las apañaré como sea.

—Es del hijo del gobernador y te van a crucificar.

—Pues huiré.

—¿Adónde vas a ir? Yo al menos puedo volver a la selva. He de cumplir con mi destino y recuperar a mi madre. Los blancos no me ayudan y he de buscar la forma.

—¿Y estar vetado en Santa Isabel para siempre?

Le aterraba la idea de no volver a verlo. No sabía de leyes, pero sí que los bubis de Fernando Poo no eran nada, ni españoles ni extranjeros, sin otros derechos aparte de los que el gobernador les quisiera conceder a capricho. Tratándose del supuesto asesino de Rufo, considerarían un juicio justo el rebanarle el cuello en cuanto lo tuviera delante.

—Además, no es tan fácil —siguió Bella—. Los soldados te darán alcance antes de que hayas llegado al pico Basilé. Ellos tienen botas y armas y comida...

—Antes has dicho que no tiene sentido —la cortó—, pero te lo debo.

—¿Por qué dices esa tontería?

Ökkó estuvo a punto de contarle por fin su secreto, pero no se veía lo bastante fuerte como para irse sabiendo que ella lo odiaba.

Sus amigos, que habían ido en su busca, se asomaron entonces.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Tötyí, asustado al ver el cuerpo.

—Este chico quería hacer daño a Bella y he tenido que intervenir —les explicó en bubi.

—¿Qué les estás diciendo? —adivinó ella—. ¡No ha sido así!

—Cuando os pregunten —siguió él—, decid que fue un accidente que no pude evitar. Sacó el cuchillo, le empujé...

Mientras Ökkó explicaba su versión del drama con una serenidad pasmosa, Bella se dio cuenta de que iba a resultarle imposible convencer a nadie de cómo habían sido realmente las cosas. Primero, porque todos en la colonia preferirían la versión del negro que se autoinculpaba; y ¿acaso no era la Florecida? Una loca que trataba de proteger al bubi que la encontró en el bosque. Cuanto más lo rumiaba, más complicado lo veía. Tenía que idear un plan alternativo con el objetivo inmediato de que siguiera vivo.

Entretanto, Ökkó intentaba calmar a Tötyí y a Epa'á. Apenas se habían reencontrado, su amigo volvía a escapárseles como arena entre los dedos, arrastrado por aquella marea que le impedía una y otra vez arribar a buen puerto.

A Bella le emocionó ver cómo los consolaba. ¿Cómo iba a separarse de él?

Entonces escuchó la campana del puente de una nave anclada en la bahía. La que iba a llevarse a Martín al continente...

—Despídete de ellos y ven conmigo —resolvió sin dudar.

Ökkó entendió que debía hacerle caso. Ante el gesto de incredulidad de Tötyí y Epa'á, les dijo: «Será como jugar al escondite, para cuando os deis cuenta ya nos habremos encontrado de nuevo». Les hizo prometer que iban a defender a Bella hasta ese día y añadió: «Tratadla con cuidado, como a esas mariposas que con solo tocarlas se les deshacen las alas».

Hecho esto, corrió tras ella con los ojos cerrados y el corazón abierto.

Para llegar hasta el buque inglés habían dispuesto unas barcasas en las que terminaban de cargar los últimos enseres, cubriéndolos con unas telas que rodearon con cuerda para que no se fueran volando al primer golpe de viento. El finquero, metido en el agua hasta media bota, se disponía a encaramarse a la suya. Bella lo llamó sin dejar de correr y él, como si en verdad tuviera enfrente a una segunda hija, salió chapoteando y la recibió con un intenso abrazo.

—Gracias por venir a despedirte —le dijo.

—Gracias por lo que has hecho por mí.

—Lo he arruinado todo.

—No digas eso...

Comenzó a llorar, más niña que nunca.

—Y tú no llores, mujer, que me emociono yo también. Además, volveremos a vernos pronto.

—No has arruinado nada, otra vez vas a salvarnos.

Se separaron.

—¿A salvaros de qué? ¿Y a quién?

Se fijó en Ökkó, que permanecía unos metros más atrás con su ropa de recio algodón.

Bella se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tienes que hacerme un último favor. Llévalo contigo.

—¿Al bubi? ¿Por qué?

—Te ruego que no me lo preguntes, solo hazlo.

—¿No quieres estar con él? —le preguntó bajando la voz—. Pensaba que el que ambos fuerais a vivir en la misión sería un punto a favor.

—No es eso.

—Pero es que el continente no es lugar para un...

Iba a decir para un niño, pero lo poco que de infantil pudiera quedarle se esfumaba en tiempo real.

—Será tu intérprete.

Martín caviló durante unos segundos. Tenía sentido, ya que había pensado hacerse con uno a su llegada. Y estaba al tanto de la muerte del claretiano que, a buen seguro, habría removido las entrañas del joven bubi, pero tanto como para hacerle salir tan apurado de Santa Isabel...

—¿Hasta qué punto habla español?

—No creerías lo que ha aprendido estos meses. Y el anciano que le enseñó a tallar procedía del continente, por lo que, además de bubi, también conoce otras lenguas —soltó de corrido, haciendo uso de todo lo que Ökkó le había contado. Miró hacia atrás, temerosa de que en cualquier momento apareciera un escuadrón de infantes de marina para detenerlos—. Por favor...

De primeras se le hizo muy cuesta arriba, como si no tuviera suficientes piedras en la mochila; y le olía peor que mal, pero no quería negar a la muchacha aquel último deseo. El único, más bien, ya que nunca le había pedido nada. Había aceptado sin rechistar el ser conducida de aquí para allá como una muñeca a la que le falta un ojo y que todo el mundo se quita de encima.

—Tú, ven aquí —llamó a Ökkó—. ¿Vas a jugármela en la selva?

El bubi miró a Bella y comprendió lo que estaban urdiendo. La muchacha asintió, dándole el visto bueno para que contestara.

—Si no me la juega usted antes, no.

Les dieron una voz desde la barca, que resultaba difícil de mantener cerca de la orilla debido a un incremento repentino del oleaje. Tanto drama concentrado en las últimas horas debía de estar generando un foco energético que alteraba las corrientes y el canto de los pájaros, que de pronto habían dejado de chillar.

Cerró los ojos un instante y resolvió:

—Anda, sube a esa barca.

Bella suspiró relajada y Ökkó sintió una sacudida, no por lanzarse de nuevo a lo desconocido, sino porque veía cómo se estiraba el hilo que por fin les había unido y temía que terminara rompiéndose. No habían tenido tiempo de ser como esos amigos que se parecen a las caracolas porque no cesan en su murmullo. Quiso besarla, pero se contuvo por si alguien lo veía mal. Le prometió que volverían a verse —más que una promesa era una declaración de intenciones que le empujaría a comportarse de una forma determinada, a pensar de esa forma, a sentir de esa forma—, le dedicó una sonrisa serena —de nuevo un destello de aquel incipiente adulto que había cogido a sus amigos de la mano— y se introdujo en el agua con decisión.

—¿Manuel ha subido ya? —preguntó Bella a Martín.

El finquero asintió. El explorador había sido el primero en embarcar para ocuparse de la colocación del material.

—Podrás verlo a la vuelta. A todos nos verás.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo la piedra en forma de diamante que solía llevar consigo en los momentos complicados, que de un tiempo a esa parte eran todos. La encontró una mañana paseando por el yacimiento arqueológico de Numancia, una antigua población celtíbera junto a su Soria natal, cuyos habitantes resistieron heroicamente el asedio de las tropas de Escipión. Sabía que no era una pieza de museo, sino un canto de río que se habría cincelado así de forma casual, pero le resultaba inspirador llevar un símbolo de esa gesta en el bolsillo. Hasta los propios escritores de Roma alabaron la firmeza épica de los numantinos y su lucha por la libertad.

Extendió la mano hacia la muchacha.

—Toma, un regalo.

—¿Qué es?

—Cuando estés en el ojo de un huracán y pienses que no te quedan fuerzas para mantenerte de pie, apriétala con fuerza y acuérdate de que tienes que seguir aquí contra viento y marea para devolvérmela cuando regrese.

La cogió sin rechistar.

—Si he de devolvértela, no es un regalo. —Ambos sonrieron—. ¿A ti no te hará falta?

—Yo me llevo un nuevo fetiche —dijo, dando un golpe de cabeza hacia el bote desde el que Ökkó, ya subido, los observaba erguido como un mascarón de proa.

El finquero también se encaramó ayudado por un marinero y, sin más, se alejaron hacia el Quisembo.

Bella observó desde la playa cómo subían los últimos fardos.

Cuando el barco empezó a moverse, fue a dar media vuelta, pero entonces Iradier se asomó por la popa, aferrado a un cabo con una mano mientras agitaba la otra.

—¡Bellita! —gritó con toda su alma.

—¡Manuel! —le dio la réplica ella, emocionada.

—¡No dejes de buscar tu propia zarza!

—¿Cómo?

Ya casi no le oía.

—¡Tu zarza! ¡Una que sea tan especial como tú!

—¡Mejor el herbario entero!

Le resultaba difícil gritar por la congoja.

—¡Las seis mil plantas!

—¡Sí! ¡Las seis mil!

Entonces vio cómo junto al explorador se colocaban Martín y Ökkó, uno a cada lado.

Las personas que más quería en este mundo, tres extraños entre sí, compartían un viaje a lo desconocido.

—No te preocupes por él —dijo Tötyí mientras se hacían cada vez más pequeños. Realmente creía que había sido Ökkó quien había empujado a Rufo y causado el accidente—. Ha pasado por cosas peores y siempre sale adelante.

Bella se giró.

—¿Te refieres a la noche de la tormenta?

Asintió.

—Y también al día siguiente. Cuando íbamos a la playa donde estaban los supervivientes, intentó atacarle otro español. Dicen que salió del bosque de repente, pero lo abatió Momokobo.

Bella tuvo un presentimiento que le estremeció.

—¿Cómo era aquel español?

—¿Por qué?

—Tú dime.

—No sé, blanco.

—¿Alto, bajo? —Señaló con la mano.

—Normal. Momokobo dijo que tenía tatuada la cara, como una pintura de guerra.

Y dibujó con el dedo una especie de parche en la zona del ojo derecho.

Bella, conmocionada, se volvió hacia el barco.

Estaba demasiado lejos como para ver si Ökkó seguía asomado en la popa, pero resonaron en su mente las tres primeras letras de la palabra que había arrancado de su árbol para ella.

La pe.

La e.

La erre.

Per...

No, Ökkó, no...

Perdón.

En cuanto pisaron las idílicas playas de Elobey Chico, quedó claro que los problemas no se habían quedado en Fernando Poo. Sabían que las factorías establecidas allí eran extranjeras —como la casa Woermann de Hamburgo o la Jantzen, que hasta tenía una sucursal en el litoral—, pero les rompió por dentro ver que los pabellones alemanes ondeaban en todo lo alto como si el islote fuera suyo. Sin detenerse a beber una limonada, Iradier, acompañado de Osorio, de Sanguineto, del notario y hasta de Martín para hacer más fuerza, fue llamando puerta a puerta para que las arriasen y, en su lugar, izasen la rojigualda con la promesa de no volver a cometer semejante afrenta contra la soberanía española. Para su sorpresa, nadie rechistó. Nada más empezar habían logrado una pequeña victoria que sirvió para elevar aún más que las banderas el ánimo del improbable escuadrón, pero ahora empezaba lo duro. El Quisembo, que providencialmente los había llevado allí, zarpaba y los dejaba solos. Tocaba contratar a un puñado de nativos y hacerse con una embarcación con la que moverse en distancias cortas por el estuario.

—Ha sido un honor conocerle —le dijo el capitán inglés al despedirse.

—Le estoy muy agradecido —insistió Iradier—. Si en algún momento puedo hacer algo por usted, le aseguro que removeré cielo y tierra.

—Ya lo ha hecho, caballero.

—¿Disculpe?

—Tras nuestras conversaciones de estos dos días en el puente, he vuelto a vislumbrar, aunque haya sido de forma fugaz, el propósito que me trajo a África.

—¿Y cuál fue?

—A cada persona nos mueve el nuestro —esquivó con discreción británica—; y el mío no es nada grandilocuente, ni digno de mención. Lo importante es tenerlo siempre presente para que nos sirva de motor y de faro. Al final, todos somos barcos a la deriva tratando de llegar a buen puerto.

—*Hear, hear* —celebró el vitoriano, utilizando la expresión con la que mostraban acuerdo en el Parlamento del Reino Unido.

El capitán parecía no querer irse. Sonrió, suspiró y negó con la cabeza antes de decir:

—Me voy a arrepentir, pero voy a echarle una última mano.

—Nada más le he pedido.

—Lo sé, pero también sé que los franceses van a traer al Muni el Basilic, un buque de guerra que tienen anclado en Gabón, listo para actuar en cuanto le den la orden.

Iradier sintió una suerte de frío metal atravesándole el pecho. También a esa parte del tablero habían llegado tarde.

—¿Está diciendo que pretenden ocupar por la fuerza el único territorio que nos queda? ¿De dónde ha sacado esa información?

El otro le pidió calma con las manos.

—Si lo piensa, es normal. En su último rifirrafe por el estuario con los gabachos, ustedes se salieron con la suya, pero se comprometieron a mantener aquí una patrullera con toda su dotación.

—El gobernador lo mencionó en nuestra primera conversación —admitió Iradier.

—Pero han seguido actuando como si esta zona no les interesase para nada.

—Hasta ahora.

—No se preocupe. El delegado francés en Gabón, al enterarse de que mi barco iba a hacer esta ruta, me solicitó que le llevase información fresca y he pensado decirle que se olvide del tema, que España por fin ha tomado posesión efectiva.

Iradier no sabía qué decir.

—Si somos un ejército de cuatro personas...

—No todo siempre es cuestión de cantidad. Y al menos se ha traído a un profesional para dar fe de los contratos, que ya es algo. —Volvieron la vista hacia el notario, que estaba dándole la paliza a Martín con la historia de un alemán descuartizado por unos salvajes en la región de Camarones, que el finquero escuchaba con la misma santa paciencia que había demostrado durante el viaje—. Eso sí, dese prisa en izar esa bandera roja y amarilla en todas las tribus de vicos y bijas que encuentre en la primera franja del territorio y enséñeles a gritar viva España, porque, si no, me va a buscar un buen lío.

El vitoriano se quitó el salacot para secar el sudor de la frente, que parecía hielo. No terminaba de asimilar que los acontecimientos estuvieran sucediéndose de forma tan aleatoria, y mucho menos que el futuro de su expedición estuviera a merced de decisiones ajenas. ¿De verdad todo, absolutamente todo por lo que había luchado durante tanto tiempo, dependía del estado de ánimo de aquel marino? Le aterró pensar que aquellas buenas intenciones fueran fruto de la efusividad de la despedida y en cuanto pusiera unas millas náuticas de por medio se olvidase de las historias personales compartidas y cambiase a otra versión... ajustada a la realidad, que no podía ser más cruda.

—Volviendo a la presencia militar, estoy convencido de que, ahora que le ha pillado el toro, el gobernador reparará la cañonera que tiene en Santa Isabel. Pero entre que encuentra las piezas y la trae hasta aquí...

—Diré que he visto un par de buques con su enseña patrullando el área.

—¿Por qué hace esto?

Apretó los labios.

—Supongo que es lo justo.

—Dudo que solo sea por eso.

El capitán rio.

—Tiene razón. Más bien es por este desparpajo suyo, el mismo que viene exhibiendo desde que, en el puerto de Santa Isabel, se acercó para pedirme que los trajera. Los ingleses necesitamos tenerlo todo planificado antes de empezar, con mil motivos que justifiquen cada movimiento y mil alternativas por si las cosas se tuercen. Y por supuesto que conseguimos cosas importantes al actuar así. Pero ustedes, los españoles, están convencidos de que pueden lograr lo más grande con nada. O, mejor dicho, sí que tienen algo: su pasión. Y es difícil resistirse a eso. —Pensó un momento cómo seguir. Parecía disfrutar al verbalizarlo por primera vez, como si hubiera aprendido algo nuevo—. Fíjese en ese finquero... ¿Dónde creará que va? Estoy seguro de que va a estrellarse, pero al minuto de estar con él ya me sumaría a su empresa —rio de nuevo.

Le dio una palmada amistosa en el hombro y se alejó hacia la barca que lo condujo de vuelta al Quisembo, que ya calentaba motores para continuar rumbo al sur. El vitoriano permaneció inmóvil. Estaba noqueado, algo que no solía ocurrirle. No estaba acostumbrado a los golpes de fortuna.

Esa misma tarde alquiló a un comerciante inglés un velero para cruzar el escueto trecho que los separaba del continente y, después, remontar la boca del río. Se aseguró de que tenía capacidad suficiente para que el grupo viajase

sin apreturas, ya que en la misma tacada contrató a cuatro marineros negros y tres intérpretes. Ökkó había demostrado que se defendía traduciendo, pero el vitoriano, por algún prejuicio heredado de la era esclavista, lo consideraba una especie de propiedad de Martín; y, por supuesto, el chico no alcanzaba a cubrir el abanico de lenguas presentes en el Muni.

Lejos de sentirse humillado, el joven bubi se quitó un enorme peso de encima. Quería cumplir con la tarea que Bella había prometido al finquero, pero, pobre ingenuo, por un momento había temido que recayera sobre él la responsabilidad de convertirse en la voz de toda la expedición.

Bella...

Desde que partieron, cada vez que pensaba en ella sufría una convulsión que sacudía su árbol imaginario y hacía caer siempre la misma palabra:

Banzo.

Era uno de esos sentimientos difíciles de explicar, incluso para su madre. Le contó que los antiguos esclavos llevados a América, alejados de su cultura y de su entorno natural, experimentaban un estremecimiento que se instalaba en su vida y los empujaba a quitársela ahorcándose o comiendo tierra. «Va con la sombra creciendo el bulto enorme del baobab, y crece en el alma el bulto de una tristeza inmensa», cantaban. Las olas del océano que agitaban las naves de la trata provocaban en los encadenados una náusea similar a la que luego sentían en tierra firme debido a la mortal añoranza... La misma que el joven bubi sufría al pensar en todo lo que, también él, dejaba atrás: su madre, su aldea, el nuevo hogar que le ofreció el padre Aguirre, sus amigos y su ángel de pelo rubio. Solo quería volver cuanto antes a esos momentos y lugares perdidos, reparar lo que dejó a medias, salvar a otros para salvarse a sí mismo.

La parte buena era que, al ser capaz de reconocer el *banzo* —gracias, madre—, podía enfrentarse a él y vencerlo. Si aquel le pedía tirarse al suelo a llorar y entrar en letargo, debía hacer justo lo contrario: trabajar día y noche. Ese esfuerzo extra también era necesario para perdurar en una expedición tan variopinta y, por lo tanto, tan peligrosa, ya que cualquiera de sus integrantes podía perder la cabeza y empezar a considerarlo un estorbo que no merecía la ración de la escasa comida. Así que ya de primeras se lanzó, como si no hubiera un mañana, a ayudar a cargar en la nueva embarcación lo que habían adquirido en los almacenes. A la bodega, bajaron la pólvora y los regalos destinados a los jefes: alcohol, tabaco y cajas de collares y otros adornos con cuentas brillantes; a la camareta, las armas con su munición, algunos víveres imperecederos para no depender solo de los alimentos que fueran encontrando

por el camino, y el instrumental científico de Iradier y Osorio, al que un mal golpe podía robar precisión.

Hecho esto, se pusieron en marcha sin perder un instante, dejándose arrastrar por un viento leve desde Elobey Chico hasta el continente.

Durante el breve trayecto, todos guardaron silencio.

Achinaban los ojos, concentrados en el litoral que tenían enfrente, allí donde las aguas dulces y saladas del estuario se fundían dando lugar a un cuadro de espectaculares colores.

En el último tramo casi aguantaban la respiración, conscientes del esfuerzo y los sacrificios que habían sido necesarios para que la expedición llegase hasta la lengua de arena que se hacía cada vez más presente.

Cada vez más...

Cada vez más...

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Martín, que fue el primero en saltar a la playa.

Habían ocurrido tantas cosas en tan poquísimo tiempo que ni él mismo se lo creía. Tenían por delante un valle regado por ríos caudalosos, algunas de sus orillas separadas por kilómetros de peligrosas corrientes. A su alrededor, como los muros de una fortaleza que guardaba preciados tesoros —el suelo fértil, enormes mamíferos que paseaban calmosos, las minas de hierro—, sierras verticales se perdían en las nubes. Estuvo a punto de soltar un grito para sentir de vuelta el eco y el aleteo de los loros, pero se contuvo. Seguro que Bella lo habría hecho, pensó, bendita Florecida. ¡Eco, eco, eco, eco! Y los árboles... Por fin los tenía delante. Gruesos y verdes por tanta agua se disputaban el espacio a codazos y se estiraban hacia el cielo para sorber el aire puro.

Sus árboles.

Por su parte, Iradier fue a sentarse en un tronco caído en la arena, sacó su libreta y tomó las primeras notas. ¡Qué ganas tenía de hacerlo! Recordó cuando, siendo un chaval, escribió un libro llamado *Cuadernos de Álava*, en el que recopiló unos cuantos paisajes y costumbres de su provincia. Ya entonces sabía que aquellas páginas eran solo un ensayo, una oportunidad de aprender a documentarse y a redactar para cuando hiciera sus viajes soñados.

—¿Es un diario? —le preguntó Martín acercándose con naturalidad, pero al momento se dio cuenta—. Disculpe, le estoy estropeando el momento.

El explorador, sin dar muestras de haberse molestado, se lo pasó para que lo leyera.

Veo una huella de animal cerca de la orilla. Muchos seres llevan milenios caminando por lo que nosotros llamamos tierra virgen. Es el momento de mostrar humildad y agachar la cabeza. No por casualidad, en esa postura es como mejor se ve el suelo que pisamos.

—Madre mía...

—¿De verdad le gusta?

No era capaz de responder. Tenía las emociones a flor de piel y, además, celebraba que el vitoriano se enfrentase a la exploración con ese respeto por el entorno, a diferencia de muchos contemporáneos que impulsaban la colonización desde la pura avaricia. Él mismo estaba allá para ganar dinero, a quién quería engañar, pero aquella naturaleza desbordante le hacía postrarse como un devoto ante el altar.

Osorio se les unió para aportar el toque institucional:

—Cada paso que demos a partir de aquí será un nuevo paso para España.

—¿Vamos allá, entonces? —preguntó Martín.

—¿Allá adónde? —replicó el notario de forma áspera.

—No sé, era una forma de decir que estoy listo.

—Y yo quería decir que usted es un invitado y, como tal, tiene que esperar sentadito en la mesa a que nosotros le pongamos en el plato lo que nos venga en gana.

—Discúlpeme, pero lo primero que le dije al señor Iradier fue que no era mi intención condicionarles, y mucho menos causar ningún problema.

—Pues así tiene de ser.

—Haya paz, que acabamos de llegar —intervino el explorador.

—No se preocupe —concedió Martín.

—Sí que me preocupo. Esperen... —Dio unas instrucciones rápidas a los marineros para que fueran haciendo unas tareas y concentró al resto en un cónclave improvisado—. Ya que vamos a convivir muy cerca, nos conviene evitar cualquier roce.

—Pero... —fue a replicar el notario sin dejarle terminar, como tenía por costumbre.

—En un grupo de exploración —siguió Iradier, alzando la voz para callarle— los problemas no vienen por grandes conflictos. De hecho, cuando pasan cosas como que alguien se equivoca de camino y conduce al resto a un callejón sin salida que les obliga a dar media vuelta y perder cuatro días, todos se aúnan para que el ánimo no decaiga. Lo mismo que cuando alguien se rompe un hueso de la pierna y los demás lo llevan sobre su espalda, porque aquí no se deja a nadie atrás. Pero, paradójicamente, son esas otras pequeñas

agresiones verbales y gestos los que van minando nuestra moral. Esos sí que son peligrosos.

—¿Me está diciendo que le he faltado al respeto? No sabía que éramos tan blandengues.

—¿Ve? Ya lo está haciendo otra vez.

—Solo le he recordado que esta es nuestra expedición, no la suya, y que el sacar el monedero para comprar un pasaje no le legitima para dar órdenes.

—Pero si no he dado ninguna orden —se desesperó Martín.

—¡Se acabó! —ordenó Iradier.

—Resumiendo: que no podemos hablar —dijo el notario con sorna—. Anotado.

—Por supuesto que pueden. Deben, más bien, pero en su momento oportuno y con la actitud adecuada. Si les parece, cada noche, después de la cena nos juntaremos unos minutos para discutir y que nadie se vaya a la cama con algo pendiente. Y no me refiero a liarnos a tortas, sino a poner sobre la mesa cualquier cosa que nos inquiete o nos genere malestar. Así, en lugar de malgastar nuestra energía en quejas, la invertiremos en buscar la forma de echarnos una mano y tirar juntos para adelante.

—Me parece muy buena idea —concluyó Osorio como si extendiera una receta.

Martín le ofreció la mano al notario, que este aceptó con gesto apático, y, dibujando una sonrisa, repitió la misma pregunta que había generado el conflicto:

—¿Vamos allá, entonces?

—Es usted incorregible.

—La llegada a este paraíso ha de ser una fiesta, ¿no? Llevo mucho tiempo sin sacar mi humor soriano y lo echaba de menos.

—Ya veremos si sigue riéndose tanto cuando tenga que cortar sus troncos con una jodida hacha de piedra.

—¿No me ayudará usted? El señor Iradier acaba de decir que aquí estamos todos para arrimar el hombro.

—No tense la cuerda, amigo.

Martín rio. Estaba encendido. Llevaban apenas unos minutos en el continente y el reto era mayúsculo, pero sabía que, como todo gran desafío del ser humano, comenzaba con un primer paso. Así que echó a andar hacia el bosque, dejando las huellas de sus botas sobre la arena, que apenas perduraron unos instantes hasta que las olas volvieron a convertir la playa en suelo virgen.

En Fernando Poo, a Bella le extrañaba que los infantes de marina no hubieran vuelto a buscarla. Después de la tragedia de Rufo, al tiempo que Ökkó se alejaba de la isla en el barco de los ingleses, bajó con Tötyí y Epa'á hasta donde se encontraba el fotógrafo Joaque para dar la voz de alarma. En un principio el revuelo fue mayúsculo. Los llevaron al cuartel y los tuvieron horas encerrados en diferentes estancias. Cuando le preguntaron, ella se mantuvo fiel a la versión que había acordado con Ökkó, dejando siempre claro que había sido accidental. En algunos momentos se sentía culpable de lo ocurrido, pero no podía olvidar que, si tuvo que intervenir, fue porque Rufo la estaba acosando y sacó su machete. ¿Hasta dónde habría sido capaz de llegar? No podía imaginar que aquel chico por el que todavía sentía algo de compasión fuera la misma persona que torturaba animales y que la había raptado; y por eso no entendía por qué el gobernador había ordenado a sus oficiales que la dejaran volver a la misión sin más. Confiaba en que doña Ana le arrojase algo de luz —los primeros días esperó con terror el momento de verla aparecer y enfrentarse cara a cara—, pero tampoco había sabido nada de ella.

Aquella calma no tenía sentido, pero entretanto ocurría algo que Bella ya había aprendido a aceptar después de su rosario de dramas: la vida seguía.

Recién despertada, entró con aire abatido en la sala principal del internado de niñas. Las monjas la habían acogido con misericordia cristiana más que con afecto, debido a que llegó a sus oídos el mote de la Florecida, reavivado con la nueva tragedia, y no podían evitar que el tufillo de superstición les generase cierto rechazo. Pero a medida que la conocían más, iban rindiéndose ante la pureza que desprendían sus acciones. No era una chica insubordinada, como les había advertido el prefecto; más bien tenía muy claro lo que debía hacer en cada momento, en atención a unos valores impropios de alguien tan joven. Por ejemplo, la búsqueda de una identidad propia que Martín y ella

habían retroalimentado mutuamente durante los meses que habían pasado juntos.

—Coge una silla y ven a ayudarnos —le pidió la superiora.

Esta había desplegado su instrumental de costura sobre la mesa. La educación primaria de las niñas era fundamental para que pudieran comunicarse con soltura y comprender los conceptos cristianos que las conducirían a la salvación, pero igual de importante era aprender a comportarse como verdaderas señoritas españolas. Una buena esposa tenía que saber vestirse, cocinar, gestionar la economía doméstica y, cómo no, bordar. Lo mejor de todo, como decía la superiora, era que estas labores no precisaban de una mente portentosa, por lo que todas valían para ello.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Bella.

—Una bandera.

Acarició la tela.

—¿La han traído desde la Península?

—Y más cosas que irás viendo. Allí hay muchas niñas católicas dispuestas a subvencionar las incorporaciones de jóvenes bubis a nuestra comunidad y les prometimos recibirlas con una enseña nueva y brillante.

Bella se había dado cuenta de que el objetivo de las monjas era convertir a las internas en sirvientas. Ellas lo llamaban «personas útiles»: para sí mismas, pero sobre todo para el país, en su papel de esposas fértiles en las aldeas católicas que iba a fundar el prefecto. Desde la mentalidad abierta de la joven huérfana, alimentada por la relación de tú a tú que siempre disfrutó con los nativos que conocía cuando iba a buscar plantas con su padre, no alcanzaba a comprender que así fuera el orden social, y más aún el colonial: una estructura jerarquizada por clases y géneros en la que siempre se civilizaba de arriba abajo.

—Lo que ha pasado con el hijo del gobernador es terrible —comentó la superiora mientras seguía ordenando los hilos que sacaba de una caja—, pero tienes que sobreponerte. Si Dios lo ha querido así, no tienes derecho a venirte abajo y tirar tu vida. Debes seguir siéndole útil.

De nuevo la palabreja. ¿Para qué podía servir ella? Quizá la solución estaba en ponerse un hábito y quedarse en aquella residencia para cuidar a las que fueran llegando.

—¿Siempre quiso ser monja?

La otra madre también miró a la superiora, que asintió.

—Nací en un pueblo pequeño, entre muretes de piedra medio caídos y campos dorados en los que no había otra cosa que hacer aparte de trabajar. Mi

familia era muy humilde y todos arrimábamos el hombro desde que aprendíamos a andar, por lo que el mejor rato de la semana era la misa. Aquellas eran las únicas historias que alguien me contaba. Los santos y devotos eran mis héroes. Por eso, a medida que fui creciendo, la vocación también aumentó. Tenía claro que quería dedicarme a la oración y al servicio a los demás, y un buen día sentí la llamada delante de una imagen de la Virgen y se lo dije a mis padres.

—Pero entonces la prometieron con un joven del pueblo de al lado —intervino la otra, que ya había escuchado antes el relato.

—El que me hiciera monja no les venía mal porque se libraban de una boca que alimentar, pero el casarme con uno más pudiente les venía aún mejor porque así tendrían de dónde rascar.

—Y se opuso a la boda —dijo Bella.

—Ay, niña, en mi casa uno no se oponía, solo decíamos amén, Jesús. Lo que pasó fue que los amigos del pobre chico lo convencieron para sumarse a una partida en la segunda guerra carlista y lo mataron de un tiro. Entonces sí que a mi familia no le quedó otra que ofrecirme de novicia a la abadesa de un convento cercano.

—¿Puede ingresar una sin más?

—¿En qué estás pensando? —le preguntó la superiora con fingido desinterés, mientras su compañera le ayudaba a tensar la tela y preparaban las primeras puntadas de hilván para asegurarse de que el borde no se deshilachase.

Antes de contestar, fue el corazón de Bella el que se deshizo en tristes filamentos.

Ana, por fin, atravesó aquella puerta.

Llevaba un traje negro y el pelo recogido en un moño. El rictus agotado después de haber pasado días llorando y fustigándose con la idea de que había fracasado. Ella... y también su marido. Si en lugar de un machete le hubiera regalado a Rufo su tiempo y su atención, ahora no estaría encerrado en el despacho con la botella de wiski. Una vez fallecido, carecía de sentido contar las barbaridades que el chaval había hecho, por lo que ambos decidieron guardarlo en secreto. Pero tampoco podían hacer un teatrillo y perseguir a la pobre muchacha que, a buen seguro, estaría diciendo la verdad cuando repetía que Rufo había intentado agredirla. Por ello, el gobernador ordenó a sus oficiales suspender de inmediato la investigación, un gesto que todos interpretaron como un signo de debilidad e hizo que su autoridad se

desvaneciera como los hielos del vaso que sostenía. A los infantes de marina ya solo les preocupaba cuándo lo relevarían del cargo.

Miró a Bella a los ojos buscando alguna sombra, una nueva versión de la historia que lo cambiara todo. Pero la huérfana le permitía acceder a su alma como si fuera una pradera sin empalizadas y, por mucho que profundizaba, no encontraba atisbo alguno de mentira, y sí mucha humanidad y tristeza.

—Lo siento de verdad —dijo Bella con suavidad.

Ana fue a decir que estaba destrozada, pero el adjetivo le pareció muy escaso para lo que sentía.

—Su hijo está con Dios —intervino la superiora—. Con el tiempo entenderá que no hay mejor lugar.

—Esta isla lo infecta todo —dijo por fin Ana. Estaba como ida—. Negocios, personas... Esto ha sido el golpe de gracia, nos vamos de aquí.

Aquello cogió a todas por sorpresa.

—¿Dejan la colonia? —preguntó la superiora, a la que no hacía ninguna gracia que los demás se marchasen cuando ella acababa de llegar, menos aún al tratarse de una persona ilustre que se había propuesto participar con ellas de forma activa en las labores educativas del internado.

—Saldremos para la Península en el primer barco y, una vez allí, el gobernador pedirá que lo destinen a una Comandancia de Marina. Con todo lo que ha servido a España, seguro que habrá un despacho para él en Villagarcía o en Huelva o yo qué sé dónde. Lo que tengo claro es que se acabó el vaivén de las olas y el sudar todo el día y toda la noche. —Tras una pausa se dirigió a Bella—: ¿Has visto a Martín estos días?

Cuando se despidieron en el almacén de Holt le advirtió del peligro que correría si volvía a acercarse a ella; pero, después de lo ocurrido, le extrañaba que no hubiese buscado la forma de, cuando menos, enviarle un mensaje de condolencias.

—Se marchó.

—¿Cómo que se marchó? ¿Adónde?

—Al continente. La mañana de la tragedia subió al barco inglés con los exploradores.

Ana cerró los ojos y dibujó una sonrisa trágica. Así que se había atrevido... Notó un aroma a cacao. ¿Estaban quemando plantas en la calle? La memoria y los sentidos eran caprichosos. Así olía Finca Esperanza el día que se acostó con él.

A medida que avanzaba la conversación, y consciente de cómo tenía que sufrir aquella mujer cuyo mundo se hundía bajo sus pies, Bella fue sintiendo

una presión en su interior que estalló en forma de llanto.

—Fui yo —soltó mientras se enjugaba las primeras lágrimas.

Las monjas se miraron sin saber si habían oído bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana con cara de susto.

La muchacha, cada vez más sofocada, apenas podía hablar.

—Ökkó me convenció para que le echase la culpa y huyó con Martín en el barco, pero ni siquiera estaba delante cuando ocurrió. Lo hizo para que yo no tuviera problemas.

—Estás diciendo que fuiste tú quien...

—¡No, no, no se equivoque! Fue un accidente y él mismo se clavó el machete, pero yo le empujé para quitármelo de encima cuando él... —Un nuevo brote de congoja—. Cuando él...

Ana levantó la mano.

—No quiero oírlo.

Transcurrió casi un minuto.

—¿Qué va a pasarme? —preguntó por fin la muchacha.

—Bastante ha pasado ya —suspiró Ana.

Y tras otro largo espacio en blanco, le comunicó algo que traía en mente y que, después de aquel nuevo acto de coraje de la muchacha, tenía más claro todavía:

—Vendrás con nosotros.

—¿Adónde?

—De momento a Madrid. Luego ya veremos adónde nos destinan.

—¿Quiere decir a vivir?

—Te saqué de mi casa a pesar de que tu padre me había confiado tu cuidado, pero no voy a dejarte en esta isla cuando me vaya.

Bella estaba desconcertada.

—¿Y qué piensa el gobernador de esto? —intervino la superiora al ver que se le iba otro apoyo con el que también había contado.

En esos momentos lo que pensase su marido le importaba bien poco. Si hubiera podido, hasta habría rasgado la escritura de matrimonio, como hacían aquellos protestantes que autorizaban el divorcio por una simple discusión. Pero dijo:

—Será la mejor forma de acercarlo al perdón.

—Y hasta que perdone a Bella —concedió la superiora—, ¿cómo tolerará su presencia en casa?

—Me refería a perdonarse a sí mismo.

—Esperen —advirtió la muchacha—, que están dándolo por hecho, pero yo no voy a ir.

—Tú no decides —zanjó Ana.

—Tengo que componer el herbario de mi padre.

—¿Con qué me sales ahora?

—El que no tuvo tiempo de culminar él. Era su sueño y le prometí a Iradier que yo me ocuparía.

Ana se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al cruzar bajo el dintel, dijo:

—Está bien tener sueños idílicos, pero está aún mejor permanecer despiertos para sobrevivir a este presente ingrato. Ve haciéndote a la idea, volveré a por ti en cuanto arreglemos las cosas.

De camino hacia donde se suponía ubicada la primera aldea, Martín no tenía ojos suficientes para la diversidad de árboles que encontraban a su paso. El guía le indicó que unos días después, dependiendo de lo anegado que estuviera el terreno, le presentaría a unos familiares que quizá aceptasen colaborar con su proyecto.

—Ellos saben cortar —aseguró.

El problema no era tanto la capacidad de los braceros como que aún no había proyecto alguno. Sí, una idea primigenia, pero no una estrategia, ni un plan a corto, medio o largo plazo. En Elobey Chico había podido hablar con un comerciante inglés llamado Walter Scott —como el autor de novelas de aventuras, un guiño que le dio alas—, quien le aseguró que, si conseguía hacer llegar los troncos hasta el litoral, no habría problema en darles salida hacia algún país europeo. Scott también comentó que no entendía por qué no se le había ocurrido a él, lo que inquietó sobremanera a Martín, obsesionado con ser el primero en acometer esa empresa; pero a continuación reconoció que bastante tenía con el almacén como para introducirse en la selva hasta donde estaba la buena madera y dejarse la vida en otro negocio que no lo sacase de pobre.

«Ellos saben cortar —repitió Martín para sí, reafirmandose—. No es tan complicado. Les pagaré, llevaremos los troncos por el río hasta el estuario para ser embarcados y negociaré un buen precio con el primer patrón de buque que muestre interés. Ahí terminará mi función, al menos de momento. Ya habrá tiempo para estirar tentáculos hasta el destino, viajar a la Península para asociarme con fabricantes de muebles y negociar vías de distribución con mejores condiciones de las que ahora conseguiré al actuar sobre la marcha».

Analizando estos pensamientos, se dio cuenta de que sí tenía algo parecido a un plan. ¿Cómo comenzó Holt su compañía comercial? Seguro que con unas cuantas cajas de salsa Perrins traídas de Liverpool. Paso a paso. Un

tronco, y después otro, y así hasta que demostrase a ese Scott que se podía salir de pobre. Vaya si se lo iba a demostrar.

Para ello tenía que concentrarse en una cosa que hasta entonces había dado por sentada: sobrevivir. Y no solo a las fiebres que había esquivado en Fernando Poo, sino a los nativos. Cuanto más preguntaba a sus compañeros de expedición, más se le venía el mundo encima al comprobar que se estaban introduciendo a tientas en territorio salvaje. Sobre el papel resultaba obvio: ¿por qué si no los llamaban exploradores? Pero en la práctica era otra cosa. Ya en la primera parada para descansar, el vitoriano les explicó que, si bien se suponía que los *ndowés* de la costa no iban a dar problemas, cualquier gesto malinterpretado por un miembro de la tribu sería castigado con un golpe de las largas fustas que portaban.

—Llevan la violencia en la sangre —advirtió—. Para que se haga una idea, la palabra libido tiene para ellos la misma raíz que el verbo pegar. O sea, que ser deseado se dice igual que ser golpeado.

—Poco me parece con lo que vendrá luego —masculló el notario.

—¿El qué?

—¡Qué va a ser!, lo de los pamues.

Y volvió a la carga con el canibalismo de las tribus del interior que le traía a maltraer.

—He leído que solo lo practican con sus enemigos —apuntó Osorio.

—Qué tranquilidad, me lo dice usted después de haber leído algo que escribió alguien que, sin haber estado nunca con ellos, se basó en lo que oyó de boca de otra persona...

—Es cierto que, en estas culturas, la antropofagia es la máxima humillación que puede recibir el cuerpo de una persona, por lo que la víctima sí suele ser alguien que les ha ofendido —explicó Iradier, abordándolo desde el plano antropológico para suavizar la cuestión—. Aunque también tiene un componente ritual vinculado con el ansia de poder: comen la lengua, que les da el poder de la palabra; las mamas para hacerse con el poder de la seducción femenina, y los órganos genitales para multiplicar el poder del sexo.

El notario se levantó corriendo para vomitar. Después se lio en dar tantas explicaciones de por qué le había ocurrido —que si había comido esto o aquello, con lo fácil que habría sido admitir que, como todos, tenía miedo—, que generó en el resto el hartazgo habitual y levantaron el campamento para seguir adelante.

Martín optaba por la retaguardia, no por creerse un convidado de piedra, sino porque prefería caminar con libertad sin que nadie le mirase la nuca.

Nadie... salvo Ökkó, a quien a veces descubría a su lado como un ángel de la guarda que no se hace notar. Feliz de abrirse paso en su medio —a más cerrada la selva, más cerca se sentía de su padre, el gran guía de Ureka, y, por ende, de sí mismo—, el chico estaba siempre atento al suelo que pisaba el finquero y a sonidos que para este pasaban inadvertidos entre la gran sinfonía de la selva, como el bufido de una cobra de cuerpo negro y cabeza blanca que por las estrías de sus colmillos desprendía un veneno mortal.

De súbito, la foresta se abrió y vieron que habían llegado al poblado. Su forma, según comentaron Iradier y Osorio mientras el grupo se adentraba entre miradas recelosas, estaba concebida para prevenir enfermedades. Habían creado una calva circular en mitad de la selva para que corriera el aire y recibiera toda la luz posible, a fin de evitar los hongos de la humedad en las sencillas chozas rectangulares y, de paso, reducir la presencia de mosquitos y roedores.

Mientras el guía hablaba con dos guerreros que les salieron al paso, el resto se detuvo a observar a un grupo de mujeres que tejía las planchas de rafia que utilizaban como paredes y tejados. Ökkó les explicó que, tras seleccionar en el campo las hojas de palmera más largas, colocaban en paralelo dos nervios que les servían de guía, las doblaban solapadas y las cosían con una tira fina del mismo material.

—Lo llaman nipa —siguió, animado, viendo que el explorador lo escuchaba con interés—. El tallador de máscaras las hacía para nuestra cabaña en Ureka. Algunos vecinos decían que duraban poco y se llenaban de bichos, pero al menos no nos asfixiábamos.

Martín, a lo suyo, se fijó en que algunas estaban construidas a base de corteza de árbol. El joven bubi le dijo que era calabó, una madera muy blanda y fácil de trabajar. Esto despertó aún más la atención del finquero, pero el guía los reclamó y la comitiva desfiló hasta donde el *botuku* esperaba sentado en el suelo.

Iradier lo imitó. El intérprete, de pie, tradujo su saludo acompañando a sus palabras de movimientos enérgicos del torso, mientras Osorio, el notario, Sanguineto, Martín y Ökkó se ubicaban un poco más atrás, entre las gentes del poblado que fueron congregándose a su alrededor. Los marineros y los otros dos intérpretes se quedaron fuera del círculo, a su vez flanqueados por tres guerreros que se sabían suficientes para contenerlos si se les ocurría hacer algo inconveniente.

Intercambiaron frases sobre la procedencia de los visitantes. Iradier le contó que más allá del mar también había ríos, aunque no tan bellos, y el

botuku los invitó a un ritual de iniciación que se celebraría en unos días. El vitoriano se excusó explicando que tenían que seguir viaje —sin que el otro llegase a entender el concepto de urgencia— y ya por fin le contó cuál era el motivo de la expedición mientras le ofrecía unos paquetes de tabaco y unas pulseras coloridas.

—Ha dicho que sí —confirmó Ökkó a Martín en voz baja.

—Ya son España —declaró el intérprete con una neutralidad que no se correspondía con la épica del mensaje.

Unos segundos de silencio.

Ni tan siquiera se escuchaba ruido animal. Solo el sol golpeaba la tierra.

—Parece que Iradier no se alegra —susurró Osorio.

—Seguro que no esperaba que fuera tan fácil y está valorando si tiene que hacer algo más —supuso Martín.

El notario sacó uno de los documentos que llevaba preparados en su jubón. Lo hizo de forma apresurada, temiendo que el nativo fuera a echarse atrás. Se lo puso delante y, una vez aparcado el miedo a que le soltase un mordisco, se inclinó junto a él y fue leyendo palabra a palabra mientras el intérprete traducía a su manera, cansado de rebuscar palabras inexistentes en las lenguas del Muni.

—Dile que falta lo más importante —comentó al finalizar el texto—, ahora hay que firmar.

Sacó una pluma y lo hizo él primero con la parsimonia con la que suscribiría el lienzo de la Gioconda. Lo merecía el momento y hasta el propio instrumento de escritura, una Waterman patentada apenas dos años antes en la que la tinta fluía por capilaridad mediante unos canales. El jefe miraba con curiosidad aquel instrumento en punta. Fue a cogerlo, pero el notario lo apartó hacia atrás con rapidez, generando una inmediata tensión.

El jefe hizo ademán de levantarse.

Los guerreros apretaron los puños con los que sujetaban las lanzas.

Iradier fue a intervenir, pero el notario siguió tan tranquilo, ajeno a lo delicado de la situación.

—Es mejor que usted firme con esto, ya verá qué bien —propuso, sacando de otro bolsillo un papelito doblado en el que guardaba un carboncillo. Iradier le lanzó una mirada inquisitiva y el otro se defendió como si nadie más pudiera oírlos—. ¿Qué pasa? No querrá que este salvaje me parta esta joya. ¿Sabe usted lo que cuesta? Es de las buenas, con punta de oro para resistir las tintas ácidas y que no burbujee con este maldito calor.

Aquel discurso resultaba grotesco en un escenario en el que, más pronto que tarde, tendría que utilizar la pluma para defenderse de algún animal, pero nadie repuso nada. Le entregó el carboncillo al *botuku*, quien se intimidó al pensar que tenía que reproducir las culebrillas que acababa de estampar el español. Engalanado con los adornos de líder de la tribu, miraba sin entender el texto que sostenían frente a él. Le explicaron que bastaba con una equis, pero la mano se le congelaba al aproximarse al documento. A duras penas consiguió encajar un palote en el hueco reservado para su nombre, casi atravesando el papel, de modo que el notario buscó una alternativa, no fuera a ser que después de todo el esfuerzo no lo dieran por válido. Liberado ya de todo reparo y deseando acabar cuanto antes, le cogió el dedo índice, que al tacto se sentía seco como una rama, lo untó él mismo en un frasquito de tinta que portaba para las recargas y lo condujo hasta el espacio libre del contrato, donde marcó un escorzo de huella dactilar que más parecía un manchón.

—Listos —declaró, y se levantó aliviado—. A por el siguiente.

—Espere —le frenó Ökkó.

—¿Qué pasa?

—El jefe está diciendo a sus guerreros que no le hemos dado licor.

—Pero sí cigarros. ¿Es también obligatorio?

—¿Usted qué cree? —intervino Iradier—. ¿Es obligatorio brindar en Año Nuevo o cuando se inaugura un puente?

—Tiene razón —saltó Osorio, acostumbrado a poner paños calientes en las lesiones de sus pacientes—. ¿Cómo íbamos a marcharnos sin sellar como Dios manda un acuerdo tan importante?

Él mismo fue hasta la caja en la que portaban un cargamento de botellas de aguardiente y sacó una que, o bien estaba empezada, o había perdido parte del contenido durante el viaje. Tras atizarle un par de tragos, primero él y después el jefe —que empezó a reír a carcajadas—, apenas quedaba un culín.

—Y el resto de la botella, para usted enterita —le dijo el médico animado, entregándosela como si fuera agua bendecida del Jordán.

Iradier sufrió una arcada, y no porque la yuca se le hubiera quedado a medio camino. Acababa de reconocerse como Henry Morton Stanley, ídolo en su juventud —bendito o maldito café en Vitoria—, y ahora monstruo, después de que las historias sobre sus atrocidades en el Alto Congo se hubieran extendido por las sociedades geográficas. El falso americano también hacía firmar contratos en francés en los que, a cambio de un saquito de abalorios, las tribus se condenaban de por vida a prestar sus brazos, acoger a en sus chozas a su ejército de expedicionarios, compartir con ellos sus

alimentos y hasta abandonar sus aldeas para guiarlos por un territorio casi cien veces más grande que Bélgica, el pequeño reino europeo donde su nuevo amo se atusaba las barbas mientras calculaba las ganancias.

¿Estaba haciendo él lo mismo? No les exigía otra cosa que el sometimiento a la soberanía española; él no mataba, no azotaba, no cortaba manos y penes como los secuaces del americano para castigar a quien había desperdiciado una bala disparando a un mono, ni les robaba el marfil y las pieles o quemaba aldeas para lanzar mensajes a quienes estuvieran pensando en cuestionar su poder. Él solo tenía previsto pedirles cruces de carboncillo en un papel. Pero, aun cuando fuera en beneficio de las tribus, ¿acaso no iba a empujarlos hacia un lugar forzado? Se preguntó si el traductor habría hecho correctamente su trabajo, pero al instante se dijo que poco importaba, ya que el jefe no habría comprendido el alcance del documento aunque hubiera estado redactado en su propia lengua pagana.

Viendo a aquel nativo sentado en el suelo con las piernas llenas de polvo que examinaba con inocencia las pulseritas, sintió con la intensidad de una estaca clavada en su corazón de vampiro que aquella misión no estaba bien. Y siguió sintiéndolo mientras se iban, dejando atrás una aldea cuyos pobladores, salvo por la bandera española recién izada sobre la choza del jefe, ya ni se acordaban de que un grupo de hombres con botas altas acababa de pasar por allá.

Aquella noche no hizo falta la reunión para limar asperezas. El grupo estaba animado por el primer triunfo. Era él quien permanecía ausente, concentrado en no atravesarse la garganta con las espinas del pescado hervido, lo único que dejaba pasar su estómago hecho un nudo por las primeras dosis fuertes de quinina.

—Me extraña verle abatido —le dijo Martín con aquella libertad a la que se había aferrado desde que subió al barco.

—No se preocupe.

—Pero la cosa ha empezado bien, ¿no? —Ante el silencio del explorador, intuyó lo que podía pasar por su cabeza—. Seguro que podrá dedicarse a sus estudios cuando acabe la encomienda.

—Si esta no acaba antes conmigo.

—No diga eso.

—Olvidé hacer algo importante antes de salir de Vitoria.

—¿A qué se refiere?

—Tendría que haber dejado la conciencia bien cerrada en un cajón de mi escritorio.

El finquero tiró una ramita al fuego y declaró:

—Aquí no operan las mismas leyes. Ni las de los hombres ni las de Dios.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? ¡Menudo infierno! —saltó el notario con enfado mientras se frotaba alcohol alcanforado por los brazos llenos de picotazos—. Acabamos de empezar y este escozor me está volviendo loco.

—Rece para que ninguno de ellos sea de la mosca tsetsé —le dijo Iradier con mala uva. Salvaje o no, un *botuku* era el representante de una tribu, y aquel presumido no era quién para tratarlo con desprecio en su propia casa.

—¿Habla de la enfermedad del sueño?

—Más que un sueño es una pesadilla. La infección causa una debilidad progresiva que termina en un coma, muchas veces irreversible.

—Creía que solo afectaba a los negros.

—Esa tontería se debe a un tal Thomas Winterbottom, que la llamó «letargia del negro». Pero hace cuatro años se visualizaron tripanosomas en sangre humana y le aseguro que esos parásitos no entienden de razas.

El notario se puso aún más blanco de lo que era y Osorio no pudo aguantar.

—Vamos, caballeros, déjense de moscas y den un trago a esta botella, que sana más que la quinina y hace que se olviden las penas. Esta noche estamos de enhorabuena.

Martín la cogió y, al elevar la vista para beber, se quedó enganchado a la fosforescencia de algunas ramas y hojas que, en las copas de los árboles, destellaban en la oscuridad.

Su madera, tocada de magia.

—También he leído sobre ese fenómeno —comentó Osorio reclinando su cuerpo orondo para mirarlo sin partirse el cuello—. Lo producen los organismos que viven en los elementos en descomposición del reino vegetal. Es normal que llame la atención del viajero que lo ve por primera vez...

Ökkó, que estaba apartado unos metros, pero no se perdía una línea de la conversación de los adultos, se tumbó en el suelo boca arriba. Para él aquellas luces no eran algo nuevo, pero sí lo era otro fenómeno igual de fascinante que estaba experimentando: al cerrar los ojos seguía chispeando en su cabeza el recuerdo igual de luminoso de la mirada azul de Bella, de su cabello dorado, de su piel tan blanca del rostro, de los brazos y de los pies descalzos. De todo su cuerpo, en realidad, que se volteaba con agilidad cuando lanzaba piedras desde la cala para que rebotasen cinco veces sobre la superficie del mar calmado.

Bella reunió el valor suficiente para volver a la casa donde había vivido con su padre. Meses atrás, después de la tormenta, fue doña Ana la que pasó a revisar el estado de la construcción, que por fortuna mantuvo el tejado en su sitio y no sufrió entradas de agua. Desde entonces nadie la había pisado y todo seguía en la misma posición, incluido el bote de vidrio ámbar lleno de caramelos sobre la mesa. La escasa luz que se filtraba por las contraventanas resbalaba sobre las capas de polvo de los muebles. Dio una vuelta sobre sí misma, fijándose en las pinturas del casco viejo de Vitoria que decoraban las paredes como si fuera la primera vez que las veía. Le decían muy poco. Al final, solo las personas eran capaces de convertir un cubículo de madera en un hogar.

Se asomó a su dormitorio y siguió hasta el de su padre. Abrió el cajón del escritorio y se le erizó el vello transparente de los brazos. Allí estaba lo que buscaba: las notas sobre cómo tenía que componer su herbario soñado.

Ojeó la introducción. Hablaba de cómo las plantas formaban parte del día a día de los nativos: no solo eran comida y sanación; también eran sus muros, sus bolsas para transportar mercancías, sus cayucos. En el caso de las curativas, explicaba los principios activos de forma que pudiera entenderlos cualquiera que no tuviera ni idea de química. Había recogido unos cuantos ejemplares para ir probando —olían las hojas secas, el papel impregnado de savia—; y, por si aquellos se deterioraban, también dibujaba la planta completa y sus detalles más destacables.

Tenía previsto ordenar las fichas por especies y familias, con el nombre científico seguido del nombre vernáculo en lengua bubi y, de tenerla, también de su denominación vulgar. Cogió la ficha de una *Caesalpinia crista*, a la que los nativos llamaban *songo*. Reconocía a su padre en cada línea. No solo hablaba de su hábitat y composición botánica; también anotaba curiosidades sobre el día que la encontró en la bahía de Venus, como si se lo estuviera contando a un amigo:

Entre los cocoteros de la playa por la que camino descalzo nace esta leguminosa trepadora que podría servir de símbolo a este ambiente bello y repelente, suave y hostil. Las flores de un blanco inmaculado están erizadas de espinas que te piden cogerlas con precaución para no ver los dedos ensangrentados. Así es este país.

Sonrió, orgullosa y apenada. Así era ese país, sin sangre no había vida. De hecho, muchos remedios naturales podían resultar letales si no se controlaban bien las dosis. Recordó el día que ella misma se intoxicó en casa del gobernador, cuando ingirió la corteza rayada para liberarse de la angustia. Por fortuna, como su padre solía decir, ya no éramos hombres primitivos que comían crudas las plantas medicinales. Cualquiera, sin ser farmacéutico, podía prepararlas siguiendo algunos protocolos... que debía aprender bien, como todo lo demás.

Si quería hacerse cargo de aquella gran obra, tenía mucho trabajo por delante. No era ningún capricho, como pensaba doña Ana, por eso no podía abandonar la isla. Se disponía a componer el herbario africano más extenso jamás conocido. Cuando menos de seis mil ejemplares, como el del botánico Marcelino Andrés que quedó olvidado en el puerto de Dahomey.

Recogió en un hatillo los apuntes y demás material que encontró en el cajón y se dispuso a marcharse. Justo cuando iba a abrir la puerta, alguien llamó con los nudillos desde el otro lado.

Permaneció inmóvil con la manilla en la mano, por un momento sintiendo que estaba haciendo algo malo por estar allí. ¿Acaso no era su casa? Entonces se planteó si la habrían seguido. Con el asunto de Rufo tan reciente, temió que alguien pretendiera tomarse la justicia por su mano. Hasta pensó en el gobernador, ahora que doña Ana sabía la verdad. Pero entonces escuchó una voz conocida.

—Mi niña, ¿estás ahí?

Abrió la puerta emocionada.

—¡Paciencia!

Se abrazaron. Bella disfrutó de la presión de aquel cuerpo exuberante y del olor al jabón que Segis utilizaba en la colada de la ropa de cama.

—Te vi entrar desde lejos y quería ver cómo estabas.

—¡Claro, pasa!

—¿Seguro?

—Todo lo mío es tuyo.

La bubi, complacida, arrugó su nariz mostrando dientes y encías en una sonrisa que no cabía en el porche.

—Te lo agradezco, mi niña, pero casi es mejor que siga a lo mío, que me han enviado a recoger un paquete al almacén y no quiero demorarme.

—¿Qué tal en casa del gobernador? Doña Ana me dijo que se van de la isla...

La bubi negó con la cabeza. Estaba claro que no quería hablar del tema. Miró a su alrededor.

—Cómo tienes esto de polvo. Tendría que haber venido a limpiar en algún momento.

—Si no va a utilizarla nadie.

—Da igual, las cosas hay que tenerlas bien. ¿Y si lo hago, pero te pido un favor a cambio?

—Pídeme cualquier cosa.

—¿Podría venir aquí un día a cenar?

—¡Claro! —exclamó, sorprendida—. Avisaré a las madres concepcionistas para que no me esperen. Les diré que estoy con mi mejor amiga y prepararemos alguna receta de Dolores.

—No me refería a cenar contigo.

—Ah...

—¡Perdona, mi niña! ¡Contigo también cuantas veces quieras!

Las dos rieron.

—¿Con quién, entonces? ¿Es un chico?

—Bueno, tal vez. Ahora me arrepiento de habértelo pedido, si eres una mocosa.

—¡Tienes novio!

—Que no es un novio, baja la voz que van a oírnos desde la calle.

—¡Cómo quieres que la baje! —siguió riendo—. ¿Quién es, quién es?

—Uno de los bubis veteranos que viven en la misión. Fue el primero que llegó, recién se instalaron los misioneros. Seguro que lo has visto porque suele organizar las tareas.

—¿Uno muy alto, con bastante pelo rizado por arriba y rapado por los lados?

—En su aldea lo llevan así, qué le vamos a hacer.

—¡Es muy guapo! Y ¿por qué tanto secreto?

—Porque no podemos estar juntos. —Fue como si se apagara la luz—. Lo están reservando para alguna de las chicas de las monjas.

—No pueden obligarle a casarse.

—Si no accede, no le darán las tierras —lamentó. Se refería a las pequeñas parcelas que el prefecto, en su estrategia de formar pueblos católicos, había solicitado para los primeros bubis educados en la escuela que contrajeran matrimonio con alumnas de las concepcionistas.

—Pero tú le gustas...

—Claro. Pero cuanto más me ilusione, más lloraré después.

—¿Y va a cambiarte por un pedazo de suelo como el que hay por la isla a millones?

—No lo entiendes, mi niña. Solo puedes cultivar cacao si tienes permiso.

—Claro que vais a cenar aquí —resolvió Bella—. Yo prepararé el salón.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó, contentísima—. Un acuerdo es un acuerdo y yo me ocupo de pasar el trapo por toda la casa. ¿Podría ser hoy?

Volvieron a reír.

—Pero ¿vas a poder avisarle con tiempo?

—Si pudieras decírselo tú... Vas a la misión, ¿no?

A Bella le pareció buena idea y Paciencia se fue feliz. En cuanto regresó a la residencia del gobernador, lo primero que hizo fue ir a contárselo a sus compañeras. Tenían que decidir el menú. A Dolores no le hacía ninguna gracia que fuera un plan secreto, pero para Segis suponía un plus especial. De un modo u otro, ambas estaban contentas por su amiga. Después de tantos años en la ciudad, era la primera vez que iba a disfrutar de una cena de pareja y, además, bajo techo en una casa bonita. Solo por el buen humor que contagiaba se merecía eso y cualquier otra cosa que les pidiera.

A media tarde, cuando estaba empaquetando con hojas de plátano las viandas que habían preparado, Serrano llegó para hablar con el gobernador, que seguía encerrado sin levantar cabeza. Paciencia lo acompañó al despacho y fue a retirarse sin llamar la atención, pero aquel le pidió que preparase café.

Entretanto, el secretario acercó una silla con brazos en la que logró encajar su cuerpo sobrado de kilos.

—¿Cómo se encuentra, gobernador?

—Deseando que lleguen noticias de mi traslado.

—Sin duda arreglarán las cosas con la mayor urgencia, pero entienda que acaba de solicitarlo y tendrá que aguantar aquí un poco más.

—¿Qué es un poco más? —estalló, esparciendo un aliento que apestaba a alcohol desde el otro lado de la mesa.

Serrano se dio cuenta de que estaba completamente borracho. No le sorprendió, así venía siendo desde la muerte de Rufo.

—No puedo decírselo.

—¿Y quién puede? Manda cojones. ¿Acaso no hay nadie que quiera venir aquí? Para eso está la cadena de mando.

—Designar a un sucesor no será un problema. Pero, si me permite especular, creo que los de Madrid no querrán moverle hasta que no se

clausure la conferencia de Berlín. Las cosas no van demasiado bien por allá y, al final, usted se ha ocupado de lidiar con el asunto *in situ* desde el principio.

—No me digas que voy a tener que estar aquí un mes más.

—Me temo que más bien dos.

—Me voy a cagar en todo lo más sagrado...

Paciencia llamó a la puerta y entró con el café.

—¿Se lo dejo en la mesita, señor?

—Déjalo donde te dé la gana. —Y se dirigió a Serrano—. ¿Quieres quedarte a cenar?

—No es necesario...

—Sí, quédate. Paciencia, prepara todo para la cena que hoy seremos tres. A las siete.

—Ahora le digo a Dolores.

—Mejor a doña Ana, que ella disponga.

—Señor, esta noche me iré un poco antes.

—¿Tienes algo mejor que hacer que servir a mi secretario?

Calló. Ya se arrepentía de haber dicho nada, podría haberse escaqueado sin más. Rebuscó una excusa en su cerebro: un ritual por un familiar... Si la pillaba engañándolo, la molería a palos. Y ella nunca había necesitado mentir en aquella casa, por la que habían circulado señores mucho más respetables que él.

—Volveré un día con más tiempo —propuso Serrano.

—De eso nada. —Fue a servirse un wiski, pero la botella estaba vacía—. Paciencia, tráenos otra.

La bubi salió con el recado y los ojos vidriosos, confiando en que, cuando volviera, hubiese recapacitado. Serrano no sabía dónde meterse, pero le salía menos a cuenta enfrentarse a un hombre de su carácter agravado por el drama del hijo y bañado en alcohol que quedarse a comer un estofado con alguna salida de tono como acompañamiento.

—Qué fácil era todo en tiempos de los esclavos —comentó el gobernador entretanto.

Aquello le pareció demasiado como para permanecer callado.

—Sé que no lo piensa de verdad.

—Cuando me destinaron aquí, en la escala que hicimos en Senegambia, el barquero que me acompañaba a la playa me ofreció una piel de pantera y, hablando por lo bajines, añadió que también podría venderme *algunas gentes*. «Como gustan los españoles», dijo. Fui a preguntarle si no se estaría refiriendo a los portugueses, pero no lo hice porque seguro que aquel salvaje

utilizaría la misma fórmula con cualquiera que pasase por allá, fuera de la nación que fuera. Y supongo que todos terminarían comprándole carne fresca menos los españoles, que vamos por la vida de caballeros del alto plumero, aunque por debajo somos como los demás. ¿Por qué crees que en el tratado de 1777, que se firmó para solucionar la cuestión americana, se incluyó este apósito africano?

—No lo sé —mintió Serrano.

—Porque el Gobierno de España, que por aquel entonces tenía que comprar a intermediarios extranjeros los esclavos que necesitaba para ultramar, vio en Guinea la posibilidad de sumarse al negocio y ahorrarse las comisiones. —Para entonces ya escupía al hablar y seguía calentándose—. Los portugueses, holandeses e ingleses metían en nuestras colonias de Indias veinte mil esclavos anuales, aparte de los que enviaban a Norteamérica, a Brasil y a las Antillas menores. Imagina el negocio que hacían mientras nosotros simulábamos que la cosa nos repugnaba. Así que convencimos a Lisboa para que nos cediera la propiedad de este terruño. Y total, ¿para qué? ¡Para dejarlo olvidado! Nos aprovechábamos de la esclavitud como el resto, pero cuando se trataba de venir aquí a cazar negros, mirábamos para otro lado. Siempre tan dignos y tan pobres.

Paciencia regresó con la botella y la súplica en la punta de la boca.

—Señor...

—Llena dos vasos —le cortó el gobernador—. Y ve a prepararlo todo, que tenemos hambre.

—Antes intentaba decirle que...

—¡Me estoy hartando de que me faltes al respeto, negra de los cojones! —Pegó un golpe en la mesa con la palma de la mano y soltó unos hilos de baba—. ¿Te crees que no sé que le pegaste una bofetada a mi hijo? ¿Cómo coño te atreviste a ponerle la mano encima al chaval?

Así que era eso...

Paciencia recordaba el día con disgusto. Fue cuando Rufo la tocó de forma libidinosa, justo después de que revelara a doña Ana que la había visto en la cama con el finquero. Aún tenía el cardenal en el estómago del puñetazo que le dio. Barrió el suelo con la mirada, pero al momento volvió a erguirla más dura que nunca.

—Me voy —se escuchó decir a sí misma.

—Mejor harás, desaparece.

—Me refiero a irme para siempre.

El gobernador rio.

—¿Adónde vas a ir, desgraciada?

Pensó en el antiguo hogar de Bella.

En cualquier caso, ya no había vuelta atrás.

Se dispuso a salir. El gobernador se levantó de su silla, rodeó la mesa dando un par de tumbos y salió para agarrarla del brazo.

—¿Qué quejas tienes, eh?

—¡Me hace daño!

—¡Estás obligada a quedarte!

Sabía que no podía forzar a los nativos a trabajar, salvo en obras públicas y durante unos días contados al año, pero cuando le tocaban los huevos decía lo que hiciera falta. La Constitución señalaba a Cuba, Puerto Rico y Filipinas como provincias ultramarinas, sin que Guinea estuviera mencionada en ninguna parte. Así que, del mismo modo que la norma suprema ignoraba a aquella isla, la isla ignoraba a la norma suprema y, por la misma, a todos los jodidos reglamentos que les quisieran imponer.

—¡Ni un pelo le he tocado a esta! —le dijo a Serrano sin soltarla—. No soy como esos que van tirándose a las negras un día sí y otro también. Todo lo contrario, la he respetado como si fuera una novicia. Pero ¿he oído algún gracias?

Sin esperar respuesta, tiró de Paciencia hasta la cocina y la arrojó dentro del cuarto donde guardaban la ropa blanca. Bloqueó la puerta con una silla y miró con ira a Segis y Dolores, que se habían apartado aterradas. Nunca lo habían visto así.

—Como cualquiera de las dos le abra o tú —habló a la puerta cerrada tras la que lloraba la bubi— te atrevas a salir antes de mañana, os juro por el mismo Dios que se ha llevado a Rufo que cojo la pistola y nos vamos todos con él.

La expedición siguió avanzando. Cerrando acuerdos, luchando contra un entorno que se revelaba tan hermoso como hostil. «Si no fuera así —pensaba Martín—, hace siglos que esto estaría colonizado». Y daba un paso más, metiéndose en un cenagal o encaramándose a un tronco caído que bloqueaba el camino y era tan ancho como él de alto. Subieron a barcas que los condujeron por el río Noya y el Utamboni, cuidándose de las zonas donde las tribus estaban en guerra, regalando nimiedades a cambio de acuerdos de soberanía que sellaban alzando la bandera, siempre con el temor de que los nativos la arriasen en cuanto dieran media vuelta y, vendiéndose al mejor postor, la cambiasen por otra. Así hacía el autoproclamado rey Cocodrilo en la desembocadura del Muni; un habitual de los agentes que bordeaban la costa, que se dirigía a ellos por su nombre de pila con un carisma inaudito y sacaba la enseña que más convenía en cada momento. ¿Quién podía asegurarles que los demás jefes no fueran a hacer lo mismo en cuanto descubrieran la jugada? Pero, sin tiempo para recrearse en esos u otros temores, seguían avanzando, cruzando afluentes que se dibujaban por primera vez en un mapa, volcando los cayucos por ir muy cargados, perdiendo sacos de cosas vitales, caminando hacia la sierra de Cristal, convenciendo a itemus, vicos, balengues, bujebas y otras tribus cuyos nombres no acertaban a pronunciar, de que España les traía la solución a todos sus problemas.

Por su parte, Ökkó seguía encargado de cuidar de Martín como su padre hacía con el *botuku* cuando salían de la aldea. El finquero era duro, no se amilanaba ante nada y aprendía rápido, pero la *siempre verde* le obligaba a pasar pruebas duras... Como el día que se apartó del resto, asombrado por unos troncos inmensos, montó su pequeño campamento en un claro para disfrutar de cierta intimidad y pisó un hormiguero. De inmediato las piernas le quemaban. Empezó a rascarse y a aullar socorro y a llamar como si estuviera loco al joven bubi, que desenfundó su machete y se lanzó sobre él.

—¿Qué vas a hacer con eso? —gritó.

Sin perder tiempo en contestar, Ökkó le rasgó los pantalones y, una vez dejó las piernas al aire, le frotó con una mosquitera para retirar los insectos. Había llegado a tiempo, pero, para cuando quisieron darse cuenta, estaban rodeados por miles de hormigas que se acercaban hacia ellos; y de nuevo el chico evitó una catástrofe al impedir que Martín intentase aplastarlas o romper la formación a pisotones, lo que habría despertado el instinto más salvaje de aquel ejército diminuto que, actuando como un cerebro único, habría acabado con los dos en cuestión de segundos. En lugar de eso, trazó un círculo de fuego en el suelo con los palos de la hoguera delimitando un espacio seguro y se sentaron a esperar a que fueran desapareciendo por sí mismas.

—Si te viera Bella... —dijo Martín, agradecido. No se le ocurría mejor agasajo que hacerle ver que estaría orgullosa.

Y el chico calló, como solía hacer, salvo que tuviera algo que advertirle.

Ya en tierra de los temibles pamues, muchas áreas de selva resultaban impenetrables y necesitaban corregir la ruta día sí, día también. Iradier se dio cuenta de que yendo aldea por aldea tardarían una eternidad en lograr su cometido, por lo que decidió convocar a varios jefes en una única asamblea; y para ello envió a dos traductores como emisarios en un bote por el río, confiando en que todo aquel que se cruzasen fuera corriendo la voz.

—¿Vendrá alguno? —le preguntó Osorio la noche anterior mientras arrojaba unos palitos a la fogata.

—Pronto lo sabremos. Lo importante es que, estando juntos, se sentirán menos amenazados y habrá menos riesgo de que alguno pierda la cabeza y termine de un plumazo con la expedición.

—Más bien debería decir «termine de un bocado» —anotó Martín, al que se le había ido la mano con el alcohol que llevaban para regalar.

No había pasado un buen día. A medida que profundizaban en la selva, afloraban más preguntas del tipo «¿quién me he creído que soy?», que hacían más daño que las temidas flechas envenenadas. El empuje tornaba en frustración, su ilusionante empresa en un capricho imposible y las piernas no avanzaban. Esa jornada, además, había llovido de forma torrencial, no había llegado a secarse y dudaba que fuera a lograrlo con aquella insoportable humedad. Hasta Ökkó, que se había percatado de su estado de ánimo, permanecía más apartado de lo habitual para dejarle espacio.

—Se creerá muy gracioso —bufó el notario, que seguía obsesionado con la antropofagia.

—Siempre podemos darles sus papeles como aperitivo para que se atraganten. Así servirán para algo.

—¿Duda de mi trabajo?

—Solo digo que si caminamos por *terra... Terra...*

Se detuvo a pensar y aprovechó para atizar otro trago a la botella ante la mirada seria del resto.

—*Terra nullius* —completó Osorio por alusiones, ya que era él quien solía utilizar el término.

Así habían calificado las potencias al continente: tierra de nadie. Era otra forma de legitimarse, ahora utilizando el lenguaje, para entrar sin pedir permiso y expoliarla sin pedir perdón. En otras zonas, como Marruecos, se habían servido de la fórmula del protectorado, una ocupación menos descarada porque estaba basada en un supuesto acuerdo de los dos estados. Pero de la verde selva del África subsahariana querían hasta la última hoja. No había nada que acordar, solo llegar los primeros y cogerlo todo.

—Eso, *terra null...* —volvió a atrancarse el finquero, esta vez porque le dio el hipo—. Y yo digo: si hasta que hemos llegado esto era un espacio vacío políticamente y no había ni soberanía, ni estado, ni Cristo que lo fundó, y los jefes, por lo tanto, eran jefes de nada, ¿qué validez tienen sus mierdas de firmas?

Nadie contestó. Admitir que se trataba de una farsa sería como decir que todo el sufrimiento y los sacrificios eran en vano. El notario se atusó el pelo de forma mecánica. Algo había que reconocerle: aunque terminaba devorado cada jornada y los mosquitos destrozaban su delicada piel, conseguía mantener intacta la expresión altanera con la que pasearía un día de fiesta por la plaza de España de Santa Isabel.

Martín se tumbó y siguió mascullando solo.

—Aquí cortas una rama y a la mañana siguiente ha vuelto a nacer. ¿Qué pretendemos cambiar cuatro pelados? No creo que haya un solo jefe con el que hayamos estado que no se haya olvidado ya de nosotros.

—¿Y qué quiere que hagamos? No tenemos dinero para fundar una Leopoldville —entró al trapo Osorio, refiriéndose a la capital que Stanley había levantado de la nada en el Congo.

—Ni falta que hace —tiró de las riendas Iradier—. Para cumplir con la posesión efectiva que exige Berlín, bastaría con plantar destacamentos militares en algunos puntos estratégicos.

—¿Para qué gastar efectivos en controlar a unos nativos que acaban de decir que son parte de España? —intervino el cabo Sanguineto, que solía

permanecer al margen salvo cuando le tocaban la fibra castrense.

—No sería para controlarlos a ellos —aclaró el explorador—, sino a las otras potencias. Francia ha de saber que no puede seguir usurpando nuestros territorios.

—Es cierto que nuestro Gobierno no debe dejarse pisar —concedió Osorio—, pero es aún más importante, como usted explicó en su conferencia del cuartel, que cada uno mantengamos encendido el faro que nos ha traído hasta aquí y sigamos caminando mientras las fuerzas nos lo permitan. Si lo damos todo en esta selva, nadie podrá reprocharnos el que no hayamos llegado al paralelo 50.

Martín reaccionó a pesar del alcohol de quemar que corría por sus venas. Aquello era justo lo que necesitaba escuchar. Debía responsabilizarse de lo que estuviera en su mano en cada momento. No podía dejar que la grandiosidad de su proyecto se le hiciera bola. Paso a paso, tronco a tronco.

—Es usted un buen compañero de viaje —le reconoció al médico, cogiendo a todos por sorpresa.

—¿Por qué dice eso ahora?

El finquero se tumbó en el suelo y habló mirando al cielo:

—Porque la vida ya es suficientemente jodida como para que el vecino venga a jodértela más aún. Y usted siempre trata de hacérsela más fácil a los que le rodean.

Hasta que se consumió el fuego, nadie más habló; y luego nadie durmió. El notario porque la cabeza se le inundaba de imágenes de dientes humanos afilados como mandíbulas de tiburón; Sanguineto, al no verse capaz de controlar un eventual ataque por falta de efectivos; los exploradores por la emoción de enfrentarse, una vez más, a algo nuevo; y Martín... Él sí que durmió la mona con ronquidos que alertaron a más de un animal.

Al despertar estaba avergonzado. No tanto por el hecho de haber empujado el codo, sino por haber perdido los papeles. Ser libre no significaba comportarse como un impresentable.

Se acercó a Iradier, que se desperezaba entre la bruma del alba.

—Quería disculparme.

—No se apure. Nos viene bien retornos constantemente, para eso está el grupo. Y al final lo arregló bastante.

Hizo otro par de estiramientos con cada brazo y se agachó para desentumecer las lumbares.

—En cualquier caso, lo siento.

—Disculpa aceptada, pues.

—También quería decirle que me voy.

Entonces sí, Iradier dejó su rutina mañanera y se recolocó los tirantes.

—¿Cómo dice?

—No se hace idea de lo agradecido que le estaré siempre por haber permitido que los acompañase. Pero no puedo seguir penetrando esta selva hacia un destino que no es el mío.

—Vaya... —No ocultó su decepción—. Sabía que llegaría este día, pero no lo esperaba tan pronto.

—Uno de los guías me habló de una aldea no lejos del estuario donde saben talar. Sobre el papel tiene muy buena pinta, porque además está junto a un río que podré utilizar como vía para bajar los troncos hasta la desembocadura. El problema es que cada vez me estoy alejando más. Por supuesto que estoy aprendiendo mucho con usted y el señor Osorio, pero me aterra seguir hacia dentro y llegar a un punto de no retorno.

Iradier meditó unos segundos.

—No puedo cederle a ese guía.

—Bastará con que me dé las instrucciones precisas. Ökkó viene conmigo, nos haremos entender con quien nos vayamos cruzando y llegaremos a destino. No sé si sabe que fue él quien en su día encontró a Bella en el bosque.

—Ya he visto que es un gran chico. Pero, con todo respeto, insisto: no sé si ustedes dos solos...

—Cada día tengo más claro que nuestra supervivencia depende de los riesgos que evitamos; y nuestro éxito, de los riesgos que corremos.

—Bien sabe que no he de darle permiso ni para esto ni para nada. Pero, si no le importa, acuda hoy al cónclave con nosotros. No sé lo que nos encontraremos, pero seguro que me vendrá de perlas un blanco más con su presencia y, ya de paso, la de ese chaval bubi tan educado, para que tengan un ejemplo de lo que es capaz de lograr la civilización.

Era lo menos que podía hacer. Asintió e Iradier, dando el asunto por zanjado, sacó la brújula. Confiaba lo justo en el acierto de sus agujas, ya que aquella tierra tenía hierro más que suficiente para emborracharla. También desplegó un mapa confeccionado por él mismo. Los primeros días observó que el papel cuadriculado prusiano que había llevado era más sensible de lo esperado a los cambios de humedad. Sufría dilataciones que, además, no eran iguales en toda su extensión, por no hablar de los bultos que ocasionaba el sudor de la mano mientras delineaba accidentes naturales recién descubiertos. Pero decidió que resultaba más práctico olvidarse de esos detalles que, lejos

de acercarle a la perfección, lo que hacían era bloquearle, y comenzó a manosear el papel sin preocuparse de cómo acabase.

Tras fijar mentalmente la ruta, lo guardó en el zurrón. Allí también llevaba algunos instrumentos para seguir con sus estudios científicos al tiempo que engrandecía a España: un espectroscopio de bolsillo para analizar los rayos del sol que iba encontrando su lugar en lo alto; un compás de espesor para medir cráneos; cuadros cromáticos de doce tonos para clasificar los colores del hombre africano: sus ojos, su cabello y su piel, casi nunca tan negra como se decía. Se aseguró de que los porteadores no olvidaran la caja donde transportaba el resto de material para sus tareas de antropología y todo lo demás que precisaban para sobrevivir, y dispuso elevando la voz:

—¡Salimos!

Echó a andar seguido del resto, deteniéndose cada mil cuatrocientos pasos para apuntar. Aquello equivalía a un kilómetro. Solía llevarle trece minutos, siempre que avanzasen por suelo fácil. Hasta eso tenía medido. Detrás de él, el grupo de nativos discurría en correcta hilera. Resultaba difícil distinguir los cargos, más que nada porque todos servían para todo. Uno de los marineros que respondía al nombre de Jenagani ejercía de patrón. Ehoi, el más veterano de los intérpretes, hacía también las veces de cocinero y despedía un olor repugnante por el aceite de palma con el que se untaba el cuerpo para repeler los mosquitos. Osorio y el notario, como cada mañana, enfilaban el nuevo día compuestos como para ir de boda, con sus cinturones bien apretados para que no se les notase el tripón y mantenerse erguidos como las estatuas de los héroes.

Cuando se presentaron en el lugar acordado, una explanada natural abierta en un meandro del río que casi llegaba a trazar el círculo completo, comprobaron que habían acudido nada menos que diecisiete *botukus* con sus correspondientes séquitos y escuadrones de guerreros. De pronto, se vieron rodeados de cientos de pamues desnudos con machetes, lanzas y arcos, algunos de pie a unos metros, otros sentados en la orilla junto a sus cayucos que tampoco les quitaban ojo. Iradier pensó que a los emisarios se les había ido la mano convocando a gente, pero tragó saliva y se dirigió a saludar a los jefes de forma protocolaria como si aquel encuentro fuera de lo más normal. Los intérpretes ejecutaban su trabajo aún más tensos de lo acostumbrado. A la mínima afloraba una agresividad de la que carecían otras etnias, pero aguantaron hasta el final el discurso del explorador y, a base de apoyarse unos a otros con explicaciones accesorias que parecían riñas, fueron entendiendo su oferta: además de las baratijas habituales, recibirían el cargo honorífico de

gobernador político para los *botukus* en sus aldeas respectivas y un sueldo —ridículo para los españoles— que les abonaban por adelantado.

Cuando el notario estaba a punto de recoger las últimas firmas en los documentos, los jefes empezaron a ponerse nerviosos y a discutir entre sí. El traductor mencionó que algunos no veían justo que todas las tribus percibieran la misma cantidad de abalorios, espejos y, sobre todo, de fusiles, que también se incluían en el lote. Iradier les dejó espacio para solucionarlo, pero, lejos de calmarse, empezaron a sacar a relucir rencillas pendientes, implicando a más pamues que se amenazaban con mímica inequívoca. Ökkó se giró hacia Martín con una expresión de preocupación que al vitoriano no le pasó inadvertida. Aquello ya no era una mera cuestión cultural.

—Estos van a acordarse de este día para siempre —bufó Iradier para sí con el tono de una maestra a la que se le han revuelto los párvulos.

Le temblaban las manos, pero era consciente de que, si no daba un golpe de autoridad, ningún miembro de la expedición llegaría al día siguiente. Hizo una seña convenida a Osorio, quien captó de inmediato lo que quería su compañero y salió disparado con Sanguñedo hasta donde habían dejado los botes. Apenas podían pasar entre la marea de guerreros, con los que evitaban establecer contacto visual. El médico urgió a uno de los porteadores para que abriera una suerte de baúl lleno de aparentes extravagancias y sacó la más extrema de todas: unas tracas de petardos y unos cohetes de fuegos artificiales que habían comprado en el almacén de Holt previendo que algún día tendrían que jugársela a la grande.

Mientras los *botukus* y sus oficiales continuaban la escalada de tensión, el cabo fue clavándolos en la orilla, apuntando hacia el cielo, al tiempo que el médico acaparaba la atención a base de dramatizar como un actor clásico, abriendo los brazos y recitando unos versos sobre volcanes que eran coreados por el traductor. Al cabo, se agachó para prender las mechas y correteó para poner distancia.

Los primeros estallidos provocaron una exclamación generalizada de asombro.

Los pamues se encogían hacia atrás con cada bombazo. El cielo se caía. El humo, el olor a pólvora, fugaces destellos de color.

Del miedo pasaron a la fascinación, y terminaron por disfrutar al ver que Iradier y los suyos reían, sin percatarse de que las carcajadas eran de puros nervios.

Aprovechando la oportunidad y tirando de aquella oratoria que seguía siendo su mejor arma, el vitoriano cambió su narrativa y, en lugar de incidir

en los acuerdos de soberanía que muchos de ellos ya habían firmado, los arengó para que terminasen con sus diferencias. Visto desde fuera resultaba una locura. ¿Qué pintaba aquel blanco metiéndose donde nadie le había llamado, a riesgo de herir todas las sensibilidades presentes en una reunión tan excesiva? Pero, precisamente por parecer loco —aquel que nada teme—, los señores de la guerra empezaron a mirarlo como a un ser todopoderoso y fueron asintiendo uno tras otro para sorpresa del resto de miembros de la expedición, que ya se veían desollados. Pasado un rato durante el cual no calló ni un instante para no dejarles pensar demasiado, comenzaron a verse algunos gestos de amistad, primero más sutiles, luego más protocolarios, como cuando dos de ellos intercambiaron palos tallados mientras otros se cogían mutuamente de los antebrazos. Aquellas y otras muestras de unificación entre las tribus pamues constituían la mejor prueba de sometimiento a España, nueva señora del río y, por ende, de todo lo que había alrededor, incluyendo la vida de sus pobladores.

Pero, entonces, un nativo advirtió a Osorio sobre un cohete cuya mecha no había llegado a prender y el médico se agachó para encenderlo a modo de traca final...

Iradier, a pesar de la distancia, vio con horror que tenía el soporte partido. No tuvo tiempo de pararlo. El cohete salió disparado en horizontal y fue a impactar contra un cayuco ocupado por una familia de una tribu cercana que se había acercado a curiosear. Los niños saltaron al río presa del pánico, el padre se tiró detrás para cogerlos, la madre se aferró de casualidad al bote que estaba a punto de volcar. Pensando que lo habían hecho a propósito, uno de los jefes dio un grito que fue secundado por el resto y docenas de barcas aparecieron de la nada, enfilando la orilla del meandro como las líneas del segundero en la esfera de un reloj. Los pamues que les rodeaban en tierra alzaron sus cuchillos. Por algún motivo se resistían a rebanarles el cuello, pero avanzaban hacia ellos, paso a paso, cientos, de todas las aldeas. Los expedicionarios, que no querían utilizar sus fusiles al ser conscientes de que el primer tiro supondría el fin de sus vidas y del futuro africano de España, se quitaron a alguno de encima a culatazos mientras Iradier pedía al traductor que dijera a voz en grito que llegaban los regalos y corría hacia el bote donde los custodiaban dos de sus marineros contratados, paralizados por el terror.

¡Regalos! ¡Regalos! Aquella era la única palabra que funcionaba. Él mismo los sacaba sin orden y levantaba los brazos para mostrárselos, y así fueron calmándose los ánimos hasta que uno de los *botukus*, del tamaño de un búfalo, derribó a Martín de un codazo.

Se trataba de una última acción sin importancia, llevado el pamue por la necesidad de marcar su territorio, pero Iradier, volviendo a encaramarse a su rol de señor de todas las tribus, lo interpretó como una falta de respeto que no estaba dispuesto a consentir. Amartilló su revólver y lo colocó en la cabeza del nativo, para lo cual tuvo que estirarse hacia arriba. Aquel no sabía qué hacer, ni tampoco sus guerreros. Lejos de amilanarse, el vitoriano lo obligó a arrodillarse, haciendo que se humillara ante él mientras le gritaba que en España —vive Dios que aquel suelo ya era propio— no se trataba así a un caballero.

—¿Qué queréis? —siguió desgañitándose al aire—. ¿Que hagamos como otros países, que tiñen de sangre las aguas del Camarones, y del Ogoué, y del Níger, dejando en ellas vidas preciosas? Nosotros estamos izando la bandera de la patria sin librar una sola batalla. ¡Ni una sola! ¡Y tal vez veréis alguna enseña rota por los vientos y las tormentas, pero ninguna lleva escrito el nombre de una sola víctima!

De súbito se hizo el silencio más profundo que había conocido aquella selva.

Iradier dejó caer la mano en la que sostenía el arma y, sin tan siquiera pasársele por la cabeza que el nativo pudiera revolverse contra él, dio media vuelta y gritó a sus porteadores:

—¡Dadles los malditos abalorios!

Ökkó corrió hasta donde estaba Martín para ayudarlo a levantarse.

El finquero se sacudió el polvo del pantalón.

Aquel continente no era un patio de juegos.

Él no era Manuel Iradier, presidente de La Exploradora.

Pero de algún modo saldría adelante. Y, si no, como declaró Osorio en la fogata nocturna, caminaría hasta donde le permitieran las piernas. Era su responsabilidad: con su sueño, con aquellos que dejaba atrás, con los que estuvieran por venir, con los que le acompañaban por el camino, como aquel pequeño bubi que se colocó a su lado como un fiel escudero.

Había llegado el momento.

Cogió su petate, saludó a sus compañeros de expedición con un asentimiento respetuoso de cabeza, al notario, a Sanguineto, a los nativos contratados, dedicando unos segundos a cada uno, como si nada más que ellos existieran en aquel meandro perdido más allá de los mapas, apretó con fuerza la mano del vitoriano y la del doctor Osorio, y partió seguido del joven amigo de Bella hacia la espesura, donde los insectos frotaban las patas y oscilaban las sombras de los grandes árboles.

—Seguro que viene, ya verás.

Bella, instalada con comodidad en el papel de adulta como dueña de la vivienda, intentaba tranquilizar al amigo de Paciencia. Habían ido juntos desde la misión nada más terminar la jornada de trabajo, convencidos de que la bubi les estaría esperando con la cena sobre la mesa, pero cuando llegaron vieron que la llave seguía en el hueco de la contraventana y que dentro no había nadie.

—Se lo habrá pensado mejor —dijo él, visiblemente decepcionado.

Se llamaba César, andaría por los veinte años —Paciencia le pasaba alguno— y tenía el cuerpo fibroso como las imágenes de los tratados de anatomía. Bella observó cómo se movía con lentitud por la habitación, deteniéndose frente a un candelabro, un juego de *backgammon* cuyas fichas rojas no se atrevió a tocar, un espejo con marco dorado en el que se perdió con recelo.

—Voy a buscarla —resolvió, dispuesta.

—Mejor me olvido y ya está —la detuvo el bubi.

Aquello de olvidarse no iba mucho con ella.

—¿Después de haber llegado hasta aquí?

—Y ¿qué vas a decirle? ¿Que estoy esperando como un mendigo a que me traiga de comer?

—No digas esas cosas. ¿Y si le ha ocurrido algo malo?

—Además —esquivó él—, después de lo que pasó con el hijo del gobernador no te conviene asomarte por esa casa.

«Pero si quieren llevarme con ellos», pensó ella.

—Dale tiempo. Te prometo que estaba muy ilusionada.

Se acomodaron en la mesa vacía.

—Eres muy buena persona. No pareces...

Se detuvo.

—¿Una florecida?

—Perdona, no quería ser maleducado.

No le disgustaba el mote. Si la cosa iba de entregarse con locura a los sueños, ella acababa de heredar uno precioso de su padre.

—¿Y tú? Paciencia me ha dicho que vas a cultivar tierras de la misión.

—Si me las dan.

—Seguro que sí, eres el favorito del prefecto.

—Si así fuera, no tendría que depender de él para todo.

Bella, pensativa, movió las fichas sobre los triángulos del juego de mesa con sus dedos índice y corazón.

—¿Por qué no te vas a vivir con Paciencia a tu aldea? —preguntó por fin.

—Aquí hay muchas cosas.

La ropa que no servía para nada con aquel clima, pensó la joven botánica, un hospital donde nadie se curaba. No se le ocurrió que podría tratarse de la fantasía de ser como los blancos, de tener lo que no tenía, fuera lo que fuese, de no ser menos.

—¿Y tus tradiciones?

—Los viejos no nos dejan avanzar. Para ti es fácil, pero tenemos que vivir.

Callaron. Se hizo tal silencio que, si se hubieran concentrado, habrían oído el lamento que salía del cuarto de la ropa blanca en casa del gobernador. Paciencia, tirada en el suelo del pequeño cubículo, había llorado más que en toda su vida y ya solo emitía aquel hilillo monocorde, como un cachorro que espera a un dueño que lo ha abandonado hace tiempo. Dolores y Segis seguían sentadas en la cocina con los ojos enrojecidos clavados en la puerta cerrada como si atendieran a un velatorio. Los platos de la cena envueltos en grandes hojas esperaban olvidados en un extremo.

—Mejor me voy —dispuso César al cabo.

Y ambos enfilaron hacia la misión.

Bella le daba vueltas a lo que el bubi había dicho. ¿Cómo que para ella era fácil? Su madre solía decir que cada persona venía al mundo con una carga con la que lidiar. Aunque unos padecían más que otros, para nadie era un camino de rosas. Se percató con pena de que pensaba en su madre muy pocas veces. Cuando se fue al cielo, era demasiado pequeña, no había tenido tiempo de hacer acopio de recuerdos de aquella gran mujer que vivía en un mundo de ventanas cerradas. Ella sí que sufrió, por algo que nadie acertó a diagnosticar. La primera jaqueca coincidió con una tarde de invierno en la que fueron a deslizarse sobre el hielo que se había formado en el parque de La Florida. Durante un rato estuvieron patinando, pero en la tercera vuelta su madre le

soltó la mano para llevársela a la cabeza, que de pronto iba a estallarle. Resbaló y cayó al suelo. Al llegar a casa, su padre le recomendó que se encerrase en la habitación en total oscuridad... y ya apenas salió más que cuando le tocaba ir al médico, hasta el día que Bella tuvo que ponerse un vestido que le trajeron para ir adecuada a la iglesia. Eso le dijeron: «adecuada». Quizá por eso le gustaban tan poco los volantes. El caso era que, a partir de entonces, el único recuerdo vívido que conservó de su madre fue la falta de luz y de caricias. La vida no era fácil para nadie.

—Vamos a buscarla —dispuso, agarrando a César del brazo y tirando de él hacia la casa del gobernador.

El bubi se plantó.

—No, Bella.

—Pero...

—No. Tal vez en tu mundo actuéis así, pero lo que está bien para ti no tiene por qué estarlo para mí.

No fue fácil llegar a la aldea de los taladores de troncos. Atravesaron parajes conocidos donde aprovechaban para aprovisionarse de yuca y plátanos; y otros nunca pisados con nuevos cortados de roca, nuevos sonidos entre las ramas, nuevas arenas peligrosas en las márgenes de los ríos. Si había algo que no cambiaba, era el miedo a ser atacados. Tenía un fusil que Iradier accedió a venderle a pesar de que los llevaba contados, pero le servía más para sentirse seguro que para realmente estarlo. En un poblado que encontraron por el camino le contaron que el único mercader que había intentado operar en el área, un inglés llamado Foster, había sido asaltado y todas sus mercancías robadas. No se atrevió a preguntar si sobrevivió. Se veía caminando en compañía de un chaval por aquella *tierra de nadie* y se hacía cruces; y eso que aún no era consciente de otras amenazas igual de terribles que esperaban agazapadas como las hormigas.

Tenía que medir cada paso.

Las prisas no son amigas del explorador, habían escuchado decir al vitoriano.

Y tampoco era bueno confiarse.

Algunos días caminaba bajo la bóveda verde sin ver el cielo durante horas. Las púas de espino disimuladas entre el follaje le hacían cortes que escocían y las raíces le ponían la zancadilla. Pero aquel bosque tenía algo de templo y de hogar. Seguía haciendo un calor insoportable, pero se podía respirar. Olía el aroma acre de las hojas convirtiéndose en barro. La vida se estiraba hacia el cielo para caer y volver a empezar. Como él mismo, que había caído y ahora tocaba crecer. Intentaba calcular qué cantidad de madera podía haber por hectárea y la única respuesta acertada era: inagotable. ¿Qué empresario tenía recursos infinitos? Serrano le contó que los ingleses estaban abriendo compañías en el Níger y en la lejana Borneo; pero esas otras selvas, aunque no tenían la uniformidad de tiralíneas de los bosques europeos, seguían estando hechas a dimensión humana. Las controlaban sesudos

ingenieros de montes y una rigurosa policía forestal que no dejaba escapar un penique en aranceles por la extracción y el comercio de maderas. Río Muni era distinto. Su naturaleza era imposible de civilizar... para bien y para no tan bien.

Ya debían estar acercándose a la aldea cuando su estómago comenzó a arder por algo que había comido. Se cubrió de un sudor frío. Los retortijones lo partían por la mitad. Caminaba por la orilla del río y le costaba arrancar de la arena los pies ulcerados. Ökkó, que de vuelta a su mundo cada vez se sentía más cómodo, enseguida se dio cuenta de lo que había. Preparó un purgante al estilo de su madre, a base de una planta habitual y corteza de árbol que él mismo ablandó en su boca, y se lo dio. Tienes que tragarlo, insistía mientras a Martín se le teñía de oscuro la zona alrededor de los labios. Y en cuanto lo logró, le pidió que lo echara fuera, para lo que el joven bubi se sirvió de una hoja de plátano que le introdujo en la garganta. La vomitona cubrió de lágrimas los ojos del finquero, pero aún pudo ver entre los restos un gusano largo, un poco más fino que una lombriz, pero igual de repugnante que se arqueaba.

Se levantó espantado y juró que no iba a volver a comer bayas. De hecho, esa noche despertó antes del amanecer y cogió un fusil para ver si era posible cazar algo. Por mucho que arrugaba los ojos, no distinguía nada. Durante los días que compartió con la expedición, Osorio salía al ponerse el sol y siempre regresaba con alguna pieza, pero aquel se servía de una pantalla de lienzo con un farol, mientras que él no tenía ni material ni experiencia. No obstante, apenas el cielo se tiñó de tonos pálidos, le pareció ver un mamífero de buen tamaño tras unos arbustos.

No lo pensó.

Apuntó, apretó el gatillo...

Y alcanzó a la que resultó ser una mujer de la aldea a la que se dirigían, que iba de camino a la finca donde cultivaba piñas. Al oírla gritar se llevó las manos a la cabeza. ¡Era la primera vez que disparaba en toda su vida y le había dado a un ser humano! Al menos estaba viva y la herida, en el bíceps, parecía limpia. Fue a ayudarla, pero aquella se revolvió como si el finquero pretendiera rematarla y corrió hacia la aldea seguida de Martín mientras Ökkó recogía sus cosas e iba detrás.

Una vez en el poblado, todo parecía ir bien. Los miembros de aquella tribu no tenían nada que ver con los pamues que habían conocido en las profundidades. Se mostraban más tranquilos, su gestualidad era más amable, incluso la forma de hablar resultaba menos violenta. La mujer lloriqueaba en

el interior de una choza, asustada, aunque la herida ni siquiera sangraba. Mientras le aplicaban unas hojas impregnadas de savias, las horas fueron pasando sin que nadie se dirigiera a ellos. Era como si no existieran o, quería creer Martín, como si ya los consideraran de casa. Buena señal, pensaba, han entendido que ha sido un accidente; y se dedicaba a pasear por los alrededores atestados de caobas gigantes y otros árboles magníficos, envuelto en el rumor del río próximo por el que ya veía flotar los troncos hacia la desembocadura.

Quien le recomendó dirigirse allá tenía razón.

Estaba en el sitio ideal para comenzar su nuevo negocio.

Los hombres de la aldea se juntaron a parlamentar en una choza grande y abierta por los frentes a la que llamaban *abaá*, casa de la palabra, que compartía nombre y función con el árbol de la aldea de Ökkó. De hecho, en el centro del gran espacio sin tabiques se elevaba una columna decorada con relieves en la que los ancianos apoyaban la espalda, como en la ceiba de Ureka. Allí también solventaban conflictos entre tribus, se prestaba atención a personas que nunca habían sido atendidas y se dialogaba hasta llegar a la verdad de las cosas. Entre otras, a la inocencia o culpabilidad de los supuestos malhechores.

Estaban decidiendo qué hacer con el blanco.

A medida que avanzaba la tarde, las mujeres, que tenían prohibido entrar salvo que fueran a testificar o a servir comida, fueron sentándose al frente esperando el veredicto. Cuando por fin lo comunicaron, a Ökkó se le descompuso el rostro.

—¿Qué han dicho? —le preguntó Martín, bastante tranquilo por el tono en el que hablaba el jefe.

—Que van a descuartizarte.

—¿A mí?

Lo más extraño de todo era que nadie se mostrase apurado. No se lanzaron a apresarlo, sabiendo que de nada le serviría huir hacia el bosque, donde lo alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos. Por su parte, Martín no terminaba de procesar la sentencia. Seguro que el chico había entendido mal...

Ökkó lo observó con una repentina frialdad. Aquello era algo que tenía que ocurrir tarde o temprano. El español no entendía nada del bosque. El África que veía solo estaba en su cabeza. ¿Para qué quería instalarse allá? ¿Por qué no dejaba en paz a las tribus? ¿Qué sentido tenía llevarse los troncos a través del mar? Martín le había dicho que en España también crecían árboles. Diferentes, claro, como tampoco eran iguales los que nacían en las

playas negras de su región. La vida se manifestaba con sabiduría, ¿qué sentido tenía alterarla? Se rascó en la parte baja de la espalda, en un punto donde le rozaba el pantalón. ¿Por qué le obligaban a vestir así? Se arrancó ambas prendas y, desnudo, respiró hondo.

Martín lo observaba sin entender, sintiéndose en una espiral de locura que lo arrastraba al infierno.

—¿Por qué te has quitado la ropa?

No contestó. ¿Qué podía decirle? Que no podía —no debía— separarse de su naturaleza. El padre Aguirre había intentado convertirlo en una persona diferente y ahora estaba muerto. Él pertenecía a la selva. Para los bubis, el cuerpo material —la dimensión visible de cada persona—, estaba tan conectado con la tierra que era una representación en miniatura del mundo entero, con los mismos principios y fuerzas, siempre en movimiento, fluyendo con los demás, con *lo* demás. Se había arrancado la ropa porque necesitaba volver a moverse.

Pero entonces el finquero dijo algo:

—¿Vas a ayudarme, verdad?

Y su árbol de las palabras se agitó, dejando caer una hoja conocida.

Ayuda.

Recordó cuando brotó la mañana después del naufragio, estando él tumbado en la choza con el cuerpo dolorido y su madre arrodillada a su vera. «Nadie puede caminar solo», le dijo aquel día. Si la noche de la tormenta no se hubiera servido de los brazos y piernas de sus amigos, no habría sobrevivido.

Los echaba de menos.

Y en cuando a su madre... ¿Cómo pensaba rescatarla?

Volvió a fijarse en Martín, que se venía abajo por momentos. No pertenecía a su mundo, pero había que reconocer que siempre tendía su mano.

A él mismo, para alejarlo de Santa Isabel.

A Bella, que le rogó que lo hiciera; y, mucho antes de eso, cuando la acogió en Finca Esperanza.

Bella...

Como si hiciera uso de un turno de apelación, rogó a los ancianos que volvieran a entrar en la casa de la palabra porque tenía algo que decir. Al principio se opusieron, pero terminaron cediendo cuando les recordó el proverbio que recomendaba escuchar siempre a los progenitores, a los maestros iniciáticos y a los extranjeros que enviaba el destino. Con sus conocimientos de aquella lengua, reprodujo las terribles historias de Stanley

en el Congo que había escuchado a los expedicionarios durante los días que pasaron juntos. Les explicó que, si no perdonaban al español, sus compatriotas vendrían en grandes barcos de hierro y arrasaría la aldea. Ante las primeras arengas de lucha que estallaron entre el grupo —«¡Pues que vengan! ¡No somos unos cobardes!»—, volvió a reclamar el turno y les explicó que si, por el contrario, ayudaban al blanco, era muy posible que se hicieran ricos.

—¿Cómo que ricos? —preguntó el jefe.

Y a partir de entonces todo fue como la seda.

Martín dedicó los días siguientes a construir una casa. Si pensaba convertir aquella aldea en su principal centro de producción, necesitaba un lugar propio que demostrase a los vecinos su compromiso, ya que el rincón que le ofrecieron en la casa de la palabra no dejaba de ser una solución provisional. Además, el encargarles la edificación de su pequeña vivienda ya establecía un primer vínculo de negocio con la tribu; y le daría la oportunidad de cedérsela para que la usasen libremente en las temporadas que pasase fuera. Era importante establecer lazos para compensar la cizaña que, sin duda, meterían los díscolos que siempre surgían.

Ökkó disfrutó de aquellas labores como el adolescente que seguía siendo. Primero clavaron en el suelo una serie de troncos que fueron separando unos de otros palmo y medio. Una vez tuvieron dispuesta la estructura en forma de verja, los unieron con bastidores horizontales de nervios de rafia, dando lugar a una cuadrícula. Martín no se entrometía demasiado para mostrarles confianza, pero ayudaba en lo que le pedían, como cuando fueron rellenando los huecos con barro fresco amasado. Lo siguiente era dejarlo secar, por lo que dedicaron los dos días siguientes a mirar al cielo y rogar para que no lloviera. Una vez se evaporó la última gota de agua del mortero, cubrieron la superficie interior y exterior con una mezcla de barro, arena, agua y cenizas, y remataron el hueco de la puerta, que hicieron con cañas.

El finquero se retiró unos cuantos pasos hacia atrás para contemplar la obra.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Ökkó—. ¿No es increíble?

Ciertamente, resultaba difícil de creer que poseyera un espacio propio en mitad de la selva en el cual recibir diciendo «bienvenidos».

—La habría preferido de corteza de árbol —murmuró el bubi.

El finquero rio.

—Podías haberlo dicho antes.

—¿Me habrías hecho caso?

—No. La corteza es costosa, poco duradera y demasiado permeable. O te atasas o te hielas.

—A mí me gusta.

—¿En tu aldea había alguna?

—No.

Martín sonrió.

—Por eso la quieres. Si es que somos todos iguales...

Y pidió al jefe que consiguiera unas piezas que resultaron ser del árbol *eteng*, tan fácil de trabajar como resistente, y construyeran en el terreno contiguo un pequeño habitáculo que Ökkó considerase suyo. No le costó negociar el precio. Estaba en un mundo donde todo parecía sencillo, incluso pasar de descuartizado a vecino en un abrir y cerrar de ojos.

Los dos meses siguientes volaron.

Observaba. Aprendía.

Cuando decidían qué tronco echar abajo —una caoba guineana necesitaba setenta años para llegar a su plenitud—, construían a su alrededor un andamio de palos que los elevaba un par de metros para ganar estabilidad y superar las aletas con las que muchas especies terminaban de anclarse al suelo. Una vez se colocaban por encima de ese punto, tenía poco misterio: tocaba darle al hacha.

Una mañana, Martín amaneció con semejantes ampollas que no podía ni cerrar el puño. Había pasado el día anterior trabajando como el que más para demostrar que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para sacar su empresa adelante, pero no contó con que a sus manos les faltaba bastante para encallecerse. Así que los nativos, tras reírse de él de forma escandalosa —toda la aldea se fundió en una carcajada que duró un buen rato—, aprovecharon para mostrarle una zona de selva arrasada por el fuego.

—¿Qué ha pasado aquí? —lamentó el finquero.

Le explicaron que ellos mismos lo provocaban de forma controlada en un sistema de rozas. Echaban abajo una sección de bosque, apartaban la mejor madera para viguería o cayucos y leña para las hogueras, y quemaban todo lo demás.

De vuelta, pasaron por otra área también talada, aunque esta habría de esperar a que llegase la temporada seca para verse envuelta en llamas. El finquero deslizó la yema de sus dedos por los anillos horizontales de un tronco cortado por la base. Los había por todas partes, asomando del suelo como grandes plataformas.

—De cada uno de estos tocones podrían sacarse un armario y un par de escritorios —comentó.

Pero sabía que, por mucha pena que le diera imaginárselos ardiendo, el extraer semejante bloque con sus raíces suponía un trabajo ímprobo que no compensaría el beneficio. Era mejor seguir con el plan de generaciones y quemarlo todo para que se reiniciase el ciclo de la vida. Más pena aún le daba que, al carecer de muebles en sus viviendas, aquellas gentes no practicasen la ebanistería con los bloques perfectos que resultarían de la corta. Pensó en sus clientes de Soria, siempre ansiosos por encontrar nuevas maderas. Allí había nobles y durísimas, ideales para trabajos finos. Así era África: noble y durísima.

Antes de poner a toda la aldea a talar como si no hubiera un mañana, necesitaba aprender a bajar los troncos hasta el estuario del Muni, donde podría negociar con algún comerciante que los enviase a Europa. No contemplaba a España como el único destino posible; de hecho, seguro que sería más fácil encontrar un patrón que accediera a embarcarlos rumbo a Hamburgo, donde, aparte de haber más tráfico marítimo, los apreciarían más y los pagarían mejor. En cualquier caso, empezaría con unos cuantos árboles y, cuando tuviera el proceso dominado, iría aumentando la intensidad de la tala. Lo que sí debía hacer era confiar en su plan y lanzarse sin demora. La única forma de transportarlos era por flotación, dejándolos ir por el río, y convenía aprovechar que en aquella época bajaba crecido.

A los nativos les pareció una labor imposible. Aseguraban que los troncos se engancharían a mitad de camino en algún recodo con matorral o escaso de caudal. Pero Martín les explicó que no los echarían al agua tal cual, sino en trozas: piezas limpias y atadas entre sí con lianas y nervios de rafia como los que utilizaban para enlazar las columnas de los muros de sus viviendas.

—Como grandes balsas —añadió.

Y se pusieron en marcha.

Una vez cortados, lo primero que hacían era eliminar la corteza. Así atajaba el desarrollo de las hordas de insectos que anidaban debajo y, de paso, aceleraba el secado de la madera verde. Después los desmochaban, cortando la copa y las ramas y haciendo desaparecer cualquier protuberancia hasta dejarlos lo más lisos y homogéneos posible. Los nativos los contemplaban como si fueran esculturas. En cierto modo lo eran, como tótems antiguos. En cuanto a la longitud, Martín no tenía ni idea de cuál sería el estándar que mejor podría funcionar en el comercio, así que se decidió por cortarlas de un

tamaño que fuera fácil de manejar, aun a riesgo de que le pagasen menos que si las hubiera enviado enteras.

Estaba excitado por la emoción. Cada tronco que talaba era un metro más de territorio conquistado... hacia el interior de sí mismo. Por fin tenía la certeza de caminar hacia la libertad tan ansiada, lejos de las reglas de una sociedad que lo tomaba por loco. Lo más saludable de aquella nueva etapa era que ya no necesitaba sentirse el centro de todo, ni tan siquiera de su propia aventura. Veía las serpientes acechando, las corrientes del río capaces de engullirlo antes de que le diera tiempo a gritar, la peste de los mosquitos, y ya no se preguntaba aquello de: ¿qué dios salvaje podría crear algo que nos hace tanto daño? Había comprendido que, cuando Dios creó a las bestias y a los elementos, no estaba pensando en el hombre.

El siguiente árbol cayó, generando un estruendo espantoso.

Yo soy la bestia, se dijo. Y esa revelación llevó aparejada la responsabilidad de hacer las cosas bien y cuidar a aquellas personas que, en apenas unas semanas, se habían convertido en un equipo imbatible gracias, entre otras cosas, a su inesperado capataz bubi de trece años.

Para el transporte hasta el río utilizaron a su vez otros troncos más pequeños a modo de rodillos. No era fácil, pero para entonces se había generado en la tribu un espíritu de hermanamiento que podía con todo. Algunos se sentaban encima de los más gruesos y se dejaban llevar como si estuvieran en una atracción de feria. Martín se ponía malo y le gritaba a Ökkó, como si este tuviera la culpa:

—¡Diles que bajen de ahí! ¿No se dan cuenta de que alguno va a rodar con las trozas y vamos a tener un disgusto?

Pero todos reían y, al final, él también.

Sobre todo, el día que ya tuvieron todos acumulados en la orilla y ordenó:

—¡Echémoslos al agua!

Ellos mismos saltaron después en las barcas que habían preparado, acompañados de unos cuantos integrantes de la tribu conocedores del río. Bajaron por mitad del cauce como un tronco más, revisando que ninguno se quedaba atrás, recolocando otros, empujándolos cuando se varaban en playas fluviales. Martín nunca se había sentido tan vivo. Era lo mismo que debían sentir sus paisanos cabañeros en Soria cuando, en la tradicional Saca de las fiestas de San Juan, conducían a caballo los toros al galope desde los corrales del monte Valonsadero en campo abierto.

Y así llegaron a la imponente desembocadura del río Muni, donde escogieron una orilla en la que juntaron las trozas y terminaron de amarrarlas

entre sí. De ese modo, dado que los barcos no podían acercarse por la arena, sería más fácil arrimarlas a su costado sin que la marea se las llevase desperdigadas. Harían como con cualquier otro tipo de mercancía. Una vez aferrados a la nave, irían izándolos poco a poco y metiéndolos en la bodega.

Pero antes debía encontrar a alguien que quisiera hacerlo.

De pie en la margen del estuario, se giró al oeste para contemplar el ocaso sobre el mar.

Estaba en el límite de la civilización.

Ahí donde termina todo, habría dicho alguno.

«De eso nada —sonrió él—. Aquí donde empieza todo».

Recordó con cariño uno de sus momentos más intensos con Ana, antes de que todo se torciera, cuando ella le dijo que vivir con miedo solo era sobrevivir. Y se lanzaron a su pasión. Y se estrellaron. Y su ruptura — entonces le pareció que se acababa el mundo— lo catapultó a aquel instante que ahora estaba viviendo.

Nunca antes le había cabido tanto aire en los pulmones.

Habían pasado dos meses desde que doña Ana comunicó a Bella su deseo de llevársela a la metrópoli, y lo que comenzó siendo una idea peregrina nacida del vuelco emocional por la muerte de Rufo se había convertido en una obsesión. Por sus gestos, la mirada perdida e incluso por la ropa que vestía, una acumulación de prendas de diferentes procedencias que parecía ir sacando de sus baúles a boleo, todos pensaban que los acontecimientos le habían hecho perder el juicio. «Yo no salgo de esta isla sin ti», volvió a declarar la última vez que fue a verla a la misión; y Bella le repitió que su único plan era servir de apoyo a las monjas y culminar el herbario de su padre.

Una noche, mientras fregaba los cacharros de la cena, el prefecto se presentó en las dependencias de las concepcionistas. Consciente de que era la única persona en Santa Isabel que podía ejercer alguna presión en su favor llegado el caso, lo saludó con cortesía.

—¿Qué le trae por aquí a estas horas? —le preguntó la superiora con suspicacia. Estaba claro que no era una visita rutinaria.

—Primero de todo quería disculparme. Hace días que no hemos tenido oportunidad de hablar, pero siempre están en mis pensamientos.

—Las jornadas corren que vuelan.

—Buena señal. Si estuvieran a disgusto, se les harían eternas. También quería comunicarles una buena nueva del Gobierno colonial.

—Espero que no se refiera a eso de viajar gratis a la Península —se anticipó la superiora—. Porque leí que necesitaríamos justificar la causa. ¡Como si fuéramos a aprovecharnos! Ni mis hermanas ni yo necesitamos premios de consolación. El servir a Dios ya es nuestro premio.

El prefecto hizo un gesto pidiendo calma y desplegó una sonrisa que, por poco habitual, no resultaba natural.

—Ya es oficial la concesión de una gran cantidad de parcelas de cultivo para la misión, incluyendo el lote que solicité para que vayamos entregando a

cada familia de bubis católicos que se forme. ¿Se dan cuenta? ¡Tenemos todo lo necesario para fundar nuestro primer pueblo! Y esto, créanme, será solo el principio. En cuanto regresen de Río Muni los exploradores, también saltaremos allí. Y no poniendo un vicario de forma testimonial en cada puerto para que dé misa, sino enviando grupos de padres preparados que gestionarán las tierras y se convertirán en el germen de una nueva sociedad. Por supuesto —añadió—, todo ello gracias a la ayuda de nuestras estimadas concepcionistas. Sin ustedes no podríamos llevar a cabo una labor semejante.

—Entiendo.

—¿No se alegra?

—Es que no me gusta teñir nuestra misión sagrada con ese discurso tan...

—¿Tan?

Político, quería decir. Pero no quería apagar el entusiasmo del prefecto, que al final servía de motor para todos.

—Nada, que estoy ilusionada con la noticia.

—¡Pues no perdamos más tiempo! Salimos al amanecer.

—¿Adónde vamos?

—A por las primeras niñas. ¿De qué nos sirven los terrenos si no casamos a nuestros muchachos? Necesitamos nativas formadas por ustedes, y las necesitamos ya.

La superiora compuso un gesto de inquietud.

—Soy la primera que quiere ver estos cuartos llenos de vida, no se confunda.

—¿Puede decirme qué le preocupa entonces?

—Que, según he oído decir a un hermano, vamos a pagar dinero por ellas.

—Es la única forma de compensar a los padres por la dote que dejarán de percibir si, en lugar de entregarlas como esposas, las envían a nuestro internado. Y también a los que ya hayan pagado para unirse a ellas por sus ritos del demonio. No queremos enfadar a los bubis.

—Pero...

—La poligamia es una forma de esclavitud —le cortó, empezando a mostrar hastío—. Es nuestro deber emanciparlas, educarlas y, cuando lleguen a una edad oportuna, casarlas como Dios manda.

—Sí, pero empezar actuando igual que el pecador...

Ella misma se dio cuenta de que estaba nerviosa porque, al hablar, se marcaba más su acento de Huesca.

—Los primeros pasos en el trópico pueden resultar agotadores, madre, pero a medida que pase el tiempo irá viendo las cosas con claridad.

—Cuando aceptamos venir se nos prometieron casas y lugares de culto decentes —contraatacó ella, ahora sí, ofendida por la condescendencia—. Y le aseguro que a mí eso me importaba bien poco mientras tuviera un lecho en el que echarme y un altar de piedras. Me parece mucho más importante extender la decencia a la forma de obrar.

El prefecto meditó unos segundos.

—¿Cree que estamos aquí por los ochocientos duros que cobramos? —preguntó de forma retórica, refiriéndose a la manutención anual que, en el caso de los hermanos coadjutores, se reducía a la mitad—. Desde luego que ese dinero es necesario para alimentarnos y colaborar al desarrollo de la orden, pero lo que alimenta el alma es cumplir una tarea tan alta como la que nos ha sido encomendada. Y si para lograrlo hemos de meternos en alguna ciénaga y mojarnos los bajos del hábito, pues nos metemos y nos mojamos. Mire lo que hemos construido en poco más de un año. —Señaló a su alrededor—. Y eso que en la primera expedición vinimos seis padres y seis hermanos. Doce en total, como los benditos apóstoles. ¿Acaso ellos lo tuvieron fácil?

—No —admitió la superiora.

—Y ¿por qué seguían adelante?

Aquella, incapaz de sostenerle la mirada, la concentró en un clavo en la pared del cual no colgaba nada.

—Porque tenían un propósito superior a ellos mismos: expandir la palabra de Dios.

—El mismo que el nuestro. Recuerdo cómo burbujeaba mi corazón el día que partimos hacia aquí en el vapor Landana tras culminar los ejercicios espirituales y despedirnos de nuestros compañeros del noviciado de Gracia. En mi primera misa ya dije que abriríamos nuestros corazones con afecto paternal a todos los habitantes de la colonia española; y que, para salvarlos, sacrificaríamos nuestro descanso, nuestra salud y hasta nuestra vida.

—Sí, pero sacrificar nuestras convicciones...

El prefecto adoptó una postura menos amigable.

—Dígame, madre, ¿dónde van a estar mejor esas niñas que con un varón de su misma etnia educado en nuestra escuela?

—O sea —no se resistió a intervenir Bella, que hasta entonces había logrado permanecer callada—, que se las van a llevar de las aldeas porque allí viven con alguien que no han elegido y aquí van a tener que hacer lo mismo.

—Se acabó la charla —zanjó el prefecto—, que partimos temprano. Las quiero a las dos listas en el patio a las seis.

—¿Yo también? —se extrañó la muchacha.

—Tú la primera, que quiero que el jefe vea con qué compañeras tan lustrosas van a convivir sus paisanas. Por cierto, mañana quítate ese pantalón y ponte un vestido.

—¿Para caminar por la selva? —preguntó, escandalizada, pero no obtuvo otra respuesta que la mirada crítica de la monja, que al menos en eso estaba de acuerdo con el claretiano.

Para cuando amaneció ya estaban bordeando la costa en cayucos. Desembarcaron junto a un cabo que Bella desconocía y subieron un cerro siguiendo las indicaciones de César, el pretendiente de Paciencia, de quien no habían vuelto a saber nada ni uno, ni otra. Era oriundo de la aldea a la que se dirigían, pero habría dado lo que fuera por no formar parte de la comitiva. Si bien en su día el *botuku* permitió que sus muchachos más espabilados fueran a estudiar a Santa Isabel, a medida que pasaba el tiempo había empezado a mirar a los misioneros con indiferencia y, últimamente, con cierta hostilidad. Se daba cuenta de que los regalos —licor, tabaco, pólvora— que entregaban a la tribu a cambio de sus jóvenes se terminaban pronto, por lo que al final se quedaban sin regalos y sin jóvenes. César incluso tenía miedo de que, cuando lo vieran tan unido a los hombres de los hábitos, tomaran represalias contra su familia.

Conocedor de estas sensibilidades, el prefecto se había hecho acompañar no solo de un padre claretiano con su respectivo hermano, la superiora que no se despegaba de Bella y otros dos alumnos aventajados de la escuela, sino también de un escuadrón de seguridad que les había prestado el fernandino Vivour —siempre dispuesto a acumular favores que tarde o temprano le acababan devolviendo multiplicados—, compuesto por su capataz más aguerrido y dos *krumanes* aferrados a potentes armas de fuego.

La reunión con el polígamo *botuku* fue tensa pero efectiva. En un principio pensó que la visita de los monjes tenía como objetivo exigirle que impusiera la enseñanza obligatoria para sus jóvenes, algo que nunca iba a aceptar. Ellos no eran europeos con pies enfundados en botas, no necesitaban las lecciones de los blancos. Pero aquella nueva propuesta era diferente. Querían llevarse a algunas mujeres; y de estas tenía de sobra. Solo hacía falta acordar un buen precio.

Consintió en venderles cuatro, incluyendo dos de las suyas. Apenas superarían la edad de Bella, a la cual no le habría importado quedarse una temporada a cambio para estudiar las plantas del lugar, diferentes a las de Santa Isabel debido a las espectaculares corrientes de viento que azotaban la

camisola que se había enfundado por encima del peto. Hasta ahí todo había ido bien, pero el prefecto, cegado por su nuevo rol de redentor de cautivas — como se había autodenominado horas antes en la barca—, decidió en el último momento llevarse también a otra joven, amiga de las anteriores, que le hacía gestos disimulados de súplica para que la incluyera en el lote... y resultó ser hija del *botuku*.

Aquel no se inmutó. Acordó el mismo precio estipulado que para el resto, se lo abonaron e hizo un gesto con la mano para que la chiquilla se uniera al grupo. Lo que nadie había mencionado era que unas semanas antes había contraído matrimonio bubi con un varón de la aldea que, avisado por un vecino, dejó su labor en la finca y corrió para exigir que se la devolvieran.

La expedición ya estaba marchándose, por lo que el prefecto, sin apenas detenerse, se limitó a decirle con sequedad:

—Pídele tu parte al jefe.

Bella sufrió una náusea.

El bubi seguía rabioso por haberse sentido ninguneado y se negó en redondo. El claretiano, empeñado en no dar su brazo a torcer, en lugar de pedir la devolución del dinero decidió subir un poco la oferta, a lo que el otro, de pronto menos dolido, se descolgó con una cantidad mucho mayor que no podían pagarle, ya que eso supondría tener que abonar el mismo suplemento por las demás. La tensión se disparó. El marido agarró a la niña por la fuerza y tiró de ella hacia el bosque. Uno de los *krumanes* de Vivour disparó al aire para obligarlo a detenerse, cogió una estaca de la hoguera ceremonial que habían prendido en mitad de la plaza e hizo ademán de arrojarla al tejado de la choza del *botuku*, el cual finalmente ordenó al marido que entregase a la niña. Esta, paralizada por el miedo, ya no sabía si deseaba o no irse.

Durante unos segundos, nadie hizo nada.

La madre superiora se santiguó y quiso apartar a Bella de allí, pero esta se resistió. Algo le decía que no debía perderse un detalle.

El capataz de Vivour se acercó al prefecto.

—Hemos de irnos ya.

—No les tengo miedo —reaccionó el claretiano, espoleado por la adrenalina—. Nuestra misión es sagrada. De hecho, voy a pedirles alguna chica más para no tener que volver.

—Déjelo, prefecto, hágame caso.

Fue a cogerlo del brazo, pero aquel se apartó.

—¿Quién manda aquí?

—Esto no va a gustarle nada al gobernador.

—¿A qué viene ahora mencionarlo?

—Estas gentes son de mecha corta. Y él no quiere guerras ni ganándolas.

Eso era cierto. El «rey soldado», como se conocía a Alfonso XII por tener el mando supremo del Ejército y la Armada, había dado prioridad a terminar con los dos grandes conflictos que estaban esquilmando los recursos del país: la tercera guerra carlista y la guerra de Cuba. Y el gobernador solía decir que no iba a ser él, por muchos galones que tuviera en la pechera, quien empezase una nueva contienda.

El prefecto pareció tranquilizarse.

—¿De verdad cree que estamos siendo imprudentes?

—En toda aldea hay fusiles.

Los ojos de la superiora se abrieron de par en par.

—¿Estos negros tienen armas? ¿Quién se las ha dado?

—Los españoles, madre.

—¿Por qué hacemos eso?

—Para que envíen braceros a trabajar en nuestras fincas. Y lo malo no es que tengan fusiles. Es que los guerreros de algunas aldeas están siendo adiestrados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el prefecto.

—Al menos sabemos de un cubano que les está enseñando a disparar.

Bella sintió un escalofrío. Al haberlo mantenido doña Ana en secreto, no tenía ni idea de que el capataz no solo no había sido su raptor, sino que se había dejado la piel para descubrir a Rufo.

—¿Ha dicho cubano?

—Uno de aquellos Voluntarios del orden. ¿Qué puedes esperar?

—¿Está hablando del que trabajaba en Finca Esperanza?

—Ni idea. Solo sé lo que me ha dicho un oficial del cuartel: que está escondido en la selva desde hace tiempo y se busca así la vida para no morir de hambre.

Aquello fue demasiado.

Bella se dio cuenta de lo exhausta que estaba de tanto huir hacia adelante. La vida le lanzaba señales que no atendía. Se llevaba a su padre y ella intentaba aferrarse a su recuerdo a través de las plantas. Se llevaba a Ökkó y ella se convencía de que, de la noche a la mañana, todo se arreglaría y regresaría como si no hubiera pasado nada para seguir jugando a componer palabras. Ni tan siquiera eran tan iguales como ella defendía. Como le dijo César la noche que no se presentó Paciencia, lo que estaba bien para los españoles no tenía por qué estarlo para las gentes de la isla. Estaban allí

comprando niñas, por el amor de Dios. Miraba al futuro y solo veía imágenes borrosas; y, entretanto, apartaba los ojos de un presente, este sí, lleno de imágenes clarísimas y todas de pérdida. Pérdida de inocencia, de alegría, de tradición, de vidas.

La superiora —con sus hábitos colocados a la perfección y el sudor que asomaba bajo la cofia— se percató.

—¿Estás bien, hija?

—Ya sí.

Tras aquella escena horrenda, caía el telón de su aventura africana.

Esa misma noche iría a ver a doña Ana para comunicarle que se iba con ellos.

Lo siguiente que tenía que hacer Martín era buscar a alguien que le comprase la madera para transportarla a Europa. El ideal del negocio pasaba por tener su propia red de distribución, pero... Paso a paso. Antes de lanzarse a llamar a boleto a las puertas de las factorías extranjeras instaladas en el islote de Elobey —cuyos dueños intentarían aprovecharse de su precaria situación—, enfiló hacia una aldea costera regida por una antigua estirpe fiel a España. Al menos eso le había asegurado Iradier, que pasó por allá en su primera incursión en el continente: «Los Bonkoro conocen a todos los que cruzan por Río Muni, saben quiénes son los malos y quiénes los no tan malos, así que hazles caso».

Caminó con Ökkó el último trecho por senderos de arena fina rodeados de espinos y llegaron a una suerte de mirador desde el que se contemplaba el océano. En lo más alto ondeaba un trapo que, si bien hecho jirones, todavía conservaba los colores rojo y amarillo. Un poco más adelante encontraron un ordenado conjunto de cabañas. El jefe, que salió a recibirles, se presentó como Bonkoro III. Su forma de ejercer de anfitrión y la guayabera de lino dejaban claro que estaba acostumbrado a tratar con los blancos. De hecho, había sido educado por los jesuitas y hasta se le había asignado un sueldo para que tuviera un ojo siempre puesto en la entrada del estuario. Martín le explicó lo que pretendía: contactar con algún marino de confianza —o al menos no demasiado despiadado— que, además de comprarle los troncos, lo llevara de pasajero hasta Santa Isabel.

—Y antes de eso —añadió—, tendrá que hacer una escala en Ureka.

Ökkó se giró hacia el finquero.

—¿Cómo has dicho?

—¿De verdad creías que iba a olvidar lo que me has ayudado?

No lo esperaba. En ese momento recordó al padre Aguirre y se emocionó. Tenía la sensación de que el mundo hacía más por él que lo contrario.

—Pensaba que ibas a dejarme aquí hasta que volvieras.

—Yo hago lo que tú digas, pero si quieres reunirse con tu madre, no deberías dejar pasar esta oportunidad. Estoy dispuesto a ajustar un poco el precio para que el barco dé ese rodeo.

Ahora que lo que tanto había ansiado se hacía realidad, brotaban problemas obvios que hasta entonces no se había planteado. Por lo que le habían contado sus amigos Tötyí y Epa'á, con el sanguinario Momokobo enfrentado al *botuku*, los maltratos a su madre y su animadversión hacia él mismo, sería más que temerario presentarse allí sin más.

—No podemos entrar en la aldea solos —concluyó tras explicárselo.

—Ya lo he pensado, no te apures. Pagaré a un grupo de marineros armados para que nos escolten.

—¿Y luego tendríamos que ir contigo a Santa Isabel?

El finquero respiró hondo.

—¿Vas a decirme qué coño hiciste? Creo que merezco saber por qué te saqué de allá como si fueras un fugitivo.

En verdad era lo menos que podía hacer después de su muestra de gratitud y generosidad. Sin importarle que el jefe Bonkoro estuviera delante, Ökkó le contó lo ocurrido con Rufo sin olvidar un detalle. Martín escuchó sobrecogido, imaginando lo que Ana estaría sufriendo. Estaba claro que el muchacho no podía presentarse en la ciudad así como así.

—Vayamos a buscar a tu madre —resolvió, sin embargo— y ya os esconderé en la finca hasta que las cosas se aclaren.

—Pero aunque el gobernador y su mujer no sigan allí, sus oficiales...

—¡Ökkó! —le cortó—. ¿Por qué te llaman así? ¿Por los ojos? Siempre estás atento a todo.

—Mis amigos dicen eso.

—Pues aún te queda mucho que ver en este mundo. No puedes pasar el resto de tu vida escondido.

Martín tenía razón.

Antes que nada, quería volver a ver a Bella.

Cada día.

Pasó una semana hasta que surgió la oportunidad. Un barco inglés procedente del sur fondeó en la embocadura del río para reparar unos aparejos antes de lanzarse a cruzar el golfo de Biafra y Bonkoro III confirmó que eran de fiar. Llevaban tiempo probando la ruta para una nueva compañía comercial

británica que tenían pensado presentar en cuanto culminase el reparto de la tarta africana y le parecían gente seria.

—Si van a pagarte mucho o poco por los troncos, no lo sé —dijo el jefe para ventilarse la responsabilidad—. Pero al menos estos no te tirarán por la borda para robarte lo que te acaben de dar.

Él mismo acompañó a Martín a la nave en un bote y, a la mañana siguiente, la marinería ya cargaba las trozas para terminar de llenar las bodegas. Cuando preguntó lo que transportaban ahí abajo, el capitán contestó: «No te importa». Era justo. Cada uno con la suya, aleluya. En una sola operación acababa de conseguir mucho más dinero del que obtuvo de la finca de cacao en los dos primeros años. Ahora tocaba dormir durante el trayecto para llegar a Santa Isabel con aire de triunfador y negociar un transporte en condiciones para las siguientes partidas. Con lo que costaba preparar la madera, no podía confiarse al azar y dedicarse a esperar a que pasase el barco adecuado. No regentaba un puesto de huevos frescos al borde de un camino. Puede que acabase de empezar, pero sabía que estaba creando un imperio.

Cuando Ökkó divisó las negras arenas de Ureka desde la proa del barco, comprendió todo lo que había sacrificado el día que salió detrás del claretiano. Estaba claro que lo que corría por sus mejillas no era agua de mar. Como si estuvieran de luto, las cascadas y las altas columnas de basalto que emergían del mar se habían cubierto de nubes oscuras.

Mientras echaban el ancla cayeron las primeras gotas. Martín sabía que no iba a ser fácil. Habían sobrevivido a ataques de animales, indígenas y fiebres, pero como ya le había reconocido a Ökkó, necesitaban tomar todas las precauciones que estuvieran en su mano y eso implicaba rascarse el bolsillo. De la bolsa que cobró por la madera extrajo unas monedas y contrató a tres marineros con sus pistolas fabricadas en la Compañía de Armas de Mano de Birmingham.

Durante el breve trayecto en bote hasta la orilla, el cielo descargó y los balanceó de un lado a otro. Era como si los elementos vetaran la entrada a Ökkó en aquella playa que un día juró no volver a pisar. Ya en tierra, al joven bubi le extrañó ver unos cayucos varados. No pertenecían a su tribu, pero no era el momento de hacer conjeturas y encabezó la marcha. Aparte de indicar algún «por aquí» o «por allá», avanzaba con una seguridad que se transmitía al resto. Martín lo observaba satisfecho. Si su escueto escuadrón estaba

tranquilo, también estaría más despierto para, si se daba el caso, hacer bien su trabajo.

Al cabo, Ökkó se detuvo.

Estaban en el paraje donde Momokobo abatió al farmacéutico.

Escudriñó el suelo, pero la foresta había engullido mil veces cualquier resto del drama. Se fijó en su pierna. No temblaba, pero algo le inquietaba. Una presencia. Las copas de los árboles se balanceaban. Resultaba difícil escuchar cualquier otro sonido que no fuera la lluvia. Pero, definitivamente, allí había alguien. Los marineros se percataron de su reacción y se pusieron en guardia. Uno de ellos señaló un matorral con pinchos. Otro levantó el arma hacia un tronco tras el que había detectado una sombra. ¿Los estaban rodeando? El primero se disponía a apretar el gatillo cuando un anciano emergió de la espesura.

—¡Tallador! —exclamó Ökkó.

—¿Lo conoces? —respiró el finquero.

Era el viejo que confeccionaba las máscaras ceremoniales y, también, el único amigo verdadero de Urí. La gente lo tenía por loco, pero ella sabía que se trataba de un alma libre, inocente como un niño, y por ello había dejado a su hijo pasar tanto tiempo con él.

La persona que se ocultaba detrás del tronco también se dejó ver. Era una mujer con el rostro cansado que, de súbito, se llenó de lágrimas.

Ökkó aspiró muy fuerte.

—¡Madre!

Corrieron a darse un abrazo interminable. Más allá del agua que escurría por su piel la notó más dura, como si llevara una coraza.

—Mírate... —se emocionó ella—. ¡Cómo has crecido!

Lo contempló de arriba abajo y lo hizo girar para tocarle la espalda, que ya no era la del chaval escuchimizado que partió corriendo con su zurrón. A Ökkó le costaba reconocerla. Parecía haber envejecido diez años y había sustituido su calma habitual por una angustiosa zozobra. Como si hubiera estado esperando el momento de reencontrarse con su hijo para descargar todo lo que llevaba dentro, empezó a repetir de forma compulsiva que en la aldea las cosas habían ido de mal en peor y a narrar los episodios más oscuros de Momokobo. No tanto acerca de cómo la trataba a ella —eso estaba claro por las marcas de los golpes y su expresión perdida—, sino sobre la forma en la que había sometido a sus vecinos. Los tres británicos, que no entendían la lengua bubi, pero se habían contagiado de su ansiedad, adoptaron posiciones

de defensa bajo el chaparrón. Martín se presentó y Ökkó empezó a traducir lo que su madre seguía volcando en cascada.

—El gigante quería aniquilar a los supervivientes del naufragio amparándose en que tarde o temprano regresarían para esclavizarnos —narró—. Y como el *botuku* no se lo permitió, fue a él a quien terminó asesinando para, de paso, autoproclamarse jefe de Ureka.

Según les dijo, tenía a todos aterrorizados y nadie le plantó cara. El rey Moka, única autoridad de la etnia bubi, bien fuera por convicción o por conveniencia, proponía mantener una posición pacífica; pero eso no impidió a Momokobo anunciar que se mostraría inclemente no solo frente a los españoles, sino, también, frente a los bubis que aceptasen someterse. Tras la marcha de Tötyí y Epa'á, otros dos vecinos manifestaron su intención de desplazarse a la misión claretiana y los ató como animales a un poste. No se daba cuenta, como Urí ya dijo en su día, de que nada sería igual después de haber visto flotar el hierro.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el finquero.

—Reunido con los guerreros de otra tribu.

—Hemos visto sus cayucos en la playa —entendió Ökkó.

—Busca alianzas para construir un ejército capaz de enfrentarse a Moka, convertirse en rey absoluto del pueblo bubi y declarar la guerra al invasor.

En aquel instante, Martín se percató de lo lejos que estaban del amparo del Gobierno colonial, cuyos brazos apenas llegaban a algunos pueblos cercanos a la capital. Aun habiendo regresado a Fernando Poo, volvía a sentirse en un agujero del mapa.

—Todo eso ya no importa —zanjó Ökkó.

—¿Cómo que no? —se indignó Urí—. ¡Ese animal va a conducirnos al infierno!

—¡No podemos hacer nada! ¡Vámonos ya!

Urí lo miró como si no lo conociera.

—¿Adónde, hijo?

—Lejos de aquí, a Santa Isabel.

Aquel nombre...

Se levantó y fue a introducirse en la selva.

—¡Madre! ¿Qué pasa?

—Tenemos que ir a buscarlo.

—¿A quién?

—¡Corred! —urgió Urí, introduciéndose entre los árboles.

El tallador y Ökkó la siguieron. Martín no entendía nada. En cualquier momento, algún otro miembro de la aldea que pudiera estar por la playa vería el barco y avisaría al resto. Resopló, echó hacia atrás el flequillo chorreante, pidió a los marineros que esperasen y también se perdió en el bosque encharcado.

Se abrieron paso hacia el lugar al que la pareja se dirigía cuando se cruzaron con el grupo, un antiguo poblado que se abandonó después de que una tempestad lo arrasase y murieran buena parte de sus vecinos. Una vez allí, sortearon un árbol caído para llegar a una cabaña apenas reconocible entre lianas. Ökkó había estado allí innumerables veces con el anciano. La consideraban su rincón secreto y pasaban horas tallando un ejército de figuritas de madera para custodiarla.

—¡Español! —gritó Urí frente a la entrada, y añadió en bubi—: ¡Te vas a casa!

Salió un hombre.

Ökkó podría haberse fijado en su delgadez, en las ropas raídas, en el color enfermizo de su piel, en el pelo largo enredado, pero no podía apartar los ojos de una única cosa:

La mancha que le cubría una parte del rostro.

—¿Quiénes sois? —preguntó el extraño, sin apenas poder verlos por la confusión y la lluvia.

Martín fue a decirle que se habían conocido en Santa Isabel, pero fue Ökkó quien contestó:

—Amigos de su hija.

Cobijados en el interior de la choza, unos y otros no terminaban de reaccionar. Poco a poco iban trazando las líneas que los unían, asombrados ante el mapa que dibujaba el destino.

—El mismo día que te fuiste con el misionero —explicó a su hijo Urí, que había recuperado un atisbo de su prestancia—, salí en cuanto pude a buscar el cuerpo del español. Después de lo que había ocurrido, lo menos que podía hacer era ocuparme de los rituales para que su alma encontrase el camino. No me costó encontrarlo, tirado en el suelo... ¡y vivo! La flecha no lo había matado y al permanecer clavada, había contenido la sangre.

Ökkó no podía creerlo. Llevaba meses torturándose por haberse portado como un cobarde.

—No sabe cuántas veces me he arrepentido de... —fue a excusarse, pero el farmacéutico le hizo parar con un gesto.

—No era una situación fácil para nadie.

—Y ¿por qué no estaba con el resto de supervivientes?

—Desperté en una cala próxima entre dos brazos de selva y me introduje para sortearla y volver a salir al mar, pero cuanto más andaba, más perdido estaba. Fue entonces cuando te vi.

—Y ¿no se te ocurrió llevarlo a la playa grande con el resto de españoles? —preguntó Ökkó a su madre.

Urí negó, segura de su decisión.

—Momokobo no dejaba de discutir sobre ellos con el *botuku*. Solo se le oía gritar muerte, muerte, muerte. Estaba convencida de que tarde o temprano los mataría a todos y pensé que era mejor mantener en secreto que había sobrevivido. Para cuando supimos que había venido un barco de rescate, ya había zarpado; pero, en cualquier caso, Alfredo no habría superado la travesía en su estado —añadió, refiriéndose al farmacéutico por su nombre de pila.

Este asintió, entendiendo alguna palabra suelta. Ökkó aprovechó para traducir todo a Martín.

—Lo que no sé es cómo aguanté hasta que esta buena mujer llegó y me hizo la primera cura —agradeció Alfredo entretanto.

—Me consta que usted tenía un motivo importantísimo para seguir en este mundo —dijo el finquero.

—Entonces también usted conoce a mi hija —se emocionó Alfredo, dando por hecho que se refería a ella—. ¿De verdad está bien?

—Todo el mundo conoce a Bella. Yo, además, le tengo un afecto especial. Y sí, está bien. Puede estar tranquilo y también orgulloso. Es una gran chica.

El farmacéutico hundió la cara en las manos. No podía estar más feliz.

—Lo primero que hice fue aplicarle un emplasto e ir a buscar al tallador —siguió explicando Urí— y entre los dos lo trajimos hasta aquí. Sabíamos que a este lugar no iba a acercarse nadie. Todos creen que está maldito.

—Pero han pasado meses —comentó Ökkó.

Les explicó que primero necesitó curar la herida; luego, superar las infecciones; y para terminar de arreglarlo, dada su debilidad, sucumbió a las fiebres y pasó semanas tiritando.

—Pero es un hombre duro y ya está bien —concluyó Urí—. De hecho, estábamos terminando de hacer acopio de víveres para su partida.

—Más de una vez tuvieron que sujetarme porque me lanzaba a la selva —confesó el farmacéutico—. Sabía que hasta que no recuperase las fuerzas no

tendría ninguna posibilidad, pero no es fácil estar escondido tanto tiempo. Si no me he vuelto loco, ha sido por mis plantas. Guardo especímenes preciosos en una de las chozas.

—Lo siento, pero no es momento de pensar en su herbario —urgió Martín—, hemos de irnos ya mismo.

—Entiendo —aceptó Alfredo, poniéndose en marcha—. Solo cogeré unas cuantas, son para Bella.

—¿Y dónde las piensa llevar? —se enfadó—. ¡Vámonos!

Ökkó se quitó la camisola.

—Haga un fardo con esto.

El farmacéutico no esperó el visto bueno. Salió a toda prisa, regresó al poco con el bulto en la mano y se encaminaron de vuelta al lugar donde habían dejado al escuadrón británico...

Pero allí no había nadie.

El finquero miró a un lado y otro.

—Nos han dejado tirados...

Cada vez llovía más.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ökkó.

Martín trató de calmarse.

—Seguro que han ido a asegurar el bote.

No perdieron un instante.

Pero apenas abandonaron la espesura y salieron a la playa, se toparon con el cuerpo de uno de los ingleses con el cuello rebanado.

Martín levantó la vista hacia donde estaban los cayucos.

Allí había todo un batallón de indígenas armados.

Sobre la arena negra, los cadáveres de los otros dos marineros.

Y alzado como un cazador triunfante, Momokobo.

Sobre el pecho desnudo colgaba un collar de fibras vegetales al que había atado dos cráneos, uno de antílope y otro de mono; a media pierna, donde ya no cubría el taparrabos de piel, le aprisionaba el muslo una liga con plumas encarnadas; y tenía el cuerpo pintado de arriba abajo con trazos geométricos y simbolismos. Observaba la entrada en escena de Ökkó, Urí, el tallador, Martín y Alfredo con una risa perversa, nervioso como un niño al que ofrecen unos dulces y no sabe por cuál empezar.

Urí echó a andar decidida hacia él.

—¡Madre! —gritó Ökkó—. ¿Adónde vas?

No se detuvo.

Quiso ir tras ella, pero no era capaz de mover un músculo.

La pierna empezó a temblar. De nuevo, el niño amedrentado de la noche de la tormenta.

Martín se giró hacia Alfredo. ¿Qué podían hacer? Algunos guerreros les apuntaban con viejas escopetas de pistón y chispa, y el resto tenía listas sus jabalinas y flechas envenenadas.

El farmacéutico se fijó en la sombra del barco fondeado. Los británicos a bordo, incapaces de ver a través del temporal, no se estarían percatando de nada. Pensar que, después de tantos meses de sufrimiento, iba a caer teniéndolo tan cerca...

—Yo no me meto de nuevo en el bosque —resolvió, sabiendo que huir no serviría de nada. Además, Urí le había salvado la vida, por lo que ni se le pasaba por la cabeza dejarla sola.

Cerró los ojos, dedicó una sonrisa serena a su hija Bella, enviándole todo su amor allí donde estuviera, dejó a un lado con cuidado el fardo de las plantas, se arrodilló a coger la pistola que seguía en la mano del inglés abatido y echó a andar siguiendo las marcas de pisadas.

Martín resopló.

—Hay que joderse...

Se aseguró de que su arma seguía en la parte de atrás del pantalón y, sin sacarla para evitar que lo cosieran a tiros mientras se aproximaba, fue al alcance del farmacéutico seguido del anciano, que hacía giros un poco encorvado como si bailase.

Urí se detuvo a un par de metros del gigante.

—¿Has venido a que te monte? —la provocó este—. Veo que además te has traído a unos amigos. No os preocupéis, seguro que tengo suficiente para todos.

Rio su propia gracia con una carcajada que fue secundada por sus hombres.

—¡Órílöa! —exclamó uno.

—¡Que vuelen las lanzas! —le siguieron otros.

Eran gritos de guerra.

Urí no decía nada. Sostenía la mirada al gigante por primera vez desde el día que Ökkó se fue con el padre Aguirre.

Alfredo también seguía apuntando al suelo. Sabía que, en cuanto hicieran un movimiento más brusco que otro, todo habría terminado. Pero oyó murmurar a Martín, que se había colocado a su lado:

—Ya que hay que acabar así, al menos nos llevamos a un par por delante. ¿Qué te parece? ¿A la de tres?

Apretó con fuerza la empuñadura, pero justo entonces Momokobo alzó la mano, pidiendo calma a su *lojúu*, como denominaba a su guardia pretoriana, y se dirigió a los dos españoles.

—Estoy pensando en perdonaros la vida y convertiros en mis esclavos.

No era compasión, sino sadismo.

—¿Es eso lo que quieres? —espetó Urí—. ¿Gente que te adore a la fuerza? Los verdaderos reyes no necesitan comprar apoyos. ¿Qué les has ofrecido a estos? —Señaló al jefe de la tribu vecina—. ¿Guiarles directos a la destrucción?

Urí, la representante de la diosa en la aldea terrenal, aun con el cráneo rasurado y el agua que escurría por la piel magullada, había acaparado una vez más la atención de todos.

En ese momento, desde el barco inglés lanzaron unas bengalas para pedir a los miembros de la expedición que se dieran prisa en volver. Describieron una curva elevada, tiñendo de rojo la tempestad, y los guerreros reaccionaron con temor. Las palabras de la curandera venían acompañadas del poder de la magia. Pero Momokobo, sin intimidarse por el fuego en el cielo, la agarró del cuello y la levantó un palmo del suelo.

—¡Siempre te has creído superior! —le escupió a la cara—. ¡A ver qué haces ahora!

Antes de que Martín y Alfredo descerrajasen un solo tiro, un grupo de nativos se les echó encima para apresarlos a la espera de lo que dispusiera su señor.

El tallador se arrastró entonces hasta los pies de Momokobo.

Humillado, se aferró a sus tobillos y los besó repetidamente, mostrándole sumisión.

—¿Ves, zorra? ¡Hasta este viejo loco sabe quién es su rey!

Mientras lo decía, el anciano sacó del taparrabos el filo de tallar y le seccionó el tendón de Aquiles.

El gigante dio un grito atronador. Soltó a Urí, que cayó al suelo, y fue a andar, pero el pie herido le falló e hincó ambas rodillas.

—¡Matadlos a to...!

No acabó la frase.

Una bala le entró por la sien y le reventó la cabeza.

Se desplomó sobre la arena.

Los guerreros se quedaron paralizados.

Unos metros más allá estaba Ökkó. Había llegado entretanto hasta donde yacía otro de los marineros y mantenía el brazo estirado con el arma inglesa

humeante.

Todos se giraron hacia él, pero nadie hacía nada.

Los miembros de su aldea veían que el hijo de la representante de la diosa había cerrado el círculo que comenzó con el accidente de su padre, que Momokobo podría haber evitado si hubiera actuado como debía en lugar de avivar la riña de los dos vecinos. Rechazaban inmiscuirse en nada que oliera a maldición; y empezaron a preguntarse que, si había terminado con el gigante un joven bubi amigo de los blancos, ¿de qué no serían capaces las armas de todo un ejército español?

Los de la otra tribu tampoco tenían claro cómo actuar. ¿Debía su jefe aprovecharse de la situación y hacerse con el control de Ureka? ¿O sería mejor no mezclarse con una gente que, por lo que estaban viendo, tenía cuentas pendientes con los espíritus? En aquel momento, la frase de Urí adquiriría más sentido: ¿qué les había ofrecido realmente Momokobo, aparte de calentar sus corazones con asuntos ajenos? Su mensaje perverso se había esfumado con su aliento vital.

Ökkó lanzó al cielo un grito desgarrador.

Desde que el padre Aguirre arrastrase la cruz por aquellas arenas para salvarlo, había visto mil cosas horrendas que necesitaba expulsar; y no soportaba, de vuelta a su casa, seguir respirando violencia.

Más calmado, viendo que todos le observaban como estatuas, repitió en voz alta una frase que en su día escuchó a su padre:

—En el bosque, cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan.

Todos, de una y otra tribu, comenzaron a mirarse y a destensar los músculos.

La lluvia arrastraba las diferencias.

Y aquel chaval escuchimizado adquiriría por momentos un aspecto más fuerte, más erguido, más firme, como si estuviera clavado a su tierra, inasequible a los envites de la tempestad.

—Salgamos de aquí —dispuso en voz baja Martín, al que los guerreros, confundidos, habían liberado junto al farmacéutico—. Deprisa, deprisa...

Ökkó imaginó a Bella esperándolo en el puerto de Santa Isabel con aquella sonrisa que contenía para no parecer demasiado simpática.

Por fin, su misión cumplida y el camino libre hacia su ángel.

Fue a tender la mano a su madre para que se levantase e ir juntos con Martín y Alfredo, que ya habían llegado a la barca y se disponían a empujarla al mar. Pero Urí lo miró sin moverse desde aquel suelo que no era propiedad

de nadie, que no se repartía en pedazos, que no era solo arena, sino un santuario al que estaban conectados de forma irreversible.

—Madre, por favor...

En ese momento, de entre el grupo de guerreros surgió un rostro que le había pasado inadvertido.

Su amigo Ribobò.

Este observó el cuerpo de su padre con estupefacción, sin terminar de creer que estuviera muerto. Cerró los puños con fuerza, un gesto que solía hacer Momokobo cuando estaba rabioso. Respiró fuerte sobre el gigante. Cargándose de él, convirtiéndose en él.

Misión cumplida, había pensado Ökkó un minuto antes.

¿De eso se trataba? ¿De liberar a su madre? Ahora veía que no; y tampoco de forjarse él mismo una vida próspera. La era de los destinos individuales había culminado. Cualquier cosa que hiciera pensando en su propio beneficio no estaría a la altura del enorme sacrificio que Urí había hecho. Si esta se entregó al monstruo y lo empujó a irse con el claretiano, fue para que aprendiera nuevas formas de vivir y, llegado el momento, regresase a cambiar el futuro de los suyos.

Se giró hacia Ribobò, que seguía apretando los puños.

Con la misma expresión de odio que su padre.

Si quería evitar que todo comenzase de nuevo, no podía abandonar a su tribu.

Pero Bella...

Cerró los ojos y subió a su árbol de las palabras en busca de alguna que le empujase a salir corriendo para abrazarla. Pero la única que encontraba era «Amor»; y esta también incluía a sus vecinos, que necesitaban lo que había aprendido para sobrevivir en un mundo que estaba cambiando a toda prisa.

Además, pensó, ¿qué mayor acto de amor podía ofrecer a Bella? Iba a devolverle vivo a su padre y a intentar, en lo que estuviera en su mano, que pudieran vivir en paz.

El farmacéutico ya estaba subido a la barca de los británicos con Martín, que la sujetaba a duras penas en la orilla y hacía gestos para que se les unieran de una vez.

Pero Ökkó, entonces sí, cogió a su madre de la mano para que se pusiera en pie y, sin soltarla, anclado a su tierra negra, saludó a su amigo finquero con una sonrisa llena de serenidad que vino a decir:

«Mi sitio está aquí».

Santa Isabel de Fernando Poo
1916 (veintidós años después)

Paciencia cruzó la plaza de España con dos paquetes y una rama de plátanos bajo el brazo. Su cuerpo seguía llamando la atención de quienes ocupaban los bancos frente a la nueva catedral. No era católica practicante, pero cada vez que pasaba frente al portón se santiguaba dos veces. Y es que nunca había visto un edificio tan alto, a pesar de que aún faltaban por levantarse las imponentes torres que estaban proyectadas. Cuarenta metros van a tener, le habían dicho, como las ceibas gigantes. Esperaba verlo con sus propios ojos, lo que a buen seguro ocurriría sin tardar demasiado. Las obras avanzaban gracias al impulso del misionero encargado de la construcción, que incluso presumía de estar siendo asesorado por Gaudí, y los fondos del marqués de Comillas, propietario de la Compañía Trasatlántica cuyos vapores unían cada dos meses la colonia con Cádiz y Barcelona. El hombre debía de pensar que, si se había hecho con el monopolio de las comunicaciones, algo tenía que devolver a la isla.

—¡Mira quién está ahí! —escuchó a un lado—. ¡La más alegre de la isla!

—¡Señor Serrano!

El antiguo secretario era la persona con más edad de la ciudad, una medalla que había conseguido a pesar de su sobrepeso. Hacía mucho que lo jubilaron, pero no quiso volver a la Península ni buscar otro rincón en un planeta que ya conocía lo suficiente. En Guinea se huía bien, solía decir con una sorna que se acrecentó con los años. No había mañana que no diese su paseo, avanzando a poquitos con su bastón de empuñadura de plata, para soltar frases lapidarias a viejos conocidos antes de volver a refugiarse entre sus recuerdos de Oriente.

—Aquí estoy a la sombra —comentó con unos sofocos que no le impedían seguir vistiendo sus trajes de lino blanco, chaleco incluido.

—Yo haciendo recados. ¿Qué tal el loro?

—¿Sabes que se me escapó y ha vuelto? Estuvo un mes por la selva. Y lo mejor de todo es que, según me ha contado una joven de Basilé, todos los loros salvajes de los alrededores ahora van por ahí diciendo «Toma Paco», «Toma Paco».

La bubi soltó una de sus estruendosas carcajadas. Aquello era lo que Serrano le decía al suyo cuando le daba de comer.

—¡No me diga que les ha enseñado!

—¡Y bien rápido! Voy a proponerle al gobernador Barrera que lo ponga de maestro —rio, señalando al monumento que tenía a su espalda.

Un año antes, la Cámara Agrícola de Fernando Poo había encargado aquella figura de bronce del nuevo gobernador para agradecerle sus aciertos. Algunos se quejaban de que actuaba como un virrey y cierto era que su gestión estaba salpicada de sombras, pero lo compensaba con una extraordinaria actividad que había impulsado a la colonia hacia la prosperidad. Había logrado cerrar un tratado con Liberia que aseguraba la necesaria mano de obra para las explotaciones de cacao. Pero, más importante aún para los terratenientes era que se hubiese mantenido neutral entre Alemania y Francia en la Gran Guerra que asolaba al mundo, algo complicado, ya que los terrenos continentales de la pequeña Guinea española estaban rodeados por los enormes Camerún y Gabón de las respectivas potencias enfrentadas.

Paciencia siguió caminando hasta la casa del farmacéutico, como seguía conociéndola todo el mundo. Entró sin llamar y encontró a Bella en el escritorio al fondo del salón con el ojo pegado a un microscopio.

—Hola, mi niña.

—Dame un momento...

—Todos los que quieras. Ahí fuera, el sol pega que no se puede estar. Voy a hacer limonada.

Entró en la cocina y se puso a recoger como si fuera su casa, por deformación profesional y porque realmente la sentía así. Disfrutaba cada rato pasado con su amiga en aquel lugar donde no había otras normas que las que dictaba el corazón. Seguía trabajando de asistente en la casa gobierno, donde sus sucesivos jefes siempre la habían tratado con respeto; y, en lo personal, no podía estar más feliz. Tras el incidente de la compra de niñas, César dejó la misión, se casó con ella y tuvieron tres hijas a las que llamaron Dolores, Segis y Bellita. Era un buen hombre. Cuando se creó la Guardia Colonial —el cuerpo de policía nativa—, se alistó y pronto llegó a segundo teniente, pero lo

que más ilusión le hacía a Paciencia era que hubiese aprendido a tocar la corneta.

Bella se asomó al cabo. Tenía los rizos rubios recogidos para que no le estorbasen cuando se inclinaba sobre las muestras. Seguía usando pantalón, aunque de una tela mucho más liviana que su icónico peto de niña. Por lo demás, vestía una blusa de lino arremangada, un fular de seda que había pertenecido a su madre y, en los pies, unas sandalias que compró en el mercado a una bubi viejita que las trenzaba ella misma. De un tiempo a esa parte parecía un poco más delgada de lo que ya era de por sí, lo cual no hacía mella en su aspecto saludable.

Llevaba algo menos de un año en Santa Isabel, a la que había regresado después de haber estudiado y ejercido de farmacéutica en Vitoria. Tras los estrepitosos acontecimientos que vivió en la colonia de adolescente, finalmente sí que viajó a la Península en el mismo barco que doña Ana, pero lo hicieron cada una por su lado, aquella con el gobernador y Bella con su padre.

Todavía recordaba cuando lo trajeron de vuelta de Ureka. Su querido Martín se presentó en el internado de las monjas y, después de darle un abrazo interminable y de que ella le devolviera la piedra de Numancia —«lo prometido es deuda»—, le dijo que saliera al patio, que tenía una sorpresa para ella. Y menos mal que lo hicieron así, dosificando, porque si hubiera visto a su padre de primeras, se habría desmayado. Aun estando preparada —algo se olía mientras acompañaba fuera al finquero—, tuvo que palparlo de arriba abajo para asegurarse de que era de carne y hueso. Había hecho tantos esfuerzos para acostumbrarse a la idea de que estaba muerto que a su cabeza le costaba procesar lo contrario. Pero entonces él la cogió de una mano y, haciéndola girar sobre sí misma como una bailarina mientras tarareaba dos compases de su vals preferido, le dijo que jamás volverían a separarse. Era su padre, no había duda, por una vez alguien había atendido a sus plegarias. En pleno abrazo, entre lágrimas de alegría, Bella le pidió por favor que la llevase de vuelta a Vitoria. Necesitaba abrir las ventanas del cuarto en el que su madre se extinguió y dejar que entrara la luz para desterrar sus propias sombras. Al igual que Ökkó se había introducido en un mundo extraño para, al cabo, regresar fortalecido al único lugar en el que podía ser él mismo, el día que ella durmió de nuevo en su cama de niña, entre los recuerdos de una familia feliz de tres miembros, supo que su largo viaje de sanación había culminado.

En su tierra natal, vivió feliz con su padre hasta que, dos años atrás, una dolencia cardíaca se lo llevó mientras dormía. Fue entonces cuando se planteó volver a la colonia, empujada por tres razones que no admitían discusión. En primer lugar, no tenía pareja ni hijos que la ataran a ningún lugar, a pesar de las propuestas constantes de una legión de pretendientes que, poco a poco, debido a sus negativas, habían ido perdiendo fuelle. Por otro lado, con su experiencia, su labor investigadora y sus antecedentes familiares en la colonia, tenía asegurado un puesto de farmacéutica en el hospital de Santa Isabel, que seguía estando siempre a rebosar y necesitado de buenos profesionales que no se asustasen cada vez que descubrieran una picadura en el brazo. Y, por encima de todo, le pareció el momento ideal para recuperar un sueño arrinconado: su herbario. La muerte del gran Alfredo Gonzalbo, al que no solo le unía su amor de hija, sino también su pasión compartida, le había dejado un enorme vacío —lo de los kilos de menos era directamente proporcional a la pena de más— y necesitaba un nuevo propósito vital que le empujara a levantarse por las mañanas con el mismo ímpetu que siempre la había caracterizado.

—¿Qué me has traído, mujer? —le dijo a Paciencia—. No hacía falta que vinieras tan cargada.

—Fruta para que comas algo, que te vas a quedar en nada.

—Tengo treinta y seis años y aún me cuidas.

—No te imaginas la ilusión que me hace tenerte aquí de nuevo. Siempre serás como una hija pequeña.

—Creo que a estas alturas me pegaría más la medalla de hermana.

—Como quieras. —La bubi apoyó el trasero en la encimera y se secó la frente con un pañuelo mientras maldecía el calor entre dientes—. ¿Has visto al alemán?

—¡Oye!

—Es que ni comes ni amas.

—Ya lo haces tú por las dos.

—Eso sí es verdad —rio—. Pero dime, ¿lo has visto?

—Hemos quedado luego para dar un paseo, pero no te hagas ilusiones.

—La que tiene que hacérselas eres tú.

—Me basta con charlar y olvidarme un rato de las plantas. Es inteligente y simpático.

—Y guapo.

—Eso también, pero tiene novia en Múnich. Mi interés es puramente científico.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que me gusta entender cómo piensa, cómo se expresa... Es muy diferente a otros militares que he conocido en la Península.

Paciencia negó con la cabeza, dándose por vencida.

—Parece mentira que se te haya pegado tan poco de mí.

—No digas eso, se me ha pegado mucho y bueno.

—¡Si fuera así, te gustarían ese y los otros novecientos noventa y nueve!

Se refería al millar de oficiales y soldados del ejército alemán que danzaban por la colonia. Cuando la guerra mundial empezó, el gobernador montó cuatro puestos en lugares estratégicos alrededor de Río Muni para evitar que cualquiera de los dos bandos se introdujese en suelo español. Envío a un puñado de infantes de marina de forma testimonial y durante un tiempo, aunque ni tan siquiera tenían ametralladoras o emisoras de radio, lograron disuadir a las tropas extranjeras de liarse a tiros donde no debían. Pero dos años después, cuando los aliados se hicieron con Camerún, sesenta mil almas enfilaron a pie hacia la Guinea española. Además de los militares a los que se refería Paciencia, alrededor de diez mil fusileros cameruneses y otros tantos ciudadanos germanos, seguidos de legiones de portadores, sirvientes e intérpretes con todas sus familias, entraron en procesión en Bata, capital de la zona continental. Y no para invadirla, sino para solicitar refugio apelando a la Convención de la Haya.

Los doscientos infantes españoles allí destinados no sabían qué hacer. Aquella marabunta se postraba ante ellos y les entregaba sus armas, pero no había comida suficiente para todos, ni un lugar donde meterlos. Carecían de un protocolo de asilo o un mero plan de acción... hasta que llegó el gobernador con las ideas tan claras como siempre y empezó a dar órdenes. De un plumazo devolvió a veinticinco mil cameruneses a su tierra y acogió al resto, de entre los cuales trasladó a Fernando Poo a los efectivos del ejército imperial, los soldados nativos *askaris* con sus familias y los colonos alemanes. Así de paso dejó contentos a los aliados, los cuales preferían facturar a esos tres grupos lo más lejos posible para que no les entrasen tentaciones de reincorporarse a la batalla.

Una vez en Santa Isabel, los civiles fueron enviados a la Península en el primer transporte disponible, mientras que los miembros de la milicia fueron ubicados en inmensos campamentos que se montaron a velocidad de vértigo en las afueras. Muchos cayeron debido a las fiebres —acentuadas por el hacinamiento—, pero el caos encontró una nueva forma de ordenarse. Los soldados nativos cameruneses comenzaron a trabajar para los finqueros, que

siempre daban la bienvenida a un par de brazos, y se ganaron su simpatía; tanta que muchos manifestaron su voluntad de quedarse allí para siempre. Y los mil alemanes se convirtieron en un modelo de convivencia, dedicados a esperar el fin de la contienda sin generar un solo incidente con las autoridades españolas.

—Por cierto —anotó la bubi con indignación mientras recogía sus cosas para dirigirse a su casa—, gracias a esta gente sigue todo por las nubes.

No podía ser de otra forma. Entre los bloqueos de los aliados y la repentina superpoblación, los alimentos de primera necesidad se habían convertido en un artículo de lujo.

—Aguanta un poco comprando lo mínimo, que el gobernador va a poner un tope a los precios.

—También ha dicho que va a dar terrenos a los refugiados.

—Eso está bien, ¿no?

—No lo sé, Bellita. ¿Lo está?

Se encogió de hombros.

—Muchos de los que vivimos aquí llegamos huyendo de algo.

A media tarde, Bella se encontró en la plaza con el oficial alemán. Se llamaba Jürgen Artz y era un poco más alto que ella, de espaldas anchas y menos rubio de lo esperado. Se habían conocido en el hospital, y no porque él estuviera enfermo, sino porque no había día que no pasase por allá para visitar a los hombres de su compañía que permanecían ingresados.

—¿Me dejas que hoy te lleve a un lugar que nadie conoce? —le propuso.

—¿Qué más podría pedir? —respondió él con su correcto español.

Era gracioso escucharlo porque lo hablaba con acento andaluz. Su padre trabajó para un empresario de Berlín que hizo fortuna con la minería en la península ibérica y le tocó emigrar una temporada a Huelva, donde conoció a la madre de Jürgen. Se casaron e instalaron en Alemania, pero esta nunca dejó de hablar a su hijo en cristiano, como solía decir.

Caminaron hacia las afueras. Menos mal que no tenían prisa, porque cada dos por tres había alguien que paraba a Bella para saludarla y ponerla al día de alguna novedad.

—Ya lo siento —se excusó ella—, pero me parece mal no hacerles caso.

—No pasa nada, al revés. Me gusta ver que todo el mundo te conoce y te trata con cariño.

—Eso es porque desde que llegué ya he aliviado unos cuantos males.

—Por la farmacia...

—Para ser sincera, aún más por mi afición a las plantas curativas. Aquí tenemos todas las enfermedades imaginables, lo estás viendo con tus hombres, y a veces los médicos, por mucha voluntad que le pongan, no aciertan con los diagnósticos. Cuando vine les costaba mirar hacia otro lado, pero a medida que han ido pasando los meses me han dado más espacio para probar remedios de mis amigos de la selva. Unas veces tenemos más fortuna que otras, pero al menos no nos quedamos mirando cómo sufren los pacientes.

Cuando hablaba de sí misma tendía a ser demasiado modesta. Pertenecía a un grupo pionero de mujeres científicas que habían logrado ser tenidas en cuenta por las sociedades geográficas; y, entre esta reputación y el plus de legitimidad que le daba el haber vivido de pequeña en Santa Isabel, al poco de llegar se hizo un hueco en el nuevo orden de la colonia. Cuando tenía algo que decir, era escuchada tanto por los miembros de la Junta de Autoridades, en la que también estaba el prefecto, como por el Consejo de Vecinos que hacía las veces de ayuntamiento. Su excelente relación con los indígenas también contaba. El patronato que los tutelaba —ya que la ley seguía sin reconocerles capacidad jurídica— tenía conflictos con ellos día sí, día también, y en el último trimestre la habían llamado varias veces para mediar y poder avanzar.

—Lo que realmente me alegra, y también me sorprende, es que no te importe que te vean conmigo —añadió Jürgen.

—Lo que piensen los demás me da bastante igual. En realidad —arrugó la nariz—, creo que no me ha importado nunca. Fíjate que cuando era adolescente me llamaban la Florecida...

—No conozco esa palabra.

—Era una forma de decir que estaba un poco loca; y, te lo aseguro, me gané el mote a pulso. Bueno, me lo sigo ganando. Mujer, científica y medio monja. Para echarme de comer aparte.

Él sonrió.

—Lo decía no solo porque soy hombre y alemán. Es que estamos en guerra.

—No conmigo. Ni con España.

—Ahí tienes razón. Miro a la gente y no soy capaz de adivinar de qué lado está.

—Creía que ser neutral quería decir no estar de ningún lado.

—Eso es sobre el papel, pero luego está la tendencia de cada uno.

—Por aquí dicen que primero se es colono y luego, si acaso, se tiene ideología.

Siguieron caminando hacia un caobo solitario en mitad de una ladera. Jürgen recibió su sombra como el abrazo de un amigo, pero entonces vio una tumba a sus pies y se estremeció. ¿A quién había perdido Bella? Trató de leer la inscripción de la lápida, pero lo impedía un ramillete de flores secas.

—Era una niña —explicó esta—. Apenas había cumplido un año.

El alemán se quedó de piedra.

—Lo siento muchísimo. Ni tan siquiera sabía que habías estado casada.

Bella juntó las manos en señal de disculpa.

—Te he confundido. No era mía, sino de Manuel Iradier.

Se sintió aliviado.

—Pobre hombre. Entiendo que tenéis una relación especial.

—Él también murió. Hace cinco años, en la Península.

—No hago más que meter la pata.

—Era uno de los mejores amigos de mi padre. Estudiaron en el mismo colegio y coincidieron en la asociación naturalista que fundó Manuel. Pero, sobre todo, fue una de las personas que más se sacrificó por esta tierra. ¿Has leído a Julio Verne?

—*La vuelta al mundo en 80 días* —contestó, contento—. Un libro de viajes convertido en novela.

—Pues la de Iradier es una novela de aventuras convertida en vida, pero nadie parece querer conocerla.

Él se sentó en el suelo y dijo con gesto afectuoso:

—Soy todo oídos.

Iradier no fue una persona con suerte, le avisó Bella tras aceptar aquella invitación de hacer justicia. Su segundo viaje a África, aun marcado por la precariedad y la premura, arrancó de forma espectacular, consiguiendo a golpe de patriotismo la firma de ciento un jefes indígenas que aceptaron su adhesión a la soberanía española. Pero las fiebres que ya había padecido en su anterior incursión en el continente volvieron a azotarle de forma brutal y la expedición se vio forzada a volver al punto de partida para salvar su vida. El que regresó ya no era el Iradier que colocaba en las plantas triángulos de cristal con un pequeño depósito para recoger rocío; ni el que miraba a través del disco coloreado del fotómetro a la hora del ocaso para medir la velocidad de las sombras y los murciélagos. Avanzando a duras penas con la ayuda de sus compañeros, volvía una suerte de cadáver con el hígado infartado, el estómago perdido y, eso sí, una cartera bajo el brazo con las actas de anexión

de territorios y un mapa para localizarlos. Ni siquiera hablaba, salvo para repetir de forma obsesiva que cada kilómetro cuadrado ganado por la expedición les había salido solo por cincuenta y dos céntimos, mientras que, a los alemanes y franceses, los suyos les habían costado cien veces más.

Una vez en Santa Cruz de Tenerife, sacó fuerzas para caminar hasta la oficina de correos y poner un cable al presidente de la Sociedad de Africanistas y Colonistas que había promovido la expedición. Contando las palabras para no quedarse sin dinero, escribió: «Obtenido Sociedad catorce mil kilómetros cuadrados territorio interior frente a Corisco incluso sierra de Cristal. No posible más en latitud por evitar conflicto internacional y en longitud por fiebres. País gana porvenir. Osorio queda estación con recursos. Iradier».

Aquellas no fueron sus últimas palabras en vida, pero sí como explorador. A partir de entonces, fue el médico asturiano quien cogió el testigo. Se internó doscientos kilómetros selva adentro y consiguió trescientos setenta tratados de adhesión más, a pesar —otra vez— de las penurias económicas. Y es que esta nueva expedición hubo de llevarse a cabo con tres mil pesos que puso de su bolsillo el nuevo gobernador, más dos mil que le prestaron los claretianos, frente a otros seis millones de francos que el Gobierno francés había pagado a Brazza para hacerse con buena parte del suelo supuestamente español. Como resultado —y siguiendo la tónica de Berlín, donde España fue ridiculizada— en otro encuentro en París a principios de siglo xx para dirimir el conflicto de límites entre los dos países, al Gobierno de Madrid le fue reconocida menos de una décima parte del territorio que reclamaba. El suicidio del jefe de la delegación negociadora por no verse capaz de soportar la vergüenza lo decía todo. Aunque, como manifestó Osorio: «Tal y como fuimos a la selva, con cuatro monedas y unos machetes, bastante hemos sacado».

Iradier, de vuelta a España, se sumió en la más absoluta depresión. Sus sueños, frustrados. Su familia, deshecha. Al matrimonio lo azotaban los coletazos de las fiebres y perdieron otra hija la víspera de su boda, según se decía, por haberse tirado por la ventana al no resistir los dolores de alguna enfermedad del trópico que había heredado. Con tanto disgusto, el explorador, sin fuerzas ni motivación para aceptar trabajos menores que le ofrecían en el extranjero, murió mucho antes de lo debido, pobre y olvidado en una pequeña villa segoviana.

—Nunca regresó aquí, entonces.

Bella negó con pena.

—En su funeral, su esposa Isabel me contó que, cuando Manuel hablaba en sueños, una noche tras otra repetía que quería volver a la selva. Volver. Volver a cualquier precio. Como decía la pobre mujer: esa atracción, y no las fiebres, es el verdadero mal de África.

El alemán permaneció unos segundos contemplándola.

—Te agradezco muchísimo que llenes unos minutos de mi existencia —dijo—, no sabes lo que es pasar el día sin hacer nada. Y, además, has acertado de pleno con la historia porque me siento identificado con él. A ver —aclaró—, me da vergüenza compararme en lo más mínimo con ese gran hombre, pero a mí también me atraía el naturalismo desde niño.

—¡Qué callado te lo tenías!

—Me he criado cerca de Friburgo, en plena Selva Negra, que es muy diferente, pero también anda bien surtida de árboles. Por eso pedí que me destinaran a la campaña de África.

—Camerún sí que se parece a esto, ¿no?

—Nada es igual a Fernando Poo. De hecho, si hay algo que de verdad me gustaría ver, al menos una vez antes de morir, es el desove de las tortugas en Ureka.

—¿Cómo has dicho?

—Lo leí hace años en un artículo de Stanley. Decía que esta isla era la joya del océano, destinada a convertirse en una de las más valiosas posesiones del planeta siempre que tu país comprendiera que tenía que pulirla. Y entre sus maravillas hablaba de esa avalancha anual de reptiles salidos del mar...

Con lo que ella se había quedado era con el nombre del enclave.

Ureka...

En todos los años que pasó en Vitoria, y por supuesto más aún desde que había vuelto a la isla, nunca había dejado de pensar en Ökkó. En los lances tan duros que compartieron, en su idéntico desamparo, en las palabras de su árbol. Ella misma seguía teniéndolo como referencia cuando se enfrentaba a una disyuntiva, como un maestro de la Antigüedad al que has leído y resurge cuando menos te lo esperas para recordarte lo esencial. «¿Qué haría Ökkó en esta situación?», solía preguntarse. Detrás de su fachada de chico introvertido residía una persona que siempre tocaba la tecla adecuada, casi siempre la más simple. Como la tarde que ella quiso dar de fumar a un murciélago y él casi se desmayó del susto, muerto de compasión por el animal. Desde su llegada se había planteado ir a buscarlo en más de una ocasión, pero siempre encontraba una excusa para aplazar el viaje. Podía imaginar mil razones por las que hubiera muerto y no quería enfrentarse al momento de confirmarlo.

—¿He dicho algo inconveniente? —se apuró Jürgen ante su silencio.

—No, no. Estaba pensando en que debe ser precioso.

—Si en el futuro encuentras la forma de ir, no dejes de hacerlo y escríbeme a Alemania para contármelo. ¡Quién iba a decirme que iba a estar en esta isla justo en esta época! Perdona, sé que te parecerá una niñería, pero es algo que me haría muy feliz y me dejó llevar.

En ese momento, el espíritu de la Florecida irrumpió en la burbuja de intimidad que habían creado para hacerla estallar. Llevaba demasiado tiempo sin soltarse la melena.

—Me dijiste que sabías pilotar. Con un hidroavión, ¿te atreverías?

—Nunca he subido a uno —contestó él con extrañeza—, pero tengo entendido que no es muy diferente a cualquier otro aparato.

Se levantó.

—Espérame mañana al amanecer en el extremo oeste del puerto.

—Bella, ¿qué pretendes?

—Uno de los finqueros me debe un favor grande. El mes pasado salvé *in extremis* a una familia de sus trabajadores que habían cogido algo estomacal muy serio. Pero no es solo por eso. Conozco a Martín desde siempre y, mira por dónde, acaba de traerse uno de esos pájaros para recorrer sus plantaciones.

—No iré a joderme ese alemán, ¿no? —refunfuñó Martín.

Le gustaba hacerse el gruñón, pero por dentro seguía siendo el mismo soriano afable, siempre dispuesto a echar una mano, que Bella conoció de cría. Lo del mal humor era un escudo para que los miembros de la Cámara Agrícola no se le subieran a las barbas. La edad lo trataba bien. Había cumplido los sesenta y seguía remangándose la camisa hasta más arriba del codo, dejando a la vista músculo y piel tostada.

—Es un encanto —aseguró Bella.

—Date cuenta de que me pides que me fíe de un oficial refugiado que a saber lo que tendrá en mente. Como se enteren en la casa gobierno de que lo he sacado de la ciudad, me van a crujir.

—¿Quién va a enterarse?

—¿Lo vas a llevar metido en un baúl o qué? Pues cualquiera que lo vea subir.

—Tú también puedes venir —cambió ella de estrategia—. Así atraerás todas las miradas y Jürgen pasará desapercibido.

El finquero soltó una carcajada.

—¿Lo habías dudado? Como si fuera a dejarte el avión sin más.

—¿Eso es un sí?

—Eres peor que mi hija, que ya es decir.

—¡Dile que se apunte y vamos los cuatro!

—Déjala tranquila, que ya se revoluciona suficiente cuando viene de visita a la isla. Mañana ha quedado con las monjas para no sé qué historia. Mejor que ni se entere de esta locura.

Bella se lanzó a abrazarlo y le habló cariñosamente al oído.

—¿Recuerdas que fuiste tú quien me explicó por qué me llamaban la Florecida?

—Claro que sí.

—Pero seguro que no te acuerdas dónde fue.

—En mi porche, después de la que montaste en la iglesia con el ataque de risa.

—Ese día admitiste que estabas más loco que yo. Como para irte a que te comieran vivo con tal de sacar unos duros.

Martín se la quitó de encima.

—No hagas que me arrepienta.

—¡Ya me callo! —rio ella.

La observó con cariño. Sabía perfectamente que Jürgen era una excusa.

—¿Seguro que quieres ir a Ureka? No has vuelto a verlo desde...

—Desde el día que os dije adiós cuando subisteis al barco inglés con Iradier.

—Qué gran chaval ese Ökkó. Parecía un junco, tan flacucho, pero me ayudó mucho.

—Me has contado mil veces lo de las hormigas.

—Y otras anécdotas que me callo por vergüenza torera. Lo cierto es que yo también quiero saber qué ha sido de él.

Al sentir el encuentro de pronto tan cerca, a Bella se le oscureció el rostro.

—Y si...

—¡Déjate de «ysis»! —le cortó Martín—. Concéntrate en que ahora estás de nuevo en Fernando Poo, cosa que no me puede hacer más feliz, y que te quiero como a una hija. Sabes que te he echado muchísimo de menos, ¿verdad? —Ella asintió, emocionada—. Pues paso a paso y sin adelantar acontecimientos, que lo que tenga que ser, será. Voy a la finca a dejar todo listo para irme tranquilo.

En realidad llevaba tranquilo mucho tiempo. Su negocio de explotación de madera, aunque mantenía la sencilla estructura de los inicios, no podía ir mejor. Durante unos meses cada año, inundaba el río de troncos. La tribu con la que empezó y otra que se había sumado estaban contentas y le mostraban lealtad echando a patadas a los comerciantes que se acercaban a curiosear. Desde que se demarcaron las fronteras definitivas de la zona continental, la *Revista de Montes* —que era la publicación más famosa del sector— venía haciendo campaña para que se crease un servicio forestal que permitiera aprovechar mejor la selva guineana, pero aún tardaría en llevarse a efecto y Martín campaba a sus anchas. En cualquier caso, nadie podría quitarle nunca el haber sido el primero. ¡Cuánto bien le hizo la enseñanza de Holt! Y con el dinero que le daban las caobillas que enviaba a varios países (y, cómo no, a sus antiguos clientes de Soria, que lo tenían en un pedestal), fue ampliando sus plantaciones de cacao en diferentes puntos de Fernando Poo. Ahora estaba

convencido de que el futuro estaba en la madera de ocume, como ya le había comentado a Bella. Al resto de la colonia ni palabra, no fuera a ser que alguien le pisase el negocio.

A la mañana siguiente, los tres atravesaron puntuales la niebla del alba. La operación fue rápida.

—No miréis atrás —decía Martín—. Subid al aparato y punto.

Parecía disfrutar con aquello. Él también llevaba mucho tiempo siendo demasiado formal. Echaba de menos subirse a un barco ajeno, colgar caricaturas en el baño del casino de Soria. Ahí estaba la chispa de la vida.

—¿Sabes pilotarlo o vas de farol? —preguntó a Jürgen.

El alemán ni siquiera contestó. Se colocó las gafas de protección, se aferró a los mandos con firmeza y le embargó un cosquilleo en el estómago que no notaba desde que silbaron las primeras balas a su alrededor en el frente.

Enfilaron hacia el sur, bordeando la isla sin perder de vista el mar. Bella apoyó el rostro en el cristal y miró tierra adentro, allá donde una bruma de hechizo envolvía los picos más altos. Sentía estar en trance, aturdida por la emoción y el estruendo del motor. Se quitó el casco de cuero, soltó el pasador de la ventanilla y tiró de ella hacia atrás. El aire caliente revolvió su pelo. Miró hacia abajo. Algunos promotores avisados habían sugerido convertir Fernando Poo en una pequeña Suiza para turistas ricos que buscaban lugares donde perderse o pasar tranquilas convalecencias. Querían construir sanatorios en el valle de Moka, que evocaba paisajes alpinos reconocibles para los europeos. Además de estar purificados por vientos marítimos, la altitud actuaría como profilaxis contra el paludismo que, por fin se sabía, transmitían los insignificantes mosquitos de las zonas húmedas de la costa. El ser humano podía volar sobre volcanes, pero aún no había conseguido terminar con aquel insecto que llevaba siglos generando sufrimiento y muerte.

Entonces ocurrió algo inesperado. Sin una simple vibración que pudiera presagiar que estaban en apuros, el motor de explosión se detuvo y la hélice dejó de girar.

Bella se aferró a la cincha de la portezuela y se inclinó hacia delante.

—Dime por favor que lo has parado a propósito...

—Todo está bien —fue lo que dijo Jürgen.

Aquella frase, pensó Bella, era una declaración de intenciones común a los ocupantes de aquel avión. El alemán no sabía qué le depararía el futuro tras una guerra que estaban perdiendo. Ella desconocía qué le esperaba en Ureka. Pero, como también había dicho Martín, fuera lo que fuese, estaría bien. La vida disponía. Muchos de sus designios eran tristes o injustos y

resultaban difíciles de entender, pero ¿cómo no confiar en la misma vida que creaba aquel espectáculo natural? Volvió a mirar abajo. Las plantas, el cielo, mariposas inundando los bosques, pájaros azules aleteando.

—No hay gris en el arcoíris —murmuró para sí, y se propuso no dejar de sonreír, pasase lo que pasase...

Comenzando por aquel mismo momento.

Sin el estruendo del pistón, se sentía flotar; y en verdad flotaban a merced de las rachas de aire, mientras Jürgen se concentraba en planear en línea recta. Perdían altura, pero lo hacían en una progresión plácida, como si se estuvieran quedando dormidos en una tarde calurosa.

El silbido del viento...

Las sacudidas del fular anudado al cuello...

Jürgen corrigió la dirección para asegurar el amerizaje.

—¡Mira! —exclamó.

Señaló allí donde la playa pasaba a ser una enorme extensión de... ¿piedras?

—¡Las tortugas!

—Habrás traído la cámara —le avisó Martín.

La extrajo con rapidez de la funda. Tortugas verdes, algunas carey y monumentales laúdes marinas se arrastraban con paciencia sobre la arena. Cientos de ellas cavaban hoyos para su cuerpo con las aletas delanteras y, con las traseras, nidos para los huevos que depositaban con cuidado. En el centro de cada nido, donde la temperatura era estable, las futuras hembras aguardaban el momento de eclosionar. Era conmovedor pensar que en breve asomarían al mundo y se lanzarían al agua, surcarían las profundidades abisales en busca de medusas y, al igual que habían hecho sus madres, y las madres de sus madres, cuando llegase el momento no faltarían a la cita con aquella playa.

—¿No te parece increíble? —exclamó Jürgen—. ¡Algunas tienen más edad que tú y yo juntos!

Bella sintió una sacudida de congoja. Las tortugas confiaban a la isla de Fernando Poo su bien máspreciado, al igual que había decidido hacer ella. Iba a darle sus mejores años, todo lo que era y todo lo que quería ser, a aquel pedazo de tierra anclado en un mar lejano.

De súbito, la panza del hidroavión se posó en el agua. Jürgen ajustó la posición del aparato para atenuar el balanceo. Se giró sobre sí mismo y los invitó a bajar.

—¿Cómo que *bajar*? —gruñó Martín—. Mi piloto lo acerca más.

—Si acabaras de fondear en Santa Isabel y pretendieran llevarte a la sillita de la reina delante de todos —intervino Bella—, ya estarías tardando en saltar al agua.

Volvió a guardar la cámara en la bandolera, abrió la portezuela y, para cuando los otros se dieron cuenta, ya estaba haciendo equilibrios sobre el ala. Se apeó con cuidado para evitar que el aparato le golpease con algún movimiento brusco y corrió hacia la playa.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba rodeada por los enormes reptiles, brillantes los caparazones de roca. Podría haber disparado cientos de fotografías, pero no quería perder ni un minuto.

—Voy a buscarlo —le dijo a Martín.

—Te acompaño.

Lo cogió de ambas manos.

—Estoy bien, no te preocupes.

En el camino hasta la aldea imaginó a su padre tirado en el suelo con una flecha clavada y siendo recogido por la madre de Ökkó. Desde entonces habían pasado más de dos décadas, pero ella volvía a sentirse como la adolescente de labios rosados y pies ligeros que lo esperaba asomada a la ventana.

Cuando entró en la aldea, una pareja de bubis la observó con la misma fascinación que les provocaría una garza que saca del mar un pez muy grande.

—¿Ökkó? —preguntó Bella, confiando en que el apodo siguiera vigente.

—*Botuku* —afirmó el hombre.

—¿Ökkó es vuestro jefe? —se emocionó—. ¿Está aquí?

Señalaron con un movimiento de cabeza hacia un extremo de la explanada central en la que se elevaba una gran ceiba. Junto a una casita amplia y bien construida al estilo de las del continente, un hombre fuerte sentado de espaldas en el suelo tallaba una campana ceremonial. Junto a él, dos niños que rondarían los ocho o diez años observaban con atención cómo igualaba el hueco ovalado del bloque de madera.

Se acercó.

Él se giró y se puso en pie.

Ella fue a detenerse a un par de metros.

—Veo que sigues con tu afición —le dijo con la sonrisa prometida.

—Aún he de pulir el asa. Y le faltan los adornos.

—¿Cómo vas a decorarla?

—Aún no lo sé. Puede que con soles y lunas.

Bella no pudo más. Se lanzó a abrazarlo entre lágrimas.

Él la apretó fuerte contra su pecho.

Se sintieron mutuamente.

Diferentes cuerpos.

Las mismas almas.

En ese instante, Bella comprendió que el primer motivo por el que había regresado a Guinea era Ökkó.

A lo largo de su vida, había logrado cerrar todos los círculos menos uno.

Y era el momento de hacerlo.

Ökkó llegó a *botuku* de forma natural. Todos terminaron comprendiendo que, al librarles del yugo de Momokobo, había evitado la destrucción de la aldea. A medida que la colonización se extendió por la isla, los líderes bubis más radicales se alzaron contra los españoles, que no dudaron en responder con contundencia. El rey Malabo, hijo de Moka, asumió su inferioridad militar e inició una campaña para apaciguar a los jefes locales, pero a Ökkó no necesitó convencerle de nada. Había quien lo tachaba de blando, pero tenía claro que, para sacar a sus vecinos adelante, era mejor luchar no con rudimentarias armas, sino con tenacidad para hacerse un hueco en las redes de las compañías comerciales.

—No has perdido tu español —celebró Bella mientras se sentaban en unos cubos de madera.

No podía dejar de mirarlo. Su cuerpo se había doblado, pero tras la coraza de músculo seguía reconociéndose al muchacho que miraba el mundo como si cada día fuera a estrenarlo. Ambos sonreían como dos pánfilos.

—Hay muchas palabras que no encuentro. Y cuantas más vueltas doy para explicarme es peor.

—¿Con quién sueles hablar?

—Con los mercaderes que vienen cada temporada. Y con mis hijos.

Señaló a los niños. Tenían la misma cresta con la que su padre apareció por la misión veintitrés años atrás. Ya había pensado que podían ser suyos, pero sintió una punzada en el pecho. Seguía viendo a Ökkó como un adolescente y, ahora lo admitía, como su único amor verdadero. Un amor platónico que había ido construyendo desde la distancia a lo largo del tiempo, partiendo de lo que en su momento fue una preciosa amistad. El amor que habría querido vivir y no vivió, primero porque era muy temprano y, después, porque ya era tarde.

—¿Tú tienes hijos? —le preguntó él.

—Soy un alma solitaria.

—No lo creo.

—A las pruebas me remito —dijo ella, desplegando las palmas de las manos.

—Yo te veo más como las concepcionistas. Eres madre de todo el mundo.

A Bella volvieron a humedecérsele los ojos. No sabía si era lo más bonito o lo más trágico que le habían dicho en su vida.

—Está bien que te acuerdes de ellas —comentó para darse un respiro.

—Querían ayudar.

—Aunque no siempre saliera bien. —Puso una expresión preocupada—. ¿Consiguieron volver Tötyí y Epa'á?

Los misioneros casaron a sus amigos con dos hermanas bubis de Basilé educadas en la misión. Y si bien ambos matrimonios funcionaron, no soportaron la cárcel del pueblo cristiano. No fueron los únicos. Cuando las explotaciones de cacao se extendieron por la isla y, con ellas, la Guardia Colonial, los claretianos perdieron buena parte del control que hasta entonces ejercían sobre sus poblados y muchos acabaron desintegrándose. Algunos bubis rompieron sus enlaces canónicos; y otros, como sus dos inseparables amigos, regresaron a sus aldeas de origen llevándose a sus familias.

—Aquí llegaron y aquí siguen, discutiendo todo el día —la tranquilizó Ökkó. Vio que Bella giraba un instante la cabeza, como si los buscase—. Hoy no podrás verlos. Casi todos están fuera, en otra aldea con la que intercambiamos productos.

—¡Qué pena!

—Pero mañana estarán de vuelta y celebraremos tu visita con una fiesta.

—Lo siento —lamentó—, no puedo quedarme.

Ökkó no ocultó su decepción, pero se recompuso y dijo:

—Aún no puedo creer que estés aquí, pero al mismo tiempo es...

«Lo que tenía que ser», completó Bella en su mente.

—No te he preguntado quién te ha traído. ¿Habéis fondeado frente a la playa?

—No hemos venido en barco.

Surcó el aire con la palma de la mano.

—¿En un gran pájaro? —rio él.

—Más o menos. Dentro de un aparato.

A Bella le llamó la atención que no le sorprendiera demasiado.

—Deseo morir antes de ver volar al blanco por encima de nuestras cabezas...

—¿Por qué dices eso?

—Son palabras del oráculo. En la asamblea que hubo al día siguiente del naufragio se lo escuché a mi madre.

—Disculpa, no te he preguntado por ella.

Ökkó negó con la cabeza.

—Ya murió.

—Cuánto lo siento. Me habría encantado darle las gracias por salvar a mi padre. No te imaginas cuántas veces la mencionaba y hablaba de sus remedios.

—Tuvo una buena vida. Siguió ocupándose de los rituales hasta el final y conoció a sus nietos.

—Me alegra infinito saberlo. Le debo las dos décadas tan maravillosas que hemos disfrutado. Mi padre falleció hace dos años y cuando hablo de él aún se me hace un nudo aquí.

Se llevó la mano a la boca del estómago.

—Las hojas caen y renace el bosque —recitó él dulcemente.

Estaban a la sombra cobijados por la casa, pero el calor apretaba. Bella se percató del silencio, solo roto por algunas voces tranquilas. Una mujer molía semillas. Era todo rudimentario, pero la aldea se veía saneada. Se sorprendió a sí misma mirando a ambos lados, como si de pronto le costase intimar, así que cambió de tercio.

—He venido con un amigo que tiene que regresar hoy mismo a Santa Isabel. Por eso tengo prisa, aunque prometo arreglarlo con otra visita muy pronto. Y, ¿sabes con quién más? ¡Con Martín!

—¿Está aquí?

—En la playa. ¿Te gustaría verlo?

—¡Claro que sí!

Informó de que se iba a una anciana que no les quitaba ojo desde la puerta de otra choza, pidió a los niños que no riñeran y echaron a andar juntos. Bella se acordó de las dos veces que bajaron a la cala desde la misión y se le erizó el vello de los brazos.

Mientras caminaban hablaron de sus vidas como si se hubieran visto el día anterior. Él utilizaba el mismo tono protocolario que aprendió de los misioneros y que en su boca resultaba adorable. Seguía siendo el hombre más especial que había conocido. Además de los cultivos que impulsó en la aldea, le contó que iban a solicitar una concesión para explotar cacao en régimen de cooperativa. Gracias a su aventura en la misión conocía la mecánica de las fincas, pero sobre todo entendía la forma de pensar de los blancos, sabía lo

que costaban realmente las cosas en la colonia y podía comerciar con ellos sin dejarse engañar.

—La capital no tiene nada que ver con lo que conocimos en el pasado —le explicaba ella—. La gente aprecia al gobernador actual. Es trabajador y nos pide opinión para todo.

—Te has convertido en una mujer importante.

—Es solo porque, desde que llegué, me apunto a todos los líos.

—Pero tu pasión por las plantas seguirá ahí...

—Por supuesto —sonrió, secándose la frente con la manga—. En Vitoria salíamos al monte todas las semanas con compañeros de La Exploradora. Y ahora que estoy aquí, en cuanto termine de asentarme me plantearé hacer alguna ruta más profunda. Me gustaría ir al lago Loreto. Seguro que pasaste cerca en tu viaje con el padre Aguirre.

—Me acuerdo mucho de él. ¿Qué tal están los demás misioneros? ¿El padre Cadarso?

—Volvió a la Península por un problema en la cadera, pero es fuerte como un toro. Y, ahora que lo mencionas, ¡casi se me olvida!

Se llevó la mano a la bandolera para sacar un objeto que le entregó.

Ökkó lo reconoció al instante. Era el peine de su madre que tiró a un barranco y luego el padre Aguirre usó como moneda de cambio para que les prestasen ayuda.

La miró sin entender.

—Me lo entregó el padre Cadarso cuando fui a Teruel para decirle que volvía a la colonia. Sabía que intentaste recuperarlo el día que la pareja de bubis apareció por la misión, así que, en cuanto pudo, fue a buscarlo. Ya ves, todos esperaban tu vuelta. Todos te querían.

Ökkó hizo sonar las púas y se lo devolvió.

—¿No lo quieres? —le preguntó Bella.

—El día que me deshice de él, el padre Aguirre me dijo: «Créeme, sé de lo que hablo, no borres a tu madre de tu vida». Me gustaría que lo enterraras junto a su tumba para que también él se reconcilie con la suya.

Una vez en la playa, el encuentro con Martín fue apoteósico. Nunca en los meses que compartieron en la selva se mostraron tan expresivos. Se tocaban y reían el uno del otro. «¡Estás viejo!», «¡Tienes tripa!». Bella los observaba con envidia. ¿Por qué Ökkó no había estallado así con ella? No podía dejar de pensar en cómo habrían sido las cosas de haberse quedado en Santa Isabel y

haberlo buscado mucho antes. Tal vez se levantaría por las mañanas y lo saludaría con un beso, escucharía su voz amable por la casa, que hasta entonces había considerado tranquila y ahora se le antojaba vacía.

—No quiero ser aguafiestas —intervino el finquero al rato—, pero deberíamos subir al hidroavión o la marea nos jugará una mala pasada.

Bella asintió con pena e hizo un gesto a Jürgen, que se había tumbado en la arena para observar a una tortuga de cerca. Enjugó una lágrima con rapidez con el dorso de la mano.

Ökkó se dio cuenta.

—¿Te importa que le enseñe a Bella una última cosa? —pidió a Martín—. Estaremos aquí antes de que el mar se ponga feo.

A ella se le iluminó la cara y al finquero no le quedó otro remedio que dar el visto bueno.

La condujo playa arriba. En ese rato ninguno dijo nada. Tan solo caminaron hasta que, al doblar un cabo, se dieron de bruces con una plancha enorme de madera clavada en la arena.

Se fijó a su alrededor. Un poco más allá se adivinaba otra gran pieza de tablas con un ojo de buey sobre el que las algas dibujaban formas inquietantes. Junto a la línea donde comenzaba el verdor de la selva, un palo enorme yacía envuelto en lianas.

—¿Son restos de la goleta? —preguntó Bella, sobrecogida.

—Sí.

Su padre nunca quiso hablarle del naufragio y ahora casi podía escuchar los gritos de los marineros que caían por la borda mientras sus familias, en la metrópoli, contaban a los vecinos que habían ido a recorrer mundo.

—Es terrible.

—Es lo que es —repuso Ökkó con aquel aplomo que ya apuntaba de adolescente y que, ahora, dejaba sin aliento.

Tenía razón. El naufragio era tan guineano como las tortugas. Para colorear una fotografía de la colonia debía usarse la paleta entera. Tierra negra. Mar celeste. Cien gamas de verde. El blanco delicado del lino. Y, en las retinas de los pájaros que sobrevolaban la playa, el rojo de la sangre de quienes abrieron camino.

Respiró hondo. A ellos los separó el destino, pero habían tenido suerte. Él le devolvió a su padre, junto al que Bella se entregó al estudio de las plantas que daba sentido a su vida y le permitía ayudar a mucha gente. Y ella le empujó al barco con Martín, con lo que Ökkó no solo recuperó a su madre, sino que guio a sus vecinos hacia una existencia próspera y pacífica. Los dos

habrían querido estar juntos más que nada en el mundo, pero fue al separarse cuando encontraron su propósito.

Ella le clavó sus ojos azules y él por fin le sostuvo la mirada sin rubor. El murmullo del mar los acariciaba. Su padre le dijo una vez que el paisaje de Ureka tenía tres horas: cuando nacía, el día era de color de rosa; a media mañana, el sol brillaba como el oro; y, al llegar la noche, una neblina azul suavizaba el duro perfil de las cosas. Ella le preguntó entonces cómo era capaz de guardar recuerdos tan hermosos después de lo que sufrió allí, y Alfredo contestó: «¿Para qué volcar la sombra de mi pequeño drama sobre un lugar tan maravilloso, pudiendo recordarlo como realmente era?».

Eso debía hacer ella: guardar para siempre en su corazón la historia que tuvo con aquel hombre tal y como fue mientras sus vidas se cruzaron, sin adulterarla con el dolor de la separación. Una historia de inocencia adolescente breve en el tiempo, pero que, por su intensidad, se había convertido en una historia eterna.

El agua se iluminó ante ellos.

—Son chispas de mar —dijo Ökkó, refiriéndose a unos organismos que producían luz por sí mismos.

—Vaya alfombra bonita que has puesto para mí. No sé si pisarla.

—Tal vez hayan atraído algún tiburón —rio él.

—Así que también te acuerdas del día que nadamos hasta el pontón en la bahía... Entonces me regalaste la primera letra de tu palabra.

—La pe.

—Eso es, la pe de perdón.

—Siempre me he preguntado si llegaste a perdonarme —dijo él.

—¿Cómo podía no hacerlo?

—Quiero decir antes de saber que tu padre estaba vivo.

Ella le cogió la mano con inmenso cariño.

«Mi querido Ökkó —pensó—, tú también tenías tus propias sombras...».

Una ola les alcanzó los pies.

—Ahora sí que tenemos que volver —dijo él.

Bella suspiró de forma entrecortada. Le costaba horrores contener las lágrimas.

—Me quedaría aquí toda la vida.

El bubi la miró como si, de nuevo, tuvieran trece años.

Tras tomar aire y armarse de valor, dijo:

—Nada te lo impide.

Aquello la cogió desprevenida.

—Tú tienes a tu familia.

—Tengo a mis hijos.

—¿Y su madre?

—Una buena mujer, hermana de Epa'á. Te habría gustado conocerla.

—¿Dónde está?

—Falleció al dar a luz al segundo.

A Bella le dio un vuelco el corazón.

—Cuánto lo siento, Ökkó, daba por hecho que había ido con el resto a la otra aldea...

Él dibujó un gesto cargado de ternura.

—Fue muy duro perderla, y también hacerme cargo de los pequeños, sobre todo porque ella se manifestaba en cada uno de sus gestos. Pero ahora lo veo todo con mucha más paz y me siento agradecido por haberla tenido un tiempo a mi lado y disfrutar la oportunidad de criar a nuestros hijos.

Ella le acarició el rostro. El corazón le latía desbocado. ¿De verdad se habían reencontrado en ese preciso momento, tal vez el primero, después de tanto tiempo, en el que Ökkó estaba de nuevo abierto a amar? Estaba tan desbordada que no era capaz de sostenerle la mirada. Se giró hacia la plancha de madera de la goleta.

—Ahí hay algo escrito.

Ökkó se acercó. Era una palabra rayada con un objeto punzante. Pasó la yema de los dedos por encima.

—Está en bubi.

—¿Qué significa?

—Vida.

—Podría ser la última palabra de tu árbol...

—Es la última, la primera y todas las demás. Estamos hechos de la misma materia que las chispas de mar, todo está conectado.

Cuando nos ocurren cosas malas, se dijo Bella, los seres humanos siempre buscamos un porqué. ¿Por qué tuvimos que superar aquellos dramas siendo dos adolescentes? ¿Por qué nos vimos obligados a separarnos? Aunque, entonces se percató, ¿quién dijo que tenemos que entenderlo todo? Como había pensado en el hidroavión, tenía que confiar en la vida. En Guinea caía una rama por el día y, por la noche, la tormenta más dura hacía brotar una nueva. Volvió a fijarse en el palo mayor de la goleta abrazado por la vegetación, convertido en una parte inseparable de la selva. Ese era el secreto de la naturaleza: la paciencia. Tarde o temprano, si no se interfería, todo alcanzaba su verdadero ser.

Sonrió, feliz de estar en esa playa. De nuevo juntos, los dos amigos que se colaban en el casino y se escondían en un hoyo, a las puertas de convertirse en algo nuevo. Todo empezaba siempre.

Ella deseó que la besase.

Él recordó que, antes de subir al barco para alejarse de Fernando Poo, estuvo a punto de besarla. Y cómo lamentó después no haberlo hecho...

Un golpe de viento le arrancó el fular del cuello.

—¡Vida! —gritaron al unísono mientras echaban a correr tras él, dejando dos marcas de pisadas que terminaron por cruzarse en la arena negra.

FIN

Nota del autor

El árbol de las palabras es una novela, una aventura histórica similar a otros libros ambientados en épocas pasadas que he escrito, como *Taj* (Premio 2016 de Novela Histórica Alfonso X El Sabio). Al igual que entonces, he jugado libremente con la imaginación y las palabras, pero también he tratado de ser lo más riguroso posible con los acontecimientos que sirven de marco a la trama.

Los protagonistas y muchos secundarios (Bella y su padre farmacéutico, Ökkó y su madre Urí, el gobernador y su familia, Martín, Serrano...) son inventados, aunque todos responden a perfiles habituales durante esa época en la colonia. Lo mismo pasa con los misioneros. El prefecto o el padre Cadarso no existieron como tales, pero la primera expedición claretiana de la que forman parte fue real, así como el contexto histórico y político que describo en torno a su proyecto evangelizador.

Sí que hacen aparición con su propio nombre algunos personajes históricos, como los exploradores Manuel Iradier y Amado Osorio, a quienes he querido rendir homenaje. En el caso del primero, es cierto incluso que se entrevistase en Vitoria con el explorador Stanley, quien le animó a lanzarse a su aventura africana.

Si excepcionalmente me he permitido desplazar en el tiempo algún evento para cuadrarlo con la trama, ha sido con levedad y prudencia. Por ejemplo, es verdad que el prefecto apostólico se encerró en las escuelas para reforzar su posición ante una parte de la elite de Santa Isabel que no veía con buenos ojos que los monjes cobrasen del Gobierno, pero esto ocurrió al poco de llegar la misión, mientras que en la novela este hecho se traslada a un año después, coincidiendo con la llegada del padre Aguirre, quien en sí mismo es un personaje de ficción. Como la vida discurría a otra velocidad y las transformaciones sociales requerían de mucho más tiempo para producirse, quiero pensar que estas licencias narrativas no adulteran la fotografía de un momento histórico tan fascinante como desconocido.

Nota del autor sobre su familia en Guinea

Mis bisabuelos y abuelos maternos vivieron en Santa Isabel de Fernando Poo en las décadas de los 20 y 30 del siglo xx. Mi bisabuelo David fue subgobernador y curador colonial (una suerte de defensor de los derechos de los nativos), y mi abuelo Gonzalo, tras casarse en la península, llevó a mi abuela Carmen —con dieciocho añitos— a esta isla africana en la que nació mi tía Mari Carmen. Todos fueron longevos y tuve la gran fortuna de tenerlos siempre muy cerca (incluso ejercí de abogado con mi abuelo en su despacho), por lo que escuché mil historias de Guinea que despertaron mi vena viajera.

El abuelo me contaba cómo a un vecino se le escapó un loro y, al poco, todos los de la isla gritaban desde los árboles «¡Don Paco! ¡Don Paco!», que era como se llamaba el dueño; o cómo sacó a un bilbaíno del agua sin piernas porque se las arrancó un tiburón; o cómo un elefantito de Bata agitaba la casa para que salieran a jugar; o cómo cogió fiebres en una incursión en la selva y le salvaron la vida en una aldea con remedios naturales. En ocasiones, dado que al abuelo le encantaba hechizar con las palabras, me preguntaba si aquellas anécdotas serían reales o inventadas. Pero entonces sufría las recidivas (las recaídas que azotan durante décadas a quienes han sufrido paludismo) y, mientras deliraba sudando en la cama, se tocaba el pecho con los ojos cerrados y murmuraba: «Ponedme aquí las hojitas...». Todo era cierto. Cuando menos —esto es lo que importa— era su realidad, tal y como la recordaba. Una historia apasionante y, también, llena de dificultades y de épica.

En esta novela no cuento sus andanzas. Decidí retroceder en el tiempo hasta 1884 para recrear lo que, a mi entender, es el inicio de la colonia como tal debido a tres acontecimientos simultáneos: la construcción de la misión claretiana en Santa Isabel, la segunda expedición de Manuel Iradier a la zona continental y la Conferencia de Berlín en la que las potencias europeas se repartieron África como si fuera una tarta. Sin embargo, en estas páginas sí que hay mucho de mi familia. Cómo no, me he permitido varios guiños sobre

las anécdotas a las que antes me refería y otras protagonizadas por hormigas, quinina y cayucos que hacían agua. Pero, sobre todo, mis protagonistas de ficción comparten con mis antepasados el espíritu de los antiguos expedicionarios.

El bisabuelo David era un soñador que siempre había querido ser marino. Sus padres —de estirpe aristocrática adinerada venida a menos por el juego— le decían: «¡Qué tontería es esa, si somos de Soria!». Y, quizá para demostrar que los únicos límites están en nuestra mente, se desplazó a Valencia, donde se preparó a conciencia hasta obtener el título de capitán de marina mercante, y se hizo cargo de un buque que hacía la costa de África. Como buen aventurero, se enamoró del continente y no tardó en solicitar un puesto en Guinea. Su propósito: buscar una identidad propia, un lugar en el que pudiera ser él mismo. Sabía que el día a día en Fernando Poo era duro —muchas veces letal—, pero se entregaba a la vida que quería vivir con la convicción de estar en el camino correcto, lo cual le hacía brillar. En un librito delicioso llamado *África la virgen* se retrata muy bien su carácter animado y cordial. Alguien le dice a otra persona sobre él: «Este subgobernador es diferente, ya verá cómo le gusta». Los nativos iban a contarle sus problemas y lo llamaban con cariño «Papá David».

El abuelo Gonzalo heredó su espíritu vitalista. Miraba al mundo como si cada instante fuera una página en blanco que esperaba ser llenada —en su caso no solo de palabras, sino también de dibujos y fotografías—, y la abuela Carmen lo acompañaba con sus silencios y sonrisas calmadas. Tuvieron que superar lances muy duros, pero jamás les escuché una palabra negativa sobre sus años en Santa Isabel. Ella, a pesar de lo joven que era cuando llegó, tenía claro que todo está bien como es. Para colorear una fotografía de la colonia —como reza un párrafo de la novela— debía usarse la paleta entera. Tierra negra. Mar celeste. Cien gamas de verde. El blanco delicado del lino. Y, en las retinas de los pájaros que sobrevolaban las playas, el rojo de la sangre de quienes abrieron camino.

Las emociones que los abuelos despertaron en mí me han servido de motor y de faro, tanto para escribir esta novela, como para la novela de la vida. *El árbol de las palabras* está lleno de grandes aventureros que, como ellos, nos brindan herramientas para la aventura de lo cotidiano, bien entre palmeras o entre torres de cemento. Una que siempre intento tener presente: la sencillez. Como escribe en su libreta un personaje al pisar por vez primera el continente: «Muchos seres llevan milenios caminando por lo que nosotros llamamos tierra virgen. Es el momento de mostrar humildad y agachar la

cabeza. No por casualidad, en esa postura es como mejor se ve el suelo que pisamos».

En mitad de la selva inabarcable, somos tan pequeños que apenas se nos distingue. Y, sin embargo, a base de la pasión y la perseverancia de los pioneros, los seres humanos hemos superado cualquier desafío, incluso el de encontrar nuestro lugar en el mundo. Confío que esta novela, además de entretenerte, te anime a buscar el tuyo.

Bibliografía

Quiero compartir algunos libros y estudios en los que me he apoyado a lo largo de estos dos años como balizas para no perder el norte en esta expedición. Esta relación no es exhaustiva ni tiene una pretensión académica; es una muestra de respeto y de gratitud hacia todos los autores —ellos sí, verdaderos expertos— que se han dedicado a estudiar en profundidad la desconocida historia de Guinea Ecuatorial.

Almazan Tomás, V. David, «Arte público, poder y colonialismo español en Guinea Ecuatorial. El monumento a Ángel Barrera y Luyando (1915)», *Encuentro El arte público a través de su documentación gráfica y literaria*, 2014, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

Álvarez Chillida, Gonzalo, *Los gobernadores de Fernando Poo (1858-1930)*, Casa de Velázquez, Madrid, OpenEdition Books License, 2015.

—, *Misión católica y poder colonial en la Guinea española bajo el gobernador general Ángel Barrera (1910-1925)*, dentro del libro *Gobernar colonias, administrar almas. Poder colonial y órdenes religiosas en los imperios ibéricos*, de Xavier Huetz de Lemp, Gonzalo Álvarez Chillida y María-Dolores Elizalde, Casa de Velázquez, Madrid, 2018.

Aranzadi, Isabela de, «El viaje de un tambor, instrumentos musicales de Guinea Ecuatorial», Conferencia internacional *Between three continents*, 2019, Universidad de Hofstra, Nueva York.

Aranzadi, Juan, «Historias claretianas sobre el rey Moka», *Revista Ayer*, 109, 2018.

Balmaseda, Francisco Javier, *Los confinados a Fernando Poo e impresiones de un viaje a Guinea*, Imprenta de la Revolución, Nueva York, 1869.

Bolekia, Justo, *Diccionario español-bubi, bubi-español*, Ediciones Akal, Madrid, 2009.

Bueno Carrera, José María, *Nuestras tropas en Guinea*, Aldaba Ediciones, Madrid, 1990.

Carrasco González, Antonio Manuel, «El convenio entre el gobernador de Fernando Poo y el rey de Bimbia en 1862», *e-Legal History Review*, 2, 2006.

—, «El estatuto del indígena en la Guinea española: nacionalidad, ciudadanía y capacidad», *e-Legal History Review*, 12, 2011.

- Castro, Mariano de y Ndongo, Donato, *España en Guinea. Construcción del desencuentro: 1778-1968*, Ediciones Sequitur, Madrid, 1998.
- Cervera Pery, José, «Presencia y esfuerzo: la Infantería de Marina en Guinea Ecuatorial», *Revista general de Marina*, 263, 2012.
- Coll, Armengol, *Crónica de la Casa-Misión de Santa Isabel*, Ceiba Ediciones, San Vicente de la Barquera, 1997.
- Cordero Torres, José María, *Tratado elemental de Derecho Colonial español*, Editorial Nacional, Madrid, 1941.
- Cougil Gil, Odilo, «África: la familia es la solución», *Manos Unidas*, 2006.
- Eteo Soriso, José Francisco, *Los ritos de paso entre los bubis*, Tesis doctoral dirigida por la doctora Virginia Fons Renaudon, Universidad Autónoma de Barcelona, 2013.
- Fredy, Claire, «Cuidando una colonia incipiente: médicos del ejército africano, fiebres y quinina, 1830-1870», *Le Mouvement Social*, 257, 2016.
- García Cantús, Dolores, *Fernando Poo: una aventura colonial española en el África occidental, 1778-1900*, Tesis doctoral dirigida por Carmen García Monerris, Departamento de Historia Contemporánea, Universitat de Valencia, Servei de Publicacions, 2003.
- Gómez Marín, Encarnación y Merino Cristóbal, Laureano, *Plantas medicinales de Guinea Ecuatorial*, Centro Cultural Hispano-Guineano Ediciones, Malabo, 1989.
- Granda Orive, Javier (de), «Los pontones de la estación naval de Guinea», *Revista General de Marina*, 6, 2020.
- Guerra Velasco, Juan Carlos, «Una geografía imaginada: el Muni a través del proyecto de compañía de franquicia de Valeriano Weyler», *Estudios Geográficos*, 285, 2018.
- , y Pascual Ruiz Valdepeñas, Henar, «La selva como argumento: imaginario geográfico, discurso forestal y espacio colonial en Guinea Ecuatorial (1901-1968)», *Cuadernos Geográficos* 56, 2017.
- Guinea, Emilio, *En el país de los bubis. Retrato ilustrado de mi primer viaje a Fernando Poo*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1949.
- Gutiérrez Garitano, Miguel y Gutiérrez Fraile, Miguel, «El caballero que reclamó Guinea», artículo para la Sociedad Geográfica Española, 2017.
- Haag, Carlos, «Esa nostalgia que mata. Banzo, la añoranza mortal de los esclavos», *Pesquisa Fapesp*, 172, 2010.
- Holt, John, *The diary of John Holt with the Voyage of the Maria*, Henry Young & Sons, Liverpool, 1948.
- Iradier, Manuel, *África. Viajes y trabajos de la Asociación Euskara La Exploradora*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1958.
- Jiménez Fraile, Ramón, *Stanley, corresponsal en España del New York Herald (1868-1873). Encuentro con el explorador alavés Manuel Iradier*, Departamento de Cultura D.L., Vitoria, 1995.

- , *África, un español en el golfo de Guinea*, Mondadori, Madrid, 2000.
- Martín del Molino, Amador, *Los bubis, ritos y creencias*, Labrys 54, Madrid, 1993.
- Martínez y Sanz, Miguel, *Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el golfo de Guinea*, Sial Ediciones, Madrid, 2014.
- Medina-Doménech, Rosa, *Paludismo, explotación y racismo científico en Guinea Ecuatorial 1900-1939. La acción médico-social contra el paludismo en la España metropolitana y colonial del siglo xx*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003.
- Miranda Junco, Agustín, *Leyes Coloniales*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1945.
- Misioneros claretianos, provincia de Santiago, *Alabar, servir, amar, conocer. La oración apostólica. Meditaciones*, Prefectura de Espiritualidad y Formación, Madrid 2016.
- Moisand, Jeanne, *El padre Claret y el escándalo de los matrimonios interraciales. Misiones católicas y sexualidad en la Cuba colonial (1851-1857)*, dentro del libro *Gobernar colonias, administrar almas. Poder colonial y órdenes religiosas en los imperios ibéricos*, de Xavier Huetz de Lemps, Gonzalo Álvarez Chillida y María-Dolores Elizalde, Casa de Velázquez, Madrid, 2018.
- Morató, Cristina, *Las reinas de África. Viajeras y exploradoras por el continente negro*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003.
- Muriel Hernández, Manuel. «Iradier, explorador y fundador», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 147, 2011.
- Naval, Francisco, «Usos y costumbres de los indígenas de la Guinea española», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1916.
- Obama Avine, Metodios José, *Evolución de la construcción en Guinea Ecuatorial: de soluciones primitivas a construcciones modernas*, Trabajo fin de grado Arquitectura Técnica y Edificación, UPC. Edu.
- Pellón y Rodríguez, Julián, *Memoria descriptiva de la colonia española de Fernando Póo y sus dependencias*, José Morales y Rodríguez, Madrid, 1864.
- Perlasia i Botey, Josep Maria, «Alcoholismo, identificación étnica y substitución cultural en Guinea Ecuatorial (1904-1928)», *Afro-Hispanic Review*, 2, 2009.
- Rodríguez González, Agustín R., *Prólogo a una colonia: la estación naval de Guinea (1858-1900)*, Cuadernos de Historia Contemporánea, 1, 2003.
- Sant Gisbert, Jordi, «El negocio del cacao: origen y evolución de la elite económica colonial en Fernando Poo (1880-1936)», *Revista Ayer*, 109, 2018.
- Sorela, Luis, *Contribución al estudio del problema de los mestizos*, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, Madrid, 1921.
- Tofiño, Iñaki, *Guinea, el delirio colonial de España*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2022.
- Trujillo, José Ramón, *Martínez y Sanz. Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el golfo de Guinea*, Sial Ediciones, Madrid, 2014.

Valenciano Mañé, Alba, «De vestidos y colonización en Guinea Ecuatorial. En busca de agencias escondidas en las narrativas coloniales 1840-1914», *Debats*, 123, 2014.

Valero Belenguer, José, *Exploraciones recientes en las posesiones españolas en el golfo de Guinea*, Imprenta del Cuerpo Administrativo del Ejército, Madrid, 1891.

Vargas Llosa, Mario, *El sueño del celta*, Alfaguara, Madrid, 2010.

Vilaró i Güell, Miquel, «Las acciones del gobernador José de Barrasa en los litigios territoriales con Francia en Río Muni», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 58, 2012.

—, «Civilizar o hacer negocios: el dilema en torno a las misiones católicas del golfo de Guinea», I Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 27, 2013.

—, «José Montes de Oca, explorador de río Muni», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 122, 2021.

Vilar, Juan Bautista, «España en Guinea Ecuatorial (1778-1892)», *Anales de la Universidad de Murcia*, 3-4, 1970.

INSPIRACIONES Y HOMENAJES

Entrando al detalle, hay algunos libros, y también canciones, que, yendo más allá de la pura documentación histórica, me han ofrecido inspiración para algún pasaje.

El cuento de la sirena es una reinterpretación de *La mujer, el abuelo y la sirena* que Jacint Creus, María Antónia Brunat y Pilar Carulla recogen en el libro *Cuentos bubis de Guinea Ecuatorial*, Centro Cultural Hispano Guineano, 1992, editado en el marco de los programas culturales de Cooperación Española.

«La salvación era una caricia en el pelo» es una frase extraída de una estrofa de la canción «La salvación», de la gran banda de Cartagena Arde Bogotá (*Cowboys de la A3*, Sony Music España, 2023).

La frase «El día que vi flotar el hierro supe que nuestras vidas ya nunca serían las mismas» es un homenaje a una preciosa novela gráfica titulada *Diez mil elefantes*, de Pere Ortín y Nzé Esono Ebalé, Reservoir Gráfica, 2022. También le he hecho un guiño a este libro lleno de poesía con la comparación de la piel negra y la mancha de un pantalón.

Las notas de la canción de Annobón sobre la caza de las ballenas están extraídas de forma libre de un poema del escritor ecuatoguineano Francisco Zamora Lobocho.

La frase «Es amargo ser huérfano teniendo padre y madre» es un homenaje al poemario de José Ovejero *Biografía del explorador*, Navona editorial, 2019, basado en el explorador Henry Morton Stanley.

El verso «No queda nada sagrado, ningún sitio donde se escondan los dioses de antaño» está extraído de las notas que mi querido amigo y enorme artista Rubén Martín de Lucas escribió en su libreta mientras concebía la obra *Dios salve al césped*, que presentó en UVNT Art Fair 2024, en Madrid.

Los versos sobre el *banzo*, la añoranza moral de los esclavos, «Va con la sombra creciendo el bulto enorme del baobab...» fueron escritos por el poeta brasileño Raimundo Correia.

A Emilio Guinea, autor de un tratado de botánica basado en su propia expedición llamado *En el país de los bubis* (Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1949), le he pedido prestado algún toque naturalista, incluyendo su *Caesalpinia crista* de la bahía de Venus.

La frase «Ha muerto como todos los verdaderos sabios, tan pobre en dineros como rico en amarguras» fue publicada en *El Turolense* sobre otro botánico, en este caso de carne y hueso, llamado Francisco Loscos, que falleció en la misma época que mi personaje de ficción.

La frase «En el bosque, cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan», y alguna inspiración africana más, como el verso de Pacéré Titinga «Si la rama quiere florecer, ha de honrar a las raíces» y la preciosa frase de Thurgood Marshall «Hemos llegado porque alguien se ha agachado para ayudarnos», están extraídas del maravilloso libro *Orígenes*, de Daniela Pons-Föllmi y Olivier Föllmi, Lunwerk Editores, 2005.

De vez en cuando no hace falta indagar en gruesos volúmenes para conseguir la información que más puede interesar al lector y ayudar a que la historia avance y emocione. En el caso de Isabel Urquiola, esposa de Manuel Iradier, me fue de gran inspiración un breve artículo publicado por Marta Extramiana en *gasteizhoy.com* (13 de noviembre de 2019) con el título «Isabel Urquiola: la viajera africana y esposa de Manuel Iradier Bulfy». A partir de ahí, pude profundizar en el personaje histórico.

Alguna anécdota que, supuestamente, vive el personaje de Martín en la selva está inspirada en lances reales del explorador Manuel Iradier, como cuando este pisó un hormiguero o disparó a una nativa en el bíceps pensando que era un animal. Todo el libro autobiográfico del vitoriano, *África. Viajes y trabajos de la Asociación Euskara La Exploradora*, parece una novela en sí mismo. Por el contrario, su compañero de expedición Osorio, a pesar de los apasionantes viajes que realizó, apenas dejó algún artículo en las revistas

geográficas de la época, como el llamado «Fernando Poo y el Golfo de Guinea: apuntes de un viaje», una serie de notas sueltas que fueron leídas por el médico asturiano en el Ateneo de Madrid el 20 de mayo de 1886.

Agradecimientos

A Miryam Galaz, qué puedo decirte que no te haya dicho ya... Gracias por todas las conversaciones desde aquella primera con el chocolate con churros, cuando llevaba escrita una página y ya te emocionaste. Y a todo el equipo de Editorial Espasa, por vuestra confianza y cariño. Debo una mención especial a Fátima Casaseca por tu lectura e impresionante análisis del libro.

A Luz Gabás, nunca podré agradecerte lo suficiente tu presencia en este viaje literario, cual estrella polar que apunta el camino.

A Felisita (como te llamaba el abuelo), por salvaguardar tantas historias de nuestra familia en Guinea. A Gonzalo Buruaga, por tu rincón-altar dedicado al bisabuelo, que se abrió paso en un mundo desconocido y lo hizo nuestro ya para siempre. Entre todos seguimos reconstruyendo nuestro propio árbol familiar de las palabras.

A Alfonso Barnuevo, entonces embajador de España en Guinea Ecuatorial, y su familia, por vuestra hospitalidad en mi visita al país.

A Paco Montalbán, ministro consejero durante el tiempo que viví en Lisboa, por esas dos cajas de libros sobre Guinea Ecuatorial, un legado de tu anterior andadura que ha calado, y mucho, en estas páginas.

A mis amigos ecuatoguineanos: el gran poeta César Brandon, por desprender tanto amor por tu tierra; y su madre, Pasi, por hacernos sentir como en casa.

A Simón Casanovas, la primera persona que vi en Malabo durante la obligada cuarentena, por tus anécdotas como reportero de guerra y paz y la cena en tu palacio.

Al coronel Adolfo Morales Trueba, director de la Escuela de Infantería de Marina General Albacete y Fuster, por abrirme una ventana a la labor épica de este cuerpo en Guinea Ecuatorial. A Juan Carlos Guerra Velasco, doctor en Geografía por la Universidad de Valladolid y profesor titular en el Departamento de Geografía de la misma universidad, por esa charla esclarecedora sobre los inicios de la industria maderera en Río Muni. Y al

fotógrafo Jesús Rocandio (Casa de la Imagen), por atender mis dudas sobre el cristóleo y, más allá, por retratar Guinea para tu «Universo Bosque». Cualquier cuestión referente a vuestras disciplinas que en esta novela esté explicada de forma errónea no es por vosotros, sino por mi falta de pericia al utilizar la información para construir esta aventura.

A mi madre, Raquel, por leer siempre los primeros manuscritos y sacar la guadaña sin piedad.

A Cristina y Marisa, mi mujer y mi cuñada, por haberme acompañado a recorrer Bioko (Fernando Poo), al igual que la mujer y la cuñada del explorador Manuel Iradier le acompañaron a él siglo y medio antes en su primera expedición. Este paralelismo no tiene precio.

Y, cómo no, a todos los lectores que, desde mi anterior novela publicada hace ya cuatro años, no habéis dejado de mostrarme vuestro cariño día tras día. Sois el principio y el fin de esta aventura.

En cuanto a la banda sonora, he escuchado poca música escribiendo esta novela. Prefería el silencio, cualquier sonido natural que entraba por la ventana desde el parque. Pero si tengo que escoger una canción que me haya servido de anclaje —esa que, cuando la confusión me envuelve, me recuerda el tono que precisa el libro— es «Castle of Glass». Regreso a Linkin Park, esta vez con un tema que habla de la vulnerabilidad, de la búsqueda de redención, de la fragilidad del héroe cuando se enfrenta a la naturaleza exuberante, de la grandeza que supone purificarnos y empezar de nuevo cuantas veces sea preciso.



ANDRÉS PASCUAL CARRILLO DE ALBORNOZ (Logroño, 1969) es un escritor, conferenciante y abogado español. Viajero incansable, ha recorrido medio mundo buscando inspiración para sus novelas y para el desarrollo personal. Es además pianista y compositor de formación clásica, habiendo formado parte de diversas bandas de *rock*. Tras haber vivido unos años entre Londres y Lisboa, actualmente reside en Madrid.

Andrés Pascual nació en Logroño en el año 1969. Estudió en el I.E.S. La Laboral de Lardero (La Rioja). Es licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra y ha ejercido durante más de veinte años como abogado en La Rioja, con despachos en Logroño y Nájera. Actualmente se dedica a la escritura y a impartir conferencias, así como a crear contenido emocional para empresas. Es director del Executive Chief Happiness Officer de la UNIR sobre felicidad y bienestar corporativo. Tiene publicados once libros, de los cuales ha vendido cientos de miles de ejemplares y han sido traducidos en varios países.

Pianista de formación clásica, su senda musical terminó enfocándose hacia el pop y el *rock*. Ha formado parte de varias bandas, destacando el grupo Catorce de Septiembre, que logró el galardón de Grupo de Rock Revelación de la emisora Radio 3 de RNE en 1992 y un gran éxito entre público adolescente.

También es un viajero incansable. Ha recorrido cincuenta países de cuatro continentes: Siria, Líbano, Etiopía, Botsuana, Namibia, Madagascar, Myanmar, Nepal, Tíbet, India, Vietnam, Perú, Ecuador, Indonesia y otros muchos. De ellos ha traído baúles de inspiración para sus novelas y también unas preciosas enseñanzas que, como él mismo afirma, le guían en el viaje más importante de todos: el de la vida. Aficionado también a la fotografía, ha documentado gráficamente sus viajes, compartiendo las mismas en su web y en redes sociales.

Fruto de sus vivencias en el continente asiático surgió su ópera prima *El guardián de la flor de loto*, de la cual ha vendido más de 100.000 ejemplares en España, habiendo sido traducida en Italia, Portugal, Brasil, Rusia y Bulgaria. Un productor cinematográfico independiente afincado en Los Ángeles ha llevado a cabo un guion adaptado de la novela.

En octubre del año 2009 salió al mercado su segundo libro, *El compositor de tormentas*, que resultó Finalista del VIII Premio de Novela Ciudad de Torrevieja, el segundo mejor dotado de España en aquel momento después del Premio Planeta, del cual se lanzó una primera edición de 40.000 ejemplares. Al igual que el anterior, también tuvo repercusión internacional al haber sido publicado en Alemania, Portugal, Brasil, Chequia y Polonia.

Su tercera novela, *El haiku de las palabras perdidas*, publicada en octubre de 2011, se aproxima en ventas a su ópera prima y consolidó la proyección internacional del autor. Fue escogida por los oyentes de RNE una de las 25 novelas más bellas que habían leído, a través de una clasificación coordinada por el programa *El ojo crítico* que seleccionó casi un millar de obras. Fue presentado en cuarenta ciudades, una gira que se cerró en Tokio junto a personas reales que habían inspirado a los personajes de la novela.

Tras ella publicó con la Editorial Planeta una obra íntima llamada *El sol brilla por la noche en Cachemira*, en la que comenzaba a explorar en una dimensión más profunda los temas crecimiento personal e inspiración vital que, junto con los viajes, terminarían convirtiéndose en la base fundamental de sus conferencias.

A este libro le siguió *Edén*, un *thriller* ambientado en Brasil de la que se han lanzado diversas ediciones en tapa dura y bolsillo. Ha sido recientemente publicado en Portugal.

Posteriormente publicó *El viaje de tu vida*, su primer libro de no ficción. Un tratado inspiracional sobre la necesidad de perseguir las cosas que amamos

que lanzó definitivamente su faceta de conferenciante.

Ese mismo año, obtuvo el Premio 2016 de Novela Histórica Alfonso X El Sabio con *Taj*, una novela llena de romanticismo sobre la construcción del Taj Mahal. Con motivo de esta publicación, el periódico *ABC* lo nombró Personaje Cultural de 2016, escogiéndolo como uno de los diez escritores más relevantes del año.

En 2017 ganó el Premio Urano de Crecimiento Personal con una fábula llamada *El oso, el tigre y el dragón* escrita a cuatro manos con Ecequiel Barricart, que ahonda en la forma de gestionar las emociones y de mantener el equilibrio entre las metas y el propósito vital.

En 2018 y 2020 publicó respectivamente *A merced de un dios salvaje* y *El beso del ángel*, dos *thrillers* ambientados en el mundo del vino de su tierra, La Rioja. Se trata de dos novelas conectadas por el escenario pero de trama y lectura independiente. La primera ofrece una visión del mundo bodeguero más tradicional y la segunda se centra en la parte más sofisticada del vino y en el enoturismo.

También en 2020 publicó “Incertidumbre Positiva: Convierte la inseguridad, el caos y el cambio en una vía al éxito”, un método para abrazar la incertidumbre como el estado natural y permanente del ser humano y sacarle el máximo provecho.

Forma parte del elenco de conferenciantes de la agencia BCC Speakers International Bureau, con sede en Madrid, México, Bogotá, Buenos Aires, Vancouver, Londres, Lisboa, Nueva York y Milán. Además de haber impartido charlas y talleres propios en lugares tan dispares como Tokio, Sao Paulo, Tel Aviv, Berlín, Ámsterdam, Londres o Fez, entre otros, desde el año 2008 ocupa el cargo de Director del Aula de Cultura del diario La Rioja, habiendo sido anfitrión de más de cien personalidades de la ciencia y la cultura. Desde este rol ha organizado eventos teniendo como invitados a divulgadores de primer nivel como Eduard Punset, historiadores como Paul Preston o escritores como Javier Cercas, a los cuales ha entrevistado en directo sobre el escenario, ejerciendo como maestro de ceremonias.

Comenzó a estudiar solfeo, armonía y piano con tan solo siete años. A los dieciséis ganó el Primer Premio de Interpretación Musical Fermín Gurbindo con una sonata de Mozart, pero terminó abandonando la música clásica para dedicarse al pop y al *rock*.

A su llegada a Pamplona para cursar Derecho en la Universidad de Navarra, se incorporó al grupo de pop *Quinta Columna*, con el que dio un centenar de conciertos y acudió a certámenes nacionales. Posteriormente pasó a formar parte de la banda de rock *Catorce de Septiembre*, con la que grabó dos discos al tiempo que cursaba cuarto y quinto de Derecho. El primero (*Cuentas pendientes*) como músico contratado de sesión y el segundo (*Deseos prohibidos*) ya como miembro permanente de la banda. La grabación corrió a cargo de Sony Music internacional para el sello EPIC. Varios temas de este disco sonaron en los primeros puestos de Cuarenta Principales y Cadena Cien. Tras girar por todo el país y actuar en grandes escenarios como la Expo 92 de Sevilla, gracias a la canción *La fiebre negra* se alzaron con el Premio Grupo de Rock Revelación de 1992 de Radio 3 de RNE.

Tras estas experiencias como cantante y teclista, y ya ejerciendo la abogacía, siguió componiendo música para otros artistas, llegando a producir y editar discos con sello propio. Desde hace casi dos décadas interpreta versiones de grandes éxitos del *rock* con su banda *Animalversion*.